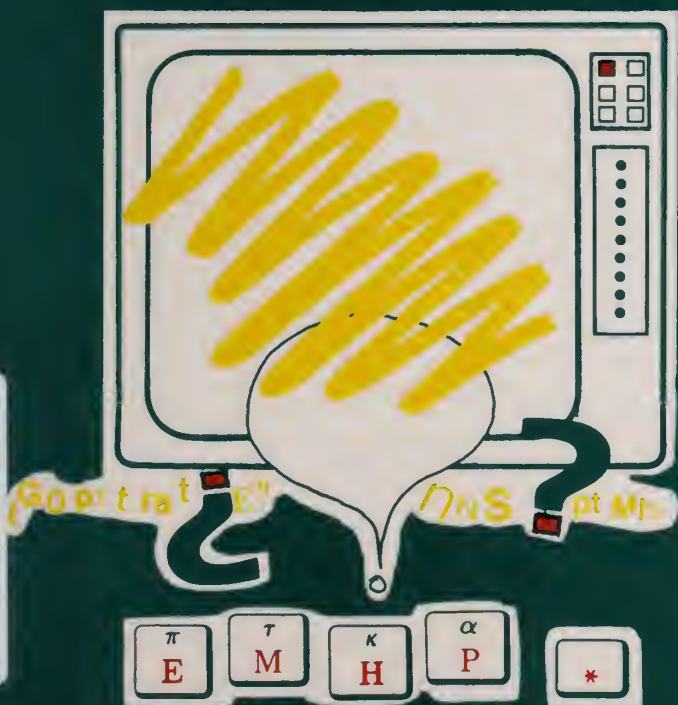


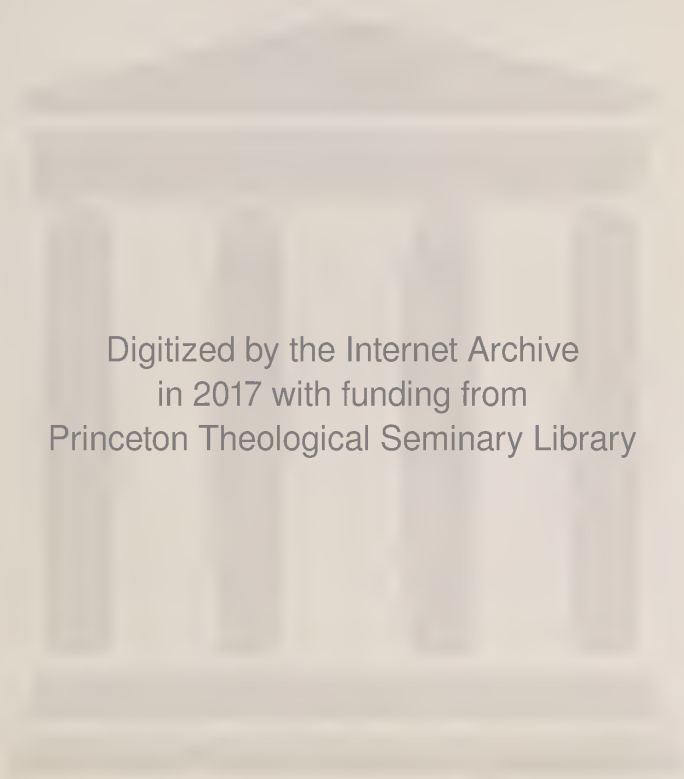
Pensar sobre los medios

Comunicación y crítica social

ARMAND Y MICHÈLE MATTELART



P
90
.M34418
1988



Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

Pensar sobre los medios

D.E.I

Departamento Ecuménico de Investigaciones

CONSEJO EDITORIAL

**Franz Hinkelammert
Pablo Richard
Carmelo Alvarez
Jorge David Aruj**

EQUIPO DE INVESTIGADORES

**Ingemar Hedström
María Teresa Ruiz
Victorio Araya
Raquel Rodríguez
Arnoldo Mora
Helio Gallardo**

Pensar sobre los medios

Comunicación y crítica social

ARMAND Y MICHÈLE MATTELART

LIBRARY OF PRINCETON

DEC 14 2018

THEOLOGICAL SEMINARY



301.16

M435p Mattelart, Armand

Pensar sobre los medios: comunicación y crítica social/
Armand Mattelart y Michele Mattelart.

—1. ed.— San José: DEI, 1988.

232 págs.; 21 cm. —(Colección Análisis)

ISBN 9977-904-80-4

1. Comunicación de las ideas.

I. Mattelart, Michele. I. Título. II. Serie.

Hecho el depósito de ley

Reservados todos los derechos

© 1986, Editions La Découverte edición original en francés

© 1987, FUNDESCO de la primera edición en español

Fundación para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones
ISBN 84-86094-30-5

© 1988, Editorial Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI)
de la presente edición

ISBN 9977-904-80-4

Traducción: Gilles Multigner

Para la presente edición se utilizó la traducción de la primera edición española,
la cual fue cedida por FUNDESCO.

Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica

PARA PEDIDOS O INFORMACION ESCRIBIR A:

EDITORIAL DEI

Departamento Ecuménico de Investigaciones

Apartado 390-2070

SABANILLA

SAN JOSE — COSTA RICA

Teléfonos 53-02-29 y 53-91-24

Télex 3472 ADEI CR

Indice

PRESENTACION	11
Prólogo a la edición española	19
Prólogo a la edición francesa	23
I EN LA ENCRUCIJADA DE LOS DISCURSOS ERUDITOS	29
1. <i>De la dificultad para reflexionar sobre la comunicación</i>	34
Importación/exportación	34
Los límites de lo nacional	36
Los límites de la centralidad	39
Una concepción de la clase media	41
El olvido de la economía	42
2. <i>La búsqueda de la transdisciplinaridad</i>	47
Un proyecto francés	47
Hacia la cibernética	49
3. <i>La tentación metafórica</i>	54
De la dificultad de extrapolar los modelos	54
Del progreso a la comunicación	57
Una ciencia ayuna de epistemología	60
II. NUEVOS PARADIGMAS	67
1. <i>La teoría de la información</i>	71
La linealidad	71
La rehabilitación del ruido	73

2. <i>La postlinealidad</i>	75
La mecánica y lo fluido	75
Un nuevo contexto	77
Las desviaciones del paradigma de lo fluido	80
3. <i>El poder negociado</i>	83
De los usos de la ambigüedad	83
Los avatares del estructuralismo	84
La aportación gramsciana	87
El actor y el sistema	89
4. <i>El retorno del sujeto</i>	92
La rehabilitación del sujeto	92
Las huellas de una memoria	94
5. <i>Los procedimientos de consumo</i>	98
El funcionalismo de lo pésimo	98
De la masa a la diferencia	100
Pasivo/activo	103
La libertad del sujeto	106
III. INTELLECTUALES/CULTURA MEDIÁTICA: UNA RELACIÓN POR DEFINIR	115
1. <i>El placer popular como revelación</i>	119
Un escalofrío epistemológico	119
Las huellas de una herencia	121
2. <i>Cultura negativa/cultura afirmativa</i>	124
La idea de felicidad	124
Sobre la espontaneidad	126
El culto al didactismo	128
El tiempo subjetivo	130
3. <i>Lo pesado y lo ligero</i>	134
El orden teórico de la <i>desreglamentación</i>	134
¿La sociedad civil contra el Estado?	136
El planeta central: el entretenimiento	138
La tentación de romper con el compromiso	139

IV. ¿EL OCASO DE LOS MACRO-SUJETOS?	147
1. <i>El macro-sujeto Estado</i>	150
Una tradición muy francesa	150
Lo concebido y lo vivido	151
Lo próximo contra lo lejano	153
Los micro-sujetos locales	156
Crisis de legitimidad	159
Un dispositivo estructurante	161
2. <i>La lógica del actor industrial</i>	165
Tras las alianzas sociales, las sinergias industriales	165
¿Un nuevo modo de producción?	167
La nueva legitimidad de la racionalidad publicitaria	170
De la memoria popular a la <i>cultura de masa</i>	173
3. <i>La cosmo-biología del Homo deregulatus</i>	176
Un nuevo teatro darwiniano	176
El <i>efecto jóvenes</i>	177
La historia neo-liberal	181
Libre flujo y autoregulación	183
La seguridad contra la libertad del mercado	187
V. ¿LOS SUPERVIVIENTES DE LA DIALÉCTICA?	195
1. <i>La crisis de los paradigmas</i>	199
Aquí y allá	199
La modernización	200
La dependencia	205
2. <i>El reencuentro con lo popular</i>	209
Una experiencia clásica y moderna, a la vez	209
Nuevos sujetos históricos	211
VI. CONCLUSIÓN	219

Presentación

"Penser les médias", pensar en y sobre los medios, reflexionar sobre la comunicación y la información, pero también tomar conciencia, abandonar la pasividad y comenzar a ser sujetos activos de ese "lugar central en las estrategias de reestructuración de nuestras sociedades", son las tareas que nos proponen Armand y Michèle Mattelart en este libro.

Se trata de un ejercicio tan útil y probablemente más necesario y urgente en España que en Francia —país de la reciente edición original de esta obra— en donde, con problemas de legitimidad ciertamente y con lagunas importantes, la investigación de la comunicación ha alcanzado al menos una alta cota.

Aquí, en efecto, el estudio de las industrias culturales continúa siendo considerado un lujo académico de escaso valor práctico, el mundo de los emisores permanece en una penumbra apenas iluminada por algunos trabajos aislados y el análisis de los profesionales de la información resulta prácticamente virgen. Las profundas transformaciones sufridas por las estructuras comunicativas españolas en los últimos años se intuyen vagamente a retazos a través de las noticias de prensa, la internacionalización de la cultura se percibe generalmente como un fenómeno que afecta al "Tercer Mundo" y ni siquiera el esfuerzo de descentralización administrativa que ha supuesto el estado de las autonomías ha impulsado una reflexión seria sobre los espacios de comunicación local.

En el mismo campo de las "nuevas tecnologías" no es difícil comprobar cómo, salvo excepciones meritorias pero aisladas, la informática, las telecomunicaciones y los medios de comunicación continúan siendo pensados como sectores separados, y la experimentación social no ha superado el estadio de algunos intentos de laboratorio. La comunicación se concibe como un territorio de expertos y la difusión de su conocimiento va dirigida generalmente a las estrictas necesidades de una expansión de su consumo.

Tal panorama de la investigación choca así frontalmente con una realidad social, en los hechos y en el pensamiento, en donde la información ocupa cada vez un papel más importante. Y el desequilibrio creado se salda por la abundancia de mitos, de prejuicios y falsos conocimientos sobre la comunicación.

Es por ello que la inmensa mayoría de los problemas, los interrogantes y debates recogidos por Armand y Michèle Mattelart en esta obra tienen plena vigencia en la sociedad española. Porque aquí también la "contaminación" de la cultura por el comercio ha fundamentado largamente el

desprecio intelectual por esos productos "de masa", y la soberanía cultural se ha planteado, cuando se planteaba, en tan precisos como confusos términos de balanza comercial.

Los recientes y crecientes cantos al entretenimiento y el placer, fuertemente acompañados del "así lo quiere el público" de las encuestas cuantitativas de audiencia, no encuentran más respuesta crítica que las viejas ideas del complot y la manipulación. Y la rápida seducción de los intelectuales españoles por la publicidad y la cultura industrializada asciende en paralelo con el irresistible entusiasmo de los organismos públicos por la comunicación publicitaria con los ciudadanos.

Vivimos también ya los españoles, como buenos europeos, inmersos en la crisis del servicio público, con especiales consecuencias en el terreno de la información. Y las palabras desregulación y desreglamentación han irrumpido de la nada en el vocabulario político y económico con la misma potencia con que el discurso sobre la modernidad y las tecnologías ha inundado los programas partidistas.

Sobre todo esto habla esta obra, y llevan, pues, plenamente razón Armand y Michèle Mattelart cuando advierten que la problemática y las reflexiones planteadas no están "confinadas" al caso francés. En último término, no puede decirse que la filial de Disneylandia en Europa haya dejado de ubicarse en España por falta de fervor de los anfitriones españoles.

Los autores además añaden una poderosa razón que acerca más aun su obra al lector español cuando se refieren a la frecuente importación de conceptos y teorías "desprovistas de su imagen de marca", de su genealogía, de las realidades a las que están indisolublemente ligadas.

Importadora habitual de tecnologías, España lo es también de términos y discursos que se anticipan muchas veces sobre los cambios correspondientes de la realidad social. Teorías conservadoras o críticas, traducidas en múltiples ocasiones de forma mecánica, que parecen querer moldear los hechos de acuerdo con sus necesidades en lugar de explicarlos. Teorías sobre la información y sus numerosas conexiones que los autores disecionan, confrontan y explican en su origen y sus consecuencias últimas.

El presente libro constituye en conjunto un ambicioso esfuerzo para revisar la investigación teórica sobre la comunicación, sus condicionamientos, sus modas, sus batallas y contaminaciones confrontadas siempre a la marcha de las realidades. Una revisión desmitificadora tanto de las corrientes conservadoras como del planteamiento progresista contestatario en la comunicación, pero que además, y precisamente por el papel clave de la comunicación en nuestras sociedades, por sus estrechos lazos con todos los dominios sociales, nos acerca a otros muchos fenómenos importantes de nuestra época.

"Al repensar la historia de la investigación de la comunicación es también la historia de un itinerario personal la que se esboza", escriben Armand y Michèle Mattelart. Y tal advertencia enmarca bien el contexto de

una obra que no puede ser asimilada a un simple balance académico ni comprendida si no es en el marco de un largo camino intelectual.

En 1970 publican, en efecto, Armand y Michèle Mattelart su primera obra, "Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal" (en colaboración con Mabel Piccini), que comienza por una crítica sistemática a la "communication research" estadounidense dominante y continúa por un análisis, desusado en la época, de la mitología de la juventud en la prensa, de las fotonovelas y las revistas del corazón. Seguirán pronto otros trabajos caracterizados tanto por los interrogantes sobre la comunicación social en las sociedades dependientes como por el estudio de la transnacionalización de la cultura.

La decena de libros publicados por estos autores en los años setenta en esta línea suscita inevitablemente hoy una deuda de gratitud. Porque aquellos trabajos representaron para muchos lectores interesados en los procesos de la comunicación y la cultura uno de los escasos soplos de aire fresco frente a la enrarecida y estéril disyuntiva entre una teoría funcionalista que sacralizaba lo existente y un pensamiento negativo pero mecanicista que lo rechazaba y mitificaba como simple emanación del poder.

Nos enseñaron unas realidades que no estaban tan lejos de nuestras preocupaciones cotidianas y, sobre todo, nos abrieron nuevas interrogantes que mostraban la complejidad del campo comunicativo y del terreno social.

La problemática europea entra más directamente en su obra a partir de "El uso de los medios en tiempo de crisis" (1979), aunque integrada en una perspectiva internacional y relacionada con las realidades del Tercer Mundo (Chile, Mozambique) como "lecciones del mundo periférico para uso de los países europeos". Y "Télévision: enjeux sans frontières" (A. Mattelart-J.M. Piemme, 1980) y "America Latina en la encrucijada telemática" (A. Mattelart-H. Schmucler, 1983) se centran especialmente en la influencia de las nuevas tecnologías en el conjunto de las industrias culturales y en la reestructuración global de la sociedad.

Junto a otros trabajos importantes de Armand y de Michèle Mattelart, dos obras en mi opinión constituyen en estos últimos años un precedente importante de "Penser les médias". En "Tecnología, cultura y comunicación" (Armand Mattelart-Yves Stourdze, 1982) se realiza un formidable balance de las realizaciones, las lagunas y las necesidades de la investigación en Francia sobre estos dominios. Y en "¿La cultura contra la democracia?" (Armand y Michèle Mattelart y Xavier Delcourt, 1983) el análisis del sector audiovisual "a la hora transnacional" permite ir desvelando las grandes tendencias de la cultura de nuestro tiempo.

El presente libro culmina esa trayectoria refinando los instrumentos de análisis teórico, cribando e integrando doctrinas e investigaciones muy diversas de las últimas décadas. Y representa así un avance importante en la elaboración de una teoría crítica de la comunicación y la cultura.

Enrique Bustamante

Bibliografía de Armand y Michèle Mattelart en castellano

- 1970: *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal.* (A. y M.M. en colaboración con Mabel Piccini). Cuadernos de la Realidad Nacional. S. de Chile. (1976. Shapire/El Cid. Buenos Aires).
- 1970: *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente.* (A.M. en col. con Carmen Castillo y Leonardo Castillo). Signos. Buenos Aires.
- 1972: *Para leer al Pato Donald.* (A.M. en col. con Ariel Dorfman). Edic. Universitarias de Valparaíso. Chile.
- 1972: *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites.* (A.M.). Siglo XXI. México.
- 1973: *La comunicación masiva en el proceso de liberación.* (A.M.). Siglo XXI. México.
- 1974: *La cultura como empresa multinacional.* (A.M.). Era. México.
- 1977: *Multinacionales y sistemas de comunicación.* (A.M.). Siglo XXI. México.
- 1977: *Frentes culturales y movilización de masas.* (A. y M.M.). Anagrama. Barcelona.
- 1977: *La cultura de la opresión femenina.* (A.M.). Era. México.
- 1978: *Comunicación e ideologías de la seguridad.* (A. y M.M.). Anagrama. Barcelona.
- 1980: *Los medios de comunicación en tiempo de crisis.* (A. y M.M.). Siglo XXI. México.
- 1981: *La televisión alternativa.* (A.M. en col. con J.M. Piemme). Anagrama. Barcelona.
- 1981: *Comunicación y transición al socialismo. El caso Mozambique.* (A.M., ed.). Era. México.
- 1982: *Mujeres e industrias culturales.* (M.M.). Anagrama. Barcelona.
- 1983: *América Latina en la encrucijada telemática.* (A.M. en col. con H. Schmucler). Ilet. México (y Paidós. Buenos Aires. 1983).
- 1984: *Tecnología, Cultura y Comunicación.* (A.M. en col. con Y. Stourdzé). Mitre. Barcelona.
- 1984: *¿La cultura contra la democracia? Lo audiovisual en la hora transnacional.* (A. y M.M. en col. con X. Delcourt). Mitre. Barcelona.

Prólogo a la edición española

En el transcurso de la última década han aparecido nuevos modos de ver y de reflexionar críticamente acerca de la información, la comunicación y la cultura. Estos cambios radicales son, a la vez, la culminación y el comienzo de un proceso. La principal finalidad de este libro es la de situar puntos de referencia que permitan comprender las rupturas y las continuidades durante un período en el que los paradigmas han entrado en crisis.

Las realidades de la "comunicación" han evolucionado considerablemente, según lo demuestran los procesos de privatización y de desreglamentación de las instituciones audiovisuales y de las redes de telecomunicaciones, la construcción de un sistema de "comunicación-mundo" en el contexto de una "economía-mundo", en el sentido braudeliano del término, y la mercantilización de sectores (cultura, educación, religión, sanidad, etc.) que habían permanecido, hasta entonces, al margen del circuito comercial y que apenas se habían visto afectados por la ley del valor. Las nuevas tecnologías de comunicación no sólo ocupan el lugar central de un reto industrial; están en el corazón mismo de las estrategias de reorganización social de las relaciones entre el Estado y el ciudadano, los poderes locales y centrales, los productores y los consumidores, los patronos y los trabajadores, los enseñantes y los enseñados, los expertos y los ejecutantes. En este contexto de mutaciones científicas y tecnológicas, han surgido nuevos actores históricos, tanto en el campo de la industria y del mercado como en el de las estrategias de resistencia social, tanto en el "primer" mundo como en el tercer mundo.

El punto de partida del presente libro es, desde luego, el análisis de la evolución que ha caracterizado a la reflexión y a la investigación sobre la información, la comunicación y la cultura en Francia. Pero la referencia al caso francés no supone, en modo alguno, un confinamiento. Esta obra suscita, en efecto, cuestiones que superan los límites de un recinto geográfico determinado. No cabría negar que los filósofos y los sociólogos franceses han elaborado teorías sobre la comunicación y la cultura que han influido, y siguen influyendo, profundamente, sobre el pensamiento crítico contemporáneo en esta materia. No obstante, las condiciones concretas de producción de los conceptos y de las teorías, profusamente exportados por las Escuelas francesas, apenas si han sido analizadas. En el extranjero se difunden conceptos y teorías, despojados de su marca de origen.

Frente al auge de las corrientes neo-positivistas y a la fascinación por las herramientas tecnológicas que las acompañan, este libro se propone

subrayar la importancia de una reflexión epistemológica. Plantea la necesidad de la distancia teórica para comprender en qué medida la remodelación de los sistemas de comunicación afecta a nuestras sociedades, así como la forma de reflexionar sobre ellos (de concebirlos).

Estos análisis nos llevan a interrogarnos, sucesivamente, acerca del "modo lineal de pensamiento" y de sus consecuencias, no sólo en el campo teórico, sino también en los modelos de crecimiento y de desarrollo; acerca de la construcción de los nuevos enfoques y matrices conceptuales (retorno del sujeto y de la subjetividad, retorno a la "cultura ordinaria (*)" y a los procedimientos de consumo, relación entre el sentido y el placer, revisión de las teorías monolíticas del poder). A la vez que pone de relieve los límites de las antiguas formas de ver los procesos de comunicación, este libro también señala las ambigüedades y las ambivalencias de las rupturas que han experimentado las teorías críticas a lo largo de los últimos años. Muestra, asimismo, cómo se han renovado, durante este período, los enfoques neo-funcionalistas y su concepción cibernética de la organización social.

Con el advenimiento de estas nuevas formas de ver y de reflexionar sobre la comunicación y sobre el mundo, se detectan los profundos cambios que han sufrido las relaciones de la clase intelectual con la producción cultural de masa y los grupos sociales que la consumen.

Al repensar la historia de la investigación de la comunicación, es también la historia de un itinerario personal la que se esboza.

A. y M. Mattelart
Septiembre de 1987

(*) Aun a riesgo de que la observación resulte superflua, se advierte al lector que la voz ordinario/a (*ordinaire* en el original) carece, en este y en los restantes contextos en que los autores la emplean a lo largo de la presente obra, de connotaciones peyorativas y equivale, por tanto, y según los casos, a "corriente", "normal", "habitual", "común"... (N del T.).

Prólogo a la edición francesa

En cinco años, escasamente, Francia se ha reconciliado con los medios (*). ¿Quién reconocería en esta Francia de hoy a aquella a la que tanto trabajo le costó entrar en la modernidad tecnológica? Al duplicar el número de sus cadenas de televisión, ha pasado, definitivamente, de la penuria a la abundancia de imágenes. La Francia de los años setenta que penalizaba la libertad de opciones radiofónicas, incautándose de los equipos de las radios libres, aquella que cerraba los estudios de las primeras experiencias de teledistribución en los nuevos conjuntos urbanos, no es más que un lejano recuerdo. Un recuerdo que, por lo demás, ya no evoca tanto a esa Francia arcaica de antaño como a estos regímenes oscurantistas que por el mundo persisten en no tolerar la pluralidad de los discursos y en recusar la innovación.

La izquierda ha tenido éxito allí donde no se la esperaba. Allí donde la derecha liberal había prohibido, ella ha liberalizado.

Paradójicamente, este gobierno de izquierdas no ha sabido comunicarse con los ciudadanos. Le ha faltado, señaladamente, eficacia para ganarse el consenso en torno a ciertas realizaciones que dejarán una profunda huella en el curso de las instituciones, ya se trate de la abolición de la pena de muerte, de la reforma penal o, en el ámbito de la cultura, del derecho de los autores y de los creadores, por ejemplo. La izquierda gubernamental no ha conseguido "vender" su política. En cambio, puede jactarse de haber logrado la unanimidad de los consumidores respecto de las nuevas larguezas de la pequeña pantalla.

Y sin embargo, para su comunicación pública, la izquierda en el poder no ha escatimado el uso de las modernas técnicas de venta y de creación de la demanda. En relación con el régimen anterior, ha incrementado notablemente su presupuesto publicitario. Ciertas apariciones del Presidente y del Primer Ministro por la televisión han demostrado que la izquierda gubernamental, seducida por los medios, quería seducir a su vez. Si bien, en período electoral, tuvo otro comportamiento, recobrando la vieja política del encuentro con el ciudadano en el terreno de sus preocupaciones cotidianas, su modo ordinario de gobernar, de encontrarse con el pueblo y de gestionar la relación con el país quiso inscribirse en la lógica mediática, aunque sin conseguirlo. Pese a lo cual, los años

(*) *Médias* en el original. Véanse, en el prólogo a la edición francesa de *De l'usage des médias en temps de crise*, las consideraciones de los autores sobre este término —que en la presente obra se traducirá por "medio(s)"— y expresiones afines (mass-media, medio de comunicación de masa.) (N del T.)

del gobierno de la izquierda habrán conseguido lo que el capital y las fuerzas del mercado no habían logrado hacer: habrán contribuido a otorgar plena legitimidad a esta lógica. La idea de que el espacio público, el espacio del debate democrático, se confunde con el espacio mediático pudo arraigar en las referencias colectivas. Los medios han dejado de ser ese quinto poder que la izquierda había demonizado; se han convertido en el lugar de la transparencia. Por la misma razón, el eco mediático se convierte en el criterio para enjuiciar tanto la eficacia política como el acierto de una idea o de un argumento.

La transparencia no se piensa, se vive. Porque la lógica mediática es, en primer lugar, una técnica de acción. Asumirlo significa adoptar el empirismo y el pragmatismo como método. Pragmatismo: el término está lanzado. La izquierda en el poder, del mismo modo que ha dejado de lado la reflexión sobre el dispositivo mediático, ha minimizado la reflexión sobre su proyecto tecnológico de "salida de la crisis". Una lógica oculta a otra. El pragmatismo mediático enmascaraba a otro, mucho más fundamentador: el pragmatismo de un proyecto de salida de la crisis cuyo único acaecer es la salida de la crisis. Un proyecto encerrado en el sofisma: a más tecnología corresponde más modernidad. A más modernidad, más tecnología.

¡Pragmatismo! ¿Qué es lo que no se hace en tu nombre? El poder de izquierdas, invocando los condicionamientos, reales, de la crisis, los reivindicará para cerrar el abanico de las opciones. Pero el "no nos cabe otra elección" también justificará que no se tenga sino un único discurso. Mientras que, en la sociedad civil, el discurso, liso y unívoco, nunca ha estado tan en crisis como ahora.

No se le pedía a la izquierda que resolviera lo imposible. Se le pedía, no obstante, que manifestara por qué todos los posibles no eran tales.

No se le pedía a la izquierda que resolviera todas las desigualdades. Se le pedía, no obstante, que no produjera un discurso que aparentaba como si ya no existiesen, que aparentaba que la liberación llegaría dejándose guiar por los condicionamientos.

No se le pedía que escapara de milagro a las fuertes tendencias de la internacionalización de las culturas y de las economías. Se le pedía, no obstante, que no presentara como ineluctable la elección de un empresario italiano (*) para lanzar una quinta cadena, invocando la profesionalidad y la técnica por encima de cualquier otra consideración de orden cultural.

(*) Se trata de Silvio Berlusconi, co-titular, junto con Jérôme Seydoux y Christophe Riboud, del consorcio al que la Administración socialista francesa otorgó, en noviembre de 1985, la primera concesión de la quinta cadena (la "Cinq") de televisión; titularidad que, desde febrero de 1987, comparte con el empresario de prensa Robert Hersant, en virtud de la autorización concedida al nuevo consorcio constituido al amparo de la reforma del audiovisual, introducida en 1986 por la coalición conservadora encabezada por el Primer Ministro Jacques Chirac. Berlusconi, que no ha ocultado el deseo de extender sus redes sobre la anunciada televisión privada española, adquirió, a finales de 1985, los Estudios Roma, de Madrid (N del T.).

No se le pedía que le dijera "Go home" a Disneylandia (*); se le pedía, no obstante, que no nos lo presentara, una vez más, como una solución ineluctable en nombre de la lucha contra el desempleo.

No se le pedía que prohibiera los "Pitufos" en Longwy. Se le pedía, no obstante, que demostrara que no ignoraba la violencia que, en el plano simbólico, podía contener esta sustitución de los emblemas (*Lorraine Cœur d'Acier* por *Lorraine Cœur de Schtroumpf*) (**). Porque, en efecto, es en el plano simbólico donde ha fracasado la izquierda. El materialismo vulgar de un socialismo convertido a los imperativos de los negocios se habrá impuesto a lo imaginario y a los deseos de un entendimiento amplio del acontecer.

Con el ascenso de las lógicas instrumentales se ha consumado la crisis del pensamiento teórico, iniciada mucho antes.

Pero al mismo tiempo, cual efecto perverso, la reconciliación de Francia con los medios es positiva en la medida en que ha contribuido a liquidar todo un pasivo de indiferencia elitista. ¿Acaso la izquierda cultural no creyó durante mucho tiempo que tenía un derecho divino sobre la cultura? ¿Acaso sus adversarios, durante años, no han sido incapaces de disputar la hegemonía de los intelectuales y de los creadores de izquierdas? ¿Acaso no es esta hegemonía natural, de la que parecía disfrutar y que, por otra parte, reactivaba su definición de la alta cultura, la que le permitió a esta izquierda eludir, durante años, la necesidad de interrogarse acerca del espacio mediático?

A semejanza del antiguo paisaje audiovisual, esta preponderancia, y las ilusiones que ha alimentado, pronto no serán más que un recuerdo. No es hora de lamentaciones. Si de algo sirvió el clima pragmático, fue para dar la última barrida a las aproximaciones normativas y a las teorías normalizadoras que han impedido el reconocimiento de lo real y la identificación de los hechos y de los objetos. Por provocante que esto pueda parecer, el triunfo del pragmatismo ¿no expresa acaso, en alguna parte, el fracaso de una concepción de la teoría, alejada del sujeto concreto y de la democracia en lo cotidiano? ¿Acaso no es su desenlace natural?

(*) Desde España se promovieron candidaturas alternativas para la instalación de este parque de atracciones en el litoral mediterráneo. La transnacional del entretenimiento se decantó, finalmente, por la región parisiense (N del T.).

(**) Longwy es una localidad sita en el corazón de la cuenca siderúrgica francesa (Lorena) donde la *Confédération Générale du Travail (CGT)* instaló, el 17 de marzo de 1979, la primera de sus "radios de lucha" (*Lorraine Cœur d'Acier*). Esta experiencia de radio participativa, no homologable con el fenómeno de las "radios libres", se prolongó por espacio de dieciocho meses, obediendo su interrupción a disensiones surgidas en el seno de la propia CGT, aunque, según observa uno de sus principales promotores, Marcel Trillat, al final "estaba completamente a contracorriente de la práctica del movimiento obrero en Francia" (N del T.).

Los autores aluden aquí a la falta de sensibilidad que encerraba la autorización por parte de la Administración socialista, en época de plena recesión, de un proyecto de instalación de una suerte de parque de atracciones o "Pitufolandia", precisamente en el emplazamiento de las desmanteladas plantas siderúrgicas que fuera escenario de luchas obreras y de la iniciativa protagonizada por la refenda emisora (*Schtroumpf* = Pitufo) (N del T.).

Esta época señala el fin de los "héroes de la teoría". Esta última puede empezar a descubrir su verdadero rostro, que no es otro que el de la distancia crítica que da sentido y relieve a lo inmediato. Un inmediato que no dejan de definir las múltiples mediaciones que caracterizan nuestras relaciones con el mundo.

Sin caer en la futurología, puede pretenderse que el tema de la comunicación tiene ante sí un gran porvenir. A pesar de lo que podría creerse por su fulgurante ascenso en las representaciones colectivas desde el final de los años setenta, hablar de ello no responde a una moda, a una coyuntura, sino, realmente, a un hecho de estructura. La comunicación ocupa, desde ahora, un lugar central en las estrategias que tienen por objeto la reestructuración de nuestras sociedades. Por medio de las tecnologías electrónicas, es una de las piezas maestras para la reconversión de los grandes países industrializados. Acompaña al nuevo despliegue de los poderes (y de los contra-poderes) en el espacio doméstico, en la escuela, en la fábrica, en la oficina, en el hospital, en el barrio, la región, la nación... Y, más allá, se ha convertido en un elemento clave de la internacionalización de las economías y de las culturas. Y, por tanto, en un reto para las relaciones entre los pueblos, entre las naciones y entre los bloques.

Comoquiera que el concepto no se confunde con la cosa, se admite, generalmente, que el concepto de perro no ladra ni menea el rabo y que el concepto de rosa... ¡no pincha! ¡Cuando se trata de "la comunicación" esto ya no es tan seguro! Se tiende a definirla a partir de sus aplicaciones y de sus usos, en vez de efectuar la operación teórica que permitiría tomar distancias respecto de los objetos técnicos, cada vez más presentes en nuestro entorno cotidiano.

Mientras que "la comunicación" suscita, hoy en día, una adhesión rayana en el consenso, dista mucho de obtener, en el ámbito de la teoría y de la definición del concepto, la notable unanimidad alcanzada a la luz de las candilejas. Optar por volver a la teoría es, pues, tratar de poner al día la contradictoria realidad de este campo de conocimientos para intentar restituir la red de significaciones en la que se inscriben las prácticas ordinarias de la comunicación: las prácticas de consumo, las prácticas profesionales de producción, las prácticas militantes de producción, etcétera.

Los análisis que se ofrecen a continuación son el fruto de andaduras personales que nos han permitido encontrar, aquí y acullá, en las aventuras de la vida y del pensamiento, los múltiples recorridos de aquellos y de aquellas que no han dejado de preguntarse sobre la relación de los intelectuales con la sociedad. Que estos numerosos amigos y amigas encuentren aquí la expresión de nuestra gratitud. Nuestro agradecimiento se dirige, especialmente, a François Gèze, quien, en numerosas ocasiones, nos ha ayudado a profundizar en algunos de nuestros interrogantes.

A. y M. Mattelart,
París, marzo de 1986

I. En la encrucijada de los discursos eruditos

El arrebató tecnológico que se apoderó de Francia hacia los años ochenta le ha otorgado al tema de la comunicación un extraordinario valor consensual.

Hoy en día se advierte un gran contraste entre la capacidad de convocatoria y de adhesión que tienen los proyectos de expansión de las nuevas tecnologías de comunicación y las dispersiones, las incertidumbres, las fluctuaciones que rodean, más que nunca, al estatuto teórico del campo de los conocimientos y de las prácticas agrupados bajo la noción de comunicación.

Atrapados en la avalancha cotidiana de revelaciones sobre el porvenir de las nuevas redes técnicas, ¿quién negaría que nos resulta más difícil extraer interrogantes generales? Si bien nos informa con prolijidad sobre la historia presente, puntualmente producida, de la expansión tecnológica, este flujo mediático complica el trabajo de la reflexión sobre estos nuevos objetos técnicos y hace más ardua la tarea de establecer el estatuto de la teoría.

Es la advertencia que, desde diversas atalayas, hacen numerosos científicos y pedagogos. El informático Maurice Nivat, en su informe *Savoir et savoir-faire informatique* ("Saber y saber-hacer informático"), entregado en 1983 a los ministros de Educación Nacional y de Industria e Investigación, señalaba algunos de los escollos con los que tropezaba la reflexión teórica en su disciplina: "En informática, la voz de los investigadores apenas se oye, está tapada por el ruido que nos llega de América y del Japón, ruido formado, en gran parte, por publicidad más o menos engañosa (hay que tener en cuenta que también se nota en estos países la ausencia de investigadores informáticos cuya voz sea muy escuchada). La informática aparece así, como muy desordenada; todo lo que parece recién llegado de California se considera, *a priori*, interesante; todas las cuestiones planteadas lo son en pie de igualdad y la investigación se dispersa en otros tantos fragmentos. No se conseguirá salir de apuros si no se jerarquizan un poco los problemas, si no se señalan algunos como importantes o fundamentales y no se seleccionan áreas de actuación... La teoría es un marco y un soporte del pensamiento, por cuya mediación se comunican los conocimientos, especialmente a los jóvenes, lo cual es fundamental...(1)".

Partiendo, esta vez, de una reflexión sobre la escuela y las nuevas técnicas de la informática y del audiovisual, Roland Carraz, en su informe *Recherche en éducation et socialisation de l'enfant* ("Investigación en educación y socialización del niño") se interroga acerca de la dificultad para estructurar el saber y los conocimientos en una sociedad en la que

los medios ocupan un lugar primordial en la transmisión de los conocimientos: "Existe el considerable riesgo de que las asociaciones de ideas sustituyan al encadenamiento lógico de los conceptos y que una valoración de lo inmediato, de lo espontáneo, de lo que está al alcance de la mano, haga olvidar el tiempo necesario de la distancia, del trabajo y del esfuerzo que requiere la elaboración objetiva del saber. Si la civilización de la imagen, de la informática y de la electrónica no da lugar a un análisis de larga duración sobre la manera en que estos nuevos lenguajes pueden ser dominados y no suscita entre los ciudadanos nuevas posibilidades de imaginación, de creación y de responsabilidad, corremos, ciertamente, el riesgo de encontrarnos, sin haberlo querido, en una sociedad en la que los individuos no tendrán posibilidad de distanciarse de los objetos, y, por consiguiente, de su propia demanda (2)".

Para la mayoría de la gente, el discurso promocional y publicitario sobre los nuevos productos constituye el principal modo de acceso al conocimiento de las nuevas dimensiones de estos objetos técnicos. Para la mayoría, lectora de los diarios y de las revistas de información, los análisis, frecuentemente agudos y copiosamente documentados, de esta nueva generación de periodistas que ha hecho su aparición en el campo de la comunicación, proponen un marco de referencias más ordenado. Pero, una vez más, si bien es cierto que los periodistas palián la ausencia de vulgarización por parte de los investigadores, su trabajo, forzosamente, sigue estando sometido a la necesidad de informar rápidamente acerca de una realidad extremadamente móvil y cuya propia movilidad alimenta, con exuberancia, su discurso. Porque el tiempo de la escritura periodística no es el de la reflexión teórica, incluso si el momento presente tiende a promover esta nueva forma de periodismo como si fuera la expresión, con sus ventajas y con sus limitaciones, del pensamiento que se precisa para aprehender el nuevo entorno tecnológico. Las fronteras entre uno y otro saber, por otra parte, se confunden cada día más, en la medida en que el propio sector científico padece, una y otra vez, la tentación de pensar en función de la difusión mediática. Son numerosos los científicos que ya no hacen ciencia como se hacía hace diez años, porque los conocimientos científicos no se difunden de la misma forma.

Pero estos pocos factores no son nada en comparación con los lastres de una herencia histórica que ha contribuido a dificultar el reconocimiento del campo teórico de las disciplinas de la comunicación (o que no le ha otorgado parcelas de legitimidad, salvo desde ángulos hiperselectivos). Esta herencia es condicionante. La institución académica se ha resistido a reconocer la legitimidad del estudio de la llamada comunicación de masa. ¿Cuántos investigadores no se han creído en la obligación de disculparse por la trivialidad de este tema frente a la nobleza de los géneros literarios o a la estética del cine de autor?

Esta falta de legitimidad de un objeto de estudio no deja de tener cierta similitud con la falta de legitimidad, en el campo de la producción literaria, de las "novelas populares" desde el momento mismo de su apari-

ción, a finales del siglo pasado. "El principio de incompatibilidad entre el arte y el dinero, que subyace en la representación dominante del universo artístico, trae consigo que se identifique "comercio" (en el sentido vulgar del término) con "producción para el vulgo". La carrera de novelista popular se concibe entonces como una opción deliberada, asumida por quienes se hartan de las exigencias de una vocación desinteresada y a los que atraen las esperanzas de fáciles ganancias (3)".

Esta vieja diferenciación, por lo demás, ha logrado expresarse en el campo de la producción audiovisual, donde se oponen, en el seno de las representaciones, el legítimo estatuto del director de cine y el estatuto devaluado del realizador de televisión. Este sentimiento de jerarquía ha tenido la oportunidad de expresarse, a menudo, en la televisión francesa, donde los realizadores se han empeñado, precisamente, en reivindicar el estatuto de autor. Citemos a Serge Moati: "Lo que me fascina del cine es el aspecto único; es un objeto mágico. Nosotros, en cierto modo, producimos en serie; como mucho, alta costura, pero alta costura en serie... y, la mayoría de las veces, hacemos artículos de *Monoprix* (*) (por lo demás, tiene su encanto *Monoprix*) (4)".

Es preciso hacer hincapié en algunos hitos de la historia de la construcción de un campo de investigación: el de la comunicación. Una historia que nos indica qué cuestiones han adquirido pertinencia y cuáles no, y que permite vislumbrar la forma en que la sociedad francesa ha reflexionado sobre sí misma y ha hablado de sí misma a través de este ámbito (5).

La tarea que acometeremos en esta primera parte no debe ser mal interpretada. Evidentemente, del estado de la investigación universitaria en comunicación no puede deducirse el estado de las preocupaciones que animan a los diferentes componentes de la sociedad civil. Puede que la institución académica no refleje el espectro de los interrogantes que se plantean los diversos actores sociales. Este desfase entre los temas de investigación que han movilizad a la docta institución y las preocupaciones de la sociedad civil ha sido especialmente apreciable en el ámbito de las prácticas de intervención social y, sobre todo, de la comunicación local. De hecho, numerosos investigadores independientes o grupos, inscritos, tanto unos como otros, en una perspectiva de investigación-acción, vinculados a los nuevos movimientos sociales, han suplido, durante mucho tiempo, las carencias de la institución y han abierto nuevos campos de investigación.

Una vez hecha esta importante reserva, hay que señalar, no obstante, que la producción científica no está tan desligada de la producción de la sociedad como para poder considerarla únicamente como la expresión de obsesiones de la clase intelectual.

(*) Nombre de marca de una cadena de establecimientos comerciales populares arraigados en Francia, que por un proceso de transferencia semántica se ha identificado con un tipo de supermercados y se aplica, por extensión, a los artículos que en los mismos se expenden, caracterizados por su producción en serie, precios asequibles y fijos, calidad estándar, etc. (N del T)

1. De la dificultad para reflexionar sobre la comunicación

IMPORTACIÓN/EXPORTACIÓN

Francia ha sido, tradicionalmente, un lugar importante de producción y exportación de conceptos. Esta importancia es aún más apreciable si se tiene en cuenta que este manantial parece agotarse en provecho de la adhesión a un discurso tecnocrático, forma que adopta cierto pensamiento de modernidad cosmopolita. De hecho, es lo que deploran numerosos círculos intelectuales en el extranjero, que temen que la riqueza de la acumulación realizada en el pasado, en los campos de la cultura, de la ideología y del Estado, en particular, no se renueve con motivo de los nuevos desafíos que acompañan a las mutaciones de hoy.

He aquí una paradoja. A pesar de que la clase intelectual francesa, gracias a su producción teórica, ha fecundado numerosas investigaciones en todas las latitudes, los dispositivos conceptuales elaborados *intra muros* en los campos antes mencionados —la ideología, la cultura, el Estado, puntos fuertes de su preponderancia teórica— apenas si han sido empleados en el estudio de los sistemas de comunicación y de información. Basta con pensar en la forma en que la teoría althusseriana de los aparatos ideológicos de Estado ha influido en las investigaciones sobre la prensa, la televisión o, incluso, sobre la religión en América Latina, por ejemplo, o en las huellas que ha dejado en los análisis sobre la producción mediática en Gran Bretaña (1). Podríamos añadir otros muchos ejemplos. Después de Louis Althusser, podríamos mencionar la escuela lingüística estructural francesa, con Greimas, Barthes, Metz, etc., y, más cerca de nosotros, las teorías sobre la micro-física del poder, de Foucault, las teorías de Deleuze y Guattari, y, claro está, la aproximación lacaniana. Todas estas teorías han contribuido ampliamente a la aparición de nuevos interrogantes dirigidos a la cultura popular, a la interacción texto-sujeto, a los procesos de producción del sentido, al análisis de los poderes y de los contrapoderes.

Ni que decir tiene que, en los círculos intelectuales extranjeros, estas aportaciones teóricas han sido sometidas al trabajo de alquimia de la reappropriación, de la reinterpretación e, incluso, de la refutación crítica y de la superación. El fenómeno althusseriano vivido por América Latina está ahí para recordarnos, tanto por la amplitud del arrebato como por la severidad de la refutación crítica, los gajes de los intercambios teóricos. Estos intercambios distan mucho de haber sido sincrónicos, es decir, de haberse producido en el momento en que dichas corrientes establecían su hegemonía en Francia. En este sentido, el lingüista Michel Pécheux había puesto de relieve el desfase entre el auge de la influencia de la lingüística estructural francesa en numerosos países extranjeros, respecto

de los especialistas en ciencias de los textos (incluidos los textos mediáticos) y su crisis *in domo*. "La paradoja de los primeros años ochenta, decía en julio de 1983, consiste en que el atasco del estructuralismo francés, su derrumbamiento en cuanto "ciencia regia" (que, no obstante, sigue produciendo efectos, especialmente en el espacio latinoamericano) coincide con un incremento de la recepción de los trabajos de Lacan, Barthes, Derrida y Foucault en el ámbito anglosajón, tanto en Inglaterra y en la República Federal de Alemania como en Estados Unidos. Así pues, debido a un extraño efecto basculante, en el preciso momento en que América descubre el estructuralismo, la intelectualidad francesa hace "borrón y cuenta nueva" y despliega un masivo resentimiento respecto de las teorías, sospechosas de haber pretendido hablar en nombre de las masas, al tiempo que produce una larga serie de gestos simbólicos ineficaces y de performativos políticos poco afortunados (2)".

Es este mismo fenómeno el que señalaba un investigador latinoamericano, al destacar las influencias experimentadas en el ámbito de las ciencias de la comunicación durante los años sesenta, en esta región del mundo: "La década del sesenta fue caracterizada como el comienzo de un «boom» de nuevos estudios sobre la comunicación masiva a nivel mundial. De hecho valdría la pena conferirle cierta importancia a una mirada retrospectiva sobre la fecunda producción italiana y francesa. Umberto Eco y Gillo Dorfles, entre los italianos, aun antes de que fueran tomados seriamente en cuenta en Alemania y Estados Unidos, tanto para citar el ejemplo de dos países que se suelen considerar «informados» en la materia, ya ejercían relativa influencia entre los investigadores de la comunicación en América Latina. Algo parecido, y quizás con mayor intensidad todavía, ocurrió con ciertas áreas incidentes de la producción francesa, desde algunos representantes del multifacético estructuralismo, con la importancia peculiar de R. Barthes en el caso, hasta el aporte tal vez más original de un J. Baudrillard. Estábamos todavía básicamente en un período de influencias importadas desde afuera. Con todo, valdría la pena cuantificar lo diversificado de esas influencias. Nuestra sospecha es la de que nos toparíamos con una dosis notable de influencia europea, aun antes de la puesta al día de las traducciones /.../ Salvo algunas individualidades, fue realmente en la década de los setenta cuando se produjeron corrientes más autóctonas (3)".

Muchas exportaciones, pocas importaciones, al menos en el ámbito de la teoría crítica de la comunicación, hasta hace poco (4). En Francia nos hemos permitido ignorar una escuela tan irradiante como la escuela de Birmingham, capitaneada por Stuart Hall (5), quien ha innovado considerablemente en materia de estudio de las culturas populares, tras haberse alimentado de Althusser y de Barthes. Por si fuera poco, las obras de la Escuela de Francfort sólo se tradujeron parcialmente y mucho más tarde que en la mayoría de los restantes países. El concepto de "industria cultural" hubo de transitar a través de un trabajo de Edgar Morin para que sus creadores, Adorno y Horkheimer, se dieran a conocer entre nosotros.

¿Cómo es que los conceptos forjados en Francia han podido tener efectos sobre el estudio de la producción cultural en otros países de Europa y en otros continentes, mientras que, entre nosotros, raras veces han sido utilizados para la investigación en comunicación?

LOS LÍMITES DE LO NACIONAL

Si existe un aparato de socialización que haya sido privilegiado en Francia por el análisis crítico de los mecanismos de producción de signos, de valores y de normas relativas al poder, ese es el aparato educativo. Se ha perdido la cuenta de las corrientes que se han introducido en este ámbito concreto de la reproducción social, desde la sociología de la cultura, con los trabajos de Pierre Bourdieu y de Jean-Claude Passeron, hasta la corriente althusseriana, representada por Baudelot y Establet. En comparación con la acumulación de conocimientos acerca de la escuela, resultan sorprendentes la relativa escasez y la extremada parcelación de las preocupaciones científicas en el ámbito de la crítica de los medios. Y, sobre todo, llama poderosamente la atención el hecho de que haya habido tan poco intercambio conceptual entre estos dos campos de estudio de la reproducción social.

Puede aventurarse que esta preeminencia del campo educativo no hace sino ratificar la realidad histórica de la importancia que tuvo la escuela en Francia para la formación de la cohesión nacional. ¿Acaso no ha competido ventajosamente la escuela, durante mucho tiempo, con los medios de comunicación de masa en la producción del consenso y del saber? ¿Es preciso recordar que hubo de esperarse hasta 1979 para que uno de los teóricos más prolíficos sobre la cuestión del Estado, Nicos Poulantzas, admitiera el desplazamiento del rol ideológico primordial de la escuela, de la universidad, del campo literario, en beneficio de los medios audiovisuales (6)? ¿Pero no resulta quizás algo insuficiente esta explicación de la prioridad de la escuela en la realidad de la formación política y cultural de la sociedad francesa? ¿Es una realidad tan característica de Francia?

Esa idea de la prioridad de la escuela, y esta otra del retraso tecnológico del dispositivo mediático francés, que a menudo aparece a modo de explicación de la primera, ciertamente no reflejan, por ejemplo, esta tendencia muy althusseriana que incluye a la escuela y al aparato de información y de difusión cultural de masa en la categoría de los "aparatos ideológicos de Estado", sin preocuparse por el carácter público o privado de su estatuto. Era el propio Althusser quien escribía: "Que estas instituciones sean parcial o totalmente privadas, eso no cambia nada... Lo que importa es su funcionamiento. Unas instituciones privadas pueden funcionar perfectamente como aparatos ideológicos de Estado (7)". Para Althusser, lo que constituye la unidad del cuerpo, aparentemente desmembrado, de los aparatos ideológicos de Estado, es este mismo funcionamiento.

De esta forma, el Estado lo sería casi todo, ya que no hay nada que no esté más o menos impregnado por la ideología dominante.

Concepción ahistórica, si cabe, toda vez que, al quedar consagrado el rol prioritario de la escuela, no cabía interrogarse sobre los posibles deslizamientos de hegemonía entre los diversos componentes de los aparatos ideológicos de Estado y, por otra parte, tampoco cabía preguntarse sobre lo que podía significar un eventual proceso de privatización del servicio público. Más grave aun: el teoricismo althusseriano, encerrado en la racionalidad de la reproducción social, consideraba la "estructura" como una máquina autosuficiente y autoabastecida. Nueva versión del funcionalismo de izquierdas, se administraba, esencialmente, al margen de las contradicciones sociales que atravesaban tanto el Estado como la sociedad civil.

Por parte de la sociedad civil, en aquella época, numerosos movimientos sociales esbozaban, a la sombra de las nuevas luchas sociales, un movimiento de retorno a lo vivido, a la memoria y a las culturas populares. Estos movimientos, en busca de nuevas formas de comunicación, experimentaban la necesidad fundamental de aproximarse de otra forma a la realidad y de poner en práctica otros medios para movilizar el saber colectivo.

Añadamos que el teoricismo althusseriano se adaptaba muy bien al papel atribuido a los intelectuales por el Partido, que les permitía producir conceptos y les dejaba que creyeran que así cambiaban el mundo. Por un lado, las estrategias corporativistas situadas bajo el signo de la reivindicación economista de las grandes organizaciones sindicales y políticas; por otro, el idealismo de la producción teórica. Las secuelas de este desfase acarrearán consecuencias especialmente graves para la evolución de los servicios públicos. Esta situación esquizofrénica impidió que se desarrollara un pensamiento crítico sobre la necesaria evolución de la noción de servicio público en los campos de la educación, la cultura y la comunicación. Sin embargo, el momento en que surge la teoría de los aparatos ideológicos de Estado no es tan lejano de aquel otro en que, por vez primera, el servicio público es cuestionado por la lógica comercial que desencadenó, en 1974, la fragmentación de la ORTF (*).

Dejemos que sean los historiadores o, incluso, los antropólogos quienes se encarguen de jerarquizar las razones por las que la sociedad francesa en su conjunto, y no solamente la izquierda marxista, durante mucho tiempo, sólo se fijó en la escuela. Por nuestra parte, emitimos una hipótesis: ¿no será que existe un estrecho vínculo entre esta focalización sobre la escuela y la tendencia a recluir el análisis de los mecanismos de la reproducción social dentro de una problemática que no trasciende las fronteras del Estado-nación? Ahora bien, el auge de la producción cultu-

(*) Siglas correspondientes a Office de la Radiodiffusion-Télévision Française, organismo autónomo de carácter industrial y comercial, creado en 1964, en sustitución de la antigua RTF, para la gestión del servicio público de la radiodifusión y la televisión (N del T.).

ral industrializada, proyecta, de una forma o de otra, una sociedad nacional en las avanzadas de la internacionalización de las culturas y de las sub-culturas. Por otra parte, y en la misma perspectiva, puede sospecharse que la focalización sobre la escuela es paralela a la evitación de una cuestión que se ha convertido en clave, aunque sólo paulatinamente: la imbricación de las formas de producción y difusión del saber en las mutaciones del dispositivo comercial e industrial y, más globalmente, la intervención de la tecnología en la producción cultural.

Si pretender establecer una relación mecánica de causa a efecto, o de efecto a causa, en estas focalizaciones simultáneas sobre la escuela y sobre lo nacional, se advierte que otro punto a destacar en la investigación sobre la comunicación en Francia lo constituye, precisamente, la falta de interrogantes acerca del proceso de internacionalización. Esta carencia era, hasta hace poco, tan clamorosa que, en 1979, Jacques Rigaud, en un informe entregado al ministro de Asuntos Exteriores del gobierno de Valéry Giscard d'Estaing, escribía: "La interdependencia de las culturas ya no es un tema de reflexión filosófica, sino una realidad vivida. Unos modelos dominantes, difundidos por los imperialismos ideológicos o económicos, o simplemente a través de la uniformización de las costumbres, crean referencias y valores de alcance planetario. De donde resulta una doble tendencia, visible en todas las partes del mundo, a la exaltación de la identidad cultural de las naciones, de las comunidades locales, de toda suerte de minorías, y al reconocimiento de esta emergente civilización de lo universal. Un país como Francia debería, más que otros, ser sensible a esta noción de interdependencia, porque su cultura mucho ha dado y mucho ha recibido... Por desgracia, no siempre es así. Incluso nos tentaría decir que Francia se aleja a buen paso de su tradición de internacionalismo cultural... Nos replegamos sobre el hexágono (*) y creemos que aún brillamos sobre el mundo (8)". Por primera vez en un informe oficial, el que luego se convertiría en el responsable de RTL (**), señalaba la escasa importancia que el aparato diplomático francés y, con él, el conjunto de la sociedad, parapetados en la idea de la soberanía de la cultura nacional, concedían al auge del nuevo paradigma suscitado por la competitividad en los mercados internacionales.

Por tanto, será fácil de comprender por qué los retos de la internacionalización apenas están presentes, o sólo se perciben muy vagamente, en las representaciones colectivas.

Las investigaciones —que siguen siendo minoritarias— sobre la internacionalización de los sistemas de comunicación (9) no empezarán a hacer su aparición en Francia hasta la segunda mitad de los años setenta.

(*) Expresión doméstica que se emplea para denominar a Francia, y más concretamente a su territorio metropolitano, cuya forma perimetral evoca, en contraste con los territorios de ultramar o las antiguas colonias. (N del T).

(**) Siglas de Radio-Télé Luxembourg, razón social de la Compagnie Luxembourgeoise de Télédiffusion (CLT). Forma parte de las llamadas "estaciones periféricas" que, ubicadas en país extranjero (en este caso Luxemburgo) a cuya legislación están sometidas, emiten en francés programas destinados a un público francés. (N del T).

LOS LÍMITES DE LA CENTRALIDAD

El anclaje de las problemáticas de la cultura y de la comunicación en el recinto nacional (que no hacía más que responder al centralismo propio de la idea de lo nacional, tal como había sido vivida históricamente en Francia) trae consigo la marginación de toda una reflexión acerca de las subculturas y de las especificidades locales y regionales.

Así, en 1979, el sociólogo Louis Quéré observaba: "En Francia, apenas empezamos a interesarnos por estas cuestiones (las de la sociabilidad local y las de la comunicación local) mientras que, desde hace mucho tiempo, vienen cautivando la atención en otros países, concretamente en Gran Bretaña, donde los investigadores han multiplicado las observaciones sobre los estilos de vida, las relaciones de vecindad, la participación en las asociaciones locales y diversas prácticas de sociabilidad... Pero no obstante, esta cuestión, a menudo, sólo se aborda desde el ángulo de la observación de las relaciones interindividuales o de la medición de la frecuencia de los contactos entre individuos. Se escapa entonces del análisis toda la dimensión propiamente simbólica del intercambio social, constitutiva de una cultura y de una sociabilidad. De ahí el interés por integrar esta dimensión en una observación de los mecanismos de la comunicación local [...] Téngase en cuenta que tal orientación implica exigencias metodológicas: en particular, el conocimiento detallado de los procesos sociales constitutivos de la socialidad local y de la economía del poder local requiere una observación de tipo antropológico, incompatible con la costumbre que los sociólogos tienen de atravesar los terrenos que estudian recorriendo las autopistas en vez de los pequeños caminos vecinales (10)".

Desde hace algún tiempo, y mucho antes de que lo hiciera la investigación sobre la comunicación, ciertas aproximaciones geográficas francesas han subrayado la pertinencia del objeto local. Con el auge de la descentralización y de los proyectos de implantación de las redes locales, estas contribuciones adquieren hoy un especial relieve. Es el punto de vista, concretamente, de un geógrafo como Armand Frémont: "La comunicación ocupa hoy un lugar importante en las reflexiones de la geografía que se enfrenta a un análisis de la transformación del espacio y de la forma en que las colectividades lo construyen y se lo apropian (11)". La acción desespacializante y deslocalizante de los grandes medios audiovisuales de comunicación de masa es susceptible de entrar en conflicto con la lógica de relocalización de la que son portadores el cable y las redes locales y que deja aparecer los retos de una nueva delimitación del espacio. "El poder, que siempre ha estado asociado a una idea de centro y de polo, ¿podría ejercerse el día de mañana sin hacer referencia a lo que durante mucho tiempo ha sido una de sus características (12)?"

El geógrafo Roger Brunet ha formulado un mismo haz de preguntas. Advierte cómo todo un conjunto de investigaciones empieza a orientarse

hacia los nuevos usos sociales del espacio, escrutando no sólo las transformaciones materiales de los espacios, sino también las relaciones de los habitantes con el espacio: actitudes, representaciones, mitos, valores. "El fomento de los «nuevos espacios de solidaridad», «reservas de empleo» y otros «países», de los conceptos y de los fantasmas sobre la identidad cultural local y regional, sobre la dialéctica de los poderes local y central, no podría dejar indiferentes a unos geógrafos que, durante mucho tiempo, han vivido su desarrollo sobre el terreno. Toda una serie de debates sobre el territorio y la territorialidad, sobre lo "local", sobre la gestión de los espacios de la vida cotidiana y los espacios de esparcimiento, sobre la descentralización, por último, requieren la movilización del saber práctico de los geógrafos y la producción de un aparato teórico del que hasta ahora sólo aparecen algunos lineamientos (13)".

Esta invitación de los geógrafos para explorar juntos nuevos terrenos transdisciplinarios que rodean el objeto "comunicación" aún no ha sido formulada, al menos de forma tan clara, por los historiadores. A pesar de que las luces que la problemática de la "historia de las mentalidades" aporta a la relación entre la formación de los dispositivos del poder y las resistencias populares serían de gran utilidad, tanto para trazar la genealogía de los sistemas contemporáneos de comunicación como para el análisis de las modalidades de la interacción de los diversos grupos sociales con los dispositivos mediáticos, tanto si se trata de soportes de masa o de soportes fragmentados.

La "historia de las mentalidades", acercamiento fecundo entre filósofos, etnólogos e historiadores, ha experimentado, en el transcurso de los últimos años, un considerable auge y, a la vez, una profunda renovación metodológica. El nuevo replanteamiento ha obligado a los historiadores a buscar nuevas fuentes o a releer, de forma diferente, materiales ya conocidos, pero, sobre todo, a extender considerablemente su territorio: maneras de amar, de vivir y de morir, estructuración del espacio y del tiempo, categorías de los sistemas de representación, simbólica de los gestos, iconografía. Un ámbito, en especial, parece prometedor: el de las relaciones entre cultura erudita y cultura popular: "Lejos de pretender identificar una cultura o una religión popular "pura" que, en cierto modo, serían "originales" y estarían desembarazadas de las escorias que el tiempo ha depositado en ellas, los historiadores, al contrario, se han esforzado en delimitar los lugares estratégicos de encuentro en los que se han producido intercambios, préstamos, pero también conflictos y resistencias (14)". En otro plano, los trabajos llevados a cabo por los historiadores respecto de la producción y circulación del libro, así como de los hábitos de lectura, ofrecen pistas de reflexión sobre el paso de una alfabetización restringida a una alfabetización generalizada, de una cultura oral a una cultura masivamente escrita.

En un país como Francia, los historiadores de las mentalidades, sin duda, han ilustrado mejor las resistencias que, durante el siglo de las Luces, opusieron los nuevos alfabetizados de los sectores populares al paso

de la cultura oral a la cultural escrita, que la sociología de los medios, con ocasión del tránsito del escrito al audiovisual y, *a fortiori*, del audiovisual a la informática

UNA CONCEPCIÓN DE LA CLASE MEDIA

No hay Estado sin clase media. Es lo que decía Hegel. Allí donde Marx veía a la pareja "burguesía-proletariado" como motor de la historia, al predecir la desaparición de la clase media, Hegel convertiría a esta última en el centro, esencial, de lo que él llamaba la "sociedad civil (15)". Y, según él, la sociedad del mañana sería una sociedad de clases medias, "media" con todo el cortejo de connotaciones del término, que evocan otras tantas funciones: mediación, intermediario, medios. Lo hemos olvidado. Los creadores del concepto "sociedad de consumo", al fusionar todas las masas en este crisol, en el transcurso del período de crecimiento de los *golden sixties*, han convertido esta "mayoría silenciosa", otra denominación de la clase media, en un componente inerte de la sociedad moderna, en una especie de blando denominador común que no tenía otra identidad que la de representar "la media" de las aspiraciones, de los poderes adquisitivos, en suma, el perfil estadístico del ciudadano consumidor. Allí donde Hegel había visto el lugar en que se "encontraba la inteligencia cultivada y la conciencia jurídica de la masa del pueblo", allí donde había visto una clase universal que sirve de mediación entre la producción de las cosas y la de las relaciones socio-políticas, la sociología crítica adquirió la costumbre de ver el lugar en que "la industria del embrutecimiento" moldeaba mejor las mentalidades.

Hasta se llegó a olvidar que esta clase también trabajaba. Tal era la fuerza de la ideología del consumo y la del ocio para definirla. Un ocio que respondía al "gusto pequeño-burgués", a esa cultura y a esa ideología pequeño-burguesa a la que Barthes calificaba de "residuos de la cultura burguesa, de las verdades burguesas degradadas, empobrecidas, comercializadas, ligeramente arcaizantes o, si se prefiere, pasadas de moda (16)". Caracterización que no deja de evocar la de Pierre Bourdieu: el pequeño burgués es "un proletario que se hace pequeño para convertirse en burgués (17)". Del achatamiento cultural pequeño-burgués sólo se salvaba la fracción intelectual, preferentemente literaria y filosófica, de dicha clase, en tanto que portadora de la alta cultura y de los saberes nobles. Esta noción delimitaba el territorio y el contenido de la función del intelectual, excluyendo otras posibles definiciones de los portadores del saber y de la cultura, ingenieros, científicos, investigadores, profesionales de la comunicación, todos los "técnicos del saber práctico", según la expresión de Sartre.

Hoy, estalla el malestar. Al concepto de clase media y de pequeña burguesía le han sucedido conceptos que procuran dar cuenta de una nueva realidad: nueva clase de profesionales, nueva pequeña burguesía,

"tercera clase", tecnocracia, tecnoestructura. La escalada de las aproximaciones pone de manifiesto que aún se está lejos de acotar su naturaleza. Todas estas expresiones coinciden en indicar el ascenso de nuevas capas sociales, la transformación del proceso de trabajo, la integración, cada vez mayor, del trabajo intelectual en este último, por mediación del techno-conocimiento, pero también, nuevas configuraciones del poder.

La herencia que se asume es pesada cuando se trata de devolverle a la "clase media" una identidad que ya no le confine en su estatuto de consumidora emblemática del ocio de la sociedad moderna. El hecho de que la noción de "diversión", como territorio de libertad, de placer, de goce, pueda hoy abrirse camino tan fácilmente ¿acaso no obedece también a que los análisis, desde el principio, han escindido, pese a ser indisoluble —Brecht estaba en lo cierto—, la pareja trabajo-ocio?

EL OLVIDO DE LA ECONOMÍA

Cuando, en 1961, salió el primer número de la revista *Communications*, que, durante los años sesenta y los primeros años setenta, supuso una alternativa francesa transdisciplinar, uno de los pocos economistas del cine en aquella época, Henri Mercillon, se apresuró a señalar a la redacción la estupefacción que le había embargado ante el "olvido de la economía" en la declaración de principios que había orientado el lanzamiento de la publicación: "Sin caer en la trampa de un determinismo marxista un tanto simplista, asombra ver que se ignora la influencia del hecho económico. No faltan ejemplos de críticos de cine siempre dispuestos a denunciar en su profesión de fe política "la influencia de la infraestructura sobre la superestructura", pero que construyen sus doctos artículos sin hacer jamás referencia a los problemas planteados por la economía del séptimo arte; o de sociólogos expertos en *mass communications*, pero desatentos a los cambios de estructura de los difusores audiovisuales. Se produce aquí una sorprendente desconexión... Sin embargo, por los capitales puestos en juego, por su complejo régimen económico y financiero, por la encarnizada competencia a la que se entregan, por el lugar que ocupan en el concierto económico, las industrias culturales no merecen el silencio al que se les reduce y del que, hemos de añadir, se sienten muy satisfechas (18)".

A lo largo de los veinte años siguientes, esta observación se reiterará en frecuentes ocasiones. En 1976, al hacer el balance de las investigaciones económicas sobre las artes y la cultura en Francia, una investigadora comprobaba la dificultad para legitimar este tipo de enfoque: "A veces, se llega a poner en duda la utilidad de este tipo de investigación; coartada en el mejor de los casos, peligro en el peor, o, sencillamente, puestas en tela de juicio o costosas respecto de otras prioridades más... reales: inventariar el patrimonio o incluso impedir que muera. Mientras que, con

demasiada frecuencia, las decisiones de política cultural parecen depender aún de la "era de los gustos y de los colores" (19)".

A partir de la segunda mitad de los años setenta empezaba, no obstante, a abrirse paso la idea de la importancia de una investigación económica. La urgencia de reubicar la evolución de las prácticas culturales en el contexto industrial y comercial de la producción cultural de masa era reconocida por un puñado de investigadores (20). En este sentido, el centro de sociología de la educación y de la cultura, dirigido por Pierre Bourdieu, deseaba "vivamente atraer economistas hacia esta nueva economía de los bienes simbólicos (21)".

Unos diez años más tarde, algunos cuestionarán los préstamos tomados de la economía política por la escuela de Pierre Bourdieu. Le reprocharán haber parodiado el lenguaje de aquélla al intentar superar el economicismo de los enfoques de la teoría económica. Con el título de "Metáfora económica y magia social", Annie Cot y Bruno Lautier señalan que "el ejercicio que consiste en tomar prestado al discurso económico un enunciado trivial y en atribuirle un sentido asociando los términos «mercado», «capital», o «ganancia» con los calificativos «lingüístico», «simbólico» o «de distinción» se parece menos a la metáfora que a la parodia, tal como la definía Louis Marin: esta estrategia de descripción y de análisis llevada a cabo por el desplazamiento de una terminología y de unas nociones fuera del ámbito en el que han sido producidas, disociadas de los actos epistemológicos y metodológicos que les han dado origen, por la puesta en juego en un escenario diferente (22)".

Pese a los límites de la política estatal en materia de investigaciones, entre 1976 y 1977 se realizará un estudio pionero sobre la economía de las industrias culturales, financiado por organismos oficiales. Este trabajo, así como los que se han mencionado anteriormente, sobre la internacionalización, señalan el advenimiento de un nuevo tipo de investigación. Los autores de *Capitalismo e industrias culturales* expresan con claridad la genealogía de esta problemática: "Nuestra orientación se inscribe en una iniciativa empezada hace ya algunos años y que nos había conducido, a partir de los interrogantes que nos planteaban, concretamente, las luchas, cada vez más numerosas, entabladas en el terreno cultural, a analizar, en términos de aparato ideológico de Estado, la aparición y la institucionalización de estructuras especializadas de acción cultural. Deseosos, luego, de aprehender la influencia de la acción cultural en las formas y contenidos del intercambio mercantil, la reflexión nos llevó a considerar la necesidad de no segregar el estudio del intercambio (es decir, de la realización del valor) del estudio de la producción y, por consiguiente, de tener en cuenta la unidad del capital. De ahí esta obra, dedicada, principalmente, al análisis económico de productos y servicios culturales (23)".

En esta época, también, es cuando se inicia otra corriente de investigación, que no gira esta vez en torno a las "industrias culturales" sino a las telecomunicaciones y a las nuevas "redes", bautizadas, de entrada,

como "redes pensantes". Los lugares de inspiración teórica y de tradición política que nutren este eje de investigaciones son muy distintos de aquellos en los que se alimenta el estudio sobre las industrias culturales antes mencionado. Mientras que, en sus comienzos, el polo "industrias culturales" es asunto de economistas y de sociólogos críticos que estudian las políticas de animación y de democratización culturales, y su creciente dependencia del circuito de la mercancía, el polo "redes" está más relacionado con las preocupaciones de planificación industrial: franquea el paso de la investigación sobre los sistemas de comunicación a los grandes cuerpos técnicos y administrativos del Estado. En el marco de las políticas de modernización de la red telefónica y de las estrategias de informatización emprendidas a partir de 1975, el análisis y la teoría de los sistemas empiezan a tomar cuerpo, en medio de numerosas contradicciones, en el renovado campo de los estudios operativos sobre la comunicación.

Contradicciones que pueden detectarse desde abril de 1977, durante un coloquio, organizado por el Centro nacional de estudios de las telecomunicaciones (CNET), que rubrica el ingreso de las ciencias sociales en el ámbito de las telecomunicaciones. Por primera vez, se hará referencia a la articulación entre innovación técnica y cambio social. Numerosas ponencias versarán sobre la "economía informacional", y ratificarán la idea de que el desarrollo económico podía ser reactivado mediante los bienes y servicios de información, sustituyendo a las energías tradicionales. Al legitimar una visión marcada por los determinismos de la innovación tecnológica, los discursos sobre la "sociedad convivencial" del mañana soslayarán el planteamiento del problema de los desfases entre las lógicas técnicas y las lógicas sociales, entre las lógicas de la innovación y las lógicas simbólicas y culturales. Esta es la crítica que Dominique Wolton y Jean-Louis Missika formularán en su extensa conclusión redactada para la publicación de las Actas (24).

En este mismo coloquio fue donde el sociólogo Lucien Brams señaló, cual precursor, los problemas de orden epistemológico con los que podría tropezarse este nuevo tipo de investigación, más vinculado a las necesidades y a las demandas de la administración. En dicha ocasión, Lucien Brams evocó los frutos que podrían sacarse de la experiencia de otros campos de investigación que, desde hacía algunos años, habían propiciado el encuentro de investigadores en ciencias sociales, agentes administrativos, político-administrativos y técnico-administrativos. Se refirió en concreto a la investigación urbana realizada en el marco de las demandas del Ministerio del Equipamiento, Vivienda y Transportes. Estos programas de investigación ponían de relieve, según él, la confusión existente en las administraciones entre los fines y los medios, al convertirse los medios en finalidades. La lógica del ingeniero estaba construida sobre un postulado: es preciso y es suficiente transformar el espacio para transformar la vida social. "Levantemos un ágora, levantemos una plaza, para que la gente se relacione". Con esta óptica, comentaba Brams, "las

ciencias sociales son consideradas como auxiliares que contribuyen a mejorar, a enriquecer las actividades modelizantes de un cierto número de ingenieros-investigadores, a introducir dentro de unos modelos matemáticos de micro-economía, de econometría, una dimensión sociológica cualquiera, que hace más complejo el modelo e intenta hacerlo funcionar. Dicho de otro modo, por lo que se refiere a las investigaciones en ciencias sociales, en el marco de estos ministerios se han acogido favorablemente todos los procedimientos que podrían ser considerados por los ingenieros como tranquilizadores, especialmente en el marco de los ministerios técnicos (25)". Sólo será unos años más tarde, hacia 1981, cuando se formule en el sector de la investigación en comunicación otra problemática que volverá a cuestionar la lógica del ingeniero y el carácter dominante de la oferta tecnológica y convertirá "la demanda social" en el meollo de las prácticas de experimentación y de investigación de los usos para las nuevas tecnologías. El enfoque "demanda", al revés que el primero, parte del análisis de las necesidades de los individuos y se interroga sobre la capacidad que tienen las nuevas tecnologías para satisfacerla. Entonces es cuando aparecerán otras contradicciones, que analizaremos en un próximo capítulo.

En el mismo coloquio que, sin duda alguna, a través de sus contradicciones, resultó paradigmático, se puso de relieve un acercamiento histórico a las telecomunicaciones y a las redes, en abierta ruptura con las teorías monolíticas sobre el Estado que seguían prevaleciendo sobre las referencias críticas. En su estudio genealógico del teléfono, Yves Stourdzé demostraba cómo el escaso desarrollo del teléfono en Francia no podía achacarse a las carencias de la administración, sino más bien a la naturaleza misma del aparato de Estado francés y a su peculiar modo de articulaciones y de equilibrio entre los diferentes sectores de este aparato. Señalaba, por ejemplo, cómo el desarrollo del teléfono había sido sacrificado al del correo que, en cambio, había favorecido la extensión de una prensa local, distribuida a bajo precio (26).

En el umbral de la llegada de nuevas tecnologías de información y de comunicación, este nuevo tipo de análisis estaba ahí para recordar el contradictorio contexto en el que se formaban los usos macrosociales de las innovaciones técnicas. Otros análisis sobre las industrias culturales vendrán para recordar, aproximadamente en la misma época, las sinuosas vías de que se vale, en la economía del audiovisual, la formación de los micro-usos (27).

A nivel de la maquinaria estatal, en efecto, empezaban a exteriorizarse las rivalidades entre los diversos ministerios y organismos que se reparten la gestión y la tutela del aparato de información y de comunicación, en sentido amplio. Entre las grandes instituciones culturales y la Educación nacional, entre los organismos de telecomunicaciones y las instituciones del audiovisual, entre los lugares de decisión de las políticas industriales y las fuerzas de seguridad, se apreciaba la diferencia de puntos de vista y de intereses estratégicos respecto del control de las nue-

vas redes y dispositivos de comunicación. El reto de las nuevas tecnologías empezaba a revelar cómo, en lo que también correspondía a una fase de la modernización del Estado, se procuraban hegemonías en el seno mismo del aparato estatal. Este sordo conflicto venía a revelar el desigual grado de desarrollo de los distintos sectores del aparato estatal ante la cuestión tecnológica. Esta búsqueda de la hegemonía reflejaba esa desigual topografía del Estado, especialmente marcada por las tensiones existentes entre los grandes cuerpos administrativos y profesionales.

2. La búsqueda de la transdisciplinaridad

UN PROYECTO FRANCÉS

Aunque, en lo que respecta a las cuestiones planteadas por la comunicación, hubo tendencia, en Francia, a desatender lo económico, las problemáticas de la lengua y del discurso, en cambio, se han beneficiado de una indudable legitimidad. El proyecto semiológico de Roland Barthes está ahí para atestiguarlo. En las Actas fundacionales de su grupo de investigación en la Escuela práctica de altos estudios, el autor de *Mitologías* escribía, en 1960: "En la medida en que la cultura aparece, cada vez más, como un sistema de símbolos, es decir, como un lenguaje, es legítimo prever, como lo ha hecho Emile Benveniste, el desarrollo de una verdadera ciencia de la cultura, cuya inspiración sea semiológica (1)".

Este proyecto es concebible en aquella época, en un marco ambicioso, plasmado en la creación del Centro de estudios de las comunicaciones de masa (CECMAS). El proyecto barthesiano es uno de los tres grandes ejes del proyecto que se propone construir un enfoque francés de las comunicaciones de masa desde una perspectiva decididamente transdisciplinar. Varias apreciaciones justifican la creación, por iniciativa de Georges Friedmann, de este centro que fue el primer intento serio para constituir en Francia un ambiente y una problemática de investigación que rebasaran el estrecho campo de los estudios tradicionales sobre la prensa y que abordaran "las relaciones entre la sociedad global y las comunicaciones de masa funcionalmente encuadradas en aquella (2)".

Primera apreciación: el retraso de la investigación francesa en la exploración de las comunicaciones de masa, definidas como "el conjunto de los fenómenos culturales inseparables de la civilización de la técnica: prensa de gran difusión (diarios y semanarios), revistas, radiodifusión, cine, microsuros, publicidad y la televisión en pleno auge (3)".

Según recordaba retrospectivamente Violette Morin, dieciocho años después, al fallecer Georges Friedmann: a juicio de este último, se trataba "de no dejarles a los americanos el privilegio de evaluar, ellos solos, la importancia de los medios audiovisuales y de afinar esos famosos análisis de contenido cuyos primeros modelos habían sido proporcionados por la escuela de Berelson (4)".

La segunda apreciación estriba en la definición insatisfactoria de la noción fundamentadora del centro: "comunicación de masa". El editorial del primer número de la revista *Communications* lo expresa con nitidez: "El estudio de las comunicaciones de masa aún está en busca de su propia identidad; la expresión en sí no es muy satisfactoria; igual que sus vecinas (cultura de masa, *mass media*), suscita muchas reticencias [...] En relación con estos puntos, el Centro de estudios de las comunicaciones de

masa no tiene la menor intención de escoger su doctrina *a priori*: *desea que su trabajo sirva para definir cosas y no palabras*'. (La cursiva es nuestra.)

La tercera apreciación es la de la necesidad de que este proyecto se inscriba en una perspectiva transdisciplinar. Esta exigencia se reflejaba en la propia estructura del centro. Junto al proyecto semiológico de Roland Barthes, que agrupaba al conjunto de investigaciones que versaban sobre el estatuto simbólico de los fenómenos culturales, se encontraban otras dos líneas de investigación, bajo la dirección de Georges Friedmann y de Edgar Morin, respectivamente.

Para Georges Friedmann, el estudio de las comunicaciones de masa se inscribía en la perspectiva franqueada por sus investigaciones precedentes sobre el trabajo y la técnica, y especialmente sobre la aparición, en las sociedades occidentales, del tiempo de ocio, creado y liberado por la civilización de la técnica (el tiempo del no-trabajo). De forma más global, se integraba en sus investigaciones sobre la "masificación" (producción de masa, consumo de masa, audiencia de masa): "Civilización técnica y cultura de masa, según declaraba, están orgánicamente vinculadas (5)". Mediante sus investigaciones sobre las sociedades americana, soviética y latinoamericanas, el fundador del CECMAS era, asimismo, quien más en cuenta tenía la dimensión internacional de las comunicaciones de masa.

Las investigaciones de Edgar Morin se situaban bajo el signo de lo que él entonces nombraba con un neologismo, la "sociología del presente": "El término de sociología del presente no designa una doctrina y no circunscribe un campo. Reúne, más bien, un cierto número de preocupaciones. ¿En qué medida el acontecimiento presente no solamente es un dato histórico sino un revelador sociológico? ¿En qué medida puede considerarse el sociólogo que el campo de la experiencia social también es un campo experimental en estado salvaje? ¿En qué medida la atención por los fenómenos presentes puede enriquecer clínicamente la reflexión sociológica? ¿En qué medida tiene la relación con el presente el privilegio de comprender las relaciones de las sociedades, por un lado con las dimensiones del tiempo (pasado, futuro), por otro con la dimensión espacial (6)?".

En 1974, el Centro de estudios de las comunicaciones de masa se convertía en el Centro de estudios transdisciplinares, sociología, antropología, semiología (CETSAS). El reconocimiento del enfoque pluridisciplinar, en este nuevo enunciado, parece reforzar el proyecto original. De hecho, oculta el progresivo distanciamiento del primer objeto de investigación, que consistía en las comunicaciones de masa. Con el transcurso de los años, disminuirá el número de los estudios que les serán dedicados. Sólo algunos investigadores como Christian Metz, Violette Morin y el argentino Eliseo Veron, semiólogo que abandonará el centro a finales de los años setenta, proseguirán sus investigaciones conservando una línea de continuidad respecto del proyecto inicial. Queda aún por señalar que la gran mayoría de las investigaciones semiológicas apenas si se aventurará

en el ámbito del discurso radiofónico o televisual, por ejemplo (7). Preferirán encastillarse en el análisis y en la teoría fílmica, o bien, por lo general, en el examen de los textos literarios (8).

También hay que añadir que, desde el final de los años sesenta, las herramientas de la lingüística estructural (*), en cambio, producirán sus efectos en el campo de las prácticas de la industria publicitaria y respaldarán, de forma decisiva, la primera revolución mediática moderna que haya conocido la sociedad francesa: la del marketing (9). Lingüistas y semiólogos aportaron una contribución esencial a la aclaración de los fenómenos de codificación y decodificación de los discursos publicitarios. Cabe mencionar, especialmente, las aportaciones del análisis lexicológico y de los semiotests. Durante mucho tiempo, un alumno de Roland Barthes dirigió la investigación de la agencia Publicis, convirtiéndose en el pionero y en el promotor de lo que se denominó, en aquella época, "semiología de los anuncios" (10).

En 1979, el CETSAS, tras la muerte de Georges Friedmann y la de Roland Barthes, fue rebautizado como CETSAP. Desaparece la referencia a la semiología, sustituida por la mención *Política*.

La paradoja se instala definitivamente a finales de los años setenta. En el momento en que las comunicaciones de masa se convierten en un reto político e industrial de primera magnitud para la reestructuración de la sociedad francesa, en el momento en que la relación intelectuales-medios resulta realmente determinante, en el momento en que el dispositivo escolar ha de hacer frente al modo mediático de producción y de difusión del saber, este primer proyecto colectivo para la constitución de un campo de investigación sobre la comunicación permanece al margen de los debates teóricos y prácticos más relevantes. Las repercusiones sólo se notarán a través de las intervenciones aisladas y de los proyectos individuales de investigadores dispersos por los confines de la Universidad, de los medios, del CNRS (**), de los centros privados de investigación, o, más sencillamente, que han optado o se han visto obligados a utilizar caminos ajenos a los aparatos.

HACIA LA CIBERNÉTICA

"Definir cosas y no palabras": en realidad ¿cómo se ha metamorfoseado este objetivo en su contrario con el curso del tiempo y por qué? Henri

(*) "*Structurale*" en el original. La lengua francesa distingue entre "structurel" y "structural", mientras que en castellano se emplea el mismo vocablo para ambas acepciones. Según Jean Pouillon (véase *Clefs pour le structuralisme*, de Jean Marie Auzias, traducido al castellano con el título de *El Estructuralismo*, por Santiago González Noriega, Alianza Ed., 1969), "una relación es *structurelle* cuando se la considera en su papel determinante en el seno de una organización dada; la misma relación es *structurale* cuando es susceptible de realizarse de varias maneras diferentes e igualmente determinantes en varias organizaciones. *Structural* remite a la estructura como sintaxis, y *structurel* remite a la estructura como realidad". (N del T.)

(**) Siglas de Centre National de la Recherche Scientifique. Organismo equivalente, *mutatis mutandis*, al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). (N del T.)

Mercillon, a quien hemos citado anteriormente, daba un primer elemento de respuesta: el olvido de la economía. Certero, sin duda, pero insuficiente. Habría que añadirle, al menos, el olvido de la historia. En efecto, sólo se encuentran pocas huellas de una investigación sobre la genealogía de los sistemas mediáticos, pocos análisis que traten de contestar a preguntas fundamentales como estas: ¿Cómo se relaciona un medio con su área histórico-geográfica? ¿Qué relación une a los medios entre sí? ¿Qué determinación económico-política fija las funciones y usos sociales de las tecnologías de comunicación? ¿Cual es el papel que desempeña lo imaginario en la creación de estos usos?

Salvo los estudios emprendidos bajo la dirección de Georges Friedmann, la gran mayoría de los análisis permanecía encerrada en un marco conceptual que pronto se convirtió en un callejón sin salida.

A un corpus teórico inmerso en los "universales" (según atestigua la reiteración de los temas de la "masificación", la "estandarización", la "uniformización", el "consumo pasivo", etc.), sólo podía corresponderle una palabra abstracta y ecuménica sobre los medios y su acción sobre el hombre. A falta de poder abarcar la comunicación en sus condiciones materiales de funcionamiento, en su historia, en sus vínculos con los otros sistemas de socialización, la puerta permanecía abierta de par en par a todas las creencias, a todas las ilusiones, a todas las mitologías.

El vacío creado por la carencia de interrogación histórica, y por la "tentación culturalista" que deriva de aquélla, explica el fracaso de la reflexión sobre la diversificación progresiva de las técnicas de comunicación que se produce a finales de los años sesenta, la atención prestada a la sociedad de consumo y a sus exteriorizaciones (publicidad, vacaciones, ocio) y, finalmente, el silencio acerca de las grandes cuestiones que se perfilan en el horizonte de la siguiente década. Si se exceptúa el número dedicado a la televisión por cable, en 1974, la revista *Communications* no tocará ninguno de los aspectos que plantea la política de informatización preconizada desde mediados de los años setenta. El campo de los medios sigue siendo el campo del ocio, mientras que la evolución tecnológica convierte a la comunicación y a la información en uno de los principales ejes en torno al que se reorganiza el conjunto de las estructuras de la sociedad francesa y de las relaciones internacionales.

Las ausencias de la historia y de la economía influyen considerablemente en la indefinición de los "emisores". Esta imprecisión trae como consecuencia práctica la promoción de una concepción de un poder mediático perfectamente unificado y monolítico, en el que la acción de los diversos componentes de la sociedad civil no se ejerce. ¿Acaso es preciso puntualizar que esta concepción de un poder sin mediaciones reinará de forma casi omnimoda, por así decirlo, durante los años sesenta y los primeros años setenta? Se encuentra presente tanto en la teoría althusseriana de los aparatos ideológicos de Estado —ya lo hemos dicho— como en los estudios sobre la reproducción de las relaciones sociales de dominación en la escuela.

El alejamiento respecto de la historia no se ha producido sólo por el abandono de la genealogía de los sistemas de comunicación. También se ha realizado a través de cauces más sutiles: así, por ejemplo, la historia ha sido la gran ausente cuando la investigación estructural (*) ignoró las cuestiones sobre la naturaleza de los emisores (enunciadores) y el rol de los receptores (enunciatarios), abordando el texto de manera inmanente, al considerar el discurso como un conjunto de unidades encerradas sobre sí mismas y conteniendo en sí mismas los principios de su construcción.

Sin embargo, desde el interior mismo del campo de la lingüística, algunas voces, muy minoritarias, se atrevieron a proponer enfoques que rompían con el encierro del análisis en un "corpus" cerrado e inmóvil. Algunos lingüistas, como Michel Pêcheux, que tomaron en préstamo de la arqueología de Michel Foucault la noción de *formación discursiva*, intentaron escaparse de esta lógica interna inmanente a los procesos del discurso y los inscribieron nuevamente en espacios definidos, a la vez, tecnológica y socio-históricamente: en el interior de un determinado período histórico, pueden distinguirse formaciones discursivas coherentes, cada una de las cuales define un régimen de verdad ("lo que puede y debe ser dicho, y lo que queda en lo no dicho") y un conjunto de espacios accesibles para los sujetos individuales.

Pero, incluso ahí, la idea de una estructura-origen de enunciaciones no lograba precisar la posición del enunciador. Según escribirá más tarde Michel Pêcheux: "Creyendo seguir a Michel Foucault, el análisis del discurso, de hecho, seguía dando crédito a las visiones históricas de conjunto al pretender disponer desde el principio de un desglose de *buenas series textuales*. Esta desviación puede detectarse a través del empleo —al que ha recurrido sistemáticamente el análisis del discurso— de expresiones tales como: el/un discurso + adjetivo (categorizante o subcategorizante); el discurso de + (SN - sujeto nominal - abstracto); el discurso de + (SN colectivo); el discurso de los + (SN plural) (11).

En 1965, en el coloquio de Royaumont, donde científicos, ingenieros y filósofos habían sido invitados a reflexionar sobre el concepto de información en la sociedad contemporánea, el sociólogo Lucien Goldmann había lanzado una pregunta provocadora: el lugar del receptor en la definición de la información. "La información es la transmisión de un cierto número de mensajes, de afirmaciones verdaderas o falsas a un individuo que los recibe, los deforma, los acepta o los rechaza o bien permanece completamente sordo o reacio a cualquier recepción (12)".

Esta reflexión, introducida a partir de trabajos como los de Goldmann sobre "la conciencia posible", era entonces un pensamiento minoritario. El análisis estructural (**) apenas si concedía importancia al sujeto en la producción del sentido. Más aún cuando los escasos estudios que se ocu-

(*) "*Structurale*" en el original (N del T)

(**) *Ibid* (N del T)

paban del rol del emisor le devolvían una imagen idéntica del receptor, al convenir en la naturaleza pasiva de este último, y consideraban el dispositivo de emisión exclusivamente como máquina reproductiva del sistema de dominación social. ¿Cómo hubiera podido existir ahí un espacio donde asentar un análisis de los usos que los receptores hacían de los discursos? Por definición, estos sujetos no podían sino estar sometidos a la racionalidad imperativa de la estructura. ¿Acaso podían hacer otra cosa que no fuera obedecer en su lectura o en su visión de los mensajes al esquema estímulo-respuesta?

También se excluyó a la historia, al aplicarse el esquema cibernético a la complejidad de las relaciones sociales de comunicación, tendencia que empieza a detectarse a partir de 1971. Fue el número 18 de *Communications* el que la anunció, al inaugurar la nueva definición del carácter transdisciplinar de uno de los ejes de investigación del centro: el de la "sociología del presente".

Prologado y epilogado por Edgar Morin, este número, construido en torno al "acontecimiento", reúne contribuciones de Henri Atlan, Jean-Pierre Changeux, Anthony Wilden, Emmanuel Le Roy-Ladurie, Abraham Moles, Henri Laborit, etc. Le seguirá otro número (n.º 22) sobre la "naturaleza de la sociedad", publicado en 1974.

En 1971, el proyecto de "sociología del presente" desemboca en un proyecto de "ciencia del acontecimiento": "Transformar en objeto de ciencia lo que hasta entonces había permanecido como residuo irracional de la investigación objetiva (13)". Por primera vez, cuando las aportaciones de otras disciplinas de las ciencias humanas no habían podido abrirse camino en las investigaciones del Centro, aparecen las "ciencias de la vida", cuya ayuda se solicita insistentemente y que se convierten en el núcleo duro en torno al cual Edgar Morin piensa concebir nuevamente la transdisciplinaridad. "Como toda novedad creadora, la ciencia del acontecimiento emerge, no ya en el centro de una disciplina ya constituida, sino en un *no man's land* entre varias disciplinas. Se crea en la frontera de la cibernética con la *modern system theory*, allí donde se esboza una teoría de los sistemas que se autoorganizan (*self-organising systems*) [...] La relación sistema-acontecimiento se convierte en el problema central. Entre la estructura y la historia había un vacío infinito, lamentable... Este vacío puede ser, debe ser, colmado por el sistema (el cual engloba la estructura que constituye la constante del sistema) y por el acontecimiento. De hecho, la consideración del acontecimiento nos introduce, indisolublemente, en un *sistemismo* (que sólo se esboza aquí y allá en la teoría de los sistemas) y en una ciencia de la evolución (14)".

En 1974 se concreta la aproximación entre las ciencias de la vida y las ciencias humanas. El diagnóstico emitido no ofrece dudas: las primeras han abandonado lo que en el *homo* había de *sapiens, loquax, faber* y *socius*; las segundas han olvidado interrogarse sobre el mundo natural (biológico). Sin embargo, nuevos elementos y acontecimientos surgen atropelladamente para hacer saltar esos cerrojos disciplinares: el descu-

brimiento de una sociabilidad en el mundo natural; el descubrimiento de una "naturalidad" muy profunda en la sociedad humana; la toma de conciencia de que la teoría sociológica y antropológica carece de fundamentos; la posibilidad de que la distancia que separa al animal del hombre, a la naturaleza de la cultura, ya no se consideren como una separación absoluta entre dos universos incommunicables, sino como una fase evolutiva/transformacional; la teoría de la comunicación, la cibernética, la teoría de los sistemas, la teoría de la auto-organización, ofrecen conceptos y métodos aplicables por igual a la organización biológica y a la organización social.

Ya en 1974, en la conclusión del número de *Communications*, dedicado a la "naturaleza de la sociedad", Serge Moscovici, al tiempo que reconocía la necesidad de una nueva *episteme* que rediseñase los contornos de la sociedad y de sus relaciones con la naturaleza, advertía:

"La biología, molecular o no, hoy en día, ha alcanzado méritos indiscutibles. Las carencias de la física, por otra parte, han destacado sus destellos y los de la cibernética, lo cual es de justicia. Pero no es menos cierto que las ciencias, cuando se concretan, tienden a dominarse las unas a las otras, toda vez que, pese a su fachada democrática, en su interior siguen siendo autocráticas y siempre se mantienen cerca de las prebendas del poder. La biología no constituye una excepción. La generalidad del fenómeno social, no obstante, contrariamente a lo que ocurre, debiera persuadirla de un deseable cambio de sus conceptos, de sus modelos, formados todos ellos a partir del organismo individual y del animal encerrado en una jaula del parque zoológico (15)".

Esbozando lo que podría ser un intercambio igual entre ciencias de la vida y ciencias humanas, proseguía: "Rompiendo, ahí, con el *pecking order*, sumándose a la escuela de la sociología, de la antropología y de la psicología social, es así como la biología podrá comprender mejor la significación del fenómeno social y sus repercusiones en el plano evolutivo y orgánico. (La mayoría de los trabajos de etología, de biología y de psicología animal reflejan la pobreza de sus autores en estas materias, lo cual es nocivo para la observación y para la teoría.). En defecto de lo cual, se vuelve a caer en una especie de zoomorfismo con muletillas de lenguaje científico, aunque poco más lucido que el antropomorfismo del que tanto se burlan. Terreno que nutre ideologías diversas, este zoomorfismo combina una pretendida pericia con una demencial ignorancia de lo social, de lo histórico, alberga bajo la delgada superficie de un discurso de razón una espesa capa de prejuicios mal aclarados y de turbulencias afectivas mal resueltas (16)".

3. La tentación metafórica

DE LA DIFICULTAD DE EXTRAPOLAR LOS MODELOS

La entrada de las ciencias de la vida en la problemática de la comunicación social no hace sino indicar el lugar neurálgico que ocupan y han ocupado las ciencias de la vida, en Francia, en la formación del uso social del concepto de comunicación y, más aún, del de información. Y por algo será si, desde hace mucho tiempo, biología molecular y lingüística, pero también matemática y física, comparten, a través de los conceptos de código, imagen, mensaje e información, una misma clave de lectura. Aun cuando los científicos franceses no fuesen los primeros en imaginar la transposición del vocabulario de la lingüística a la biología, sea como fuere, han contribuido en gran medida al intercambio entre las ciencias de la vida y ciertos sectores de las ciencias sociales.

Apenas puede comprenderse la trayectoria de la lingüística estructural (*) si no se tiene en cuenta el movimiento de intercambio entre la biología y la lingüística durante los años sesenta. Basta con evocar el paralelismo entre las palabras de François Jacob, premio Nobel de Medicina, y las teorías lingüísticas de Roman Jakobson, quien ha influido considerablemente en la lingüística francesa. "La imagen que describe mejor nuestro conocimiento sobre la herencia —explicaba el biólogo François Jacob— es la de un mensaje químico; un mensaje escrito, no con estructuras moleculares complejas como se había pensado durante mucho tiempo, sino mediante la combinatoria de cuatro radicales químicos. Estas cuatro unidades se repiten millones de veces a lo largo de la fibra cromosómica; se combinan y permutan infinitamente como las letras de un alfabeto a lo largo de un texto. De la misma manera que una frase constituye un segmento de texto, un gen corresponde a un segmento de la fibra nucleica. En ambos casos, un símbolo aislado no representa nada; sólo la combinación de los signos adquiere un «sentido». En ambos casos, una secuencia determinada, frase o gen, comienza y termina con unos signos específicos de «puntuación». La traducción de la secuencia nucleica en secuencia proteica es comparable a la traducción de un mensaje que llega cifrado en morse, y que sólo adquiere sentido una vez traducido, al francés por ejemplo. Se efectúa a través de un «código» que ofrece la equivalencia de los «signos» entre los dos «alfabetos», nucleico y proteico (1)".

El lingüista Roman Jakobson, particularmente estimulado por las investigaciones de los genetistas, prolongó estos paseos analógicos y extrajo otras semejanzas estructurales entre los dos sistemas de información estudiados por los lingüistas y por los genetistas: en ambos casos, existe una estricta linealidad del mensaje en la secuencia temporal codificación-de-

(*) "Structurale" en el original. (N del T).

codificación; es posible reducir las relaciones entre elementos, fonemas o radicales químicos, a unos sistemas de oposiciones binarias; los niveles de construcción se encuentran jerarquizados por integraciones sucesivas, etc. (2).

En la Francia de los años sesenta y setenta resultaba muy difícil preguntarse por la validez y la particularidad de semejante casamiento interdisciplinar. El listón de los legítimos interrogantes venía impuesto por el predominio estructuralista. No obstante, el atento lector de ciertos textos de François Jacob podía localizar serias reservas acerca del paralelismo aplicado de forma tan mecánica por Jakobson. Aun cuando podían tenderse puentes entre el modelo lingüístico y el código genético, no había que caer por ello en la promiscuidad. "Las analogías de estructura entre los dos sistemas deben buscarse preferentemente en las analogías de función. Éstas, en efecto, desempeñan en muchos aspectos unos papeles vecinos. Ambas funcionan para acumular la información, para conservarla y para transmitirla. Pero establecer este paralelismo equivale a enunciar sus límites. Pues ya en su función de comunicación los dos sistemas presentan unas diferencias evidentes. La lingüística estudia los mensajes transmitidos de un emisor a un receptor. Ahora bien, en biología no existe nada de esto: ni emisor, ni receptor (3)".

El premio Nobel de Medicina también había explicado por qué la genética era tan aficionada a los modelos y por qué los tomaba tan gustosamente en préstamo de las ciencias humanas. "A falta, quizás, de poder alcanzar unas verdaderas teorías con fundamento matemático, la biología funciona, la mayoría de las veces, con la ayuda de modelos. Es un hecho que en biología existen numerosas generalizaciones pero escasísimas teorías. [...] De ahí la tendencia frecuente a confundir el modelo con una explicación y las analogías con unas identidades (4)".

En los años sesenta, el estructuralismo está en pos de una cientificidad; y las ciencias humanas intentan escabullirse del impresionismo que tan buenamente se les reprocha. La comparación con las ciencias de la vida viene a reforzar una identidad cercana a las "ciencias duras". En un diálogo con François Jacob, Claude Lévi-Strauss manifiesta claramente este sentimiento: "¡Sí, pues imagínese lo que nos ocurre a nosotros, los de las ciencias llamadas humanas! Tenemos constantemente la sensación de que hay unas verdaderas ciencias, que son las del físico, del biólogo o del astrónomo, y que nosotros estamos usurpando un título al que no tenemos ningún derecho. ¡Ustedes llegan a unas certidumbres mientras que nosotros vegetamos en el orden de las conjeturas y las probabilidades! (5)".

Las relaciones entre ciencias humanas y ciencias de la vida tienen ya una larga historia. El ejemplo que acabamos de evocar no constituye sino su fase prehistórica. Durante los años sesenta, la lingüística acudió en ayuda de la biología y le dejó como herencia una tabla de análisis. En los años ochenta las cosas han cambiado. "Hasta ahora, las ciencias del hombre sólo han proporcionado a los especialistas de las ciencias de la vida algunos fundamentos para una reflexión epistemológica. Esta relación

—un tanto equívoca— tiende hoy en día a invertirse en provecho de un acercamiento de ciertos sectores de las ciencias humanas a las ciencias de la vida (6)".

Los préstamos tomados de los modelos lingüísticos por la biología molecular durante los años sesenta pueden ser hoy motivo de sonrisas, toda vez que ya no se reivindica casi una simetría tan estricta. Lo que ya no se presta tanto al encogimiento de hombros es el movimiento en sentido inverso que se advierte hacia el campo de los discursos sobre el hombre, la sociedad y la política. Las metáforas procedentes de las ciencias biológicas se incorporan al pensamiento social y político.

El ámbito de la comunicación, más que nunca, está expuesto a estas transferencias. En estos años ochenta es tal la fuerza con que se impone el vocabulario biológico en ciertas interpretaciones de lo social que Antoine Danchin, en su obra *L'Œuf et la poule, histoires du code génétique* (El huevo y la gallina, historias del código genético), no vacila en hablar de "biologismo" para nombrar una corriente de pensamiento donde la biología se encuentra completamente movilizada y enrolada en unas concepciones de la globalidad y de las termodinámicas de lo social. Sublevándose, sobre todo, contra la moda reciente que identifica información y "entropía" y recurre a las categorías de la termodinámica, escribe: "Se han visto otros abusos que pegan conceptos termodinámicos sobre ciertos aspectos de lo real. En el caso presente, estos conceptos aplicados al sistema nervioso central son especialmente peligrosos, porque difunden una ideología de *orden*, cuyas connotaciones políticas y morales pueden alterar seriamente la visión que tenemos de este sistema (7)".

Por comunicación, estos discursos entienden frecuentemente una función de regulación en el interior de un sistema o de un organismo. La noción de sistema, común a la biología y a la informática, permite entonces salvar las diferencias de naturaleza que podrían existir entre el organismo vivo de los biólogos y la sociedad de los antropólogos y de los sociólogos.

En las ciencias sociales, se ha perdido la cuenta de las teorías obtenidas por extrapolación de los modelos físicos y biológicos. Pero en cambio, pueden observarse las modificaciones de los puntos de vista, según atestiguan esos discursos que movilizan a la biología y a la cibernética para reflexionar sobre lo social. La novedad radica, sin duda, en el hecho de que las ciencias de la vida, en algunas de esas extrapolaciones, pueden abordar la comunicación humana, a partir de la definición que aquellas dan a esta palabra en su problemática, prescindiendo perfectamente de las ciencias del hombre. En otro plano, por su insistencia en reflexionar sobre la organización, la globalidad, la regulación social en tiempo real que garantizarían las tecnologías de la información y de la comunicación y sus prestaciones, resulta evidente que estos esquemas definen la comunicación, más que por contraste con la noción de atomización, contra las de conflicto y de contradicción. De ahí las confusiones generadas por comparaciones arbitrarias.

Con la transferencia de tales modelos se propaga la ilusión de una sociedad transparente por mor de su autorregulación, que, a semejanza del organismo vivo, encontraría en ella sus mecanismos de retroacción y de equilibrio.

El peligro, sin duda, es el que subraya Antoine Danchin a propósito de esa tendencia coyuntural a hacer hincapié en la totalidad de lo viviente, la de "introducir principios ideológicos totalitarios en el discurso «científico» (8). Este pensamiento mágico que presenta a la comunicación como principio vital no tiene en cuenta ni la emisión ni la recepción de los mensajes, ni a los portadores ni a los receptores de la información: también se desinteresa por el sentido, para ocuparse sólo de la transmisión del retorno que, en tanto que anuncia la regulación, representa un medio para comprobar el efecto obtenido. Poco importa lo que circule — y sin duda es por eso por lo que la comunicación le parece una noción más manejable que la de lengua, la de simbólico, la de ideológico, la de intercambios.

La aparición de las ciencias de la vida se asemeja a la competición en la que, por primera vez en su historia, se proyecta violentamente la investigación biológica. Según señalaba el profesor Jean-Paul Lévy en mayo de 1984: "Cambia el talante de la investigación con motivo de la penetración de la biología en la industria y del auge de las biotecnologías. Lo esencial ya no es participar, sino ganar. Por desgracia, entre nuestros competidores están permitidos todos los golpes y lo serán cada vez más. Y, cada vez más, será la guerra (9)".

DEL PROGRESO A LA COMUNICACIÓN

En 1979 escribíamos: "No es exagerado decir que la filosofía de la comunicación está asumiendo, por voz del poder político y de las firmas electrónicas, el papel que la filosofía del progreso desempeñó en el siglo XIX (10)". En los años siguientes, esta tendencia no ha hecho más que confirmarse. Hoy en día, la comunicación, en su calidad de heredera del progreso, no se apoya ya únicamente en un discurso publicitario. Está cada vez más en el vértice mismo del discurso científico. Por esta razón, resulta muy interesante acudir nuevamente a algunos textos pioneros para comprender el éxito del término, a través de la extensión, casi sin límites, que tiene en biología (en el momento en que ésta adopta una actitud más "integrativa", al dedicarse, tras los éxitos de la biología molecular, al estudio de los organismos superiores) (11).

En *La Logique du vivant* (La lógica de lo viviente), François Jacob escribía, hace ya más de quince años: "Todo objeto considerado por la biología representa un sistema de sistemas. Siendo, él mismo, un elemento de un sistema de orden superior, obedece a veces a reglas que no pueden deducirse de su propio análisis. Es decir, que cada nivel de organización ha de considerarse en relación con los que le son yuxtapuestos

[...]. Pero con cada nivel de integración se manifiestan algunas características nuevas [...]. Muy a menudo, el equipamiento conceptual y técnico que se aplica en un determinado nivel no funciona, ni por encima, ni por debajo. Lo que une a los diferentes niveles de la organización biológica es la propia lógica de la reproducción. Lo que los distingue son los medios de comunicación, los circuitos de regulación, la lógica interna propia de cada sistema (12)". Parece como si fuera precisamente esta especificidad de los "medios de comunicación" y de los "circuitos de regulación" la que se hubiera olvidado cuando tales descripciones eran recogidas al pie de la letra para examinar la organización de los sistemas de información en nuestras sociedades. Asimismo, parece que también se han silenciado "las novedades, tanto de propiedad como de lógica", que Jacob veía aparecer en cada nivel de organización de lo viviente: cuanto se quiso conservar de aquéllas se reducía a esta legitimación de la "comunicación" por la biología.

Bien es verdad que los límites que establecía Jacob se encontraban un tanto arrastrados por la manera que tenía de presentar la forma en que la biología se había quitado la "metafísica" de encima: "Desde las partículas hasta el hombre, se encuentra toda una serie de integraciones, de niveles, de discontinuidades. Pero ninguna ruptura, ni en la composición de los objetos, ni en las reacciones. Ningún cambio de "esencia" (13)". Desde las partículas hasta el hombre: la fórmula recuerda la célebre frase de Jacques Monod: "Lo que es cierto para el colibacilo, también lo es para el elefante (14)".

Más significativo aún puede que sea el deslizamiento de la noción de *información*, vinculada a la genética molecular, hacia la de *comunicación*, para reflexionar sobre la creciente complejidad de lo viviente y, también, para definir la evolución de forma diferente: progreso, progresión, perfeccionamiento, son términos que no la califican adecuadamente.

Es sabido el lugar que, dentro de la ideología del progreso, ha correspondido al discurso biológico, que identificaba a aquél con la evolución. Hoy en día, según dice ahora este mismo discurso, la evolución ya no mira hacia la progresión sino hacia la comunicación. La biología, al sustituir la asociación, más antigua, evolución/progreso, progresión, perfeccionamiento, por el vínculo evolución/comunicación, ratifica oficialmente nuestro ingreso en otra representación de lo social; mientras que, sin duda, está tejiendo lazos con grupos sociales y según razonamientos distintos de aquellos que, en el siglo XIX, han garantizado el éxito de estos términos de progreso y de perfeccionamiento. Aún falta mucho para que las consecuencias de este reconocimiento y de esta promoción de la comunicación por parte de la biología dejen de percibirse, en primer lugar como paradigma científico (señal de llamada para la remodelación de las fronteras entre las ciencias mediante una renovación de las problemáticas), pero también mucho más allá de la propia dinámica de la investigación. Ya puede encontrarse, por ejemplo, muy lejos del lugar en que ha sido emitida, y sin que sea especialmente cuestionada, la asociación,

aceptada como una evidencia, del aumento de las libertades con el incremento de las posibilidades de comunicación en la mayoría de los discursos, tanto políticos como de negocios.

Volviendo a la idea de código, Jacob advertía, además: "Desde la organización familiar hasta el Estado moderno, desde la etnia a la coalición de naciones, toda una serie de integraciones se fundamenta sobre una variedad de códigos culturales, morales, sociales, políticos, económicos, militares, religiosos, etc. La historia de los hombres es, en cierto modo, la de estos integrones, la de sus formaciones, la de sus cambios. Ahí también se perfila una tendencia a la integración siempre creciente, propiciada por el desarrollo de los medios de comunicación. Mientras esté confinada en el habla, la transferencia de información permanecerá limitada en el espacio y en el tiempo. Con la escritura, la comunicación puede liberarse del tiempo y la experiencia vivida por cada individuo puede acumularse en una memoria colectiva. Con la electrónica, con los medios para conservar la imagen y el sonido, para transmitirlos instantáneamente a cualquier punto del globo, desaparece toda restricción de tiempo y de espacio (15)". En el momento actual de la evolución, hemos llegado hoy hasta las modernas tecnologías de comunicación, pero, con la electrónica, también hemos regresado al origen de la palabra comunicación, y, además, hemos pasado, imperceptiblemente, de los *sistemas* a los *medios* (*) de comunicación. ¿Acaso se trata de lo mismo? Y los medios (**) o las nuevas tecnologías de la información ¿no son más que el sistema nervioso de una sociedad?

Resulta tentador, especialmente para los biólogos, comparar los procesos en juego, aquí y allá, tratando de encontrar «analogías», y creer que "la variación de las sociedades y de las culturas se basa en una evolución semejante a la de las especies", que "ya sólo basta con definir los criterios de la selección". "El inconveniente, concluía Jacob, es que aún nadie lo ha logrado. Porque con sus códigos, sus regulaciones, los objetos que constituyen los integrones culturales y sociales rebasan los esquemas explicativos de la biología (16)".

No aporta gran cosa decir que los problemas que Jacob abordaba por aquel entonces, en una especie de programa unitario para la ciencia del hombre, apenas si están formulados y que la interdisciplinaridad postulada permite, sobre todo, plantear un cierto número de preguntas y considerar algunos replanteamientos de fronteras. Ir más allá, según el estado actual del *interface* entre disciplinas, salvo que se trate de enlazar algunos elementos entre sí, equivale a sucumbir ante estas analogías de las que hablaba. No todos lo resisten.

En 1977, el biólogo Jacques Ruffié escribía, a propósito de la comunicación animal: "Casi todos los animales se comunican entre sí. La comunicación aparece, pues, como un fenómeno muy general del mundo viviente.

(*) "*Moyens*" en el original (N del T).

(**) "*Médias*", en el original (N del T).

Constituye el cemento de lo social. Cuanto más precisos y rigurosos sean los medios de comunicación, mayor será el rendimiento de la sociedad (17)". Y en un capítulo titulado "Lenguaje y comunicación", el autor continúa diciendo: "Sin un medio de integración adecuado, la sociedad del tipo humano hubiera desaparecido desde hace tiempo. Más aún que entre los animales, la creciente especialización de los individuos constituye una poderosa fuerza centrífuga, cuya tensión aumenta a lo largo de la historia humana... *Hoy en día, son los medios audiovisuales los que, a través de los "mass media", mundializan el conocimiento. Estos medios de comunicación, que se extienden sin cesar, son indispensables para el mantenimiento del equilibrio y de la armonía del grupo humano. Garantizan la unidad cultural de la humanidad* (18)".

La apertura, la comunicación como sentido de la evolución, decía Jacob. Los medios como antenas del género humano "en expansión", parece que añade Ruffié, y como consecuencia, por muy precavido que esté contra ciertas deformaciones del darwinismo, la identificación entre evolución y países con una elevada tasa de equipamientos en comunicación. En contra, presumiblemente, de esta filosofía natural de la historia y de este recurso a las sociedades animales, un antropólogo planteaba su reflexión en estos términos: "Los hombres, al contrario que los otros animales sociales, no se conforman con vivir en sociedad; producen sociedad para vivir. Fabrican historia, la Historia (19)".

UNA CIENCIA AYUNA DE EPISTEMOLOGÍA

Olvidar el lugar de producción: es una constante que se detecta a lo largo de los atajos utilizados en Francia para la construcción del objeto de investigación "información y comunicación". Olvido del lugar de producción histórica, económica, lingüística...

Pero hay más. Hay también, y por encima de todo, olvido del lugar de producción intelectual. Rechazo de una verdadera epistemología. Este olvido adquiere, en la Francia de hoy, unas connotaciones especiales.

El matemático René Thom, tomando partido contra las síntesis apresuradas que mezclan la termodinámica, la teoría de los sistemas, la cibernética y la biología, planteaba, en un debate en el que se enfrentaba con unos biólogos y con Edgar Morin, el problema de la deontología de la divulgación científica: "Todos los conceptos que se manejan en nuestra problemática (determinismo, azar, aleatorio, orden, desorden, complejidad, información) tienen en común esta característica: no admiten una significación precisa salvo en el marco de un formalismo (matemático) explícito. Al no incorporar estos conceptos al marco formal que los precisa, se está condenado a pronunciar discursos [...] de una fluidez, de una ambigüedad tales que se sumen casi indefectiblemente en el verbalismo (20)".

Al comprobar la proliferación de lo que él llama "obras de epistemología popular" (le confiamos la responsabilidad de esta denominación que

dista mucho de parecernos feliz) entre las que incluye tanto a Henri Atlan (*Entre le cristal et la fumée*) —Entre el cristal y el humo—, como a Jacques Monod (*Le Hasard et la Nécessité*) —El Azar y la Necesidad— y a Edgar Morin (*La Méthode*) —El Método—, obras, todas ellas, muy ligadas al auge del esquema cibemético, escribe. "En el plano sociológico, se plantea una duda: ¿A qué obedece la eflorescencia de este género relativamente nuevo, que cultiva de forma tan ostensible la aproximación y el "flou artístico"? ¿Por qué parece haberse extinguido, en Francia, la raza de los verdaderos epistemólogos, la de los Poincaré, de los Duhem, de los Meyerson, Cavallès, Koyré? ¿Por qué la filosofía científica francesa no ha producido —a semejanza de la anglosajona— un Popper, o, más recientemente, un Kuhn? ¿Será por el carácter fundamentalmente subjetivista y acientífico de una tradición universitaria que se remonta a Husserl y a Heidegger? ¿O acaso por el ambiente político-moralizador que impera allí con demasiada frecuencia? Aquí, evidentemente, se piensa en un responsable. ¿Acaso sería Bachelard, sonriendo abiertamente, quien estuviera en el origen de esta desviación literaria de la epistemología? Confío albergar menos reservas hacia este tipo de producciones, las cuales se jactan menos de decir lo que ha de ser la ciencia que de extraer de unas metáforas científicas una resonancia del todo literaria, del agrado de todos nosotros. Estos autores, al menos, no hablan *ex cathedra*, desde lo alto de su reputación científica (21)".

Thom, quien incluso llega a hablar de los "apóstoles de la deserción", aventura una hipótesis que coincide con algunos de nuestros anteriores interrogantes: "Además de la tradición, muy vivaz en Francia, del idealismo cristiano, habría que evocar también el caso de los pensadores marxistas: contrariamente a sus homólogos del otro lado del Rin, la Escuela de Francfort, los marxistas franceses han visto, con demasiada frecuencia, cómo su pensamiento resultaba esterilizado por el dogmatismo político (22)". Esta observación refuerza la idea de que es imposible explicar las desviaciones comprobadas en el proceso de construcción del área de conocimientos sobre la comunicación, sin adoptar una perspectiva comparativa de alcance internacional. *A fortiori*, cuando ya se ha comprobado el carácter excesivamente hexagonal (*) de la investigación francesa.

(*) Véase N del T en página 38

NOTAS DE LOS AUTORES

I Parte

- (1) NIVAT, M., *Savoir et savoir-faire informatique*, París, La Documentation Française, 1983, p. 44-45.
- (2) CARRAZ, R., *Recherche en éducation et socialisation de l'enfant*, París, La Documentation Française, 1983, p. 53.
- (3) THIESSE, A.M., *Le Roman au quotidien. Lecteur et lectures populaires à la Belle Époque*, París, Le Chemin Vert, 1984, p. 173.
- (4) Citado por MALLEIN, P., CORSET, P., y SAUVAGE, M., "Sociologie d'un corps de professionnels" revista *Réseaux*, département d'études sur les usages sociaux, Centre national d'études sur les télécommunications, (CNET), París, n.º 9, 1984
- (5) Dos informes han analizado en profundidad la situación de la investigación en comunicación. Nos remitimos a CERTEAU, M. DE, y GIARD, L., *L'Ordinaire de la communication*, Dalloz, 1983, y a MATTELART, A., y STOURDZE, Y., *Technologie, culture et communication*, La Documentation Française, 1982-1983, 2 tomos. [El primer tomo de esta última obra está editado en castellano: *Tecnología, cultura y comunicación*, Barcelona, Ed. Mitre, 1984.]

Capítulo 1

- (1) Para un análisis de la genealogía de la investigación en Gran Bretaña, véase GARNHAM, N., "Towards a Theory of Cultural Materialism", *Journal of Communication*, verano 1983, Vol. 33, n.º 3.
- (2) PÉCHEUX, M., "Le discours: structure ou événement?", comunicación al coloquio *Marxism and the Interpretation of culture: Limits, Frontiers, Boundaries*, Universidad de Illinois, Urbana, Champaign, 8-12, julio 1983.
- (3) ASSMANN, H., "Evaluación de algunos estudios latinoamericanos sobre comunicación masiva" presentado al XI Congreso Latinoamericano de Sociología, 8-12 julio 1974, San José de Costa Rica.
- (4) No ocurre lo mismo con la escuela funcionalista francesa que ha introducido en Francia a su homóloga americana. Al frente de esa escuela francesa había sociólogos o psicólogos sociales como Jean Cazeneuve y Jean Stoetzel. A propósito de los textos americanos introducidos en Francia, véase la antología, ya bastante antigua, de BALLE, F. y PADIOLEAU, J., *Sociologie de la communication*, Larousse, 1973. Para una visión crítica, véase PIEMME, J.M., *La télévision comme on la parle*, Bruxelles-París, Labor/Nathan, 1978 [Ed. en castellano: *La televisión. un medio en cuestión*, Barcelona, Ed. Fontanella, 1980] y, más recientemente, BEAUD, P., *La société de connivence*, Aubier-Montaigne, París, 1984.
- (5) Véase, por ejemplo, bajo la dirección de HALL, S., *Culture, Media, Language*, Centre for Contemporary Studies, Hutchinson University Library, 1980.
- (6) POULANTZAS, N., "Le déplacement des procédures de légitimation", *Le Nouvel Ordre intérieur, colloque université de Vincennes*, París, Ed. Alain Moreau, 1980, p. 141.
- (7) ALTHUSSER, L., "Idéologie et appareils idéologiques d'Etat", *La Pensée*, n.º 151, p. 14-15. [Publicado en castellano en la obra *Escritos 1968-1970* (Barcelona, Ed. Laia, 1974), p. 105 a 172].

- (8) RIGAUD, J. *Les Relations culturelles extérieures*, La Documentation Française, 1979, p. 12 y 24
- (9) Véase, especialmente, FLICHY, P., *Les Industries de l'imaginaire*, Presses universitaires de Grenoble, 1980 [Ed en castellano *Las multinacionales del audiovisual*, Barcelona, Ed Gustavo Gili, 1982] y MATTELART, A. *Multinationales et systèmes de communication*, Anthropos, 1976 [Ed en castellano *Multinationales y sistemas de comunicación*, México, Siglo XXI Editores, 1977]. Esta última investigación se había iniciado en 1972, en Latinoamérica
- (10) QUÉRÉ, L., "Les sociologues et l'analyse des problèmes locaux et régionaux", *La Recherche en sciences humaines, 1979-1980*, París, CNRS, 1980, p. 69.
- (11) FREMONT, A., en *Le CNRS et la communication*, París, CNRS, 1984, p. 69
- (12) *Ibid*
- (13) BRUNET, R., "La géographie", en *Rapport Godelier, Les sciences de l'homme et de la société en France. Rapport au Ministre de la Recherche et de l'Industrie*, París, La Documentation Française, 1982, p. 408.
- (14) JULIA, D., "L'histoire de la culture à l'époque moderne et contemporaine" *La Recherche en sciences humaines (1970-1980)*, París, CNRS, p. 84
- (15) HEGEL, F., *Principes de la philosophie du droit*, Gallimard, col. "Idées"
- (16) BARTHES, R., *Mythologies*, Le Seuil, 1957, p. 228 [Ed en castellano: *Mitologías*, Siglo XXI, 1980].
- (17) BOURDIEU, P., *La distinction*, Ed de Minuit, 1979, p. 390
- (18) MERCILLON, H., "Industrie culturelle et littérature économique", *Communications*, n. 2, p. 24
- (19) VESSILLIER, M., "Musique et arts du spectacle", *La Recherche en sciences humaines, sciences sociales (1976-1977)*, París, CNRS
- (20) Las dificultades que se han encontrado para legitimar un campo de investigaciones sobre las comunicaciones de masa han sido ilustradas, también, por la experiencia pionera de Pierre Schaeffer, en el seno mismo del servicio público de radiotelevisión, el antiguo ORTF.
- (21) VESSILLIER, M., *op. cit.*, p. 104. Entre los laboratorios de investigación que formulaban el mismo anhelo se encuentran, en esa misma época, el seminario de economía del trabajo, bajo la dirección del profesor Bartoli, el centro de sociología de la innovación (de la Escuela de Minas) y el Centro europeo de sociología histórica (con Raymonde Moulin).
- (22) COT, A., y LAUTIER, B., "Métaphore économique et magie sociale", *L'Empire du sociologue*, París, Ed. La Découverte, p. 73-74
- (23) LEFÈVRE, A., HUET, A., ION, J., MIÈGE, B., y PÉRON, R., *Capitalisme et industries culturelles*, Presses universitaires de Grenoble, 1978.
- (24) *Les Réseaux pensants* (bajo la dirección de A. GIRAUD, J. L. MISSIKA y D. WOLTON), Masson, 1978, p. 255-283.
- (25) BRAMS, L., *Les Réseaux pensants, op. cit.*, p. 224
- (26) STOURDZÉ, Y., *Les Réseaux pensants, op. cit.*
- (27) FLICHY, P., *Las multinacionales del audiovisual, op. cit.*

Capítulo 2

- (1) Escuela práctica de altos estudios, VIª sección, *Le Centre d'études des communications de masse 1960-1966*, París, p. 2 (ejemplar multicopiado). Para describir la genealogía de este proyecto francés, nos hemos basado en el informe elaborado por A. MATTELART y P. ROUSSIN, sobre la situación de la investigación en ciencias de la información y de la comunicación, en el marco de una misión confiada por el CNRS en 1983.

- (2) *Ibid*, p. 2. La elección de la Escuela práctica de altos estudios como lugar de anclaje de este centro indicaba ya desde el principio la dificultad con que se enfrentaba este campo de investigación para que las instituciones tradicionales de investigación (Universidad y CNRS) reconocieran su legitimidad.
- (3) Escuela práctica de altos estudios, *op. cit.*
- (4) "A Georges Friedmann", *Communications*, n.º 28, 1978, p. 2. Recordemos que para la escuela funcionalista americana, cuyo representante es Berelson, el análisis de contenido se caracteriza por "la descripción objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de las comunicaciones". Es precisamente lo que refutarán los estudios sobre el nivel ideológico de los discursos. Cfr. BERELSON, B., *Content Analysis in Communication Research*, Free Press of Glencoe, 1952.
- (5) Editorial, *Communications*, n.º 1, p. 1.
- (6) Escuela práctica de altos estudios, *op. cit.*, p. 6.
- (7) Con la excepción, especialmente, de E. VERON (*Construire l'événement, les médias et l'accident de Three Miles Island*, Paris, Ed. de Minuit, 1982) [Ed. en castellano: *Construir el acontecimiento*. Los medios de comunicación masiva y el accidente de la central nuclear de Three Miles Island, Gedisa, 1983 (Col. Libertad y Cambio, trad. Beatriz Anastasi y Horacio Verbitzki)].
- (8) La evolución de los temas de torno a los cuales se construyen, a través de los años, los números de la revista *Communications*, atestigua esta progresiva reducción del objeto inicial, recogido en el propio título de la publicación, a imagen de los principios fundadores del centro.
- (9) Al reconciliar el enfoque instrumental y técnico con la "inclinación literaria", este nuevo campo de aplicación abierto por la semiología permitía depurar, a la vez, el aspecto mercantil de la producción publicitaria y el aspecto gratuito de la literatura. La razón por la que, a nuestro juicio, esa nueva vía de legitimidad del entorno publicitario ha sido tan decisiva, es la relación que mantiene con la noción de creación y de creatividad. Noción hartamente sensible en el contexto francés, en el que está muy acentuada la distinción entre lo "creativo" y lo "comercial", presente en cualquier agencia publicitaria. A diez o quince años vista, este argumento puede parecer muy poca cosa en relación con el poderoso movimiento de legitimación que supone el vigoroso ascenso de la ideología del mercado. Lo que no es óbice para que represente un hito en la prehistoria de las actitudes de las empresas y de los consumidores.
- (10) Véase *Les Apports de la sémiotique au marketing et à la publicité*, Séminaire IREP, Paris, 1976.
- (11) PÊCHEUX, M., en ADELA (*Analyse de discours et lectures d'archive*), Informe de actividad y perspectivas de investigación, 1983, p. 16 (ejemplar multicopiado).
- (12) GOLDMANN, L., "L'importance du concept de «conscience possible» pour la communication", en *Colloque de Royaumont; le concept d'informations dans la science contemporaine*, Paris, Ed. de Minuit, 1965.
- (13) MORIN, E. "L'Événement", *Communications*, n.º 18, p. 4.
- (14) *Ibid.*, p. 4-5.
- (15) MOSCOVICI, S., "Nos sociétés biuniques", *Communications*, n.º 22, p. 149.
- (16) MOSCOVICI, *ibid.*

Capítulo 3

- (1) Las intervenciones de F. Jacob, así como las de R. Jakobson y la de C. Lévi-

Strauss (que sigue a continuación) publicadas originaria y parcialmente en *Critique*, marzo 1974, y en *Linguistics*, noviembre 1974, han sido reunidas y aumentadas con colaboraciones de M. Foucault y G. Ganguilhem, por el español Joan SENENT-JOSA, y publicadas con el título de *Lógica de lo viviente e historia de la biología* (Barcelona, Anagrama, 1975), de donde se extraen las presentes citas y referencias.

- (2) *Ibid.*, p. 25-40.
- (3) JACOB, F., *op. cit.*, p. 15.
- (4) *Ibid.*, p. 21.
- (5) LEVI-STRAUSS, C., *Ibid.*, p. 42.
- (6) *Construire l'avenir. Livre blanc sur la recherche présenté au président de la République*, Paris, La Documentation Française, 1980, p. 142.
- (7) DANCHIN, A., *L'Œuf et la poule*, Paris, Fayard, 1983, p. 228.
- (8) DANCHIN, A., en *Le Débat*, n.º 2, p. 75.
- (9) Entrevista con el profesor Jean-Paul LÉVY, "La guerre des sciences est déclarée", *Le Monde Aujourd'hui*, 14-15 de mayo de 1984, p. VI.
- (10) MATTELART, A. y M., *De l'usage des médias en temps de crise*, Paris, Alain Moreau, 1979, p. 18 [Ed. en castellano: *Los medios de comunicación en tiempos de crisis*, México, Ed. Siglo XXI, 1981].
- (11) En relación con este epígrafe, le estamos especialmente agradecidos a Philippe Roussin por sus valiosas aportaciones a ese trabajo, al destacar el vínculo entre comunicación y progreso dentro de las teorías biológicas.
- (12) JACOB, F., *La logique du vivant*, Paris, Gallimard, 1970, p. 328 (*La cursiva es nuestra*). [Ed. en castellano: *La lógica de lo viviente, una historia de la herencia*, Barcelona, Ed. Laia, 1977, Col. Papel 451].
- (13) *Ibid.*, p. 327.
- (14) Respecto del destino de esta fórmula, véase DANCHIN, A., y SLONIMISKI, P., "Les gènes en morceaux", *La Recherche*, Paris, n.º 155, mayo 1984. Véase también CHANGEUX, J.P., *L'homme neuronal*, Paris, Fayard, 1983, p. 246.
- (15) JACOB, F., *op. cit.*, p. 341.
- (16) *Ibid.*, p. 342.
- (17) RUFFIÉ, J., *De la biologie à la culture*, Paris, Fayard, 1983, p. 354.
- (18) *Ibid.*, p. 356. (*La cursiva es nuestra*).
- (19) Presentación en *Le Monde* del libro de GODELIER, M., *L'Idéal et le matériel. Pensées, économies, sociétés*, Paris, Fayard, 1984.
- (20) THOM, R., en *Le Débat*, Paris, n.º 15, sept-oct. 1981, p. 116.
- (21) *Id.*, "Halte au hasard, silence au bruit", *Le Débat*, Paris, n.º 3, julio-agosto, 1980, p. 127.
- (22) *Ibid.*

II. Nuevos paradigmas

Hemos perdido la cuenta de las rupturas que han caracterizado, pese a su juventud, la trayectoria de las ciencias de la información y de la comunicación. El movimiento de revisión se inició a finales de los años setenta. Y, desde entonces, no transcurre un solo año sin que revistas y coloquios dejen entrever el ocaso de ciertos paradigmas y el advenimiento de otros nuevos. Ningún área geográfica parece quedar al margen de estos replanteamientos, ni siquiera —y hasta podría decirse ni tan siquiera— aquella que la historia ha consagrado como la cuna de los primeros análisis científicos de los modernos medios de comunicación: los Estados Unidos. Baste como prueba la publicación, en el verano de 1983, de un número especial de la revista *Journal of Communication*, sin duda una de las revistas más representativas de la comunidad universitaria americana en esta disciplina (1). Este número, titulado *Ferment in the Field*, a la vez que se propone discutir los temas básicos del funcionalismo, emplaza a los enfoques disidentes.

Se está lejos del desdén de Robert K. Merton, uno de los padres de la sociología americana, quien, en 1949, contrastaba la orientación especulativa de la sociología europea del conocimiento (en la que agrupaba lo mismo a Marx que a Mannheim y a Durkheim) con la de la sociología de la comunicación de factura americana, menos tributaria de las "preocupaciones metafísicas". Veía en este contraste la expresión de dos mentalidades, de dos visiones del mundo, de dos culturas profundamente diferentes: la europea, de tradición filosófica; la americana, de orientación empírica. Arrebatado por una insuficiencia etnocéntrica, se dejaba llevar por juicios lapidarios: "El norteamericano sabe de qué habla, y es poco. El europeo no sabe de lo que habla, y es enorme. El europeo imagina allí donde el norteamericano observa. El norteamericano investiga a corto plazo, el europeo especula a largo plazo (2)". Entre la "objetividad" y la "veracidad" que, a su entender, caracterizaban la sociología de la comunicación americana y el juicio de valor que, según él, afectaba a lo que él llamaba "el método histórico de la sociología del conocimiento" europea, no cabía el diálogo en aquel entonces.

Con todo, en 1985, el título de la 35.^a conferencia anual de la ICA (International Communication Association), la mayor asociación profesional de investigadores y expertos en comunicación de los Estados Unidos, es ni más ni menos que el de: "Más allá de la polémica, los diálogos entre los paradigmas". El empirismo americano vuelve a descubrir la Escuela de Francfort, se pone a la escucha del estructuralismo lingüístico francés, invita a unos marxistas ingleses a discutir algunas aportaciones de las teo-

rías semióticas contemporáneas sobre la representación, acepta confrontar la concepción del lenguaje que subyace en las formas tradicionales del análisis de contenido con las nuevas concepciones del espacio del lenguaje introducidas por Derrida, Barthes y Foucault. Una palabra recorre las publicaciones y frecuenta los pasillos: la crisis de los paradigmas dominantes.

Pero no nos engañemos. Si bien es verdad que ciertos sectores minoritarios de los Estados Unidos se abastecen hoy en las tradiciones filosóficas y en la historia de la conciencia crítica europea, otros —no tan minoritarios— acogen a los nuevos paradigmas para vigorizar a los antiguos (3).

Este recurso del empirismo americano a las escuelas críticas europeas no deja de ser paradójico en tanto en cuanto, de este lado del Atlántico, estas escuelas no están a cubierto de la crisis de los paradigmas (4).

Creíamos haber tenido certidumbres. El estructuralismo había sido una de ellas. Con él, creíamos estar en posesión de un método unitario, válido para todas las ciencias, incluidas las ciencias humanas. En la búsqueda de cientificidad que caracteriza a estas últimas desde sus orígenes, ¿acaso no ha sido la etapa estructuralista una etapa importante? A pesar de las fuertes resistencias que opusieron la historia y la sociología, la lingüística estructural (*) se estableció como ciencia regia, "la ciencia de las ciencias". Hemos asistido, a través del enfoque estructural (*), a la generalización del concepto de sistema de comunicación, convertido en eje central. Concepto unificador por excelencia, según Lévi-Strauss, la comunicación servirá para explicar las reglas del parentesco, del lenguaje y de los intercambios económicos.

Durante la apoteosis estructuralista, aunque todos invocaran hasta la saciedad el sistema de comunicación, fue el proceso de comunicación que menos se estudió. El colmo fue que la lingüística llegara a estudiar los lenguajes haciendo abstracción del hablante y del referente. Se estudió la lengua, pero no el lenguaje hablado por sujetos psicológicos y sociológicamente situados. La lingüística estudió las frases y el sistema de reglas y condicionamientos que subyace en su forma, aislándolos de su lugar de producción (5).

(*) "Structurale" en el original (N. del T.).

1. La teoría de la información

LA LINEALIDAD

Si la lingüística estructural y las escuelas que la han reivindicado eliminaron de su campo de análisis cualquier referencia contextual, postulando, de hecho, la neutralidad de las instancias "emisora" y "receptora", fue porque aquélla avaló los presupuestos de una teoría que tiene su origen en las matemáticas.

Es en su libro "La teoría matemática de la comunicación" donde Claude Shannon propone, en 1949, un esquema del "sistema general de comunicación (1)". Shannon trazaba el marco matemático en cuyo interior resultaba posible plantear los problemas relativos al costo de un mensaje, el costo de una comunicación entre un emisor, "la fuente", y un receptor, en presencia de perturbaciones aleatorias, llamadas "ruido". Si se procura reducir el desperdicio total al mínimo posible, se transmitirá por medio de signos convencionales que resultarán menos costosos. El marco conceptual propuesto se basa en la siguiente cadena de elementos: la *fente de información* que produce un mensaje (el habla por teléfono), el *emisor*, que transforma el mensaje en señales (el teléfono transforma la voz en oscilaciones eléctricas), el *canal*, que es el medio utilizado para transportar las señales (cable telefónico), el *receptor*, que reconstruye el mensaje a partir de las señales, y el *destinatario*, que es la persona (o la cosa) a la que se envía el mensaje.

Formulada por un matemático que trabajaba por cuenta de la Compañía telefónica Bell, eran evidentes los préstamos tomados de los descubrimientos de la biología del sistema nervioso por esta teoría. Tras haber transitado por las matemáticas, poco después volverá a ser utilizada por la biología molecular, alumbrando nuevas vías para la comprensión de los mecanismos de la herencia. El código genético y la forma con que las cadenas de ácido desoxirribonucleico (DNA) disponen sus segmentos sucesivos para transmitir la información o las órdenes de la vida explican la especificidad biológica, es decir, las características que hacen que el individuo sea único.

De entrada, la teoría matemática de la información se revelará como un punto de reunión de disciplinas tan diversas como las matemáticas, la sociología, la psicología, la biología molecular y la lingüística que, a partir de los años cincuenta, compartirán, como hemos visto, a través de los conceptos de código, imagen, mensaje e información, una misma clave de lectura (2). Posteriormente, el famoso esquema propuesto por Shannon se convertirá en lugar de paso obligado para cualquier neófito en sociología de los medios y servirá de referencia básica.

Ya en 1952, el lingüista Roman Jakobson veía en la teoría de la información una herramienta esencial para la constitución de la ciencia lingüística. Para él, esta teoría ofrece a los lingüistas, así como a los antropólogos, según advierte, una modelización que les permite idear sistemas (siste-

mas lingüísticos, pero también sistemas de parentesco) y captar mejor la dimensión sincrónica. En una comunicación que lleva el título de "Lenguaje común de los lingüistas y de los antropólogos", Roman Jakobson escribe, en 1952: "En el estudio del lenguaje en acto, la lingüística se ha visto sólidamente respaldada por el impresionante desarrollo de dos disciplinas afines, la teoría matemática de la comunicación y la teoría de la información. Las investigaciones de los ingenieros de comunicaciones no figuraban en el programa de esta conferencia, pero resulta sintomático que la influencia de Shannon y Weaver, de Wiener, de Fano o del excelente grupo de Londres haya aflorado prácticamente en todas las ponencias. Hemos discutido involuntariamente términos tales como codificación, decodificación, redundancia, etc. ¿Cual es exactamente, pues, la relación entre la teoría de la comunicación y la lingüística? ¿Acaso existen conflictos entre ambos modos de enfoque? De ninguna manera. Es un hecho que la lingüística y las investigaciones de los ingenieros convergen, desde el punto de vista del destinatario [...] Hay que reconocer que, en ciertos aspectos, los problemas del intercambio de información han logrado, por parte de los ingenieros, una formulación más exacta y menos ambigua, un control más eficaz de las técnicas utilizadas, así como una posibilidades de cuantificación prometedoras (3)".

Casi treinta años más tarde, el lingüista americano Noam Chomsky describía así el contexto histórico en el que ha prosperado la seducción que ejercían entonces los modelos matemáticos de la comunicación: "A finales de los años cuarenta y a principios de los años cincuenta, hemos visto cómo se desarrollaba la teoría de la comunicación, la teoría de la información [...] La mayoría de las veces, se suponía que estos modelos se adecuaban a la descripción del lenguaje. Jakobson aludía a ello vagamente [...] Estas teorías estaban entonces muy de moda, incluso suscitaban euforia. En círculos intelectuales como el de Cambridge, la mayor parte del desarrollo tecnológico se remontaba a la Segunda Guerra mundial. Los ordenadores, la acústica electrónica, la teoría matemática de la comunicación, todos los enfoques tecnológicos del comportamiento humano, estuvieron muy de moda. Las ciencias humanas se constituyeron a partir de estos conceptos [...] Este conjunto de ideas se me antojaba estrechamente vinculado a una corriente política en el poder. Así como muy autoritario, muy manipulador, vinculado a los conceptos behavioristas de la naturaleza humana (4)".

No es preciso añadir que la transformación del esquema procedente de la teoría matemática de la comunicación a otras disciplinas no tardó en ser criticada por ciertos matemáticos. Conforme escribía uno de estos últimos, "las repercusiones propias de la teoría de la información de Shannon, quitando las matemáticas y la física teórica, son, hasta esta fecha, casi inexistentes en los diferentes campos del mundo real. Las invocaciones rituales a Shannon, que hacen desde la lingüística a la biología, intentan, quizás, atraer a los dioses, pero hacen sonreír a los especialistas (5)".

LA REHABILITACIÓN DEL RUIDO

Coincidiendo con el momento en que invade el campo industrial y comercial, la noción de *performance* (*) ha sido puesta en tela de juicio desde múltiples lugares sociales, científicos y otros. Esta paradoja pone de relieve la impronta de esta tensión, propia de los años ochenta, entre un proyecto voluntarista para salir de la crisis y una realidad apresada por la duda.

Al elaborar la teoría de la información, hace cerca de cuarenta años, los matemáticos americanos pretendían que las comunicaciones telefónicas alcanzaran la mayor eficacia posible: transmitir el máximo de informaciones con el mínimo de unidades. Elevada la linealidad a la categoría de ideal, "ruido" significaba todo aquello que supusiera un "obstáculo". Se trata de un modelo eminentemente finalista, en el que el destino de la relación entre emisor y receptor se lee a la luz funcional de un recibo de electricidad o de teléfono. No obstante, este "ruido" que se había considerado necesariamente como un "vicio perturbador" se reivindica hoy como una posible "virtud".

Es lo que nos dicen, por ejemplo, quienes estudian la formación de los modos de empleo de los bancos de datos documentales y analizan las condiciones de un uso plural de los nuevos dispositivos de información. Citemos a uno de ellos: "El impreso permite el dominio del tiempo, lo cual es esencial para la construcción del sentido por parte del lector. El libro permite abreviar [...], hojear [...], cosas, todas ellas, ajenas al universo de los sistemas jerarquizados de búsqueda de la información. Las bases de datos telemáticas, por ejemplo, excluyen estos tipos de acceso semi-aleatorios, aunque no azarosos, a la información; y por lo general, los sistemas complejos excluyen todos aquellos pasos que contienen "ruido" —en el sentido que la teoría de la información le confiere a este término— o recurren al juego. [...] No se trata aquí de abogar por la vela frente a la electricidad, por la documentación mediante aproximaciones sucesivas en contra del rigor documental. Pero no cabría jerarquizar estas lógicas, y convertir estas prácticas "salvajes" en residuos prelógicos que habría que reducir, cuando lo que ha de verse ahí son iniciativas de investigación de pleno derecho. [...] El riesgo estaría en hacer de estas nuevas técnicas, en nombre de la eficacia, no ya una herramienta suplementaria de acceso a conocimientos acumulados, sino la herramienta para todos los accesos, que sustituye a las otras formas, que se estiman superadas, de almacenamiento y de comunicación de la información (6)".

¿Ir a tientas no es acaso una virtud cuando se trata de ensanchar el campo de la expresividad o el de la *utilización*? La tensión entre la singularidad, la especificidad de las prácticas, de los usos, y el proyecto de una información estrictamente definida al objeto de evitar cualquier pér-

(*) Voz inglesa, incorporada al léxico francés, cuya principal connotación equivale a "prescripción elevada", "máxima eficacia" (marca, record, resultado, hazaña, etc...). (N. del T.).

didada en su transmisión, es especialmente sensible, por ejemplo, cuando, en las investigaciones sobre el diálogo hombre/máquina, el respeto a la redundancia se convierte en una condición necesaria para que puedan tomar la palabra los usuarios, los grupos y los individuos que viven una temporalidad distinta de la norma utilitaria prescrita.

La idea de que el ruido puede ser algo más que una fuente de trastorno aflora, asimismo, a través de las desgarradoras revisiones de un sector de la lingüística. Comprobación elemental: si bien el "ruido" es, efectivamente, un elemento "negativo", cuando se trata de técnicas de aislamiento, de corrección, de grabación, puede no serlo cuando se explota mediante técnicas para conseguir efectos sonoros, ruidos de fondo... Pero hay más. Otros interrogantes que recogen los estudios sobre el lenguaje influyen directamente en la forma de percibir la "comunicación": no sólo se habla para informar, para transmitir un mensaje. Es lo que expresaba Jacques Derrida en octubre de 1984: "La función de comunicación no agota la esencia del lenguaje. Naturalmente, el lenguaje comunica, transmite, transporta sentido, mensajes, contenidos. Pero los efectos producidos por un acto de lenguaje o de escritura no se reducen necesariamente al transporte de una información o de un saber... Cuando digo algo a alguien, no es seguro que mi primera preocupación sea la de transmitirle un saber o un sentido, sino la de entablar con él una cierta relación, la de intentar seducirlo, o de darle algo, o incluso de hacerle la guerra. De esta forma, a través de los esquemas de la comunicación, aparecen otras posibles finalidades (7)".

Para comprobar este movimiento de rehabilitación del titubeo y medir su alcance, hay que volver a situarlo, evidentemente, en un contexto más amplio que se inscribe en el meollo mismo de la crisis que altera la confianza en lo unívoco, en el meollo mismo de la crisis de los modelos racionales, de la verdad y de la norma que vertebra el *logos* occidental.

2. La postlinealidad

LA MECÁNICA Y LO FLUIDO

"Mecánica" y "fluido", dos modos de pensamiento antagónicos. ¿Acaso no se percibe hoy al segundo como si hubiera tomado irremediablemente el relevo del primero?

Con la "mecánica" teníamos lo sólido, teníamos lo alto y lo bajo, el antes y el después, el *infra* y el *supra*, con el séquito de metáforas mediante las cuales se intentaba expresar el sentido dado a la historia, al progreso, a los desequilibrios de fuerzas, a la dinámica del movimiento social. La célebre metáfora de Marx, de la sociedad como edificio, con la famosa estructura base/superestructura ¿no es acaso el mejor ejemplo de esta forma de pensamiento?

El montaje sincopado de lo social, plano contra plano, ha sido sustituido por el montaje en fundido-encadenado. El primero indicaba el antes y el después, las jerarquías, la fuente y el destinatario, la causa y la consecuencia, las rupturas y las continuidades.

Entre una y otra forma de pensar, las categorías se enfrentan en un riguroso cara a cara: por fuerza, responde el flujo; ante la rigidez, la flexibilidad; ante la verticalidad, la horizontalidad; ante la estabilización, la renovación permanente; ante la causalidad lineal, la causalidad circular; ante el cierre, la apertura; ante la suma y la yuxtaposición, la transversalidad.

Puede caerse en la tentación de ver un rasgo de equivalencia entre fluidez y transparencia. Suscribir de entrada esta equivalencia sería, por una parte, desconocer la contradictoria génesis de este modo de pensar, informado por el paradigma de lo fluido, y, por otra, supondría ignorar las funciones, no exentas tampoco de contradicciones, que esta forma de pensar cumple efectivamente hoy dentro del espacio social en descomposición/recomposición.

Génesis contradictoria a semejanza de los conceptos que están asociados al concepto de fluido en uno u otro momento de su trayectoria: sociedad post-industrial, sociedad post-moderna.

El debate se ha simplificado en demasía. En un intento por dar cuenta de la evolución de las grandes sociedades industriales, el concepto de sociedad post-industrial ha ofrecido, en la práctica, un marco orgánico para comprender las modificaciones de las formas del pensamiento. Como suele ocurrir con los conceptos consagrados sin beneficio de inventario, "la sociedad post-industrial" se apareció como un todo liso, homogéneo, llevando a cabo la fusión de las familias ideológicas históricamente desunidas, repartiendo los modos de percepción del mundo, según la dicotomía arcaísmo/modernidad.

Las primeras formulaciones acerca de la sociedad post-industrial se remontan de hecho a principios de los años sesenta, con las aportaciones del sociólogo americano Daniel Bell al seminario de Salzburgo. Fue en el seno de la "Comisión sobre el año 2000", que él mismo presidía, donde se acuñó este concepto. Su auge fue contemporáneo del advenimiento de otras tesis menos relumbrantes, como, por ejemplo, la del fin de las ideologías. El propio Daniel Bell, en 1960, le puso a una de sus obras nada menos que el título de "El fin de las ideologías" (1). Un politólogo como Seymour Lipset, por su parte, en aquella misma época, y mucho antes, por tanto, de que el movimiento obrero entrara en crisis en los grandes países industriales, ya vaticinaba la decadencia de la lucha de clases y su metamorfosis "en un combate desprovisto de toda ideología y sin banderas rojas" (2).

La primera concepción de la sociedad post-industrial nacería bajo la égida de los ingenieros y de los especialistas en ciencias físicas, vinculados a los grandes cuerpos tecnocráticos, que habitan la ciudad y encarnan los valores de la civilización urbana (3). Su forma de pensar estaba más próxima a "la mecánica" que al pensamiento de lo "fluido". Sus métodos eran métodos objetivos, de proyección lineal, basados en las técnicas cuantitativas. Y fue precisamente al aplicar esta linealidad a las extrapolaciones de las tasas de crecimiento de la post-guerra cuando propusieron una visión de la sociedad post-industrial como una sociedad de la abundancia (con una renta de crecimiento exponencial), una sociedad esencialmente terciaria en la que los servicios aventajan a la industria, una sociedad en la que subsistiría la dicotomía trabajo/ocio, y en la que la continua persecución del progreso se llevaría a cabo a partir de la acumulación de bienes, creadores de la felicidad. En su primera versión, el concepto reflejaba una propensión a la centralización (en aquella época, D. Bell definía "la centralidad" como "la fuente de la innovación y de la formulación de las opciones políticas para la sociedad", centralidad que confiaba a la tecnoestructura el control de los procedimientos llamados "de decisión racional" y ocultaba el debate sobre las alternativas de orden político). Con la centralidad, el tamaño se convertía en una virtud, al igual que la sociedad de masa, homogénea y uniforme, que había que acondicionar. Siguiendo el ejemplo del economista Rostow y del futurólogo Herman Kahn, D. Bell asumía la creencia mística en la ciencia y en la tecnología. La tecnología tendría que resolver los problemas engendrados por la tecnología. De cara al porvenir, D. Bell preveía la permanencia de las burocracias tecnocráticas con el fortalecimiento de una nueva elite de alto nivel científico, la continuación del *Welfare state* y la "interdependencia" internacional.

Más que los debates entre teóricos, fue la crisis de los años setenta la que vino a desmentir el optimismo de esta prospectiva lineal de los años de fuerte crecimiento. Del primer concepto de "sociedad postindustrial" tan sólo quedarán la idea de la sociedad terciaria (que se metamorfoseará en sociedad de la información o de la comunicación) y la creencia en

la inevitabilidad del crecimiento tecnológico y en la interdependencia internacional. Perdurará sobre todo la convicción de que la nueva era de la economía y de la sociedad de servicios concordaba con la instalación en el poder de la nueva clase de los propietarios de la ciencia y de la técnica.

Lo primero que desestabiliza la crisis no es tanto la idea de la formación de nuevas elites tecnocráticas como el modo de legitimación de su nueva competencia. Lo que revela la ruptura de un modelo de crecimiento exponencial es que, contrariamente a lo que pensaba una tecnoestructura que ya recorría los pasillos del poder y estaba estrechamente vinculada a un Estado proveedor de contratos militares y de grandes programas administrativos, el traspaso de poderes entre la gran burguesía industrial y la "tercera clase" no se llevará a efecto siguiendo la pauta de la evolución natural y metabólica. Por su tendencia a considerar la planificación y la toma de decisiones sólo desde arriba, el primer modelo post-industrial había olvidado que existían unos administrados, unos "acondicionados", estos sujetos-objetos-de-planificación, y, sobre todo, la diversidad de los nuevos intereses que animaban otros componentes de la tercera clase, en las puertas del poder.

UN NUEVO CONTEXTO

La segunda generación de los debates de ideas sobre la post-industrialización le devolverá a la definición del concepto su peso de contradicciones sociales. Y demostrará que expresa más fracturas que convergencias y que alberga, incluso, auténticas dudas de fondo sobre los presupuestos iniciales.

Por un lado, al haber perdido el soporte objetivo del crecimiento que convertía su ascenso en un fenómeno natural, la nueva clase, forzosamente, tiene ahora que concebir su acceso al poder y su modo de legitimación en función de los otros grupos y clases que constituyen la sociedad. Por otro, la ruptura del consenso a la que aludieron, primero, la famosa Comisión Trilateral (4), en relación al conjunto de las sociedades industriales, y, luego, el informe Nora-Minc, referido especialmente a la realidad francesa, recuerda que otros grupos, que otros actores sociales, afrontan la salida de la crisis y sacan las enseñanzas de la quiebra de un modelo de crecimiento, partiendo de otros presupuestos, de otras alianzas y de otra filosofía de la vida y del desarrollo.

La figura de la centralidad deja de ser la referencia suprema, para abrir paso al reconocimiento de las diferencias, de las especificidades sexuales, categoriales, locales. La legitimidad del esquema de pensamiento mecánico y lineal es impugnada por el pensamiento organicista (los paradigmas propuestos por las ciencias de la vida se convierten, como hemos visto, en referencias insoslayables). La primacía de los valores se opone al método objetivo; las técnicas empíricas cualitativas a las

técnicas cuantitativas; el comportamiento heurístico al comportamiento lógico; lo intuitivo a lo cognitivo; la multiplicidad de elecciones y opciones a la proyección lineal.

Los iniciadores de la doctrina post-industrial, en su afán por proclamar, a partir de los años cincuenta, el fin de las ideologías, de hecho habían consagrado el mito de una ciencia, una y omnipotente, pero, sobre todo, de una ciencia y de una técnica neutras, libres en relación con sus condiciones de producción. Con la crisis del modo de pensamiento lineal, se abre la crisis de la ciencia una. También es la crisis de la teoría, es el advenimiento del pensamiento de "lo empírico" (que no hay, desde luego, que confundir forzosamente con el empiricismo), la atención hacia lo real, más preocupada por describir lo ordinario, por ceñirse a la experiencia, por confiar en el sentido común, que por intentar una elucidación teórica que no desembocara inmediatamente en lo vivido.

El primer concepto de sociedad post-industrial había visto la luz en el cogollo de la sociedad capitalista más avanzada, los Estados Unidos. La segunda generación se caracterizará por su dimensión plural. Dará acogida a las aportaciones, a los interrogantes, a las especificidades de familias ideológicas heterodoxas, contestatarias; se abrirá hacia otras áreas culturales. La polifonía de la periferia sustituirá a la centralidad, que caracterizaba a la primera. Esta vez, el tercer mundo, Europa, son partes interesadas en el interrogante que pesa sobre la evolución de las necesidades sociales, sobre los objetivos del crecimiento y de los modelos de desarrollo. En respuesta a la crisis, reaparece toda una tradición de crítica del industrialismo, ahogada hasta entonces, tanto por las teorías del crecimiento exponencial como por las prácticas dominantes de un movimiento obrero que se ha sumado a la ideología productivista de la industrialización, como único método de desarrollo. A esta tradición pertenecen los socialismos utópicos, alcanzados por los nuevos movimientos sociales, a saber: los movimientos de mujeres, los movimientos étnicos, todas aquellas formas de asociación que se han correspondido con la búsqueda de una alternativa a la forma hegemónica de la organización bolchevique del trabajo, de lo político, de la vida cotidiana, caracterizada por la centralidad. En Francia, pertenecen también a esta tradición los conceptos fundamentales de un socialismo humanitario, expulsado del horizonte político por el triunfo de una noción de lo popular, caracterizada por una determinada concepción del partido (5). En el campo de la cultura popular, no puede pasar inadvertido el hecho de que la nueva mirada sobre la literatura de folletín constituye una actitud irreverente en relación con la famosa lectura que hizo Marx de los *Mystères de París* (Misterios de París), de Eugene Sue, y que, durante el período del marxismo estructuralista, sirvió de paradigma para analizar la "falsa conciencia" popular (6).

También es plural esta nueva fase de discusión acerca de la sociedad post-industrial por la procedencia de las disciplinas que participan en los interrogantes que plantea el post-industrialismo: ciencias de la vida, cien-

cias medio-ambientales, antropología, sociología, economía, filosofía, moral...

La primera concepción post-industrial consagraba la linealidad de la historia y la persecución continua del progreso. La segunda hablará de discontinuidad de la historia e incluso de un eventual retroceso. A la celebración de la posesión y de la acumulación de bienes como garantía de la felicidad le sucederá la confianza en el ser y la calidad de vida. A la dicotomía trabajo/ocio le sucederá la unidad del trabajo/creación. A la urbanización generalizada, un desarrollo que reconcilia, a partir de nociones tales como la de "país", la ciudad con la ruralidad. A la invasión de la tutela pública se responderá con la autonomía respecto del Estado. A la centralización, con la descentralización. A la verticalidad, con la horizontalidad. A las jerarquías con las redes. A lo grande, con lo pequeño. A lo *macro*, con lo *micro*. A la masa, con las redes por afinidades. A la homogeneidad, con las diferencias. A las megamáquinas de la primera sociedad post-industrial, en fase con el mando estatal-industrial y militar, les replicarán las tecnologías adaptadas, preocupadas por ahorrar materia y energía, útiles y comprensibles para la gran mayoría. Al etnocentrismo occidental de la primera, incapaz de proponer otros modelos de crecimiento que no fueran los que reproducen las etapas del desarrollo del capitalismo avanzado (cuyo mejor ejemplo lo constituye Rostow), responderá la idea de un desarrollo basado en los recursos locales, en la autosuficiencia de los grupos y de los países, sin caer en el mito de la autarquía (*self reliance*). Pero por encima de todo, la democracia representativa del primer modelo —en el que la ciencia y la técnica sustraen del "espacio público", de la "esfera de la interacción social", como la llama Jürgen Habermas, un número de asuntos cada vez mayor, para confiárselos a los expertos y a los profesionales— tendrá que hacer frente a la reivindicación de formas de democracia directa.

Poner de relieve, aunque sólo sea a grandes rasgos, como acabamos de hacerlo, la doble cara del pensamiento post-industrial, es una operación conceptual importante.

En este nuevo régimen de verdad, en el que la propia causalidad está en entredicho, se abusa, paradójicamente, de la tendencia a tomar el rábano por las hojas (si se nos permite utilizar una imagen que evoca la edad preindustrial). En efecto, las mutaciones sociales y culturales y aquellas otras más profundas de la *episteme* global, suelen interpretarse como si fueran el corolario de las mutaciones tecnológicas. El conjunto de los paradigmas que subyacen en los nuevos enfoques de lo real nos enseña que el pedirle a la revolución tecnológica que produzca por sí sola un nuevo social, sería tributarle un honor inmerecido. Si hay algo importante en la "movida epistemológica" de hoy, no es sino el auge de un pensamiento en el que lo social y lo técnico han dejado de ser mundos cerrados y separados; no es sino la conciencia de lo social y de la representación de lo social que hay en el artefacto. Así puede decirse que el ingeniero pone en el artefacto su representación de un uso social que in-

terpela al usuario, el cual a su vez puede contestar, ajustándose o soslayando este uso prescrito, al que aporta su propio marchamo.

LAS DESVIACIONES DEL PARADIGMA DE LO FLUIDO

Sería ingenuo pensar, evidentemente, que los dos paradigmas se excluyen mecánicamente el uno al otro. Si bien el primero ha precedido históricamente al otro, hoy en día ambos operan en la sociedad de forma sincrónica, en muchos aspectos. Hoy, por ejemplo, puede hablarse de descentralización, pensando en centralidad. Considerar ambos paradigmas como dos catálogos, el segundo de los cuales hubiera hecho caducar al primero, equivaldría a mirar lo que se mueve con la racionalidad de lo que está fijo. Lejos de sustituirse el uno por el otro, estático y dinámico coexisten, se contaminan y hay entre ambos múltiples interferencias.

La llegada de las tecnologías y de las redes de información y de comunicación se inscribe entre la decadencia del uno y el auge del otro. La mencionada sociedad de la información se inmiscuye en el tránsito de una fase a otra y participa del nuevo conjunto de los modos de legitimación de la segunda.

El nuevo paradigma de lo fluido sólo puede leerse de forma ambivalente. Ambivalente y abierta, según aparece el proceso de formación de los micro y de los macro-usos de las tecnologías de comunicación. Aquél se elabora a partir de adaptaciones, de transiciones, de resistencias individuales y colectivas, y, sobre todo, a partir de andaduras contradictorias en las que no dejan de enfrentarse imaginarios, intereses y proyectos sociales diferentes. Ambivalentes, como lo son las herramientas conceptuales (citemos, por ejemplo, la participación, la descentralización cuya historia contradictoria siempre habrá que rehacer) elaboradas para aprehender estas realidades, que llaman nuevas, y que son susceptibles de múltiples interpretaciones y usos.

De esta forma, el nuevo paradigma puede quedar reducido a un modelo puramente formal si se olvida la y las lógicas sociales que han inspirado la puesta en duda radical de la linealidad: una puesta en duda radical que no es otra que la de un modelo de sociedad, de un modelo de organización de las relaciones sociales, de un modelo de desarrollo y de crecimiento. Precisamente es lo que hacen, quienes, a la vez que celebran el advenimiento del modo de pensamiento de lo fluido y entierran alborozadamente el "paradigma de la mecánica", reintroducen por la banda el esquema lineal del historicismo, al conjugar las promesas de fluidez de las nuevas redes con las estrategias políticas y económicas para la salida de la crisis, que reactivan nuevamente la ecuación: progreso = alta tecnología. Estrategias para salir de la crisis que tan sólo son creíbles si se plantea que todo cambio es posible, salvo el que cuestionara las reglas fundamentales del juego socio-económico existente. Un paradigma rico en potencialidades para rediseñar lo social, sirve entonces

para legitimar un proyecto tecnocrático que recaba de la tecnología que justifique y oculte la ausencia de un proyecto social a la medida de las demandas subyacentes en los nuevos modos de reflexionar e influir sobre la sociedad. En el lado social, el paradigma de lo fluido corre el riesgo de convertirse en un espejuelo, mientras todos los esfuerzos se concentran en el despliegue de los escaparates tecnológicos.

Los templos que unas grandes acciones museográficas están erigiendo a la ciencia y a la tecnología, en los países industriales avanzados, quizás sean su mejor expresión simbólica. Puede percibirse una desviación similar en los modos de interpretar la demanda social para la orientación de las opciones tecnológicas. A una noción de "demanda social", inspirada en la preocupación por establecer un vínculo entre los nuevos posibles tecnológicos y los actores sociales, para una redistribución del poder y un plus de democracia, responde, dentro de las perspectivas de "experimentación" enmarcadas por la ingeniería social, un proyecto para hacerse cargo de la demanda solvente.

Estos desfases explican por qué el terreno es tan propicio a los florecimientos de enfoques y de nuevas ideologías sistemistas que descuelan en desmontar las interacciones, las movibilidades, los flujos, la circularidad, la continua renovación de los elementos de un sistema, dejando en la sombra las reglas del juego del gran sistema-marco. En esta "estabilidad dinámica" de los sistemas complejos (7), lo que se ofrece como alternativa máxima, como máxima elección, se combina, en realidad, con el cierre del campo de los posibles. Toda vez que el determinismo de la ciencia y de la tecnología es el axioma básico.

Cosas, todas ellas, que sólo pueden comprenderse y vivirse a la luz de la reconciliación con el hombre pragmático, con la felicidad del hombre pragmático de la que hablaba Kant, lo cual significa, sin duda, el reconocimiento de las necesidades del hombre concreto, pero también el principio de negociaciones infinitas, es decir, sin fin y sin finalidad, ya que han nacido allí donde acaban las utopías.

El paradigma de lo fluido tiende a convertirse en una de las cosas mejor repartidas del mundo. Se comprenderá que el modo de enfoque que sugiere es susceptible de estallar en múltiples tendencias que, si bien comparten numerosos rasgos comunes, también presentan divergencias considerables, incluso insuperables. Tan sólo es preciso considerar los debates en torno a la alternativa micro/macro, descentralización/centralización, sociedad civil/estado, democracia/jerarquía, local/nacional/internacional, tal y como se encarnan, no sólo en los movimientos de pensamiento, sino en movimientos sociales, estrategias y políticas de Estado (en el primer y tercer mundo), para convencerse a diario. Se advierte entonces que igual puede alimentar nuevas redes de solidaridad como legitimar las lógicas de atomización del movimiento social (8). Algunos se refugian bajo el paradigma de lo fluido para proclamar el fin de la lucha de clases propia de la era de la máquina, de la mecánica, el fin de la sociedad conflictual y el advenimiento de la sociedad convivencial.

Otros, reconociendo la pluralidad de las determinaciones, avanzan en la teoría crítica haciendo valer que, aun siendo componentes de lo real, la lucha de clases y la historia económica ya no son los únicos agentes que determinan la historia de los poderes y de los contrapoderes (9).

¿Qué ocurre con las segregaciones sociales? Es en torno a esta cuestión donde se diversifican las distintas concepciones de lo fluido. Realidad del pensamiento contemporáneo, a la vez que trama prospectiva, este paradigma no puede separarse de los retos lanzados desde las estrategias de salida de la crisis. A medida que se concretan los riesgos de que pueda instituirse una sociedad dual, lo "fluido" se expone a hacer las veces de doble referencia legitimadora y a servir, así, de ideología de consenso a una sociedad profundamente segregada. Por una parte, garantiza a la capa integrada en los beneficios de la economía de crisis el tránsito de una sociedad jerarquizada a una sociedad corporativa, en la que las relaciones de poder sólo se conciben con la armonía entre el capital y el trabajo. Por otra parte, ofrece a los excluidos las azarosas perspectivas del nuevo espíritu de la economía sumergida (*) y de la cotidianidad de la autosuficiencia.

La idea de la desaparición de las segregaciones sociales y del ocaso de las luchas sociales disimula al menos dos fenómenos. En primer lugar, disimula el hecho de que la "fluidez" tiene dos circuitos paralelos y que entre la esfera de los excluidos y la de los integrados no todo transcurre de acuerdo con el régimen de los vasos comunicantes. Y es precisamente ahí donde la ideología de la comunicación, el nuevo igualitarismo a través de la comunicación, cumple su función de legitimación. Y luego, la idea de la desaparición de las diferenciaciones sociales anula la idea de la necesidad de alianzas sociales, toda vez que la fluidez, convertida en fetiche (por emplear el término que habrían utilizado tanto Marx como el primer Barthes, el de las *Mitologías*), mantiene la comunicación entre todos los individuos. Anulación que resulta más necesaria aún en esta época en que la utopía de la movilidad social para todos, del desarrollo y del crecimiento para todos, tiende a perder su credibilidad. En esta época, también, en la que, en el campo de los integrados, poco a poco se abre paso la idea de que sólo las estrategias de seguridad pueden contener la violencia psicológica y social de los marginados.

(*) Fenómeno que, en América Latina, también es conocido como economía "informal" ó "de la informalidad" (N del T.).

3. El poder negociado

DE LOS USOS DE LA AMBIGÜEDAD

Con el paradigma de lo fluido, lo que se ha fracturado es la imagen de un poder localizado en un solo punto, visible y unívoco, de la sociedad, la imagen de un poder central perfectamente articulado con la periferia. Lo que se perfila es la imagen de redes complejas de lugares cuyo propio enmarañamiento hace compleja la formación de las decisiones. A esta complejidad ha de corresponder la pluralidad de los instrumentos de interpretación.

Nunca podremos subrayar bastante la importancia de esta ruptura. Representa, sin duda alguna, un avance considerable para la comprensión de lo real.

La teoría crítica, durante mucho tiempo, ha estado dominada por un reparto, estrechamente compartimentado, de lo verdadero y de lo falso, que, en el plano político, no carecía de eco en la oposición entre la línea correcta y la línea desviada, lo bueno y lo malo, la verdad y el error. Estos modos de interpretación han retardado, e incluso bloqueado, el reconocimiento del estatuto específico de la conciencia subjetiva, de la cultura y de lo simbólico. Basta con evocar el obstáculo que ha supuesto el paradigma infraestructura/superestructura para la construcción de un saber crítico y práctico acerca de la producción cultural. La cuestión teórica de las determinaciones y de las prelacones de una u otra "instancia" (económica e ideológica) remitía a estrategias políticas que las visualizaban como fases espacio-temporales de un cambio lineal: un antes y un después (un después constantemente diferido). El aplazamiento de "la cuestión de la cultura" y de la cuestión de la producción simbólica ha expresado la tendencia a cosificar los conceptos, a vaciarlos de su concreto social, de su vigilancia, so pretexto de permanecer lo más cerca posible de su concreción material. ¡Cuántas contorsiones en la historia de la teoría crítica de la cultura y de los medios (semiología, economía política, antropología, filosofía, cual *totum revolutum*) para escapar del materialismo vulgar o para acomodarse a éste! ¡Cuántas contorsiones para sustraerse al cepo de la primacía de lo económico y para llegar a decir que, pese a todo, la base no era más que una última "instancia", que la superestructura estaba más o menos desfasada, que podía llegar a ser "relativamente autónoma" en relación con las condiciones de la vida material! Cuántas contorsiones antes de lograr hacer valer, por ejemplo, que la ideología, en todo esto, no es, por encima de todo, un repertorio de contenidos (opiniones, actitudes, representaciones), sino la dimensión significativa de cualquier práctica, una "gramática de engendramiento de sentido, de incorporación de sentido a unas materias significantes", por emplear la expresión del semiólogo Eliseo Veron.

En eso consiste, precisamente, la gran aportación del nuevo paradigma de lo fluido: en poner en duda el carácter de certezas lisas y unívocas que tenían las categorías y los paradigmas que durante mucho tiempo se han enseñoreado del pensamiento crítico. Sin embargo, han de señalarse las ambigüedades de la incursión que permite, desde el momento mismo en que se destacan sus méritos. Pero a renglón seguido, hay que reconocer que el mérito de su ambigüedad es precisamente el de que permite aprehender mejor el carácter polisémico de lo real y de los actores que lo accionan.

LOS AVATARES DEL ESTRUCTURALISMO

No se puede pasar de una concepción maniquea de lo social a la idea de un social desperdigado, multipolar, sin que evolucionen profundamente las representaciones del poder, de sus formas de ejercicio y de las modalidades de la resistencia. Se ha llegado a una nueva concepción del poder a través de caminos apartados y contradictorios.

Una de las grandes contribuciones de la crítica literaria estructuralista fue, como es sabido, la de romper con el historicismo idealista y con un cierto marxismo. Al insistir en la necesidad de determinar la estructura específica del texto, ponía en entredicho el axioma de un enfoque tautológico que, al remitir la obra a la historia y a la sociedad, borraba los contornos del objeto examinado. La crítica de textos inspirada por esta corriente historicista nos había enseñado a separar los héroes positivos de los héroes negativos, los contenidos progresistas de los contenidos reaccionarios, y había elevado al rango de cuestión esencial para el entendimiento de una obra, la naturaleza del compromiso del autor.

El replanteamiento de los enfoques historicistas de la crítica literaria, representados, fundamentalmente, por Lukacs, reflejaba la puesta en tela de juicio de toda una concepción de la historia y del movimiento histórico. ¿No consideraban acaso las concepciones historicistas que el cambio revolucionario en el ámbito de la cultura se inscribía en la herencia racionalista, laica y democrática de una burguesía a la que se le pedía que fuera fiel a sí misma y evitara las trampas del irracionalismo y de la decadencia? Se trataba, según escribía, en 1967, un crítico italiano, "de estudiar las manifestaciones culturales [de la burguesía] teniendo cuidado de separar sus aspectos progresistas, que la cultura socialista debía asumir (de ahí la necesidad de tener presente la lección del realismo del siglo XIX, de tipo balzaciano), toda vez que la revolución se define, a fin de cuentas, en una perspectiva de continuidad sustancial (historicista) del desarrollo burgués (en vista de que el proletariado ha de recoger, también en el campo cultural, las banderas abandonadas por la burguesía) (1)".

Al plantear su hipótesis sobre la microfísica del poder, Michel Foucault lograba hacer progresar el debate, desestabilizando, a su manera, la di-

ferenciación héroes positivos/héroes negativos y desenclavándolos de sus polos tradicionales. Al apuntar que el poder no es el "privilegio" adquirido o conservado de la clase dominante, sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas, también ponía en entredicho la posición del "dominado" en este sistema de poder: "Este poder no se aplica, pura y simplemente, como una obligación o una prohibición a los que «no lo tienen»; los inviste, pasa por ellos y a través de ellos; se apoya en ellos, del mismo modo que ellos, en su lucha contra él, se apoyan a su vez en las influencias que ejerce sobre ellos (2)". Frente a las grandes entidades reconocidas por el marxismo (Estado, clases, ideologías dominantes), frente a la representación manipuladora de las instancias ideológicas, opone el esbozo de una teoría de los focos discontinuos de poder, diseminados por todo el cuerpo social, sin que pueda detectarse en éste el menor mecanismo de conjunto.

En el polo opuesto a la extensa amalgama agrupada bajo la denominación de estructuralismo, Louis Althusser forjaba su concepto de "aparato ideológico de Estado", mucho más apto para dar cuenta del funcionamiento de los medios en los regímenes autoritarios que en aquellas sociedades en las que la larga tradición democrática hace que proliferen los lugares de la producción y no tan sólo los de la reproducción del poder. Según señalaba, en 1976, el filósofo Henri Lefebvre: "En la medida en que tiene cierto alcance [el sistema de pensamiento althusseriano] explicaría mejor lo que ocurre en los países del Este (con el marxismo ideologizado, transformado en apología de la producción, del productivismo, del trabajo material y del trabajador manual) que lo que ocurre en los países capitalistas (3)".

Desde el alba del estructuralismo, en sus diferentes variantes, quedó todo dicho acerca de sus aportaciones, pero también sobre sus límites. Ha quedado todo dicho, especialmente sobre la forma con que señalaba el paso de una filosofía a otra, de una sociedad a otra. Un crítico virulento escribía en 1972: "Hasta el final de la guerra de Argelia, el existencialismo es la ideología dominante en la inmensa mayoría de la *intelligentsia* francesa. Esquemáticamente, el existencialismo se corresponde con la *crisis continua y visible del capitalismo*, mientras que el estructuralismo aparece hacia los años sesenta, en un momento de relativa *estabilización del sistema*... El ataque que lloverá sobre Sartre procederá de dos direcciones: de los partidarios declarados de la sociedad tecnocrática (Lévi-Strauss, etc.) y de los partidarios declarados de la tecnocratización de la teoría (Althusser, etc.). Mientras con Sartre hay *demasiada* historia, con Lévi-Strauss, Foucault, Althusser y Lacan *ya no* hay más historia (4)".

Es conocida la frase de Sartre: "El blanco del estructuralismo es el marxismo... Se trata de constituir una nueva ideología, la última barrera que la burguesía puede aún erigir contra Marx (5)". Quizás se recuerden menos los ataques de Herbert Marcuse, que veía en el enfoque estructuralista la desmixtificación de la vieja ideología, aunque no sin preguntarse si esta orientación desmixtificante no llegaba a formar parte de la nueva

ideología y no respondía, a su vez, a las necesidades estructurales del rediseño del sistema. En *El hombre unidimensional*, Marcuse escribe: "Nos encontramos ante la difusión de una nueva ideología que se pone a describir lo que ocurre y lo que esto significa, empezando por eliminar los conceptos capaces de captar lo que ocurre y lo que esto significa (6)". En aquellos mismos años, Lucien Goldmann insistirá en lo que, a su juicio, era un rasgo característico de las posiciones estructuralistas: el vínculo implícito que esta teoría mantenía con lo que él ya llamaba "la nueva fase del capitalismo, el capitalismo de organización".

Marcuse escribió estas críticas antes de 1968, en el momento en que el estructuralismo comenzaba a levantar el vuelo. Ciertamente, aún era incapaz de evaluar las contradictorias repercusiones que, en los años siguientes, tendría el estructuralismo en el campo de las ciencias sociales. ¿Acaso podía ser de otra forma? ¿Acaso no se inspiraba ampliamente en Barthes, al que resulta difícil disociar del estructuralismo?

Hoy en día, el estructuralismo parece estar muy lejano. La amalgama que permitió realizar entre pensamientos tan diversos como los de Barthes, Lévi-Strauss, Althusser o Foucault, ha perdido hoy gran parte de su fuerza de cohesión. Tan es así que los efectos sociales de las hipótesis aventuradas por uno u otro se han distanciado considerablemente. No parece necesario añadir que, pese a su múltiple aspecto, el estructuralismo inauguraba en realidad un movimiento de fondo que no ha dejado de hacerse más profundo, actuando sobre la sociedad, a pesar del descrédito del que fue víctima a principios de los años ochenta.

Aunque por parte de algunos de sus representantes se planteara como una interrogación radical de las estructuras de poder, no es menos cierto que el estructuralismo mantendrá con este último unas relaciones ambiguas. El propio Foucault no se libraré de esta ambigüedad. Al negarse a identificar las grandes entidades de poder, volverá a enlazar, paradójicamente, con una concepción metafísica de éste, un poder ubicuo y, por tanto, intangible y anónimo. La doble faceta de su teoría explica, sin duda, por qué han apelado a él corrientes frecuentemente antagónicas. En la negativa de Foucault a hablar del poder de Estado y en su tendencia a percibir la producción del poder tan sólo como una generación espontánea, ciertos enfoques de las prácticas populares, entre las que se inscribían las experiencias consideradas como autónomas, han extraído argumentos para declarar la no-pertinencia del análisis del campo social en su conjunto. Otros, apoyándose en esta idea de que todo poder es, a la vez, poder y contra-poder, negociación y sujeción, han roto esta dicotomía teórica que separa la esfera de acción de la sociedad civil de la del Estado, apuntando así, por ejemplo, nuevas preguntas sobre la relación entre democracia y dispositivo de información.

La ambigüedad del estructuralismo respecto del poder se asemeja a la ambivalencia del formidable movimiento de pensamiento y de sociedad que ha agitado a Francia desde finales de los años sesenta. Mientras que, a corto plazo, estos nuevos análisis y prácticas, esas nuevas teorías y for-

mas de acción participaban en la desestabilización de las jerarquías sociales existentes, ¿acaso no preparaban, a medio plazo, la recomposición de una nueva jerarquía sobre bases distintas de las del mando por vía jerárquica?

Desde esta perspectiva, destacaremos, por nuestra parte, la contribución del estructuralismo a la entronización del estatuto del especialista. El discurso de ciencia es elevado a la categoría de discurso objetivo único. Al acudir nuevamente al viejo mito, según el cual la misión del intelectual consiste en ilustrar a las masas acerca de su destino, esta concepción denunciaba la falsedad de los interrogantes que se planteaba la sociedad francesa en aquella época; tanto si se trataba de la división social del trabajo como fuente de la dominación social, o de la validez del rol del intelectual y de su monopolio como experto para la revelación del sentido.

LA APORTACIÓN GRAMSCIANA

Son conocidas las humoradas de Foucault, que tan pronto reconocía la deuda que tenía contraída con el marxismo, convertido en "sentido común" para una gran parte de la clase intelectual que ha alimentado al estructuralismo, como condenaba al desuso a ese mismo marxismo, en cuanto ideología producida por la sociedad del maquinismo, de finales del pasado siglo. Fórmulas lapidarias, jamás apuntaladas por la argumentación que era de desear. Fórmulas lapidarias que, con toda evidencia, escamotean las aportaciones plurales que han preparado la aparición de nuevos paradigmas del poder. Hacen caso omiso, en efecto, de toda una tradición de pensamiento filosófico y sociológico, informada por el marxismo, muy alejadas de las visiones duales de clase contra clase, proletariado contra burguesía, "democracia formal" contra "dictadura del proletariado".

Los análisis del marxista italiano Antonio Gramsci (muerto en 1937) son sin duda los que, durante la segunda mitad de los años setenta, más han influido en la búsqueda de nuevas vías de aprehensión del dispositivo de producción mediática, y, también, en la de formas culturales populares. Los círculos intelectuales franceses, absorbidos por las teorías sobre la reproducción social, de hecho permanecieron al margen de la aportación gramsciana, en este campo concreto de la investigación en cultura y comunicación. Es grande el contraste entre la extensión de la influencia que tuvo, y sigue teniendo, el marxista italiano en su país de origen (7), en los países anglosajones y en el continente latinoamericano, y las escasas referencias que merece por parte de los círculos franceses (8). Y ello pese al hecho de que ciertos filósofos franceses hayan escrito auténticas sumas sobre el pensamiento gramsciano (9). No deja de ser irónico que sean ciertos representantes de lo que se ha dado en llamar "la nueva derecha" quienes reivindicuen en Francia, a finales de los años setenta, el

pensamiento gramsciano acerca del Estado, el poder, la cultura y los intelectuales.

Si hubiera que resumir brevemente la aportación gramsciana a la construcción del nuevo paradigma del poder, en seguida habría que dedicar la mayor parte a la noción de hegemonía. Gramsci definía la hegemonía como la capacidad que un grupo social tiene de ejercer la dirección intelectual y moral de la sociedad, su capacidad de construir en torno a su proyecto un nuevo sistema de alianzas sociales, un nuevo "bloque histórico".

La actualidad del pensamiento gramsciano quizás obedezca, sobre todo, al hecho de que se sitúa en el centro del debate sobre el Estado y la sociedad civil, convirtiendo a la democracia en un proceso de construcción y no en una noción que nos viene dada. Este enfoque plantea el interrogante de la organización de la multiplicidad de actores sociales en la construcción de una hegemonía popular, definida, no como una empresa de normalización de las diferencias, sino como una articulación de todas esas nuevas formas de conciencia que han surgido con los nuevos movimientos sociales.

Sin duda es ahí donde se produce la mayor diferenciación entre el pensamiento de Gramsci y las concepciones vinculadas al enfoque de Foucault, que sugieren una completa autonomía de los movimientos sociales, meros promotores de micro-resistencias y de experiencias fragmentarias.

La noción de hegemonía rompe con la idea de un poder vertical, de un poder no negociado y, sobre todo, no negociable. También rompe con la tendencia a dejar en penumbra cualquier interrogante sobre el fundamento del poder del intelectual como mediador en la producción de esta dirección intelectual y moral, o dicho de otro modo, del "consenso". Y rompe, por último, con las corrientes de pensamiento que han limitado la cuestión de las culturas populares a las prácticas de los partidos "populares" en nombre de la idea de representación.

Durante los años setenta, la nueva lectura del pensamiento gramsciano se dirigirá en primer lugar, y sobre todo, hacia la cuestión del Estado. Así es como las concepciones duales que configuraban al Estado como una estructura monolítica frente a ciudadanos pasivos y uniformemente dominados, como un lugar situado al margen de las contradicciones del movimiento social, han dado paso a enfoques que intentan captar los lugares de producción del consenso (especialmente los medios y la escuela) como lugares en los que se filtran las expresiones de la sociedad civil y de las relaciones de fuerzas que la recorren. No ya como ámbitos en los que el poder se reproduciría mecánicamente, sino más bien en los que se produce a través de las mediaciones entre clases, grupos e individuos. Al hacer estallar esta concepción compacta del Estado althusseriano, la nueva lectura de Gramsci permitió extraer una concepción del poder como cooptación de los múltiples intereses de las diferentes clases, de los diferentes grupos e individuos, y, a la vez, como negación y exclu-

sión de extensas zonas de intereses de los grupos y clases subalternas.

Este avance teórico se lleva a cabo, no obstante, en un contexto en el que la cuestión del Estado está en el centro de apuestas eminentemente contradictorias. Por un lado, las nuevas sinergias entre el Estado, la industria, la universidad y la sociedad civil (de los consumidores y de los usuarios) remiten a la concepción de un Estado flexible, dispuesto a echarse a un lado, a fundirse en las negociaciones con la sociedad civil. Concepción que rompe con la que, desde el comienzo de su historia, ha galvanizado a todo un movimiento obrero encaminado hacia la toma del poder del Estado. Esta concepción de un Estado flexible enfoca los proyectores hacia la cara "cooptadora", mientras la otra cara, siempre tan real, coercitiva, de exclusión de los grupos y clases subalternas, permanece en la sombra. Por otro lado, se extienden las tesis inspiradas en el neoliberalismo, las cuales, de hecho, revalidan la imagen de un Estado Leviatán. Mientras polarizan a la sociedad civil y al Estado para galvanizar a los ciudadanos dominados por esta gran maquinaria, ciega y sorda, legitiman así el populismo de los ideólogos del mercado, sin distinción de tendencias.

EL ACTOR Y EL SISTEMA

Gramsci apuntaba que "la hegemonía nace en la fábrica" y veía en el fordismo esta cultura encargada de cimentar ideológicamente la sociedad trabajadora (10).

Si hubo un tema olvidado por aquellos/aquellas que han estudiado las formas de sujeción ideológica y cultural, ese fue el del trabajo y el de su lugar concreto, la empresa. Ni Althusser, ni Foucault, por nombrarles sólo a ellos, se libran de este reproche. Para Althusser, la ideología parece detenerse en el umbral de la fábrica. Según observaba uno de sus críticos: "Habiendo excluido la ideología del proceso inmediato de producción, a Althusser no le falta sino poner la etiqueta «aparato ideológico de Estado» en todas las instituciones burguesas que no sean las empresas; no por el hecho de que, según Althusser, la ideología no tenga nada que ver con las empresas, sino porque la ideología es inyectada en aquéllas por los aparatos ideológicos de Estado, reproductores de las relaciones de producción. Dicho de otra forma, la división de clases, las relaciones entre explotados y explotadores son reproducidas fuera de la empresa por la ideología y esta reproducción de las clases por la ideología, o más exactamente por las superestructuras, es el comienzo de la negación de las clases (11)".

Para Michel Foucault el mayor encerramiento conseguido por el poder es el de las cárceles. Es lo que le reprocha Henri Lefebvre, quien argumenta: "Orientación válida con tal de no detenerse por el camino. Lo que caracteriza a la formación del capitalismo en Occidente no es el encerramiento, es ponerse a trabajar... A partir del siglo XVII, se trata de arrojar

a los productores, despojados de los medios de producción, al trabajo *abstracto*. Mediatizado por la herramienta y por las máquinas, ejecutado en locales abstractos (talleres, manufacturas, empresas) para un mercado lejano... Lo admirable, lo asombroso, es que la operación haya tenido éxito. La clase dominante consiguió que los trabajadores amaran el trabajo (abstracto) (12)".

¿Cómo es que en la aparición de los temas del poder y del contra-poder, en la aparición del tema de la negociación, de la transacción, de la contradicción, no llegó a verse más que una intuición, que sólo servía para subvertir al poder en la vida cotidiana y a la sociedad política? ¿Es preciso recordar que por aquella época surgen, a partir de la teoría de los juegos, en las teorías de la organización científica del trabajo y de la empresa, nuevos modos de aprehensión global de los problemas de integración entre trabajadores y patronos, que tienen su propia forma de concebir la microfísica de los poderes, esta vez en el lugar de trabajo?

El fordismo está en crisis. Esta forma de organización del trabajo, unida a un modo de regulación que había permitido una racionalización de la producción sin precedentes, cede entonces el paso a una reestructuración que satisfaga mejor las aspiraciones de autonomía. Aparecen nuevos modos de mando y de comunicación que permiten que la organización se adapte a las circunstancias y a las presiones. Se contesta a la vieja noción de "lucha de clases", implícitamente admitida por un empresario que intenta contrarrestar sus efectos, con la idea de que es necesario buscar un equilibrio óptimo entre unos actores, cada uno de los cuales tiene una estrategia patente o subyacente, unos márgenes de maniobra, y que se mueven en un campo de relaciones de poder y de contra-poder en el que existen unos intersticios donde pueden expresarse las dinámicas antagónicas. En lo sucesivo, lo que tendrá más importancia no será tanto la estructura establecida como la forma de elaborar estrategias y de organizar transacciones entre grupos e individuos competidores (13).

Con el análisis de los sistemas, que hace hincapié en el papel de autorregulación de los actores, empiezan a florecer los nuevos argumentos de comunicación en el seno de la empresa. Salto cualitativo en la gestión de los recursos humanos puesto de relieve en la declaración del presidente del *Conseil national du patronat français* (CNPFF) (*) ante el Congreso europeo de la prensa empresarial, en 1974: "No hay participación, en el mejor y más expresivo sentido del término, si no se tiene el sentimiento de ser parte integrante de un grupo social que tiene su razón de ser y su vocación, su estilo particular, sus tradiciones, sus objetivos; si no se tiene el sentimiento de pertenecer a una comunidad... La información, la comunicación están destinadas aquí a desempeñar un papel decisivo. La empresa que no informa a su personal es un mundo poblado de apá-

(*) Consejo nacional del empresariado francés, organismo equivalente en España a la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (C.E.O.E.). (N del T).

tridas (14)". Ese mismo año, la Unión de los periódicos y periodistas de empresa de Francia, claramente situada en la órbita patronal, aprobaba unos nuevos estatutos. Éstos iban encabezados por un preámbulo: "Formando parte de los datos de la vida de la empresa, la información y la comunicación han de ser concebidas por aquélla como una función de dirección. La revista *Cadres CFDT* (*) comentaba esta lógica inapelable: "Comunidad + Información + Comunicación + Dirección = Participación".

(*) Siglas correspondientes a *Confédération française démocratique du travail* (Confederación francesa democrática del trabajo), organización sindical de obediencia socialista (N del T)

4. El retorno del sujeto

LA REHABILITACIÓN DEL SUJETO

¿Favorecen los períodos de crecimiento, y las ideologías que los acompañan, el olvido del receptor, del consumidor y del ciudadano? ¿Contribuyen a mantener la ilusión de que se puede prescindir de ellos y planificar sus demandas a merced de los beneficios de la redistribución?

A la vista de lo que ocurre hoy, podría creerse que sí. Hubo que esperar a entrar en la crisis para asistir, por fin, a la legitimación de la idea, bastante elemental, según la cual el proceso de comunicación se construye gracias a la intervención activa de actores sociales muy diversos. La necesidad de identificar al otro tiende a ser reconocida como un problema decisivo.

Unas lógicas, a menudo contradictorias, explican este regreso al usuario, identidad particular que asume hoy el sujeto genérico en el campo de la comunicación, con el advenimiento de las nuevas redes. En primer lugar, las nuevas sinergias inducidas por las estrategias industriales de salida de la crisis. La industria se proyecta hacia otro tipo de relaciones con la sociedad en su conjunto. La necesidad de echar hacia atrás los límites de los "umbrales de aceptabilidad" de los nuevos artefactos de comunicación acorta las distancias entre creador, difusor y usuarios potenciales. Los lleva a buscar modos de interacción que permiten circunscribir mejor la cuestión de la formación de los usos sociales. Esta colaboración resulta aún más deseable, por cuanto, según todos los cálculos, los usuarios son los únicos que están en medida de financiar las considerables inversiones que requieren las nuevas infraestructuras. También emergen nuevas sinergias, traídas por la política de descentralización: el papel atribuido a las colectividades locales en la administración de las nuevas redes cableadas, en particular, es uno de los numerosos índices que revelan cómo la redefinición de la relación Estado/ciudadano se ha convertido en un reto esencial para la reconstitución de un tejido político falto de consenso. Pero más allá de las lógicas de reestructuración del poder, vuelve a salir a la superficie un amplio interrogante, minoritario y poco escuchado durante mucho tiempo, sobre el papel de la sociedad civil en la construcción cotidiana de la democracia. Al mismo tiempo, se ponen en duda los modos de organización de la resistencia, contruidos sobre una idea del colectivo que históricamente ha despreciado la toma en consideración del sujeto, del individuo.

Estos movimientos de lo real se articulan con movimientos que operan en el campo científico, los cuales, a su vez, son parte integrante de este real. En el enfoque estructural (*), el deseo de acabar con la obsesión de

(*) "Structurale" en el original. (N del T)

las ciencias psicológicas respecto de un sujeto aislado de toda estructura o de todo dispositivo social, se había traducido en un alejamiento del sujeto. Volvamos hacia atrás. En los años ochenta, los protagonistas son los sujetos individuales.

Con la valorización del sujeto, es el estudio de la vida cotidiana, de "lo ordinario del sentido" (según la feliz expresión del antropólogo y filósofo Michel de Certeau), lo que adquiere pertinencia. ¿Cómo se constituye lo ordinario de la comunicación, entre gentes ordinarias, en espacios infraestatales? ¿Cómo negocia cotidianamente el sujeto individual su relación con el poder y con la institución? Según escribe Georges Balandier: "Lo más importante (quizás) de la ola por la que se multiplican las investigaciones que versan sobre la cotidianeidad es el reciente movimiento de las ideas que ha hecho reaparecer al sujeto frente a las estructuras y a los sistemas, a la calidad frente a la cantidad, a la vivencia frente a lo instituido. El campo de las ciencias sociales no es, ni mucho menos, el único, pero sí el principal, afectado por esta fuerte tendencia. Desde este punto de vista, no carece de interés comprobar que la sociología de lo cotidiano (que examina la relación del individuo con las imposiciones sociales duraderas, repetidas) se suma, con cierto éxito, a dos de las disciplinas ensalzadas durante los últimos veinte años: la antropología social, cultural, histórica (que considera la relación con el «otro») y el psicoanálisis (que se ocupa de la relación del individuo con su propia historia). En los tres casos, se privilegia el punto de vista del sujeto, sin que se trate, necesariamente, de un sujeto de ámbito «excepcional», sino más bien «ordinario» o «trivial» (1)".

Es este mismo «trivial» lo que, desde hace algunos años, se ha dedicado a analizar la historia de las mentalidades. "Se abogará aquí, escribe un historiador de las mentalidades, por la rehabilitación del suceso. No para sacar de éste una historia escandalosa o anecdótica destinada a satisfacer el gusto de un público para el que historia y novela son sinónimos. Sino para analizar las lógicas sociales que revela el acontecimiento, por mínimo que sea, por muy fiel o insignificante que pueda parecer a primera vista (2)".

La lingüística no ha permanecido al margen del retorno al sujeto. La "lingüística comunicacional" ha puesto en tela de juicio el enfoque estructural y generativista, volviendo a descubrir la socialidad y la historicidad del texto, al mismo tiempo que lo oral. Al socavar los presupuestos de la teoría de la información, las teorías lingüísticas llamadas enunciativas y pragmáticas ayudan a reubicar a los protagonistas de la enunciación (enunciador y enunciatario, locutor y receptor).

Estas nuevas corrientes enlazan con algunas de las preocupaciones de una escuela formada en los Estados Unidos como reacción ante las concepciones lineales de la teoría de la información y de la comunicación, a partir de los años cuarenta. Fue, en efecto, en una época en que la teoría matemática de la comunicación ejercía su hegemonía, cuando unos investigadores tales como Bateson, y luego Birdwhistell, Hall, Goffman, etc.,

llegados de horizontes tan diversos como la antropología, la lingüística, las matemáticas, la sociología, la psiquiatría, se apartaron decididamente del modelo lineal de la comunicación de Shannon, para seguir el modelo circular retroactivo propuesto por un ex-profesor de Shannon, Norbert Wiener. Pensaban que la teoría de Shannon, concebida por y para ingenieros de telecomunicaciones, era cosa de éstos. En cambio, la comunicación debía ser estudiada dentro de las ciencias sociales, según un modelo propio. En su excelente introducción a *La Nouvelle Communication* (La nueva comunicación), Yves Winkin, al hacer la presentación de aquellos investigadores, resume claramente el antagonismo: "Según ellos, la complejidad de la más mínima situación de interacción es tal que es inútil pretender reducirla a dos o más «variables» que trabajen de forma lineal. La investigación en comunicación ha de concebirse en términos de niveles de complejidad, de contextos múltiples y de sistemas circulares (3)". A la noción de comunicación aislada como acto verbal, consciente y voluntario, se opone la idea de la comunicación como proceso social permanente que integra múltiples modos de comportamiento: el habla, el gesto, la mirada, el espacio interindividual. Así es, por ejemplo, como Birdwhistell y Hall introducirán en el campo tradicional de la comunicación la gestualidad (kinésica) y el espacio interpersonal (proxémica), mientras que el sociólogo Goffman se ocupará de demostrar cómo los accidentes y los roces del comportamiento humano revelan la trama del entorno social. Se prefiere el análisis del contexto al análisis de contenido que propugna el modelo de Shannon. Al estar concebida la comunicación como un proceso permanente con varios niveles, el analista, para captar la aparición de la significación, ha de describir el funcionamiento de los diferentes modos de comportamiento en un contexto determinado.

La historia de este grupo, conocido como "el colegio invisible" o "la escuela de Palo-Alto", se inicia en 1942, bajo el decisivo impulso de Bateson. Cuarenta años más tarde, entre los nuevos caminos abiertos al análisis de los procesos de comunicación, el que fuera trazado por Goffman, concretamente, parece extrañamente próximo a la sensibilidad contemporánea que, cansada de las teorías centradas en los grandes conjuntos, regresa a los espacios de proximidad.

LAS HUELLAS DE UNA MEMORIA

La irrupción de las corrientes y de las problemáticas de retorno al sujeto, que hacen saltar los cerrojos conceptuales de los años sesenta, es real, desde luego. Pero se desarrollan en un contexto en el que, con ocasión de la instalación de los nuevos sistemas de comunicación, se reafirman, mayoritariamente, las concepciones neo-funcionalistas arrastradas por una cibernética rastrera. Además, los avances que suponen los replanteamientos teóricos pueden ser objeto de una doble lectura.

¿Quién podría negar las génesis contradictorias que, en los años ochenta, han conducido al sujeto hasta el centro del nuevo sentido común? ¿Quién podría negar el carácter ambiguo de los resultados de este proceso de rehabilitación del sujeto en las grandes sociedades industriales? Sobre todo cuando se comprueba que lo que para unos es el retorno del sujeto se convierte para otros en el retorno al "cada uno por su cuenta".

De esta forma, la insistencia puesta en *el acontecimiento*, en *lo cotidiano*, en *lo ordinario del sentido* puede caer en el olvido de los grandes dispositivos del poder. La negativa a sobrevalorar la "estructura" puede tener su contrapartida en la utopía de la autonomía de la "resistencia". El análisis del *suceso* lo mismo puede desembocar en el replanteamiento del papel de los *sin-voz* en la historia, que en la puesta a punto de un esquema cibernético que legitime un orden autoritario.

Estas ambivalencias podrían favorecer un "narcisismo del sujeto" que sería la continuación de un "narcisismo de la estructura", según lo expresaba Michel Pécheux, quien veía ahí el riesgo de un "fantástico retroceso hacia los positivismos y las filosofías de la conciencia (4)".

Los regresos masivos de las expresiones de los humanismos moralizantes o religiosos, que hacen las veces de "sistema de pensamiento", ya están ahí para atestiguarlo. Igual que lo acredita este rechazo del inconsciente y de lo simbólico que se observa en ciertas corrientes de la biología y de las neurociencias. La ruptura que había intentado llevar a efecto el estructuralismo a través de la alianza Freud-Marx-Saussure, en relación con las psicologías del "yo", del "comportamiento", corre el riesgo de caer en la trampa. Y nosotros corremos el riesgo de alejarnos aún más de la historia y de lo social. Y más aún, cuando en este realineamiento, han aparecido otras corrientes científicas, próximas a las ciencias de la vida, que afirman sus intenciones hegemónicas.

¿Por qué no confesarlo? El desasosiego que se experimenta en la actualidad ante la conmoción de los paradigmas hace que resulte todavía más difícil apreciar las aportaciones y los límites de estos nuevos enfoques, de estas nuevas teorías, que se valen de los espacios de proximidad, de la interacción, de las relaciones interpersonales. La atención que prestan a la dimensión de la cotidianeidad, a la vivencia, a la expresión corporal, el hecho de que hayan inspirado iniciativas terapéuticas para mejorar, *hic et nunc*, el bienestar del individuo en la familia y en el pequeño grupo, no son ajenos al sentimiento de seguridad que procuran estas teorías, dando de la ciencia la imagen de una actividad que reconcilia el cuerpo con el espíritu, liberando el potencial de comunicación. La aportación de tales iniciativas integradoras, humanizadoras, parece imponerse de tal forma que se tiene la tentación de suscribirla de entrada. Más que en cualesquiera otras ocasiones, resulta embarazoso observar con respecto a aquéllas la distancia epistemológica que sigue siendo necesario reivindicar.

Y sin embargo, con respecto a la pluralidad de las determinaciones,

de las reglas y de los condicionamientos que optan por analizar, por ejemplo, los discípulos de la "nueva comunicación", ciertas ausencias resultan sorprendentes. Digámoslo una vez más. No es nada gratificante jugar al aguafiestas, ¿pero acaso no es necesario practicar respecto de las teorías del retorno a la proximidad, a lo interpersonal, la misma lectura no unívoca que ellas mismas preconizan para analizar hoy el hecho social?

Al interrogarse sobre el auge, en Francia, de los estudios inspirados en la etnometodología y en el interaccionismo simbólico, practicados en Estados Unidos por la "nueva comunicación", el antropólogo Gérard Alt-habe expresaba claramente esta perplejidad. "Tales proyectos carecen un tanto de distancia crítica respecto de las orientaciones investigadoras con las que se relacionan; por una parte, habría que insistir en su origen (G. Simmel, G. H. Mead) y en el sentido de su aparición y de su desarrollo actual (desde hace unos quince años) en el campo de las ciencias sociales y de la sociedad americana; por otra, sería provechoso tener en cuenta los debates a los que sirven de marco y de objeto en los Estados Unidos. Conjuntamente, sería necesario plantear la pregunta del sentido que tales orientaciones adquieren en el campo francés de las ciencias sociales (en razón de algunos de sus aspectos, rompen con la tradición sociológica durkheimiana) y los autores de estos estudios deberían explicitar el camino que les ha llevado a inscribirse en tales perspectivas. La desaparición de la distancia crítica, a menudo da la impresión de que estos estudios obedecen a una mera práctica reiterativa (5)".

Estas observaciones resultan aún más atinadas si tenemos en cuenta que durante los últimos años se han multiplicado los estudios de carácter etnográfico, así como las prácticas de interacción entre un medio y sus públicos. En estos estudios, todo se desarrolla como si la interacción entre la radio, por ejemplo, y sus audiencias no fuera tributaria de un enfoque genealógico-histórico. La evolución del "campo de la comunicación" (los cambios de los modelos publicitarios, por ejemplo) no se aprehende sino a través de esta interacción. Es cierto que la adopción de otro tipo de enfoque multiplica las dificultades en la elección de la metodología: unas entrevistas en los hogares no son suficientes para iniciar un trabajo de orden histórico (6)". Esta metodología tiene el propósito de ceñirse a la vivencia para restituir las micro-físicas de las prácticas de interacción entre público y emisor. No tiene otra pretensión que la de describir los datos básicos de lo real que las teorías de la manipulación, en virtud de sus presupuestos, incluso habían vedado a la observación. Es mucho, y, al mismo tiempo, es poco. Sobre todo cuando se asiste a la merma generalizada de los objetos de la investigación.

Evidentemente, estamos muy lejos de aquellos tiempos en que la noción de *interacción* habría podido revestir una connotación de participación crítica en un proyecto de sociedad. Estamos volviendo, de hecho, al sentido original del concepto, tal como ha sido aplicado por las teorías cibernéticas para las que es sinónimo de una relación entre elementos

de un sistema, en el que los intercambios participan del mecanismo de autorregulación del sistema. El problema consiste en que en unas realidades, como la de Francia, que siguen estando influidas por un imaginario social en el que la noción de "participación" ha pesado ampliamente sobre la definición de lo político, de lo social y de lo cultural, esta nueva noción de interacción (cuyo origen cibernético suele olvidarse) actúa en un doble nivel. Permite que los nuevos gestores de la ingeniería social pasen, a la chita callando, de un arte de administrar la cosa pública a otro, mientras se mantienen firmes en la antigua "formación discursiva" de la militancia socio-cultural.

Nadie puede negar, en efecto, que la socialización de las nuevas tecnologías en países como Francia busca su camino entre dos polos: por una parte, la vía del marketing y de la demanda solvente, de la gestión promocional del material; por otra, la vía de la comunicación-emancipación que prolonga la tradición de la militancia socio-cultural cuyas huellas subsisten en las nociones de "demanda social", de "apropiación" y de "participación en las opciones tecnológicas" (7). De ahí, la necesidad de analizar la forma con que lo imaginario heredado de un reciente período de conquistas y de luchas sociales vuelve a proyectarse en lo imaginario que cuida de la formación de los usos sociales de las nuevas tecnologías. Éste era, principalmente, el deseo expresado en una de las conclusiones del Congreso de la Sociedad francesa de ciencias de la información y de la comunicación, celebrado en París en 1984.

5. Los procedimientos de consumo

EL FUNCIONALISMO DE LO PÉSIMO

Si hubo una zona de sombra en el saber crítico, esa fue la de los procedimientos de consumo y de recepción de los medios. Estos dos últimos términos, consumo y recepción, son igual de insatisfactorios, debido, quizás, a que están contruidos sobre el postulado de una cesura decisiva entre el polo emisor y el polo receptor. Esta cesura induce la idea de una actitud pasiva de los receptores, incluso la de una actitud de fusión con el receptáculo, también induce la idea de que la instancia del consumo puede reducirse a un fenómeno, mejor que extenderse a un proceso.

Numerosos factores, de naturaleza y signo diferentes, han contribuido a fijar este paradigma: la pesada herencia histórica de la pedagogía de las Luces que, del mismo modo que había hecho difícil imaginar la resistencia de los instruidos a la escuela del Estado-nación, hizo difícil imaginar la de los "televisados" a la acción de las minorías ilustradas que regían los destinos de la producción de la palabra pública. Herencia especialmente bien protegida ¡oh, efecto perverso! en aquellos países que han cultivado la filosofía del servicio público, inseparable de la idea de "alta cultura", hacia la que izar al ciudadano.

Herencia no menos pesada de una concepción del papel del partido, guía y vanguardia, en aquellos países en los que las grandes organizaciones históricas de la izquierda han contribuido sobremanera a deslindar la noción de cultura legítima y oficial. Herencia cuya huella se aprecia en el perfil de numerosas políticas de acción y de animación cultural. Herencia, algo más antigua, de la concepción del papel mesiánico de la Iglesia (el pastor y su rebaño), encargada de revelar la buena nueva.

Como contrapartida cómplice de la misma herencia, tanto a la izquierda como a la derecha, la adhesión implícita a unos esquemas de explicación y de interpretación, que suscriben la teoría de la manipulación, acreditando, de hecho, la idea de una minoría activa (elites, capital o Partido), modelando una sociedad amorfa e inerte.

Realidades, todas ellas, cuyo rastro se encuentra, de una forma o de otra, en las representaciones establecidas por las diversas escuelas críticas, en todas las latitudes.

Durante mucho tiempo, en efecto, las escuelas críticas, ya sea la Escuela de Francfort o las corrientes que invocan a Althusser, han aceptado como postulado implícito el mito de la omnipotencia de los medios.

Este desaguisado había sido puesto de manifiesto desde el principio de los años sesenta por Bourdieu y Passeron. En aquella época, serán los únicos en recusar al "funcionalismo de lo pésimo", a las intenciones maquiavélicas de este nuevo Leviatán en que se convertirían los medios de comunicación tecnológicos. Este recordatorio es importante si se tiene en

cuenta, tal y como advirtió el equipo de *Révoltes Logiques* (Revueltas lógicas) agrupado en torno a la figura de Jacques Rancière, que estos mismos autores no han podido esquivar el defecto de inscribir sus análisis acerca del aparato escolar dentro de una lógica de la reproducción social, considerada como ineluctable. "Si la *massmediología* no logra las ambiciones que proclama, escribían, pues, Bourdieu y Passeron en 1963, al menos alcanza el objetivo inconfesado que delatan todas sus iniciativas, cual es el de esquivar las cuestiones prosaicas que cuestionan su existencia. ¿No distingue acaso cada medio de comunicación en el interior de la "masa" unos conjuntos que no son sino otros tantos públicos momentáneos?... ¿Por qué otorgarle, por ejemplo (con anterioridad a cualquier experiencia), al falso cara a cara de la televisión un poder de persuasión sin igual, fingiendo ignorar la eficacia harto conocida de la presencia en carne y hueso? [...]. Hay mil maneras de leer, de ver y de escuchar. ¿Por qué pretender determinar la influencia de los *mass-media* con arreglo a la medida, extrañamente burocrática, de la cantidad de información emitida o al análisis de la «estructura» del mensaje? [...] ¿Es preciso recordar que la significación no existe como tal en la cosa leída, sino que tiene, aquí y en cualquier parte, la modalidad de la conciencia intencional que la constituye? La lectura superficial lleva quizás en sí misma su propia defensa y la escucha distraída transforma el discurso del locutor en un simple ruido que, a partir de entonces, puede medirse en decibelios. ¿Y por qué ignorar las protecciones de que se dotan las masas para hacer frente a la avalancha *massmediática* (1)?"

Esto era lo esencial del interrogante: los usos sociales de los medios no reproducen necesariamente las lógicas que se desprenden del análisis de las estructuras de estos medios. E incluso lo que presuntamente se concibe con esa finalidad no alcanza necesariamente el efecto previsto. Toda hipótesis que no acepta el principio de esta discontinuidad se inscribe más en la ciencia ficción que en una análisis serio de lo real de los medios. Mientras que en Francia, con la excepción de estos dos sociólogos de la cultura, prevalece implícitamente en esa época la idea de una relación de causa y efecto entre la estructura del mensaje y la estructuración de la recepción, un etnólogo de lo cotidiano en Gran Bretaña, como Richard Hoggart, publicaba, en 1957, un libro fundamental para la sociología crítica de la cultura de masa en ese país: *The Uses of Literacy*. En este libro estudiaba las prácticas de intercambio y de complementariedad entre las formas tradicionales y las formas industriales de la cultura, a tenor de las prácticas de los distintos grupos de las clases obreras urbanas (2).

En América Latina, en un contexto en el que, por primera vez, un gobierno de izquierdas se enfrenta a la necesidad de ofrecer una alternativa de programación y de producción, unos estudios pioneros, al comienzo de los años setenta, consideran a los públicos receptores como productores de sentido, y analizan, por ejemplo, los usos espurios de las telenovelas en el seno de diversos grupos de las clases populares chilenas

(3). En aquel período, los estudios semiológicos en Francia, en relación con la antinomia saussuriana entre lengua y habla, se decantan por la vía abierta por la lingüística de la lengua, descartando la segunda vía, también abierta por Saussure, es decir, la lingüística del habla. Así lo advierte, muy atinadamente, Yves Winkin, en su ya citada introducción a "la nueva comunicación", a propósito del *Système de la mode* (Sistema de la moda), de Barthes (4): "Un célebre análisis semiológico de la moda, considerada como un sistema análogo al que ofrece la lengua, ha sido efectuado a partir de catálogos de moda, y no sobre la base de los vestidos que se llevan en la práctica, que hubieran podido considerarse como otros tantos actos de «habla» (57".

Se comprende que en este contexto, presidido por la tendencia estructuralista a aislar a los emisores de los mensajes y a atribuirles a los medios un poder tan grande como misterioso, los análisis de un Jean Baudrillard hayan servido de saludable revulsivo. Al hacer hincapié en la no-reciprocidad en el seno del proceso de "comunicación" ¿no le correspondía acaso el mérito de refutar la idea de la comunicación como intermedio siempre realizado? Esta idea zarandeaba el postulado de cualquier *mass-mediología* poco atenta a los pormenores: hay comunicación, y allí donde no hay se encuentra el "ruido". Baudrillard invierte las cosas: debido a la no-reciprocidad, debido a la ruptura de intercambio, los medios viven en la época de la incomunicación y no producen comunicación que no sea su propio simulacro. Esta hipótesis, ciertamente, parece más fecunda que la primera, que cree en la comunicación dada *a priori*; al menos, rodea a su objeto de una profunda ambigüedad.

Pero tiene el defecto de interpretar el fracaso de la conminación mediática, con arreglo a una especie de autodilución del sentido bajo el efecto de causas meramente internas al medio de comunicación tecnológico y sin suscitar jamás la acción de los "dominados". Y en este sentido, es perfectamente coherente con la tesis en que se inspira, la del fin de lo social. Michel Pécheux había descubierto el punto débil, cuando escribía "La eficacia de estos transformismos reside en que «las masas» siguen siendo tan invisibles para sí mismas, tan irrepresentables como los conceptos. Y esta fantasmagoría espectral funciona, aparentemente, tan bien, que ciertos pensadores llegan a decir que lo real no es más que un señuelo, una red de simulacros, una autoproducción del discurso de la seducción... ¡"El poder no existe", dice Baudrillard, empeñándose en olvidar a Foucault! ¿Hay alguna forma mejor de refugiarse en el regazo materno del poder estatal contemporáneo (6)?"

DE LA MASA A LA DIFERENCIA

Al situar sus trabajos sobre "la invención de lo cotidiano", en relación con los de Michel Foucault, Michel de Certeau describía así lo que él llama "prácticas de resistencia": "Estas «maneras de hacer» constituyen

las mil y una prácticas mediante las que unos usuarios se apropian nuevamente del espacio organizado por las técnicas de la producción socio-cultural. Plantean problemas análogos [a los de Foucault], toda vez que se trata de distinguir las operaciones casi microbianas que proliferan en el interior de las estructuras tecnocráticas y alteran su funcionamiento mediante una multitud de «tácticas» articuladas sobre los detalles de lo cotidiano; opuestas, puesto que ya no se trata de precisar cómo la violencia del orden se transforma en tecnología disciplinar, sino de exhumar las formas subrepticias que adopta la creatividad dispersa, táctica y chapucera de los grupos o de los individuos atrapados, desde ahora, en las redes de la «vigilancia». Estos procedimientos y astucias de consumidores configuran, en última instancia, la red de una antidisciplina (7).

Vieja intuición, si cabe, esta de la lectura "furtiva", de la que Michel de Certeau tendrá el mérito de apoderarse para representarla en el plano teórico. Cuando leía a Spinoza, Goethe sólo se detenía en los fragmentos que movían su curiosidad y respecto de los que presentía que le hacían más fuerte, es decir, más fecundo. También había comprendido "que con las mismas palabras nadie piensa lo que piensa su semejante, que una conversación, que una lectura despiertan, entre estos diferentes individuos, diferentes encadenamientos de ideas (8)".

Esta observación, que a Goethe le parecía trivial, ha tardado mucho tiempo en imponerse con ese carácter de evidencia que reviste hoy en día. Lo que, durante mucho tiempo, ha ignorado la sociología de los medios modernos, es lo que los historiadores del libro y de la alfabetización, así como los historiadores de las mentalidades, habían ido recogiendo pacientemente acerca de la resistencia de las subculturas obreras y campesinas a la primera ola de la "normalización" cultural, o sea, la entrada de lo escrito en la tradición oral y del impreso en la tradición del manuscrito (9). Lo que el americano Jack Goody llama "the domestication of the savage mind", o, según la traducción francesa del título de su libro, *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage* (10) (La razón gráfica. La domesticación del pensamiento salvaje).

Mientras que la sociología de los medios tuvo una clara tendencia a globalizar el paisaje de los nuevos medios técnicos y a aprehender el entorno mediático bajo una luz uniforme, los historiadores del libro han podido discernir las complementariedades, los niveles de rivalidad, las influencias recíprocas de lo escrito sobre lo oral y de lo oral sobre lo escrito, del texto reservado a las elites sobre el cuento popular. Pudieron apreciar, en particular, cómo era comprendido el texto escriturario en función de la mayor o menor riqueza de la tradición oral de su lector.

En cambio, la teoría que ha prevalecido, tanto en la izquierda como en la derecha, a la hora de explicar el funcionamiento de los modernos medios de difusión de masa, ha reproducido el estereotipo de "masa", que se ha conjugado con el de "sociedad de masa". Allí donde los historiadores de las culturas populares veían diferencias, conflictos y resistencias, los teóricos de "la sociedad de masa" veían un conjunto atomizado, amor-

fo, incapaz de replicar. Comoquiera que agrupaba tradiciones filosóficas extremadamente diversas, incluso antagónicas (Riesman no es Ortega y Gasset, quien, a su vez, no hablará de la "masificación" como lo harían Adorno o Friedmann), la postura teórica respecto de la acción masificante de los medios de difusión de masa (no se acababa nunca con la tautología) veían a "la sociedad moderna" como el resultado de la desaparición general de los elementos de diferenciación que caracterizaban a las sociedades del pasado y, paralelamente, como el resultado de la pérdida del sentido de lo sagrado; la tecnología, la abundancia económica, la igualdad política habían suscitado una sociedad homogénea. Antes de "la sociedad moderna" teníamos las comunidades, el pueblo-popular. Ahora, la mayoría se identificaba con la masa, y el hombre, con el hombre-masa.

El catalán Salvador Giner ha puesto de relieve en su obra "Sociedad Masa" —que tiene por subtítulo: crítica del pensamiento conservador— la connotación profundamente antipopular que desde siempre ha caracterizado al concepto de "masa" (11). Desde Heródoto, que pone en boca de un enemigo de la democracia la confusión pueblo-masa, pasando por San Agustín, que sólo evoca a la *massa damnata*, ya que, por definición, son pocos los "elegidos". Sin olvidar, en los aledaños de nuestro tema, toda vez que se trata de ocio, la famosa fórmula *panem et circenses*, primera organización controlada para la diversión de la multitud.

Es interesante observar que la muy fértil escuela de la historia de las mentalidades, que renovó el enfoque de las prácticas populares, se acaba allí donde empieza la modernización de la sociedad francesa después de 1945, permaneciendo, por esta misma circunstancia, de este lado del campo de observación que ofrece el nuevo entorno tecnológico donde prosigue la historia de las resistencias.

El mérito, precisamente, de Michel de Certeau es el de considerar también a la cultura popular como una cultura del presente. Coincide así con el anhelo de aquellos antropólogos que se proponen reaccionar contra el confinamiento de las culturas populares y étnicas en las nostálgicas nociones del "paraíso perdido" de las culturas originales frente a la "homogeneización" presente.

Existen, en efecto, muchas maneras de defenderse de la "homogeneización cultural". Y a la hora de defenderse de ella, quizás haya que recordar, como ya lo hiciera, por cierto, Michel de Certeau, que la salvación por "la cultura popular" o por "la identidad cultural" puede entrañar muchas ambigüedades. La añoranza sospechosa o el racismo larvado pueden empañar a una y otra noción. Es lo que recuerdan ciertos antropólogos al señalar que la ausencia de debate en torno a la "cultura popular" no puede sino favorecer el encerramiento de esta última en la nostalgia. Nostalgia alentada por todos lados, tanto por etnólogos —y no hace mucho aún por Claude Lévi-Strauss (12)— con respecto a las culturas "étnicas", alejadas de las sociedades desarrolladas y, en particular, de nuestra sociedad, como por una serie de discursos o de obras relativos a las "culturas populares" en el seno de nuestras sociedades. Según escribe

Henri Giordan, "esta forma de abordar las relaciones entre las culturas diseña perspectivas inquietantes: si, como pretende C. Lévi-Strauss, la homogeneización cultural tiene su origen en la multiplicación de los contactos culturales, ¿acaso tenemos que esforzarnos en reducir estos últimos? ¿Cómo sería esto posible sin adoptar comportamientos xenófobos? La defensa de las «identidades culturales» corre, actualmente, el riesgo de desembocar en el establecimiento de ghettos culturales en el interior mismo de nuestras sociedades (culturas «regionales», culturas de las comunidades inmigradas, culturas de las clases subalternas). Esta propensión entraña el considerable riesgo de fomentar actitudes que abran paso a un resurgimiento de comportamientos racistas (13)".

PASIVO/ACTIVO

La puesta en duda de las hipótesis basadas en la ineluctable pasividad de los consumidores no sólo ha permitido el acceso de la reflexión al campo de las prácticas específicas de estos últimos, sino que también ha forzado los bloqueos que obcecaban a la teoría en relación con la alternativa. Durante mucho tiempo, la imagen de un consumidor pasivo frente a un medio activo se correspondió con la idea de la antinomia fetichista entre un medio "pasivo" y un medio "activo", que oponía el triste pasado a un futuro prometedor. ¿Acaso no es esta idea la que durante mucho tiempo ha pesado sobre las concepciones alternativas de los medios?

Acostumbrados a concebir la resistencia a partir de la construcción de un territorio autónomo, tuvimos, durante mucho tiempo, la tentación de reducir la alternativa a una oposición entre medios ligeros —espacio ideal de autogestión— y medios pesados y centralizados —imagen del poder concentrado—. Esta visión de la alternativa no hacía sino reflejar una tendencia dominante de la izquierda: considerar su confinamiento en la sociedad civil como el marco autónomo en cuyo interior se concibiera su ubicación transitoria en la "sociedad burguesa" y se elaborara su alternativa. Prevalció, en efecto, la idea de que el espacio ocupado por la izquierda era un espacio estanco junto a otro espacio estanco. Sea como fuere, esta concepción de una izquierda separada del conjunto del campo social ha pesado sobre la figura del dilema separatismo/integración, como si el campo social empezara allí donde empezaban las acciones del movimiento social militante. Esta división en compartimientos se reproducía hasta el infinito en los múltiples encerramientos de las camarillas de las izquierdas extra-parlamentarias.

Esta antinomia ha estado latente en muchas discusiones sobre los primeros pasos de las nuevas tecnologías (vídeo y cine militantes, televisiones comunitarias, radios libres) como si éstas fueran la panacea de los medios centrales. Esto trajo como consecuencia una concepción de la comunicación alternativa elaborada al margen de cualquier análisis de las relaciones de fuerzas en el conjunto del campo de la comunicación.

Obrando así, los movimientos alternativos de comunicación procuraron evitarse preguntas, por ejemplo, sobre la evolución de los dispositivos centrales y sobre la noción del pluralismo, que había estado en el origen de la instauración del servicio público (14).

La cuestión de los usos sociales introducía un serio correctivo en esta forma de ver. Indicaba, en efecto, un nuevo lugar en el que podía plantearse una reflexión progresista acerca de los medios. Tenía menos importancia oponer un medio "activo" a un medio "pasivo" que preguntarse por los usos sociales a los que uno u otro podían dedicarse. Evitar el planteamiento de estos problemas también evitaba preguntarse por la forma en que una experiencia alternativa podía ser acogida en el juego de prospección de la innovación al que se entregan tanto el actor comercial como el poder político. Tan es así que, en la realidad de las relaciones de fuerzas, una problemática de creación de "nuevos espacios de comunicación" deriva fácilmente hacia una problemática de creación de "nuevos espacios de consumo".

Este tipo de interrogantes, a partir del consumidor, fue, pues, la base de una nueva matriz conceptual que, negándose a abordar el campo mediático en cuanto instrumento del poder, lo abordaba en cuanto campo de relaciones de poderes. Con esta matriz conceptual se negaba el entendimiento del modo de comunicación como un amasijo de meras técnicas para considerarlo como un conjunto de prácticas sociales, como un modo de articulación entre grupos y actores sociales. Desde esta perspectiva, la ideología dejaba de ser concebida como "sistema de ideas" o de "discursos" coherentes para convertirse, siguiendo la expresión de Nicos Poulantzas, en un "conjunto de prácticas materiales". De esta forma, el modo de comunicación abarcaba desde las prácticas de recogida de informaciones, los hábitos de redacción, de escritura, de registro de imágenes, de montaje, etc., hasta los de consumo.

Ciertos componentes de los movimientos europeos de radios libres se harán eco de esta nueva forma de ver el medio, que rompía con una idea muy querida de las izquierdas tradicionales, para las cuales el problema principal se situaba en el plano del propietario; por la misma razón, bastaba con cambiar de manos para cambiar de sentido.

El problema esencial era el del lugar que ocupaban los diferentes sujetos en el proceso de producción mediática. Son, sin duda, los debates de *Radio Alice* (Bologna) los que llegarán a formalizar mejor esta ruptura epistemológica en la propia aprehensión del medio. Puede leerse en uno de los manifiestos del movimiento que "Hasta ahora, el problema de la comunicación no ha sido tratado de forma específica por el movimiento. Sólo se prestaba atención al contenido de la comunicación, a lo que debía decirse, haciendo caso omiso de la relación entre el contenido y la forma de la comunicación, sin profundizar en el hecho de que si el sujeto que habla se transforma, entonces ha de cambiar la forma, el instrumento, el modo de producción, circulación y recepción del mensaje. La hipótesis de que la estructura del medio condiciona de forma unívoca el sen-

tido de la comunicación es falsa, pero es igualmente falso pensar que los contenidos del mensaje pueden cambiar sin transformación alguna en el portador. Hay que salirse de la ideología idealista de la forma y del contenido; si el sujeto que comunica es transformado, las condiciones materiales e ideológicas de la comunicación también se transforman (15)".

Pero la evolución de la realidad de los medios ha resultado ser más compleja. La historia reciente está llena de ejemplos en los que se manifiesta la discusión en torno a esta cuestión. Alrededor de las nociones de técnica, tecnicidad, profesionalidad, se teje uno de los más importantes retos sociales ligados a la expansión tecnológica: el replanteamiento de los poderes y de las jerarquías. La historia, que aún se está haciendo, de los medios locales, está ahí para recordarlo una vez más. Al "¡devolvá-mosle el habla al pueblo!", le ha sucedido, por ejemplo, el temor de que una radio demasiado abierta resulte aburrida y de poca utilidad. La norma de la perfección técnica sustituye a las preocupaciones por fomentar otro uso social, otra relación con la audiencia.

En las democracias liberales, las prácticas sociales de la comunicación han tenido tendencia a confundirse con las prácticas profesionales. Esta definición profesional de la práctica de la comunicación, elaborada con gran acompañamiento de leyes, de doctrinas filosóficas, y de argumentos científicos, ha dado origen a una serie de postulados que han fijado la norma por antonomasia de lo que es la libertad de opinión y de expresión, a partir de los medios de comunicación de masa. No pretendemos, ni mucho menos, decir que esta libertad de expresión, de acuerdo con esa definición, no sea (ni haya sido) una garantía real de democracia y una barrera contra la intervención intempestiva del poder político y financiero. Pero cuando se trata de preguntarse por la plenitud democrática, se advierten, cada vez más, las limitaciones de la libertad de expresión definida con arreglo a esta norma, exclusivamente profesional. Mientras que la expansión tecnológica parece augurar una apertura casi ilimitada a la participación de múltiples actores sociales, los códigos profesionales, que rigen las prácticas de comunicación y que han creado hábitos y reflejos en el público, se interponen y amenazan con convertirse en un desfiladero de las Termópilas para aquellos otros actores sociales que desean expresarse a través de los nuevos medios. Amenazan también con obstaculizar el uso de la palabra de los otros actores profesionales deseados de expresarse en el campo de esta profesionalidad.

Hoy, en efecto, se alzan dos obstáculos ante los grupos que buscan nuevas opciones. Por una parte, está la sacralización de una cierta idea de la profesionalización difundida por una ideología corporativa, según la cual la profesión dispondría de un conjunto de conocimientos intangibles, amparados por preceptos codificados de una vez para siempre y, por tanto, poco susceptibles de ser cuestionados. Esta sacralización, por lo demás, es muy coherente con el fortalecimiento de las parcelas de poder de los profesionales de la comunicación. Por otra parte, está la pesada herencia de la cultura de la comunicación militante que se ha preocu-

pado sobre todo por devolver el habla a la gente corriente, convirtiendo la falta de profesionalidad en la propia garantía de una voz liberada. Ante la amplitud de la crisis de aquello en lo que se ha convertido la práctica de la comunicación militante —un discurso cerrado para un público cautivo—, muchos sienten la tentación de acudir, sin mantener una mínima distancia crítica, al complejo de técnicas mediáticas existentes, cuando no a las lógicas del marketing. Ahora bien, la multiplicación de las mediaciones técnicas en la comunicación de hoy exige tanto la desacralización de una idea corporativa de la profesionalidad como el abandono de esta "moral de la ineficacia", presente en la práctica de la comunicación militante y en la práctica de la izquierda respecto de los medios, en general. Hay que considerar la profesionalidad como un campo de innovación para las prácticas de intervención social. Así han empezado a entenderlo ciertos sectores del mundo asociativo y del mundo obrero, al comprobar que ya es hora de desprenderse de "una imagen de lo social sombría y aburrida" y que ahí está el reto de su propia "identidad cultural". Entonces es cuando los nuevos paradigmas ayudan a contestar a esta pregunta: ¿qué imágenes? La búsqueda de nuevas formas y de nuevos contenidos es inseparable, en efecto, de las nuevas tendencias que se abren paso: búsqueda del individuo detrás de la masa, derecho a lo sensible, a la ficción, a lo imaginario (16).

LA LIBERTAD DEL SUJETO

Hay que tener cuidado de no interpretar erróneamente la problemática del consumo de los medios como conjunto de prácticas sociales. Es grande la tentación de apoderarse de esta renovación conceptual relativa al consumo activo y a la puesta de relieve de la capacidad de lecturas insólitas y asombrosas, con el fin de respaldar las tesis que minimizarían el papel estratégico que desempeñan los medios de comunicación en la reproducción de las relaciones sociales. Para, así, desvirtuar la necesidad de seguir construyendo una economía política de la producción mediática, inseparable, a su vez, de una "economía" de los procedimientos de consumo.

Es muy arriesgado negar la existencia de una estructura en beneficio de una subjetividad libre y atemporal, de un sujeto que juega con las reglas de la dominación y las burla. (Desde este punto de vista, ¿no desprende la noción de "conciencia intencional" que manejan Bourdieu y Passeron un tufillo a subjetivismo?). El hecho de que se rechace el determinismo de la estructura no implica que se tenga que asumir un punto de vista en el que el consumidor fuese autónomo respecto de cualquier determinación social. Es una tendencia que se advierte en una corriente de estudios que se ha ido desarrollando en los últimos años. Esta corriente preconiza la superación de la escuela "racional-empírica" y afirma sus preferencias por lo "intuitivo" frente a lo "discursivo" (17). Algunas reflexiones

procedentes de múltiples contextos indican hasta qué punto se están generalizando estos análisis basados sobre la libertad del sujeto en la actividad de recepción. ¿Pero acaso carece de fundamento la observación de un investigador nórdico? Apoyándose en algunos ejemplos de estudios realizados en los Estados Unidos y en los Países Bajos, señala: "Pongamos por caso al periodismo: lo esencial no es sólo la relación audiencias-emisor, sino también su relación con un tercer fenómeno: aquello a lo que se refieren los mensajes. Si se elimina este tercer factor, no se hace sino reproducir la idea central de la teoría matemática de la información, estática por naturaleza, y se desprecia la teoría semántica de la información. Este punto de vista formalista podría aceptarse si la audiencia fuera omnipotente y creara la realidad social con su propia voluntad y su conciencia, sin restricción alguna. Pero la audiencia no es omnipotente, sólo puede tener una ilusión de omnipotencia. Considerar el periodismo de esta forma, sólo conduce a reforzar esta ilusión voluntarista. Ciertamente, resulta necesario recalcar la capacidad de intervención de la audiencia, pero sin dejar, nunca, de ponerla en relación con el aumento de su conciencia de las condiciones objetivas de la realidad social (18)".

Aunque la lingüística y la semiología pragmáticas han demostrado patentemente la inserción histórica de los actos de enunciación como actos de recepción, también han intentado precisar la forma específica con arreglo a la que cada institución mediática sitúa al espectador, regula ciertos aspectos de la producción de sentido, de la producción de estados afectivos, etc.

En esta misma línea, y tratando de sentar las premisas de una pragmática universal que llegase a demostrar que incluso las reglas pragmáticas del empleo de las frases son racionales, Jürgen Habermas extiende la noción de "competencia" al universo comunicacional. Ciertos investigadores franceses se han interesado por el estudio de esta noción. Según escribe uno de ellos, "el espectador percibe los mensajes a un doble nivel y pone en práctica dos competencias distintas. Así, por ejemplo, la espera (que se verá satisfecha o frustrada) de los desarrollos narrativos ulteriores en función de las características (música, imagen, diégesis, etc.) de una secuencia de una película policíaca, pertenece a una competencia del primer nivel. Ésta resulta de una familiaridad con el género o sub-género al que corresponde el producto consumido. El espectador ha interiorizado los códigos y sub-códigos que lo estructuran. En cambio, la percepción de la situación de comunicación global, de la que es parte interesada, y de las estrategias de seducción, de manipulación, de influencia, que lo toman como objeto, obedece a una competencia del segundo nivel. Esta "competencia comunicacional" también se construye sobre la base de una acumulación de experiencias, pero que sólo es parcialmente individual, porque es la experiencia social la que cristaliza en las prácticas y en los lenguajes de objetivación de los que puede disponer el sujeto-consumidor (19).

¿Acaso no es precisamente esta negación de la experiencia social, que

cristalizaría en las múltiples artimañas, las múltiples prácticas populares "furtivas", la que caracteriza hoy a numerosas desviaciones sistemistas, que, desde una microfísica del poder, se deslizan hacia el micro-psicologismo de las libertades intersticiales del ser individual?

En estas desviaciones, lo social pierde su valor de desafío en la infinidad de micro-argumentos y de micro-conflictos individuales. Entre tanto, este mismo sistemismo que ayuda a reflexionar científicamente sobre el despliegue de las micro-situaciones, también ayuda a pensar científicamente en la reorganización de la globalidad. "El ser en la realidad del flujo vital": así es como Abraham Moles, fundador de una nueva disciplina autónoma, la micropsicología, sitúa su tema de observación. La sociedad es un laberinto, arquetipo del espacio condicionado. En los laberintos de la vivencia, "cierto que hay una libertad, pero sus modos de ejercicio pueden ser previstos por el constructor del laberinto y es aún mayor y más rica conforme el individuo errante domina mejor con su pensamiento la estructura topológica del laberinto (20)". Pero el constructor y el administrador siempre se hospedan en los "universales".

El retorno al consumidor es, sin duda, el tema mejor compartido por las corrientes más diversas. ¿Acaso no es la libertad de consumo, junto con el librecambio, el corolario de la libertad de empresa? Con todo, y pese a que la libertad de consumo sea más popular que el siguiente, el alejamiento del intervencionismo del Estado se reclama en nombre de ambos.

Hay qué tener en cuenta, no obstante, que con la importancia, cada vez mayor, que adquiere la función de programación, la acción y el conocimiento aparecen cada vez más estrechamente vinculados, del lado del emisor, para tratar de optimizar el dominio del entorno. Y si el taylorismo, en la fábrica, en la producción, está en decadencia, ¿no podríamos arriesgarnos a hablar de una taylorización del campo del consumo? Resulta paradójico. El taylorismo nació asociado a la noción de disciplina, de cuerpo disciplinado, de aparato disciplinario. Hoy en día, gracias al conocimiento desmenuzado de los movimientos del consumidor, gracias a las aportaciones de las ciencias de la integración funcional y afectiva, este cuerpo se produce y está programado, con arreglo a sus deseos y a sus motivaciones, por otras "disciplinas" basadas en la forma organización-valorización, que ya no actúan según un código disciplinario, sino de seducción.

Esta lógica, no obstante, ¿no estará tan bien pensada que resulte ilusoria? La respuesta, sin lugar a dudas, se encuentra en la ironía que introduce el sujeto con su retorno.

NOTAS DE LOS AUTORES

II Parte

- (1) "Ferment in the Field", número especial de la revista *Journal of Communication*, verano 1983, vol. 33, n. 3, The Annenberg School of Communication, Filadelfia.
- (2) MERTON R.K., *Sociological Theory and Social Structure*, Glencoe (Illinois), Free Press, 1949.
- (3) Véase en "Ferment in the Field" la apreciación crítica de dos jóvenes profesores americanos acerca del uso que se hace de las escuelas críticas, especialmente de la Escuela de Francfort, por parte del *establishment* universitario en los Estados Unidos. SLACK, J.D., y ALLOR, M., "The Political and Epistemological Constituents of Critical Communications Research", p. 208-218.
- (4) Cf. los juicios de M. Pécheux acerca de la crisis del estructuralismo en Francia, y su éxito, en cambio, en los Estados Unidos (Primera Parte).
- (5) Mientras que esta orientación estructuralista estaba en su apogeo, ciertas críticas, que partían del campo mismo de la antropología, pusieron de relieve que la complejidad de los hechos sociales no casaba bien con una reducción a estos sistemas de comunicación. El peligro de vaciar al análisis de contenido político y social era real. Véase SPERBER, D., *Le Structuralisme en anthropologie*, Le Seuil, 1968. Y, más concretamente, el capítulo 3, "Systèmes et modèles de communication".

Capítulo 1

- (1) SHANNON, C. y WEAVER, W., *The Mathematical Theory of Communication*, Urbana, University of Illinois (traducción francesa prologada por A. Moles, *Théorie mathématique de l'information*, Paris, CEPL, 1976) [Ed. en castellano: *Teoría Matemática de la Comunicación*, Madrid, Forja, 1981, trad. Tomás Bethencourt Machado.]
- (2) De hecho, la irrupción del vocabulario de la información en la biología se produce a partir de 1943. En su obra *What is Life?*, el físico E. SCHRÖDINGER escribe en aquella fecha: "Los cromosomas contienen, en una especie de escritura codificada, todos los modelos del futuro desarrollo del individuo y de su funcionamiento en la época adulta. Cada serie completa de cromosomas contiene todo el código". (*What is Life?*, Doubleday, Anchor Book, edición de 1956, p. 18).
- (3) JAKOBSON, R., *Essais de linguistique générale*, Paris, Ed. de Minuit, 1963 (Le Seuil, coll. "Points", 1970, p. 28). Desde esta misma perspectiva, Jakobson, que fue colega de Claude Lévi-Strauss en Estados Unidos, sacará provecho de los descubrimientos de la biología molecular, que constituye uno de los puntos fuertes de la investigación científica francesa, y planteará sus analogías entre el código genético y el código lingüístico (Véase nuestra Parte precedente).
- (4) CHOMSKY, N., *Entretiens avec Mitsou Ronat*, Paris, Flammarion, 1977, p. 132 y 134-135.
- (5) LICHNEROWICZ, A., PERROUX, F. y GADOFFRE, G. (bajo la dirección de), *Information et Communication*, seminarios interdisciplinarios del Collège de France, Paris, Maloine, 1983, p. 9.
- (6) BARBIER-BOUVET, J.F., "Beaubourg - BPI modes d'emploi", *Revue Cadres*, CFDT, Paris, marzo-mayo 1983, p. 12.
- (7) DERRIDA, J., entrevista con François George, *Le Monde*, 21-22 de octubre de 1984 (reproducido en *Entretiens-Philosophie*, La Découverte-Le Monde, 1985).

Capítulo 2

- (1) BELL, D. *The End of Ideology* Nueva York Collier 1960. *The Coming of the Post-Industrial Society*, Nueva York, Basic Books, 1973 [Esta última obra ha sido editada en castellano por Alianza Editorial (Madrid, 1976, Col. Alianza Universidad) con el título de *El advenimiento de la sociedad post-industrial*]
- (2) LIPSET, S.M., *Political Man*, Londres, Heinemann, 1960.
- (3) Para una visión histórica, véase JULIEN, P.A., LAMONDE, P., y LATOUCHE, D., "La société post-industrielle: un concept vague et dangereux", *Futuribles*, Paris, n. 7, verano 1976, MARIEN M., "Les deux visions de la société post-industrielle", *Futuribles*, n. 12, otoño 1977
- (4) CROZIER, M., HUNTINGTON, S.P., WATANUKI, J., *The Crisis of Democracy Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, Nueva York, New York University Press, 1975.
- (5) En esta nueva órbita, se presta una atención especial al universo del consumo y a sus modalidades. En efecto, el consumo (el consumo cultural, pero también de forma más general los modelos de consumo) apenas si ha sido tomado en consideración por la izquierda, sus partidos mayoritarios y sus sindicatos. Dos poderosas razones quizás puedan explicar esta carencia histórica del movimiento obrero, su desinterés por la dimensión "consumo" y, más generalmente, por el "marco de vida", y por los problemas de la vida cotidiana de la gente por una parte, la principal vocación del Partido que es la conquista del poder del Estado, por otra, la vocación de los sindicatos que es la de representar a los trabajadores en el sector de la producción. ¿Acaso no es para colmar esta laguna por lo que han nacido nuevos movimientos sociales y por lo que algunos grupos han reivindicado para un proyecto socialista la necesidad de un "sindicalismo del marco de vida"?
- (6) Véase PLEYNET, M., "A propos d'une analyse des *Mystères de Paris*, par Marx dans la *Sainte Famille*", *La nouvelle Critique*, Paris, número especial, 1968.
- (7) Según la expresión de J de ROSNAY en *Le Macroscopie*, Le Seuil, 1975. Término utilizado para denominar la visión dinámica que introduce la "revolución sistémica".
- (8) Basta con cotejar las obras, ya clásicas, sobre la sociedad post-industrial, la sociedad post-moderna y la modernidad, de autores tan distintos como Alain Touraine, Jean Chesneaux, Alain Minc, Alvin Toffler, Jean-Jacques Servan-Schreiber, Jacques Attali y Jean François Lyotard, para comprobar cómo actúan estas contradicciones y sus prolongaciones en las concepciones del cambio social.
- (9) Nos remitimos especialmente a la última obra de E. LACLAU y C. MOUFFE, *Hegemony and Socialist Strategies*, Londres, New Left Books, 1985. Véase igualmente, *Les Autres Marxismes réels*, realizado por un colectivo bajo la dirección de A. CORTEN y otros, Paris, Christian Bourgois, 1985.

Capítulo 3

- (1) LUPERINI, R., "Crítica marxista e crítica strutturalistica" *Nuovo Impegno*, Roma nov 1966 - abril 1977
- (2) FOUCAULT, M., *Surveiller et punir*, Paris Gallimard, p. 31-32 [Ed. en castellano *Vigilar y castigar*, Siglo XXI de España Editores, 1982 (Col. Nueva criminología, trad. Aurelio Garzón del Castillo)].
- (3) LEFEBVRE, H. *De l'État* 10/18, Paris, 1976, t. 2, p. 78
- (4) NAÏR, K., "Marxisme ou structuralisme", *Critiques de l'économie politique*, oct.-dic. 1972, p. 82.
- (5) La alusión a Sartre dista mucho de ser fortuita. Sigue siendo uno de los pocos intelectuales, ya durante la post-guerra, en haber reflexionado sobre los medios y en

- haber animado a los intelectuales a superar su papel de "paseantes de la historia", yendo "de la escritura a esas artes-relevo que son el cine y la radio". También ha sido, por la izquierda, uno de los pocos en criticar el dogmatismo de los enfoques marxistas que hacía estragos en la prensa progresista de los años cincuenta. Véase especialmente *Qu'est-ce que la littérature?*, Gallimard, Paris, 1947; "Question de Méthode", *Critique de la raison dialectique*, Gallimard, Paris, 1960.
- (6) MARCUSE, H., *L'Homme unidimensionnel*, Paris, Ed. de Minuit, 1967. [Con el mismo título, *El hombre unidimensional*, existen numerosas ediciones en castellano (Editoriales Joaquín Mortz, México, 1965; Seix Barral, 1968; Ariel, 1981; Planeta-De Agostini, Barcelona, 1985; en traducción de Antonio Elorza)].
- (7) Véanse, por ejemplo, las investigaciones de CIRESE, A., *Cultura egemonica e cultura subalterne*, Palermo, Palumbo, 1976.
- (8) Excepción hecha, especialmente, de las obras de BLUM, S., *La télévision ordinaire du pouvoir*, Paris, PUF, 1982, y de LAUFER R. y PARADEISE, C., *Le Prince et le bureaucrate*, Paris, Flammarion, 1982.
- (9) Véase, especialmente, BUCI-GLUCKSMANN, C., *Gramsci et l'État*, Paris, Fayard, 1975. [Ed. en castellano: Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía, Madrid, Siglo XXI, 1978]. Fuera de Francia, hay una obra de referencia: la de LACLAU, E., y MOUFFE, C., anteriormente citada.
- (10) GRAMSCI, A., *Quaderni del carcere*, Turin, Einaudi, 1975, Cuaderno I. [Los "Cuadernos de la cárcel" han sido publicados íntegramente (4 tomos) en castellano por Editorial Era, de México, entre 1981 y 1986, en versión de Ana M.^a Palos. En España se han editado diversas selecciones de textos traducidos por Jordi Solé-Tura y publicados por Ediciones Península (Eds. de bolsillo): *Cultura y literatura* (Barcelona, 4.^a ed., mayo 1977); *Política y sociedad* (Barcelona, 1.^a ed., noviembre 1977)].
- (11) LAGRANGE, H., "A propos de l'école", *Critiques de l'économie politique*, oct. - dic. 1972, p. 142.
- (12) LEFEBVRE, H., *De l'État*, op. cit., tomo 2, p. 43-44.
- (13) *L'Acteur et le système*, de M. CROZIER y F. FRIEDBERG, Paris, Le Seuil, 1977, sigue siendo un libro importante para la exposición de esta nueva concepción.
- (14) Citado por la revista *Cadres CFDT*, Paris, n.º 275, sept.-oct. 1976 (número dedicado a la información en la empresa).

Capítulo 4

- (1) BALANDIER, G., "Essai d'identification du quotidien", *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. LXXIV, 1983, p. 8.
- (2) JULIA, D., "L'histoire de la culture à l'époque moderne et contemporaine", *La recherche en sciences humaines, 1979-1980*, CNRS, Paris, p. 85.
- (3) *La Nouvelle Communication*, textos seleccionados y presentados por Y. WINKIN, Le Seuil, 1981, p. 24-25. [Ed. en castellano: *La nueva comunicación*, Barcelona, Ed. Kairós, 1984].
- (4) PÉCHEUX, M., "Le discours: structure ou événement?", comunicación al coloquio *Marxism and the Interpretation of Culture: Limits, Frontiers, Boundaries*, Universidad de Illinois, Urbana, Champaign, 8-12 julio 1983.
- (5) Anotación manuscrita de G. ALTHABE, noviembre 1984, con ocasión de la Acción de investigación CNRS-CNET.
- (6) Comentarios que nos han sido sugeridos a través de las observaciones hechas por Bernard Miège, a propósito de ciertos proyectos de investigación etnográfica sobre la radio.
- (7) Véanse especialmente los incisivos análisis de ROQUEPLO, Ph., *Le Partage du sa-*

voir, Le Seuil, 1972, y *Penser la technique Pour une démocratie concrète*, Le Seuil, 1983

Capítulo 5

- (1) BOURDIEU, P., y PASSERON, J.C., "Sociologues des mythologies ou mythologie des sociologues", *Les temps modernes*, diciembre 1963, n.º 211, p. 998-1021
- (2) HOGGART R., *The Uses of Literacy Changing Patterns in English Mass Culture*, Fair Lawn, N.J., Essential Books, 1957 Traducido al francés con el título de *La Culture du pauvre*, Ed de Minuit, 1970.
- (3) Véase el estudio de MATTELART, M., y PICCINI, M., "La televisión y los sectores populares", reproducido en MATTELART, A., y M., *Frentes culturales y movilización de masas*, Barcelona, Anagrama, 1977, p. 45-143
- (4) BARTHES, R., *Système de la mode*, Paris, Le Seuil, 1967
- (5) WINKIN Y., op. cit., p. 108.
- (6) PÈCHEUX, M., "Délimitations, retournements et déplacements", *L'Homme et la Société*, julio de 1982 (artículo terminado en mayo de 1980).
- (7) CERTEAU, M. DE, *L'Invention du quotidien. Arts de faire*, Paris, 10/18, 1980.
- (8) Carta de Goethe a Federico-Enrique Jacobi, mencionada por G. GUSDORF en *Du néant à Dieu dans le savoir romantique*, Payot, 1984
- (9) Véase a título de ejemplo GRAFF, H.J., ed., *Literacy and Social Development in the West a reader*, Cambridge University Press, 1981. Esta obra, bastante singular, reúne extractos de obras o de artículos publicados entre 1963 y 1979 sobre la historia del libro y de la alfabetización, principalmente en Europa. Recoge, entre otros, los trabajos, ya clásicos, de F. FURET y J. OZOUF (*Lire et écrire*, Paris, Ed de Minuit, 1977).
- (10) Publicado por Ed de Minuit
- (11) GINER, S., *Sociedad Masa*, Barcelona, Ediciones Península, 1979 (Existe una versión en inglés, publicada con el título de *Mass Society*, Nueva York, Academic Press, 1976.)
- (12) LEVI-STRAUSS, C., *Le Regard éloigné*, prólogo, Plon, 1983
- (13) GIORDAN, H., *Culture de masse et culture populaire. Théorie et expériences italiennes*, artículo multicopiado, 1985
- (14) Esta concepción de lo alternativo ha sido criticada en la tercera parte, titulada "Nouveaux moyens de communication, nouvelles questions", de *Télévision, enjeux sans frontières*, de MATTELART A. y PIEMME, J.M., Presses universitaires de Grenoble, 1980 [Una versión extractada de esta obra ha sido publicada en castellano (trad. Joaquín Jordá) con el título de *La televisión alternativa* (Barcelona, Ed Anagrama, 1981, Col. Cuadernos Anagrama, Serie: Comunicación); esta edición reproduce el citado capítulo con el título de "Nuevos medios de comunicación, nuevos problemas"].
- (15) Colectivo A-Traverso, *Radio Alice, radio libre*, Paris, Jean-Pierre Delarge, 1977, p. 87 Véase también CESAREO G. "The Form of Apparatus in the Mass-Media", *Media Culture and Society*, julio 1979 [Trad. al castellano: *La «forma de aparato» en los mass media* en RICHERI, G. (ed.), "La televisión entre servicio público y negocio" Barcelona, Gustavo Gili, 1983, p. 32-50]
- (16) Véanse por ejemplo los dos coloquios organizados por la Asociación de encuentros sobre audiovisual y movimiento obrero, en la Casa del Pueblo de Saint-Nazaire, en enero de 1984 y enero de 1986 Desde esta perspectiva, véanse los trabajos y los informes de las experiencias del CERIAM, especialmente *Une autre optique à Gennevilliers*, de AZEMARD, G. y QUINIQU, J.C., Paris, 1984 Editions du CERIAM

- (17) Véase concretamente HAMELINK, C., "Emancipation or Domestication: Towards an Utopian Science of Communication", *Journal of Communication* vol. 33, n.º 3, verano 1983.
- (18) HEMANUS, P., "Journalism, Knowledge and Changing the World", *The Nordicom Review*, Göteborg Suecia, n.º 2, 1984, p. 11.
- (19) Véase a este respecto, CORNU, G., "Analyse de la réception: théorie des «effets» ou théorie des pratiques de consommation?", artículo multicopiado, 1983.
- (20) Entrevista con A. MOLES, *Le Monde aujourd'hui*, 30-31 diciembre 1984, p. III.

III. Intelectuales/cultura mediática: una relación por definir

El orden industrial, tal como se ha desarrollado bajo el capitalismo, ha proclamado muy tempranamente en su espacio simbólico el fin del reinado de la necesidad y el advenimiento del reinado de la libertad. Una libertad que ya no se mide con la vara de las libertades constitucionales ni está encerrada en el tedio de las instituciones de lo jurídico y de lo político, sino una libertad que, a medida que se amplíe y se diversifique el mercado de bienes, el número y la calidad de sus beneficiarios, se asemejará al placer de consumir. Frente a esta fórmula eufónica de vivir el presente y el futuro, quienes persistían en creer que este reino de la libertad no era el suyo sólo podían experimentar un sentimiento de extrañeza.

En los años sesenta, Umberto Eco caracterizó acertadamente esta postura, calificándola de "apocalíptica" y contraponiéndola a la de los "integrados". Apocalípticos, los intelectuales que denunciaban la degeneración mercantil de la cultura. Integrados, aquellos que se adherían sin reservas a las virtudes democratizantes de la llamada cultura de masa. Para estos últimos, el progreso tecnológico traía, necesariamente, el progreso social e implicaba una nueva forma de concebir la ciudadanía. Para los apocalípticos, el hecho de que el capital se apoderara de la cultura le restaba al consumidor toda posibilidad de liberación y de experiencia auténtica (1).

Nos acordamos de la virulencia con que Pier Paolo Pasolini, en sus colaboraciones en los diarios italianos, recopiladas después de su muerte con el título de *Escritos corsarios*, criticaba este nuevo "fenómeno cultural unificador", que bautizaba como "el hedonismo de masa". "La fiebre del consumo es una fiebre de obediencia a una orden no enunciada. Cada cual, en Italia, experimenta la ansiedad, degradante, de ser como los demás en el acto de consumir, de ser feliz, de ser libre, porque así es la orden que cada uno ha recibido inconscientemente y que "debe" obedecer si se siente diferente. Jamás ha sido la diferencia una falta tan espantosa como en este período de tolerancia. La igualdad, en efecto, no ha ha sido conquistada, sino que es, al contrario, una "falsa" igualdad regalada. [...] Una de las principales características de esta igualdad que se expresa en la vida es la tristeza. La tristeza física a la que me refiero es profundamente neurótica; depende de una frustración social (2)".

Nadie ha denunciado con tal fuerza el centralismo de lo que él llamaba "esta cultura interclasista del consumo" cuyo vector emblemático era la televisión. Sabemos que hasta llegó a decir, durante los maniqueos arrebatos de cólera que, según su propia confesión, le embargaban, que esta

cultura de la televisión había sido más destructiva para el alma del pueblo italiano que el propio fascismo mussoliniano, toda vez que, al contrario de lo que ocurría con este último, monumental, esta cultura penetra en los intersticios de lo cotidiano, y los nuevos valores en que se asienta se adoptan a través de la vivencia.

Mucho antes que él, en los albores del capitalismo de consumo, numerosos sociólogos americanos se habían inquietado por las nuevas modalidades de la modernidad hedonista. Bajo la égida de la frase todavía famosa de Léo Lowenthal: "El héroe del consumo ha sustituido al héroe de la producción", aparecieron numerosas obras. Fue la época en la que David Riesman acuñó la expresión "muchedumbre solitaria" (1950).

Más tarde, en 1964, este autor se preguntaba, en el subtítulo de otra obra (*Leisure and Work* —ocio y trabajo—), "¿abundancia, para qué?", y analizaba el desconcierto provocado por el cambio del sistema de valores, una de cuyas principales expresiones, según él, era "la ilusión de un nuevo hedonismo". ¿Es preciso añadir que esta crítica del hedonismo del consumo será el fundamento de muchos de los análisis del movimiento feminista (3)?

Todo esto ha sido dicho y repetido. Todo ha sido escrito, en frío y en caliente, acerca de esta tensión entre dos modelos de libertad, dos concepciones de la liberación, dos modos de realizar la democracia cultural, tanto en los países mimados por el consumo y azotados por la crítica de esa felicidad, como en aquellos que, en los albores de su liberación política o económica, se sentían atraídos por las promesas de esta "revolución de las esperanzas crecientes".

Estos estados de conciencia han inspirado teorías, han suscitado multitud de obras, han dado lugar a manifestaciones callejeras, han estructurado nuevos movimientos sociales, han justificado estrategias, han desencadenado tácticas de intervención, de contrainformación, de contracultura, de cultura alternativa, de cultura militante, etc.

Los años ochenta han nacido bajo otros auspicios. Se advierten, aquí y allá, en muy diversas latitudes, las múltiples pulsaciones de un mismo malestar.

1. El placer popular como revelación

UN ESCALOFRÍO EPISTEMOLÓGICO

La batería de hipótesis, de herramientas analíticas y de teorías que ha ayudado al intelectual a desmontar los discursos mediáticos y a desmantelar la racionalidad de la comunicación de masa, resultó súbitamente algo corta para dar cuenta de la realidad concreta y vivida de la relación del público con el espectáculo.

Plantear el problema a partir del público se convierte en un imperativo que se impone con tal fuerza de evidencia que llega uno a preguntarse cómo ha sido posible descartar, durante tanto tiempo y de forma tan generalizada, el factor más íntimo de la industria del entretenimiento.

Al revisar dos o tres obras publicadas en Londres en los últimos meses de 1984, sobre la audiencia de las series de televisión americanas, el crítico inglés Michaël Poole escribía lo siguiente: "Cada uno a su manera, estos libros plantean el problema de la audiencia de forma novedosa. Lo cual supone un gran contraste respecto de la forma con que la mayoría de los críticos escriben acerca de la TV. Está claro, sin embargo, que sólo este enfoque puede empezar a dar cuenta de las peculiares contradicciones y de los ambiguos placeres de *Dallas* y cia., esas series que la mayoría de nosotros ama hasta el odio, odia hasta el amor, pero sigue mirando sea como sea. (1)".

Jesús Martín-Barbero, profesor de la Universidad de Cali (Colombia), quien ha trabajado mucho sobre las culturas populares, nos comentaba, en 1984, la incomodidad que le había producido la desconcertante experiencia vivida por él y sus estudiantes en un cine de las afueras de Cali donde se proyectaba un melodrama mexicano. Esta sesión de trabajo práctico, destinada a que sus alumnos pudieran contrastar sus esquemas de análisis sobre el relato popular, se interrumpió entre sensaciones de malestar cuando se dieron cuenta de que lo que ocurría en la pantalla provocaba lágrimas en el público. "Lo que me pasó ese día, escribe Martín-Barbero, lo suelo contar llamándolo pomposamente un «escalofrío epistemológico». Resulta que a los veinte minutos de proyección estábamos tan aburridos, pues el film era tan elemental y cursi, que comenzamos a carcajearnos. La gente que nos rodeaba —el cine estaba lleno, en su mayoría de hombres; era un film que batió records en Colombia y por eso estábamos allí— se indignó, nos gritó y nos quiso sacar a la fuerza. Durante el resto de la proyección yo miraba esos hombres, emocionados hasta las lágrimas, viviendo el drama con un placer formidable... y al salir me rompía la cabeza preguntándome: ¿qué tiene que ver el film que yo veía con el que veían ellos? Si lo que a mí me hastiaba a ellos les encantaba, ¿qué había allí que yo no veía y que ellos sí? ¿Y de qué les va a servir a estas gentes mi lectura ideológica por más que la aterrice a su

lenguaje, si esa lectura lo será siempre del film que yo vi, no del que vieron ellos? Yo andaba por ese entonces encantado con las pistas que abría la semiología... y hasta ahí llegó mi encanto. Y tengo cientos de páginas escritas, que no me atrevo a publicar, en las que en el fondo no hago sino dar vueltas en torno a una pregunta que hace años me ayudó a formular Dufrenne: ¿por qué las clase populares "invierten deseo y extraen placer" de esa cultura que les niega como sujetos? Esa que tú te haces ¿qué masivo masoquismo, qué comportamiento suicida de clase puede explicar esta fascinación? Y que a mí me lleva hoy en día a plantearme la necesidad ineludible de leer la cultura de masa desde ese otro "lugar", desde el que es formulable esta otra pregunta: ¿qué, en la cultura de masa, responde no a la lógica del capital sino a otras lógicas (2)?".

Sin duda, en el transcurso de los últimos treinta años, algunas investigaciones extremadamente aisladas habían reivindicado el enfoque de las estructuras del gusto y de los usos, importunando a la tendencia predominante en la crítica, siempre dispuesta a percibir los productos de la cultura de masa, solamente desde el ángulo de su función ideológica. Pero hoy en día una cosa es cierta. La distancia entre lo emitido y lo recibido, las prácticas de los receptores y su papel en la producción de sentido y de usos en los espacios individuales, familiares y colectivos, las representaciones que la institución se hace del gusto del público y su papel en la orientación de la producción audiovisual, son cuestiones que, actualmente, hacen vacilar los enfoques de la producción cultural de masa.

Un investigador como Michel Maffesoli nos da la oportunidad de medir toda la distancia recorrida por una parte de la clase intelectual al llevar esta problemática de la vivencia popular hasta el centro de la sociología del presente, que invita al intelectual a echar una mirada de reconciliación a las prácticas habituales y cotidianas del pueblo. La telenovela forma parte de estos rituales que suscitan una nueva atención. "En vez de clamar siempre contra la alienación, quizás convendría observar cómo, por mediación de los aparatos de televisión, a la hora fijada, se crea una comunidad... Nuevo *dios lar*, la televisión permite, a la vez, un culto familiar y una junta universal. Se trata, por supuesto, de un análisis un tanto elemental... pero, después de todo, permite hacer resaltar, más allá de la lamentación intelectual que se oye con demasiada frecuencia, que el pueblo tiene sentido del presente. Aprovechar el presente, ver el lado bueno de las cosas, es lo que todo analista, no excesivamente desconectado de la vida corriente, puede observar en todas las situaciones y circunstancias que jalonan la vida de nuestras sociedades. Hay un hedonismo popular que, en sus expresiones más o menos groseras o triviales, no dejan de resultar chocantes para muchas almas nobles (3)".

El placer, de ahora en adelante, es el elemento de un paradigma llamado a renovar los enfoques de la cultura mediática. Es un desafío para la separación que propone Umberto Eco entre los Integrados y los Apocalípticos. Es la noción-testigo de los cambios que se han producido en

la percepción de la relación de los usuarios con la cultura mediática. Por esta razón, también invita en la llamada edad post-industrial, a mirar de forma diferente las relaciones de la sociedad civil con la cultura.

LAS HUELLAS DE UNA HERENCIA

Son conocidas las diferencias que, en el seno de la Escuela de Frankfurt, enfrentaron, acerca de más de una cuestión, el pensamiento de Walter Benjamin con el de Theodor Adorno y el de Max Horkheimer, cuando se trataba de evaluar el cambio introducido por la reproducción mecanizada de la obra de arte en la significación de la creación cultural. En contra de sus dos colegas, Benjamin estimaba que el valor "cultural" de la obra de arte había sido sustituido por su valor exhibitivo. Así como los dos primeros veían en esa mercancía muy diferente, llamada "ocio", la degradación del tiempo libre, Benjamin, por su parte, celebraba la posibilidad que ofrecía la exhibición de que se reconciliaran, la crítica, la actitud del entendido y el placer. "La reproductibilidad técnica de la obra artística modifica la relación de la masa para con el arte. De retrógrada, frente a un Picasso por ejemplo, se transforma en progresiva, por ejemplo cara a un Chaplin. Este comportamiento progresivo se caracteriza porque el gusto por mirar y por vivir se vincula en él íntima e inmediatamente con la actitud del que opina como perito... En el público del cine coinciden la actitud crítica y la fruitiva (4)".

No por ello es menos cierto que Benjamin es uno de los pocos críticos que hayan planteado en aquellos años la cuestión del placer, al suscitar el tema del entretenimiento.

Allí donde otros veían "mal gusto", "vacuidad", "falta de calidad", "conciencia soporífica", él, en cambio, reivindicaba la legitimidad de otras formas culturales, distintas de las que consagraba la tradición clásica sobre la calidad estética: ópera, ballet, arte, literatura. ¿Acaso no les reprochaba a Adorno y a Horkheimer una cierta sacralización del arte, la nostalgia de una experiencia cultural libre de ataduras respecto de la técnica? Interpretó justamente al revés la noción de patrimonio cultural, al defender y reivindicar literalmente la noción de movimiento, que, a su juicio, caracterizaba la aparición simultánea de nuevas formas de comunicación y de nuevas formas culturales. Buena prueba de ello es ese texto recogido en una antología de la novela policiaca, que cita un párrafo de una digresión de Benjamin en la que hace alusión a la perfecta sintonía que se establece entre el ritmo de las ruedas sobre los raíles y la tensa acción del suspense, mientras destaca el valor del entretenimiento que proporciona la lectura de una novela policiaca en un tren. Y, curiosamente, en su artículo, "Transportes (*) de placer", una inglesa que no parece

(*) La autora del artículo mencionado juega en el título con la segunda acepción del término "transporte" (arrebato, enajenación, éxtasis...). (N del T.).

conocer este texto de Benjamin, pone de relieve la concordancia que existía entre los nuevos placeres de evasión que prometía una literatura que había nacido para ser vendida en los andenes de las estaciones (adquirida de prisa y rápidamente consumida) y los nuevos horizontes abiertos al intercambio con el mundo por este nuevo modo de comunicación, el ferrocarril (5).

Mientras que Adorno exigía del espectador o del oyente una cierta concentración, incluso una actitud de tensión —insistía en la importancia de una praxis de la auténtica relación con la obra de arte—, Benjamin valorizaba "todo lo que puede tener de positivo la distracción". Las tareas que se imponen a los órganos receptivos del hombre, en los grandes hitos de la historia, no se cumple de ningún modo... entregándose a la contemplación. Para llevarlas a cabo, poco a poco, hay que recurrir al hábito. Es evidente que, si se está distraído, ciertas tareas sólo pueden realizarse si se han convertido en habituales (6)".

Tras la desaparición de Benjamin, este "optimismo relativo" (como lo caracteriza el historiador de la Escuela de Francfort, Martin Jay) nunca más estuvo presente en los análisis de esta corriente crítica. Este optimismo, de hecho, sólo reaparecerá por mediación de lejanas resonancias, tales como las expresadas por Hans Magnus Enzensberger a principios de los años setenta en "Elementos para una teoría de los medios de comunicación". A juicio de Enzensberger, Benjamin es, junto con Brecht, el único teórico que aún se puede tener en cuenta si se quiere elaborar una estética adaptada a una situación que ha cambiado, el único en haber sospechado el "potencial liberador" de los nuevos medios. Sublevándose contra una izquierda que ha permanecido encerrada en la legalidad de la era gutenberguiana, y que es incapaz, según él, de poner rumbo a la edad audiovisual, escribe: "La visión espectral que George Orwell tenía de una industria monolítica de la conciencia, es prueba de su comprensión dialéctica obsoleta de los medios. La posibilidad de un control total de tales sistemas por una autoridad central no es algo perteneciente al futuro, sino al pasado [...] La Nueva Izquierda de los años sesenta ha reducido el desarrollo de los medios a un único concepto: el de la manipulación. En un principio, este concepto tuvo un gran valor heurístico y permitió una larga serie de investigaciones analíticas, pero ahora amenaza con quedar reducido a un mero *slogan*, que oculta más de lo que puede descubrir, por lo cual requiere por su parte un análisis. La tesis de la manipulación que sostiene la Izquierda es, en esencia, de carácter defensivo; sus efectos pueden llegar incluso hasta el derrotismo. Esta tendencia a actuar a la defensiva se debe, subjetivamente, a una vivencia de impotencia. Objetivamente se debe al conocimiento correcto de que los medios de producción decisivos se hallan todos en manos del enemigo [...] En efecto, la demonización del enemigo oculta las debilidades y los defectos de perspectiva de la agitación que se practica. Y si ésta conduce hacia un aislamiento, en lugar de movilizar a las masas, su fracaso se atribuye globalmente a la superioridad de los medios [...] Pero el miedo al

contacto con la mierda es un lujo, que un obrero de la red de alcantarillas, por ejemplo, no se puede permitir (7)".

Esto es lo esencial del recordatorio: hace que recobre vida la intuición de Benjamin según la cual la reproductibilidad técnica introducía una nueva tensión en la vivencia social de la cultura. Benjamin, sin duda, no habría desautorizado el juego al que se entregó Enzensberger en ese ensayo con las palabras móvil/movilidad/movilización: en la movilidad veía el carácter móvil de los medios, la capacidad para movilizar al público.

2. Cultura negativa/cultura afirmativa

LA IDEA DE FELICIDAD

Sin embargo, no conviene fijarse sólo en los anatemas que Adorno y Horkheimer pronunciaron contra la industria de la cultura y en su impotencia por evaluar dialécticamente —pese a que la dialéctica haya sido su fuerte— los nuevos datos de la industrialización de la producción cultural. Se tiene tendencia a distinguir entre las posiciones representadas por estos últimos (y algunos de sus textos, como aquellos sobre la crítica del jazz, lo justificarían) y las de Benjamin, como si estuvieran enfrentadas en ambos lados de la dicotomía positividad/negatividad. Es sabido, en efecto, hasta qué punto Adorno y Horkheimer aborrecían lo que ellos llamaban "la cultura afirmativa" que, según ellos, despojaba a la idea misma de cultura de lo que constituía su valor, es decir, de su "resonancia negativa", que ellos relacionaban con la experiencia de la angustia. La cultura ha de aportar lo "negativo", la experiencia de la ruptura.

Esta conciencia negativa les permite estigmatizar la incapacidad del marxismo ortodoxo por superar la cultura afirmativa, en cuanto aquél reduce la idea de felicidad a la de satisfacción material. El concepto de felicidad real, que ocupa un lugar predominante en la teoría crítica de la Escuela, felicidad cuya identificación con el bienestar económico rechazan, es el criterio con arreglo al cual denuncian la impostura de la "falsa felicidad" del arte afirmativo. Su crítica de la cultura afirmativa se centra en la idea de que "la promesa de felicidad", la visión de una sociedad distinta, han sido sistemáticamente excluidas de aquello que se estaba convirtiendo, cada vez más, en una cultura de *statu quo*. Para Adorno y para Horkheimer, el arte en la época de la reproducción mecanizada sirve para reconciliar al público de masa con el orden establecido.

El artículo que Adorno escribe acerca de la obra del que fue el primer teórico del ocio —Thorstein Veblen, autor de *Teoría de la clase ociosa*, publicada en 1899— aclara esta noción de felicidad que el capitalismo de mercado ha generalizado. Recordemos que en su "teoría del consumo ostentoso", el americano Veblen sostiene que el consumo de bienes no aspira tanto a satisfacer auténticas necesidades o a garantizar lo que él llama "la plenitud de vida" como a mantener un prestigio social, un «status» (1). Adorno replica, en 1941, que, en efecto, "la felicidad, tal como nos la encontramos de hecho, no puede disociarse del todo del consumo ostentoso. Los hombres mismos son productos de una sociedad determinada. Para ellos no hay felicidad que no esté ligada a las apetencias que esta sociedad impone, cuando incluso para ellos mismos la felicidad sólo puede trascender sus límites. Un pensamiento utópico abstracto que omi-

te tener en cuenta esta paradoja no tarda en revolverse contra la felicidad y en apoyar el orden de las cosas que, precisamente, cree combatir. En efecto, como quiera que la utopía abstracta se propone limpiar la felicidad de todas las huellas del orden establecido, se obliga a renunciar a toda reivindicación concreta de felicidad (2)".

Desde nuestra perspectiva, dos son las cosas que hay que retener de este análisis: una, que el placer es una experiencia subjetiva, histórica, condicionada por una situación social; la otra, que, en contra de lo que nosotros denominaríamos las sociologías del asentimiento, del consentimiento, la postura adorniana se niega a encerrar la noción de felicidad en ese concepto de ajuste, a reducir su definición, como pretende el pragmatismo de Veblen, quien recomienda "a los hombres que se ajusten a este desarrollo de las fuerzas productivas tecnológicas", a una dimensión técnica. Se niega a convertirlo, en el elemento básico de la unión íntima de los individuos con el mundo, tal como es, con la afirmación de sus condicionamiento y con la dinámica de su desarrollo. "El concepto de adaptación es el *deus ex machina* gracias al cual Veblen procura colmar el vacío entre lo que es y lo que debería ser". Para él, los ataques de Veblen contra el orden establecido no concordaban con la concepción que éste tenía de la adaptación del individuo y que consagra el peso inexorable de lo existente. "Adaptarse a lo que hoy es posible, en modo alguno significa ya, de hecho, adaptarse, sino realizar las potencialidades objetivas". Es la frase con la que termina el ensayo de Adorno. Ante esa racionalización de los condicionamientos sociales que acerca el pensamiento de Veblen al de Darwin, al desear que los hombres "se identifiquen con el proceso de la vida", ante esa adaptación mediante la cual la mera existencia se erige en medida de la verdad, Adorno reitera la pregunta esencial, la pregunta kantiana: ¿cómo es posible algo nuevo? Pregunta de actualidad, si hace al caso, en el momento en que una sociología anti-filosófica, a la vez que analiza las formas de las servidumbres, culturales e ideológicas, desmixtifica las ilusiones de la liberación.

La muerte de Benjamin interrumpió el intercambio epistolar que mantenía con Adorno a propósito del potencial revolucionario del cine. Coincidían respecto del peligro que representaba el salto del cine mudo al cine sonoro, al tiempo que Benjamin le expresaba a Adorno sus temores de que el potencial progresista del cine se viniera abajo con el advenimiento del sonido. Estas reflexiones demuestran que sería erróneo sobrestimar la faceta anticipadora de Benjamin, su visión progresista en relación con las posiciones atrincheradas de Adorno en torno a la evolución de las técnicas de producción cultural. No se puede pretender que la Escuela de Francfort diga más de lo que dijo a través de sus incursiones y de sus tanteos.

El historiador y crítico de arte americano Fredric Jameson señala muy acertadamente en el artículo inicial del número que la revista británica *Formations* dedica a la cuestión del placer, que las posturas de la Escuela de Francfort se producían en un momento en el que a ambos lados

del Atlántico, el concepto que regía la cultura era el de la "alta cultura" europea (3). Tras evocar la historicidad de las tesis de la Escuela, vuelve a situar la nueva sensibilidad de hoy acerca del placer, sus imágenes y sus funciones, en esa "perentoria realidad" de la escalada internacional de la mercantilización que consagra el desplazamiento de los polos de la hegemonía cultural, tanto a nivel geográfico como a nivel conceptual: desde la altivez cultural de la Europa central, consciente de sus valores, orgullosa de su imaginación dialéctica, a una Europa disminuida en un escenario mundial dominado por la explosión de la industria norteamericana de la imagen que reúne todos los signos del placer, desde Nueva York, la industriosa, a la contracultura californiana.

SOBRE LA ESPONTANEIDAD

No obstante, sería aconsejable insistir algo más sobre la herencia de la Escuela de Francfort. Los paradigmas que ha construido siguen inspirando numerosos análisis de la relación de los públicos con los bienes culturales. Como lo prueban las investigaciones desarrolladas por Dieter Prokopp durante los años setenta, que parten de los conceptos de fascinación y de espontaneidad. Estos conceptos, que hacen retroceder las fronteras de los postulados de la escuela crítica alemana, resultan de notoria utilidad para quienes intentan establecer correlaciones entre placer y cultura mediática.

Prokopp, que se inspira sobre todo en los análisis de Herbert Marcuse (otro célebre representante de la Escuela de Francfort), comprueba, al término de un análisis diacrónico de los productos de la industria cinematográfica americana, el angostamiento de lo que Marcuse, después de Roland Barthes, llamaba "el discurso cerrado". Su análisis se basa en dos categorías, la espontaneidad integrada y la espontaneidad productora, que caracterizarían otras tantas modalidades de la interacción entre el público espectador y los productos de la cultura de masa. Prokopp reasume la postura innovadora de Benjamin que consiste en aprehender el campo de la producción cultural industrializada como campo contradictorio en el que se confrontan y en el que coexisten lógicas, necesidades y objetivos diversos. Su análisis se centra en la corriente dominante de la producción de los grandes conglomerados mediáticos y se coteja con el estudio de los productos de la cultura de masa, determinados por las condiciones monopolísticas de producción y de distribución, productos considerados, por tanto, como los que mejor se adaptan a las exigencias de un mercado de masa. "Incluso si los monopolistas que reinan sobre el mercado de los *mass-media*", escribe, "responden selectivamente a necesidades integradas *a priori*, e integrables, hay, no obstante, momentos de espontaneidad, necesidades o deseos semiconscientes, no elaborados. No se trata de un inocente juego de espejos. Los productos de la

cultura de masa sirven de terreno de combate donde se enfrentan los condicionantes del sistema de dominación y los deseos que procuran expresarse (4)".

El concepto de integración de las necesidades, de los deseos, de la espontaneidad, es el concepto que sirve de fundamento al análisis que Prokopp hace de la evolución de las modalidades de la interacción entre el público y la cultura de masa. En los albores de la industrialización de la cultura, las películas tipo "comedia de tartas de crema" (*slapstick*) requerían la espontaneidad productora del espectador, ofreciendo al público popular una visión de la realidad en la que las soluciones estaban en un plano fantástico, y permitiendo que el individuo viviera su revancha. Como contrapunto a este análisis del *burlesque*, el análisis de las películas "de catástrofes", cuyo éxito caracterizó los años setenta, saca a la luz nuevas condiciones de integración de la espontaneidad, quedando reducido el individuo a una participación impotente.

En contraste con una concepción del placer, definida sin hacer referencia al momento y lugar históricos en que toman forma sus imágenes y sus funciones, también sería una evocación provocadora la del "catálogo de los placeres", de Jeremy Bentham.

Se conoce de este autor su famoso proyecto de panóptico, que debe su celebridad a Foucault. Es menos conocido el catálogo que este filósofo utilitarista elaboró a finales del siglo XVIII.

Este catálogo constituye la primera etapa de la introducción de los placeres individualizados en el campo del conocimiento social y de la regulación de la sociedad. La idea de Bentham era la de llegar a constituir una red consensual de regulación, tejiendo un vínculo completamente transparente entre individuo, placer, comunidad, cálculo y legislación. En esta construcción imaginaria, la individualización de los placeres es, sin duda, la más llamativa y la más moderna (de hecho, según advierte el británico Colin Mercer, nos remite al famoso panóptico) (5).

Habrà sido necesario esperar a la aparición de la nueva era de la información, para ver que esta idea tomaba forma en esas futuras redes consensuales que preservarían este principio de individualización. En palabras de un publicitario: "De la publicidad de masa heredada de los fabricantes de detergentes y de la utopía consumidora de la post-guerra, vamos a pasar, pues, a una comunicación más cualitativa, más adaptada, más personalizada. Cada cual con la clave de sus sueños... Con una sofisticación cada vez más avanzada, los medios dirigidos al gran público se solaparán con medios dirigidos a audiencias específicas, de alto valor imaginario, cualitativo, añadido. En términos de planificación de medios, es la victoria del contacto útil sobre el contacto por mil. La publicidad, caja de resonancia de los imaginarios sociales, contribuirá así, poderosamente, a acelerar este tránsito de la sociedad de masa a la sociedad segmentada y multipolar, de la cultura de masa a la cultura diversificada, del mensaje dirigido al mínimo denominador común, al mensaje individualizado. Garantizará un *feedback* elevado, máxime cuando los productos

del futuro configurarán por sí mismos las motivaciones de sus consumidores (6)".

Sin adherirnos por ello a esta teoría de la manipulación de la que habla Ensenzberger, y sin inferir de una intencionalidad del emisor un sentido para el consumidor, permitásenos recordar, de forma totalmente ingenua, lo siguiente: las nociones de placer y de deseo son puntos centrales en las estrategias de quienes hoy todavía piensan en términos de conquista de audiencia de masa y de industrialización de los contenidos, y que mañana pensarán más en términos de placer individualizado.

EL CULTO AL DIDACTISMO

La ambigüedad del retorno del placer recorre, de una forma o de otra, las numerosas corrientes de investigación en busca de una reconciliación con el deseo, con lo afectivo, con lo subjetivo, con todas esas zonas de sombra de la teorías críticas de la cultura. Se ignora cuál pueda ser la salida, y su definición epistemológica también es un reto. Pero una cosa sí es cierta: al descubrir el placer ordinario, es, por último, la verdadera naturaleza del entorno cultural de la *mass mediación* la que la teoría crítica puede comenzar a explorar.

Esta ocultación del placer encierra algo aberrante. ¿Cómo ha podido ignorarse tan masivamente este aspecto esencial *de la realidad*?

Nunca se insistirá lo suficiente en las dificultades que tuvo la teoría crítica, pese a los avances realizados por algunas individualidades de la heterodoxia, para liberarse de un pensamiento encastillado en la trivializada antinomia infraestructura/superestructura y en su decisiva variante, matricial para esta cuestión del placer, es decir, la dicotomía cuerpo/espíritu. Nunca se insistirá lo bastante en la herencia que ratificó el divorcio entre la tradición de la cultura militante y la idea del placer. Según observa un filósofo marxista alemán: "El marxismo, tradicionalmente, ha establecido una ruptura con el placer. En "teoría", no desapueba el apego a los bienes de este mundo, pero en la práctica, y en su «ideología práctica», el placer resulta sospechoso. El placer aparece opuesto al esfuerzo, al sacrificio que estamos llamados a realizar, a la renunciación. Es ambiguo (7)".

Obnubilada por la idea de la Gran Noche, de la sociedad democrática soñada para el mañana, movida por un optimismo historicista que hacía ineluctable la victoria del socialismo, la izquierda ha tenido tendencia a menospreciar, por demasiado modesta, por demasiado poco declamatoria, esta humilde labor de zapa que da a la democracia la dimensión de una construcción cotidiana, de una negociación en las relaciones de poder. Tan convencidos como estábamos de vivir, por decirlo así, en suspenso, entre paréntesis, en el marco de una democracia apellidada formal, no podíamos sino rechazar las cuestiones que planteaba una idea de la democracia vivida *hic et nunc* y que ya no se aplazaba para el maña-

na. Y como corolario de esta idea de la Gran Noche, la moral del esfuerzo, el sacrificio del presente, la íntima aceptación de que sólo podría cantarse con "los mañanas que cantasen".

La obnubilación de la Gran Noche, por su parte, sólo se concibe dentro del contexto de una cultura profundamente marcada por la tradición judeo-cristiana. Esta dimensión religiosa del marxismo coincide, en efecto, con la concepción del sacrificio individual que anima a la Iglesia y que justifica las renunciaciones en este "valle de lágrimas" con la esperanza del Paraíso.

La idea misma de cultura, tal y como ha sido vivida e interpretada, mayoritariamente, en Occidente (a la izquierda y a la derecha), rompe con la idea de placer ordinario. Para quien no puede acceder a ella, individuo, grupo social o nación, es fuente de tensión. Así lo expresa un filósofo venezolano: "En los países subdesarrollados, el ciudadano corriente cree que la «cultura» es y debe seguir siendo un producto sublime, un beneficio espiritual, un gozo del espíritu, que crean algunos seres privilegiados. Siente que para aproximarse a la «cultura», ha de hacer un gran esfuerzo, «ponerse a la altura», y, a fin de cuentas, dejar de ser lo que suele ser. La cultura se presenta ante él como un cuerpo extraño, *el alienum* por excelencia (8)".

Bien es cierto que, en su época y cada uno a su manera, el movimiento surrealista y el situacionismo han hecho que se tambaleara este pensamiento hormigonado. Cada uno a su manera, decimos, porque a la irradiación, que siguió siendo elitista y permaneció encerrada en un elitismo viril, del uno, respondió, en el terreno mismo del placer ordinario, el estallido dismantelador de la sociedad del espectáculo del otro, el cual sigue siendo, hasta la fecha, uno de los escasos interrogantes profundos de la razón de ser mediática.

Las dificultades con que ha tropezado la izquierda, cuando ha tenido que afrontar esta cuestión de los medios en unos procesos prerrevolucionarios, fuera de los esquemas de *agit-prop* (agitación y propaganda), fueron otras tantas ocasiones para medir un vacío endémico en un pensamiento marcado por el culto al didactismo y que siempre ha tenido tendencia a considerar los medios como meras herramientas de su vocación pedagógica (9).

Al reflexionar durante los años treinta acerca de las condiciones de la aparición de una cultura popular nacional, Gramsci ponía en evidencia el escollo que acechaba a esta concepción, demasiado racional. Veía allí la posible fuente de una degeneración burocrática de la relación del partido y de los intelectuales con el pueblo. Frente a esta amenaza, ponía de relieve la importancia de una relación orgánica entre el "sentir" popular y el "conocer" intelectual, entre la "práctica" de unos y la "teoría" de otros, entre partido como intelectual colectivo y sensibilidad del pueblo (10).

Hoy por hoy, en el momento en que la racionalidad mediática resulta cada vez más avasalladora, esta vieja intuición aflora de nuevo. Aflora en

un momento en que la relación de los intelectuales con los otros grupos sociales, con el "pueblo", atraviesa una crisis considerable. Se está lejos, en efecto, de la idea de responsabilidad social que pudo motivar a generaciones de intelectuales y que para muchos de ellos, por cierto, coincidía con la conciencia desgraciada de ser sólo intelectual en un movimiento que se apoya en una idea y en una representación de la clase obrera (conciencia desgraciada que no es ajena al sentimiento de culpabilidad judeo-cristiano). Y, paradójicamente, es ahora, precisamente, cuando se impondría un debate sobre la relación de los intelectuales con el pueblo. *A fortiori* si se tiene la sospecha de que esta nueva fusión con el pueblo en el goce del espectáculo mediático oculta quizás más desconcierto de lo que parece.

EL TIEMPO SUBJETIVO

Resulta difícil disociar la aparición del tema del placer ordinario, de las reivindicaciones y de los análisis formulados por el movimiento de las mujeres desde los años sesenta. Al criticar el orden moral de una izquierda ortodoxa supuestamente progresista, este movimiento recuperaba la dimensión del cuerpo, lo cotidiano y la vivencia subjetiva como espacio de reflexión. Si bien esta aportación del movimiento de las mujeres ha merecido un amplio reconocimiento por parte de las teorías críticas de la cultura, en los países anglosajones (11), no ocurre, ciertamente, lo mismo en Francia, donde las teorías de la reproducción social apenas si han permitido que se avanzara en el análisis de las rupturas epistemológicas ocasionadas por la irrupción de esta nueva sensibilidad (12).

Sensibilidad que nos remite a ciertos temas evocados más arriba, a propósito del modo de pensamiento de lo fluido. Lo que este modo de pensamiento deposita en el corazón de la nueva *episteme* es una distinta concepción del tiempo. La concepción de un tiempo que ya no es lineal, sino circular. Un tiempo extrañamente compatible con "la temporalidad femenina". En "*Notes sur la modernité*" (Notas acerca de la modernidad), escribíamos, en 1971: "El antagonismo mítico entre las nociones de mujer y de cambio se remonta, seguramente, al hecho de que, en todas las culturas, el mito asocia la imagen de la mujer con los elementos vitales, la tierra, el agua, elementos de la fecundidad y de la permanencia. La imagen de la mujer está unida a la idea de continuidad, de perpetuación, de duración. A la temporalidad de la ruptura, de la crisis y del caos, que corresponden al concepto y a la representación del cambio, se opone la temporalidad femenina, la del ciclo que diseña las líneas concéntricas para regresar siempre al punto de partida, unificando el pasado, el presente y el porvenir. Tiempo fluido en el que se desarrollan funciones eternas, la casa, la esposa, la maternidad. La figura del acontecer femenino como justificación antitética y como compensación de la figura del

acontecer masculino, cuya acción se inscribe en la dialéctica de una realidad de lucha y de dominio del mundo (13)".

Esta medida específica que la subjetividad femenina le confiere al tiempo se define, a la vez, como repetición y eternidad: retorno del mismo, eterno retorno, retorno del ciclo que la une a un tiempo cósmico, ocasión de disfrute en unión con el ritmo natural, y, por otro lado, dimensión matricial, mito de la permanencia, de la duración.

Esta idea de un tiempo subjetivo puede contribuir a aclarar el problema del placer corriente. La noción de temporalidad específica puede servir de hilo conductor para explicar el goce que procuran, por ejemplo, los relatos televisuales a los que aludían Martín-Barbero y Maffesoli, a quienes citábamos más arriba. Porque el problema, en efecto, es el de la fascinación que continúan ejerciendo estos relatos sobre unas espectadoras que, por otra parte, pueden descubrir y criticar perfectamente los rasgos estructurales (*) de aquéllos. Partiendo de esta idea de una temporalidad específica, puede, en efecto, esbozarse la hipótesis de que, más acá y más allá de su "contenido", con sus cadenas de sentidos, estos relatos que se despliegan a lo largo de extensos períodos, mediante puntuales entregas cotidianas, pueden coincidir con esta vivencia de repetición y de eternidad. La hipótesis de que estas historias masivas, difundidas por episodios diarios y diariamente reiteradas, satisfacen, gracias a su ritmo estereotipado, la espera del tiempo subjetivo femenino, correspondiente a unas estructuras psíquicas no incorporadas a un tiempo prospectivo, a un tiempo del cambio. Al cultivar el goce de este tiempo no prospectivo, demoran el acceso de las mujeres al tiempo de la historia que se está haciendo, al tiempo del proyecto.

Esta hipótesis tendría que ser verificada a la luz de investigaciones recientes en el ámbito de la subjetividad y de las estructuras inconscientes de la personalidad. Pero una cosa es cierta: nos hemos conformado, demasiado, con investigar el efecto de los textos mediáticos en las unidades del discurso de la imagen y del verbo. ¿Acaso no reside también el poder de las industrias culturales en otra parte que no sean las historias que cuentan, que se quedarían en epifenómenos de lo que se comunica? ¿Acaso no reincorporan las industrias culturales estructuras psíquicas de las audiencias populares? ¿No podría gestionarse también su función ideológica en ese movimiento de realimentación incesante de las estructuras profundas de un inconsciente colectivo?

La noción del tiempo que tienen las mujeres en cuanto grupo subalterno es susceptible de una doble lectura. Por un lado, una lectura que destaca su aspecto alienado (arriesguemos el término); por otro lado, una lectura que destaca su aspecto alternativo, positivo (arriesguemos también el término), de resistencia a la concepción hegemónica del tiempo que es un tiempo productivista.

(*) "Structurels", en el original.

Cuando en *Jeanne Dielman*, la cineasta Chantal Ackerman filmaba en tiempo real, en duración real, los gestos de lo anodino cotidiano de una mujer, hacia dos cosas que no eran sino una: procuraba darle un lenguaje y una escritura a su experiencia subjetiva de mujer, enmudecida por la cultura anterior y, de esta forma, producía un choque —creativo— que permitía comprender, por contraste, en qué consiste la norma usual del tiempo del espectáculo.

Más allá de los estatutos igualitaristas que puedan haber conquistado en la producción, las mujeres intentan poner de relieve su diferencia irreductible en el plano de la experiencia subjetiva y de la realización simbólica. Esta búsqueda difusa las lleva a explorar su memoria arcaica, ligada al espacio-tiempo de la reproducción en el que, hoy en día, sigue moldeándose una parte de su sensibilidad y definiéndose una parte de su diferencia. Una diferencia irreductible por cuanto está ligada a su diferencia psicológica, biológica, sexual, de la que la tradición se ha servido para alienar y esclavizar. Una diferencia que habría de expresarse hoy como alternativa de sentido, como alternativa simbólica.

Resulta apasionante comprobar que esta búsqueda parece tener cierto paralelismo con la exploración del tiempo de los dominados y de la memoria de continentes marginales a la que se entrega, por ejemplo, la narrativa latinoamericana. ¿Acaso no nos permite también, esta última, preparar una respuesta a la interiorización femenina de una doble dimensión del tiempo, repetición y eternidad? Una novela como la de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, o la de José Donoso, *El obsceno pájaro de la noche*, son inmensos relatos contruidos con incursiones cíclicas y tiempo monumental que satisfacen magníficamente la demanda latente de un inconsciente y le ofrecen salidas democráticas y liberadoras.

Se podría conjeturar que las demandas simbólicas, expresadas por estas temporalidades de la diferencia, fueran llamadas a valorarse cada vez más, a medida que se cuestionan los modelos de crecimiento y de desarrollo lineales y que se reducen a su verdadero valor los beneficios de una sociedad regida por la regla de la productividad cuantitativa. ¿No será que ciertos enfoques sociológicos, al hacer creer que las industrias culturales ya se han reconciliado con las demandas populares (y que de hecho —es lo que da a entender el *mea culpa* de numerosos intelectuales— siempre lo habrían estado) están contribuyendo, al contrario, a cancelar esta perspectiva? Simplifican —es lo menos que se puede decir— el problema planteado por esta demanda popular al retener sólo su faceta consensual, coherente con el orden de las cosas; es una manera de imaginar el placer que reprime sus potencialidades subversivas.

En esa apertura real que se propone en relación con los esquemas de la alienación y de la conminación ideológica de ayer ¿no se desliza acaso el riesgo de concluir prematuramente el debate y de ver cómo se extraía en una nueva ideología del asentamiento lo que podría ser el principio de una nueva orientación epistemológica? Noción-testigo de un cambio de talante y de sensibilidad, la noción de placer corre el riesgo, en

efecto, de quedarse a mitad del camino de sus promesas si sólo nos conformamos con ver en ella el signo de la reconciliación con los afectos y con las experiencias de lo cotidiano, el signo de la ruptura con el elitismo, el desprecio o la indiferencia que, ayer todavía, caracterizaban la actitud de los intelectuales. Si se la considera como una nueva categoría esencial del campo crítico, es preciso hacer estallar esta especie de aura ecuménica, que está en trance de adquirir, y devolverle su dimensión conflictiva.

3. Lo pesado y lo ligero

EL ORDEN TEÓRICO DE LA DESREGLAMENTACIÓN (*)

La ola creciente que transporta hoy ciertas concepciones del placer corriente dista mucho de ser inocente. Porque, más allá del tema, lo que también es importante observar es la función que le corresponde dentro del modo de legitimación de un sistema de comunicación.

El contexto en el que rompe esta ola profunda es el de la desreglamentación que, a fuerza de tener la nariz pegada al escaparate de los nuevos artefactos técnicos, termina uno por no ver. El de un conflicto entre sector privado y sector público, cuya solución controlada desembocaría en una mejor adaptación a la evolución tecnológica. Sin embargo, más allá de las disputas y de los debates sobre el futuro del servicio público, más allá de su posible desaparición como marco estructurante de la televisión y de las telecomunicaciones, ¿no estará en juego la avanzada de otra concepción de lo social? Por esta razón es por lo que la desreglamentación también opera en el campo de la producción teórica y en el campo de la producción del conocimiento de los medios y contribuye a desestabilizar los paradigmas que han legitimado las instituciones y las prácticas inscritas en la filosofía del servicio y del interés público. Estos paradigmas, mal que bien, han estado presentes en una determinada relación entre los creadores y el Estado, los creadores y la producción industrial, los creadores y el mercado, los intelectuales y la producción mediática y, por encima de todo, en la relación entre el emisor y el receptor, entre la institución mediática y el ciudadano-consumidor.

El ritmo al que han evolucionado las mentalidades en aquellos países que ayer aún defendían ferozmente su patrimonio contra el orden del marketing supera cuanto podía esperar la industria de la publicidad. Como una nueva legitimidad nunca viene sola, otras la han seguido.

Gracias al nuevo derecho de ciudadanía del entorno publicitario, la vinculación cultura-negocio, con la que han tropezado los Apocalípticos, ya ocupa un lugar bajo el sol. En ciertos sectores de la investigación, ya no existe la preocupación por distinguir lo verdadero de lo falso en el paradigma adorniano. Y ciertos jóvenes intelectuales se desembarazan

(*) Transcripción de la acepción francesa (*déréglementation*, y también, *dérèglementation*) del término anglosajón, acuñado en los EE.UU., *deregulation*. En Francia, y también en España, se emplean —“sin ninguna argumentación teórica que justifique la preferencia por uno u otro”, según observa Chantal de Gournay en “Service non compris”, *Réseaux*, n.º 23, marzo 87, p. 99— indistintamente, desreglamentación y desregulación (*dérégulation*). Alain Graud en “Le mouvement de dérégulation”, reproducido en la publicación recién citada, p. 87, define el concepto en los siguientes términos: “La desregulación resume en una palabra, la propuesta, para el porvenir, de una organización mundial homogénea, cuya vocación es la de eliminar las soluciones nacionales que aún se mantienen en pie”. (N del T.).

hoy, alegremente, de las dudas que, a su juicio, han inhibido a muchos de sus predecesores.

En la conferencia que, en julio de 1984, congregó en Londres a investigadores de todas las nacionalidades en torno al tema "International Television Studies", pudo apreciarse el gran interés con que era acogida esta nueva atención prestada al placer. Ciertas intervenciones ejemplificaron sobremanera esta nueva tendencia y esta nueva sensibilidad (que reivindicaban una tradición crítica).

Una joven intelectual holandesa fue uno de los polos de atracción del evento, al situar la noción del placer proporcionado a la audiencia por la televisión comercial como punto de partida de una confrontación de la herencia del servicio público con los paradigmas de la televisión del mercado (1). Confrontación que se convirtió en requisitoria contra el servicio público y en alabanza unívoca de lo comercial, considerado como mucho más liberador y emancipador, por estar más atento a las expectativas populares de entretenimiento.

Este salto mágico autorizado por la sensibilidad contemporánea ante lo ordinario del placer puede sugerir una relación con la idea de experiencia de consumo placentero tan querida por Benjamin. No obstante, se distancia considerablemente de ella en la medida en que la variante de aquiescencia que hoy asume ante lo existente mediático no puede apoyarse en la filosofía de la Escuela de Francfort, cualesquiera que sean sus tendencias. ¿Es preciso recordar que, dentro de su concepción "progresista" de la historia, Benjamin veía en la nueva cultura tecnificada un nuevo campo de lucha cultural, en tensión hacia una utopía social de superación de la cultura elaborada por la burguesía?

El placer, el deseo, lo lúdico, se evocan en las conversaciones habituales acerca de la experiencia cotidiana de los medios, así como en los discursos formalizados. A través de ellos, se enfrentan referencias teóricas que abarcan otras tantas formas de concebir la apropiación del nuevo entorno tecnológico. Lo hemos visto recientemente en Francia, con ocasión de la discusión sobre los usos sociales de las nuevas tecnologías (videotex, teletexto, cable, etc.) y sobre el papel que puede desempeñar la investigación en ciencias sociales en el control democrático de las nuevas redes. Citemos las frases del discurso inaugural de un especialista en investigación publicitaria, con motivo de la celebración en París, en 1980, de un debate sobre las perspectivas ofrecidas por los nuevos medios a la industria del marketing. En el transcurso de ese debate fueron atacados abiertamente aquellos sociólogos presentes que, apelando a una idea renovada del servicio público, veían en la experimentación social una de las vías más democráticas para asociar a los ciudadanos a las opciones tecnológicas, porque permitía captar sus demandas, logrando escapar así del determinismo de las lógicas de oferta de los fabricantes. "Si yo miro, confesaba este publicitario, lo que está ocurriendo actualmente fuera de Francia, lo que más me impresiona de Silicon Valley, en California, es que ya no se trata de experimentación, sino más bien de florecimiento

exuberante. En todas esas ponencias que estoy escuchando hay un gran ausente: el deseo. Ahora bien, lo que está sucediendo con estas tecnologías es una formidable sacudida del deseo..., un formidable aspirador del deseo; lo que ocurre en California es que la gente "tiene ganas". Cuando digo "la gente" hay que tomar el término en sentido muy amplio: pueden ser los publicitarios, unos jóvenes empresarios, unas asociaciones de consumidores, etc. Se trata sin duda mucho más de crear las condiciones para que la gente tenga ganas de jugar con... Nos van a llegar nuevos productos japoneses o americanos porque habrán conseguido crear las condiciones en las que la gente va a jugar al deseo y a inventar productos y usos nuevos (2)".

Frente al peso de la herencia de un servicio público cuyo pensamiento sobre lo social se asimila a las formas arcaicas del encasillamiento tecnocrático, he ahí legitimado como algo natural el "empuje" de las nuevas tecnologías, toda vez que responde a la dinámica, natural ella también, de los deseos, "deseo de comprar, deseo de comunicar, deseo de utilizar los nuevos medios (3)". Recordemos la respuesta del *Anti-Edipo* (Anti-Edipo) a ese deseo confinado en lo que sus autores llamaban "el espacio de la miseria", reducido a la dimensión del contrato: "La miseria la instala, la organiza, el sistema de producción... Esta práctica del vacío como economía de mercado es el arte de una clase dominante: organizar la miseria dentro de la abundancia de la producción, orientar todo el deseo hacia el gran temor a la carestía, mientras que la producción de deseo se vierte en lo imaginario (el espectáculo) (4)".

¿LA SOCIEDAD CIVIL CONTRA EL ESTADO?

Para poder creer en la idea de un deseo-placer-juego, expresión natural de la espontaneidad individual y de la libertad de elección, hay que suscribir, evidentemente, esa otra idea de que toda tentativa de distanciamiento respecto de la dinámica tecnológica es una tentativa de ordenación, es decir, una ideología. Ahora bien, permanece una certeza, la que han establecido las filosofías y sociologías "negativas": lo que no está referido a un momento, a un lugar histórico y filosófico concreto, lo está de todas formas a la naturalidad de un sistema que, en última instancia, rige su sentido; un sistema que, por el hecho de haberse autobautizado natural, tiene la facultad de hacer olvidar que también es un espacio de relación de fuerzas, con sus mecanismos de regulación social. Un sistema en el que ciertos grupos pueden hacer prevalecer sus intereses sobre los otros. Estructuraría una sociedad en la que los intereses contradictorios se armonizan y siempre se han armonizado espontáneamente. Esta explicación mediante el deseo, que modelaría espontáneamente la definición armoniosa de los usos de las nuevas herramientas tecnológicas, es profundamente coherente con esta idea de un orden natural, en el que las

libertades serían immanentes a la sociedad. Bastaría con dejar que germinen y se multipliquen las iniciativas privadas para realiza el bien de todos. Ahora bien, la historia específica de la constitución de los usos de las técnicas y de los sistemas de comunicación demuestra que, a semejanza de la gran historia, son los conflictos entre grupos e intereses los que determinan su evolución.

En ausencia de una exploración del lugar desde el que se hablan ciertos discursos sobre el placer, se corre el riesgo de que se instale insidiosamente un nuevo discurso populista que, con visos confortables-conformistas, legitime la aparición del nuevo "intelectual orgánico" de la privatización, un intelectual funcionalmente subordinado a las reglas del mercado.

El riesgo consiste en pasar de un simplismo a otro, del simplismo de un encerramiento en unas antinomias como la de didactismo/placer al simplismo de un nuevo maniqueísmo que reduce la alternativa a los siguientes términos: ser apresado por las leyes del mercado o camppear sobre un ideal tipo de lo que el servicio público nunca ha sido. Las discusiones, colonizadas por un punto de vista unívoco acerca del mercado o, a la inversa, por el pasmo de la vieja idea del servicio público, ocultan la complejidad de la relación servicio público/mercado. Frente al "hasta-el-gorro" del primero, el otro ofrece la perspectiva de unos mañanas que cantan.

La ola creciente de la corriente anti-estatal ofrece una mayor legitimidad a tamaña visión de las cosas. Se nutre de la idea simplista y a-sociológica de un Estado abstraído, divorciado de la sociedad, que contrasta con la idea de un mercado articulado sobre la abundancia de la sociedad civil, sobre la renovación de las espontaneidades concretas. Esta idea de un Estado abstraído de la sociedad se encuentra en las clasificaciones de los regímenes televisuales con arreglo a las categorías de "televisión de Estado" y "televisión de sociedad", según dependan del servicio público o del mercado (5). ¡Como si el Estado no formara parte, él también, de la sociedad, y por la misma razón, por cierto, que el mercado!

El efecto perverso de tal argumentación ya es visible. Esta oposición entre Estado y sociedad está en la raíz de los modos populistas de legitimación que gustan de apelar a la afectividad del "pueblo". A un Estado maléfico, cuyo origen social se procura evaporar, se contraponen un pueblo concreto, definido como una comunidad de individuos libres, útiles, responsables y dotados de iniciativa. Según advierte Pierre-André Taguieff en su análisis sobre el auge de las ideologías neo-liberales en Francia, la idea del combate entre el Estado y el pueblo es un ingrediente necesario de las ideologías neo-populistas: "El modelo maniqueo se vuelve a encontrar, semejante a sí mismo, en sus sucesivas versiones ideológicas, y que terminan por convertirse en sincretismo: el individuo contra el Estado, el pueblo contra los poderosos, la sociedad civil contra su otro, el arriesgado capitalista contra la burocracia bloqueadora (6)".

EL PLANETA CENTRAL: EL ENTRETENIMIENTO

Lo que tiende a perderse hoy en día no es sólo la idea de que los medios asumen en toda sociedad otras funciones que la de entretener, sino también esta otra de que el papel del entretenimiento no es simplemente el de distraer

Lo que de verdad nos había enseñado la sociología funcionalista americana era, precisamente, que los medios asumen en toda sociedad otras funciones que la de distraer. Pese a estar siempre dispuesta a aliarse con la industria de la publicidad y de las relaciones públicas, aquélla había atribuido cuatro grandes campos de actividades a los medios de comunicación: supervisión, correlación social, transmisión cultural y entretenimiento. Las distintas escuelas críticas, por su parte, han destacado el carácter histórico del sistema de comunicación, tal como se forma con el auge del capitalismo industrial y del Estado demo-liberal. Conforme escribíamos en otro sitio, "el sistema de comunicación y de cultura de masa, como expresión de una relación entre emisor y receptor, entre productor y consumidor, como argamasa del consenso, es la prolongación de un sistema político concreto, el de la democracia liberal. Ha estado presente en la necesaria apertura de la burguesía a las otras clases y sigue adaptándose a las peripecias de este proyecto de cooptación social (7)". Utilizando los términos del análisis de Jürgen Habermas, remoto discípulo de la Escuela de Francfort, los medios de comunicación de masa terminarán completando la constitución de este "espacio público" burgués, que se inicia en el siglo XVIII y que posibilita la discusión racional acerca de los preceptos normativos de la acción social, cuya legitimidad, a partir de entonces, ya no se basa en su sacralización, sino en el consenso alcanzado por sujetos que razonan (8).

La divergencia de los puntos de partida y de las epistemologías de las dos grandes corrientes teóricas que han influido en la reflexión sobre los medios no logra, pues, que se tambalee esta certeza común de que los sistemas de comunicación son, por encima de todo, sistemas de consenso, sea cual sea la denominación que este último reciba: "socialización", "consenso cultural", "consenso político" o "consenso social". Pero ahí se acaba la similitud. Toda vez que, para unos, se trata de examinar las leyes de conservación de un sistema y, para otros, de criticar la producción-reproducción de un dispositivo de control social.

La polarización sobre el entretenimiento, a la que asistimos hoy en día, guarda estrecha relación con la valorización del campo cultural por parte del capital. Se encuentran estimulada por la creciente internacionalización de las nuevas mercancías culturales. Con el estallido de los sistemas nacionales de comunicación y la explosión de la demanda de programas que suscita, la internacionalización de estas mercancías entra en una nueva fase. Ahora bien, como ya lo han demostrado aquellos países en los que la televisión padece, en el territorio nacional, la competencia de las televisiones extranjeras (el Quebec y Bélgica constituyen casos ejem-

plificadores), las televisiones nacionales se internacionalizan a partir de los programas de entretenimiento. Mientras que la información, lo cultural y lo educativo constituyen bolsas de resistencia.

La función informativa divide, porque entraña la realidad de los conflictos que caracterizan la vivencia cotidiana de los grupos sociales. La idea de entretenimiento, en cambio, encierra una potencialidad de consenso, de adhesión interclasista, de universalidad, de popularidad, a la que, con toda seguridad, no puede aspirar la educación, salvo que cambie radicalmente su naturaleza. El fracaso escolar siempre la estará atormentando, cual estigma de la sanción de un sistema social que recuerda pertinazmente las desigualdades.

Esta irradiación del entretenimiento lo convierte en el planeta central del sistema de comunicación hasta tal punto que la idea misma de "comunicación" tiende a fusionarse con él en las representaciones colectivas. La imposición del entretenimiento, por otra parte, está garantizada por el hecho de que se convierte en criterio obligado para todas las formas extra-sociales de transmisión del saber, a medida que las tecnologías penetran en más y más intersticios de la vida cotidiana. Las grandes cruzadas modernas contra el fracaso escolar ¿no han intentado acaso poner remedio a la crisis de la escuela sometiéndola a la pedagogía reunificadora del placer, por medio de la televisión, ayer, y de los juegos electrónicos y microordenadores, hoy (según atestigua la convergencia de los sistemas americanos de EAO —Enseñanza Asistida por Ordenador—), con una finalidad lúdica y/o de espectáculo (9)?

En un contexto en el que el valor del trabajo se tambalea considerablemente y en el que la finalidad del esfuerzo tiende a perder su razón de ser, el tedio pedagógico de la escuela se enfrenta a la seducción del ocio, tal y como la ha naturalizado la cultura mediática. El hecho mismo de comprobarlo se ha convertido en un lugar común. El salto tecnológico ha servido para medir hasta qué punto dos modos de socialización del niño podían ser alérgicos entre sí. Mientras que el pedagogismo de la formación del niño-ciudadano servía de contraste al enfoque seductor del niño-futuro consumidor. En cuanto desvalorización de un modo de socialización que no se presenta en solitario, ¡a semejanza de lo que ocurre con otras descalificaciones!, el "didactismo" del servicio público sufre las consecuencias del mismo litigio.

LA TENTACIÓN DE ROMPER CON EL COMPROMISO

Durante años, la visión de una ligazón entre "comunicación de masa" y sujeción social ha definido la mirada dirigida por los análisis, las denuncias, las críticas de la cultura de masa, hacia la cultura del consumo y la sociedad del espectáculo. Barthes, a finales de los años cincuenta, establecía el paradigma de la modernidad como una nueva modalidad de la dominación social, de la "dilución" del conflicto social. El Barthes de las

Mitologías demostraba brillantemente cómo el mito vaciaba los fenómenos sociales de su realidad y absolvía así al sistema. Lo purificaba. Privaba a estos fenómenos de su sentido histórico y los integraba en "la naturaleza de las cosas". El mito domesticaba a la realidad, la anexionaba en beneficio de una pseudo-realidad, la que venía impuesta por el sistema, la que no era real sino a condición de admitir las bases sobre las que se edificaba la ideología dominante, es decir, a condición de admitir el punto de vista concreto de una clase, dueña de la cultura legítima, como parámetro de objetividad y de universalidad.

Barthes escribía: "lo que el mundo proporciona al mito es un real histórico, definido, por muy lejos que haya que remontarse, por la forma con que los hombres lo han producido y utilizado; y lo que el mito restituye es una imagen *natural* de ese real. Y así como la ideología burguesa se define por la defeción del apellido burgués, el mito está constituido por la pérdida de la calidad histórica de las cosas: las cosas pierden en él el recuerdo de su fabricación (10)".

Al mismo tiempo que identificaba al mito, este planteamiento revelaba cómo la cultura de masa realizaba su trabajo a partir de la situación social, cómo se apoderaba del movimiento social y lo trataba a su manera. En esta misma perspectiva de desmixtificación, se fraguaron las nociones de recuperación y de dilución de las formas de la protesta social. Estos enfoques indicaban cómo el nuevo ideal publicitario se construía dentro de un movimiento incesante de intercambio y de apropiación del campo semántico de los múltiples procesos de liberación que agitaban a la sociedad. En aquella época, la modernidad tecnológica convertía al ideal de mujer moderna, símbolo de una sociedad de crecimiento y de consumo, en el primer objetivo de las estrategias comerciales. Esta modernidad se refugiaba en la sonrisa de la femineidad y se alimentaba con las pulsiones del movimiento de emancipación de la mujer (11).

Hoy por hoy, ahora que la estrategia de reindustrialización apela a la modernidad, sus intelectuales se encuentran ya en el tiempo de la postmodernidad (12). Es la época del *look*; se inicia la era de las apariencias. Asistimos a la pérdida del vínculo social. Se difumina la necesidad que apreciara Barthes de identificar el vínculo social que une a la cultura de masa con la estrategia publicitaria y el movimiento social. La forma es soberana. En el disfrute de la forma y de sus estallidos, ya no importa el contenido.

El medio se constituye en vector de la ideología produciendo, por tanto, un efecto en la vivencia de los individuos y de los grupos: durante décadas, este encadenamiento mecánico ha caracterizado la aprehensión de la cultura mediática. Hoy en día, ya no es más que la huella de un pensamiento que se rechaza. Del mismo modo que se rechaza la prelación de la pregunta sobre la respuesta, de la conclusión sobre la premisa. La idea de que todo se da al instante trastorna los órdenes y las jerarquías que tenían por cometido la determinación de lo que era o no era importante, esencial o no, entrada y salida, "primera" y "última instancia",

preámbulo y desenlace. Hay que desandar el camino recorrido por las ciencias de la revelación barthesiana: después de haber tardado años en pasar por la criba de la "lectura ideológica" a los discursos políticos, religiosos, literarios, publicitarios, este planteamiento de la revelación, con marchamo científico, que se creía al margen de las ideologías, advierte cómo se vuelve contra él su propia argumentación; esta oposición entre ciencia e ideología se había tomado por el antagonismo entre la verdad y el error. Se había creído que ese discurso era objetivo, que era inmune a la ideología, esa ideología que, en cambio, desacreditaba a los otros discursos. No hay nada de eso. Las teorías y las prácticas de la revelación que dejaban el discurso del orden al desnudo ahora son acusadas de haber montado nuevos decorados en el viejo escenario racionalista.

Hoy, el rey está desnudo. La puesta en duda de la ruptura entre ciencia e ideología descubre sobre qué estaba construida la lectura ideológica: la idea de que hay detentadores y propietarios del saber. Un puñado de gentes que tienen las claves del código. Y masas que están condenadas a pasar por las horcas caudinas de la mediación intelectual y a recibir sus sésamos, o bien a no ir más lejos de su estado, predestinado, de narcotizados, de intoxicados.

El único problema es que, sin más preámbulos, los representantes de lo que se ha dado en llamar el post-modernismo "tiran al bebé con el agua de la bañera": lo social y lo político no serían más que "señuelos", "apariencias", como diría Baudrillard. La empiricidad dominante contribuye así a que se recomponga el paradigma de la sumisión al orden existente, al orden de las componendas, que tiende a convertirse en un "rechazo sin apelación de cualquier proyectualidad colectiva de envergadura (13)".

Y de una ideología de la revelación, de la desmixtificación del sentido latente, del sentido inmerso, se pasa a las ideologías de la transparencia.

Y en este tránsito, desaparece la reflexión acometida desde la Escuela de Francfort, el vínculo existente entre la cultura de masa y un social profundamente segregado, razones por las que Adorno y Horkheimer decían que "no aborrecían la cultura de masas porque fuera democrática, sino, precisamente, porque no lo era (14)".

Estas ideologías tienen a sus nuevos mediadores. En el contexto post-moderno, ciertamente ya no es el intelectual tradicional quien está llamado a ocupar el lugar predominante. La pérdida del vínculo social que lo afecta significa también la pérdida del vínculo entre la teoría y la práctica y, por consiguiente, la pérdida de un área de competencia y de intervención en la sociedad. Porque los nuevos sectores profesionales del procesamiento del conocimiento acerca del comportamiento de las diversas categorías sociales se están convirtiendo en los administradores del vínculo social, en nombre incluso de su desaparición y de la evaporación de lo político.

Si se quiere sobrevivir en este nuevo campo de fuerzas, se considera oportuno observar las reglas de la escenificación mediática, aun a riesgo

de dejarse en el baúl todos los interrogantes sobre los retos del trabajo intelectual. Según observa la novelista Annie Ernaux: "En los círculos literarios ha hecho su aparición un cierto lenguaje, se habla de "carrera" en vez de "obra", de "pública" con preferencia a lectores [...]. Hay una suerte de renuncia progresiva y casi generalizada a las cuestiones que, más o menos, siempre se ha planteado la literatura acerca de su papel, su finalidad, su relación con lo real, con la sociedad, aunque fuera para negarlo... ¿Es posible que por un extraño sentido de las limitaciones, latente en la burla ambiental, renuncie la literatura a unos poderes que no sean los del placer y de la distracción (15)?"

Las filosofías de la negatividad, una de cuyas representantes pudo ser la Escuela de Francfort, consagraban el papel de la dialéctica en la constitución de la identidad personal y social. ¿Acaso no la veían como una aclimatación de la individualidad a la mutación, a la alteridad y a la expansión conflictiva? Más allá del procedimiento de construcción, de enriquecimiento y de socialización de la individualidad, el pensamiento dialéctico promovía las ideas de desarrollo, de contradicción y de historia orientada hacia un fin a alcanzar. Brecht expresaba este ideal dialéctico hablando de "pensamiento interventor": "La dialéctica, como manera de repartir, de ordenar, de considerar el mundo que, al revelar sus contradicciones revolucionarias, hace posible la intervención (16)". Hoy en día, lo que se enturbia es el campo epistemológico de las filosofías de la negatividad y, junto con él, el reparto entre lo positivo y lo negativo, entre el poder y el contra-poder.

Nuestras exposiciones anteriores sobre la cultura como experiencia de la angustia y de la ascesis cognoscitiva, opuesta a la cultura del placer ordinario, se leen en el horizonte de esta crisis del pensamiento dialéctico. Sospechamos las resonancias que puede tener esta crisis, cuando sabemos la importancia que ha tenido la conciencia negativa en la formación de la mayor parte de la clase intelectual, especialmente en Europa, donde, por emplear la expresión de Michel Foucault a propósito de Francia, "intelectual e intelectual de izquierdas, viene a ser casi lo mismo (17)".

NOTAS DE LOS AUTORES

III Parte

- (1) ECO, U. *Apocalitt. e integrati*, Milán, Bompiani, 1964. [Existen varias ediciones en castellano, con el título de *Apocalípticos e Integrados*, entre otras, la de Editorial Lumen (trad. Andrés Boglar), Barcelona, 1.ª ed. 1968].
- (2) PASOLINI, P.P., *Écrits corsaires*, París, Flammarion, 1976 (prólogo de Ph. Gavi).
- (3) Nos remitimos muy especialmente a los análisis de FRIEDAN, B., en *The Feminine Mystique*, Nueva York, Dell Publishing Co., 1963.

Capítulo 1

- (1) POOLE, M., "Made in America", *The Listener*, 29 nov. 1984, Londres, p. 29. Varias voces se hacen eco de un sentimiento de incertidumbre ante el papel de mediador que el intelectual crítico ha asumido entre el público y la cultura mediática. La experiencia pedagógica sirve frecuentemente de revelador. En la revista *Rolling Stones*, la ensayista Susan Sontag señalaba, en 1983, por qué había abandonado el campo académico. Sus colegas se quejaban de que mezclara investigación universitaria con temas centrados en el entretenimiento popular. Un profesor de la Universidad de Illinois, Larry Grossberg, comprobaba, en 1983, cuán arduo resultaba legitimar el tema de sus investigaciones —las formas modernas de la música popular— dentro de un recinto más acostumbrado a consideraciones críticas «serias» acerca de la «alta cultura». Al mismo tiempo, señalaba las dificultades que podía encontrar un investigador para entrar, con las categorías consagradas por la mayoría de las teorías críticas existentes, en un ámbito en que había visto con toda claridad, a través de la diaria confrontación con sus estudiantes, que, «antes que de entendimiento, de placer es de lo que se trata». (GROSSBERG, L., "Teaching and the popular", artículo multcopiado).
- (2) Correspondencia epistolar entre Martín-Barbero y Michèle Mattelart, en respuesta a las preguntas formuladas por esta última acerca del placer que procura la cultura de masa, en *Femmes et industries culturelles*, UNESCO, "dossier" de documentación n.º 23, 1982 (Carta de J. M-Barbero, del 16 de febrero de 1984). [Ed. en castellano: *Mujeres e Industrias Culturales*, Barcelona, Anagrama, 1982].
- (3) MAFESOLI, M., Centre d'étude sur l'actuel et le quotidien, en un documento elaborado por el Centre Georges-Pompidou, con ocasión de las jornadas dedicadas a las televisiones brasileñas, 21 de enero - 3 de febrero de 1985, París.
- (4) BENJAMIN, W., "L'œuvre d'art à l'ère de sa reproductibilité technique". *L'Homme, le langage et la culture*, Paris, Denoël-Gonthier, 1971. [La versión castellana de la cita reproducida por los autores ha sido extraída literalmente por el traductor del citado ensayo de Benjamin recogido con el título de *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, en "Discursos interrumpidos I" (Madrid, Taurus, 1973, p. 44), edición traducida directamente del alemán, prologada y anotada por Jesús Aguirre. Ello ha obedecido —en este y en otros casos similares a lo largo de la presente traducción— al deseo de evitar distorsiones, a través de traducciones interpuestas; máxime si se tienen en cuenta las advertencias del hoy Duque consorte de Alba, que, en una de sus notas (p. 59 y 60), señala: "En una versión sensiblemente abreviada aparece este trabajo, no en alemán, sino en traducción de Pierre Klossowski, en la *Zeitschrift für Sozialforschung*, en 1936 [...] «Klossowski... sabe de los estados de angustia filosófica en que pone [Benjamin] a sus traductores» [...] En la

- primera edición de 1936 quedó suprimido por entero nada menos que el actual prólogo (a más de otras supresiones al parecer sólo en parte redimidas en las actuales ediciones alemanas, de las cuales la primera data de 1955)].
- (5) DAVIES, T., "Transports of pleasure", *Formations*, Londres, Boston, 1983, Routledge & Keagan Paul, 1983. Es interesante observar que, en relación con esta literatura, bautizada en Gran Bretaña como "literatura de andenes de estación", se han enfrentado ferozmente dos corrientes culturales, siguiendo la clásica dicotomía: integrados/apocalípticos.
 - (6) Citado por JAY, M., *L'Imagination dialectique*, Payot, 1977, p. 244.
 - (7) ENZENSBERGER, H.M., *Éléments d'une théorie des médias* se publicó en inglés en la obra *The consciousness Industry*, Seabury Press. Muy curiosamente, nunca ha sido objeto de una traducción al francés. Este texto, en Francia, sólo se conoce a través de la crítica que le hizo J. BAUDRILLARD, en *Pour une économie politique du signe*. Advirtamos que otras obras del mismo Enzensberger han sido ampliamente publicadas, concretamente *Culture ou mise en condition?*, 10/18, Paris [Existe, en cambio, una versión española, titulada *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, traducida directamente del alemán —*Baukasten zur Theorie der Medien*, Kursbuch, 1971— por Michael Faber-Kaiser, publicada en Barcelona por Editorial Anagrama en los Cuadernos del mismo nombre, Serie: Documentos, cuya 1.ª edición se remonta a junio de 1972. La transcripción de las citas reproducidas por los autores ha sido extraída, literalmente, de la 2.ª edición —mayo de 1974—, p. 14, 18 y 20.]

Capítulo 2

- (1) VEBLEN, T., *The theory of the leisure Class*, The Modern Library, Nueva York, 1943 (1.ª edición en 1899), publicado por Gallimard en 1970. [Versión en castellano: *Teoría de la clase ociosa*, México, FCE, 1966].
- (2) El artículo de ADORNO, "Veblen's Attack on Culture", publicado en 1941 en la revista *Studies in Philosophy and Social Sciences*, ha sido traducido al francés por el colectivo "Révoltes logiques" en *L'Empire du sociologue*, Ed La Découverte.
- (3) JAMESON, F., "The Pleasure: a Political Issue", *Formations*, op. cit.
- (4) PROKOPP, D., *Massenkultur und Spontanität zur Veränderten Warenform der Massenkommunikation im Spätkapitalismus*, Francfort del Main, Suhrkamp, 1974, p. 44-102.
- (5) MERCER, C., "A poverty of Desire", *Formations*, op. cit.
- (6) GERMA, P., "La publicité du futur" en *Nouveaux médias et nouvelles technologies*, Paris, IREP, 1981, p. 37.
- (7) HAUG, W., "Some Theoretical Problems in the Discussion of Working-Class Culture" en *Communication and Class Struggle, an Anthology*, edición de A. Mattelart y S Siegelau, Nueva York, International General Editions, 1983.
- (8) SILVA, L., citado en la revista *Comunicación*, Caracas, Venezuela, n.º 2, mayo 1975, p. 63.
- (9) Este dilema se manifiesta tan pronto como aparecen las primeras formas de la literatura de masa, en forma de literatura de folletín. En Francia los periódicos que giran en la órbita socialista oscilan, a finales del pasado siglo, y sobre todo antes de la Primera Guerra Mundial, entre dos tendencias: una que consiste tanto en dar a conocer una cultura internacional (Tolstoi, Gorki, Sinclair, London, Doyle y Poe), como en promover la literatura realista y naturalista del siglo XIX (Balzac, Flaubert, Zola); la otra, que consiste en el intento de producir folletines parecidos a los que se publican en los periódicos populares comerciales. Pero, según advierte Anne-Marie Thiesse, "esta política del folletín carece de firmeza, o no tiene gran

éxito entre el público popular... ¿Expresión del desconcierto de redactores intelectuales ante una sección popular con la que no saben lo que hacer? Aquí se aprecia, quizás, la ausencia de reflexión acerca del problema social de la lectura obrera y campesina. Entre la tentativa de hacer acceder a las masas a la cultura clásica, y la tentación de recurrir a las recetas experimentadas de la novela comercial para el pueblo, los socialistas franceses no han sabido encontrar su camino, como tampoco han sabido crear una producción adecuada para este público inculto, que había que ganarse para las ideas revolucionarias". (*Le Roman du quotidien*, op. cit., p. 119).

- (10) GRAMSCI, A., "Notes pour une introduction et une préparation à l'étude de la philosophie et de l'histoire de la culture", *Cahiers de prison*, Paris, Gallimard, 1978. [Véase nota 10, capítulo 3, II parte].
- (11) Bastarán como prueba los numerosos trabajos publicados en revistas como *M/F* (Londres), *Signs*, *Jump Cut*, *Radical America* (Estados Unidos).
- (12) Véase la crítica de las tesis de la reproducción social hecha por Geneviève FRAISSE: "Un dangereux anachronisme: questions sur l'analyse de la reproduction du sexisme" en *L'Empire du sociologue*, op. cit.
- (13) MATTELART, M., "The Myth of Modernity", trabajo incluido en MATTELART, M., *Women, Crisis, Feminity and Disorder*, Comedia, Londres, 1986.

Capítulo 3

- (1) ANG, I., "The Battle between Television and its Audience: The Politics of Watching Television" en *Television in Transition* (bajo la dirección de PATTERSON, R., y DRUMMOND, P.), British Film Institute, 1985, Londres.
- (2) VICAS, D., en *Nouveaux médias, nouvelles technologies*, Paris, IREP, 1980, p. 46.
- (3) *Ibid.*, p. 47.
- (4) DELEUZE, G. y GUATTARI, F., *L'Anti-Edipe. Capitalisme et schizophrénie*. Ed de Minuit, Paris, 1972.
- (5) De acuerdo con la formulación de WOLTON, D., y MISSIKA, J.L. en *La Folle du logis*, Paris, Gallimard, 1983.
- (6) TAGUIEFF, P.A., "Néo-libéralisme", *Enjeu*, febrero de 1985, p. 39.
- (7) MATTELART, A. y M., *De l'usage des médias en temps de crise*, op. cit., p. 9.
- (8) HABERMAS, J., *L'Espace public.*, Payot, Paris, 1978.
- (9) Acerca de la pedagogía del placer en la televisión como remedio para la crisis de la escuela, véase MATTELART, M., "Education, télévision et culture de masse", *Technologie, culture et communication*, tomo 2, Informe Mattelart-Stourdzé, La Documentation Française, 1983, p. 151-188. [Artículo publicado en castellano en *Comunicación y Cultura*, n.º 12, México, agosto 1984, p. 101-142, trad. de Carmen Herrera y Raymundo Mier.]

Para un análisis de los sistemas de EAO, véase PERRIAULT, J., "L'école dans le creux de la technologie. A la recherche d'un nouvel équilibre entre école et technologie de la communication", *Revue française de pédagogie*, sept. 1981

- (10) BARTHES, R., *Mythologies*, op. cit., p. 230.
- (11) Acerca del concepto de modernidad y de su relación con el movimiento femenino, cf. MATTELART, M., "Notes on Modernity", op. cit.
- (12) Entrevistado por dos periodistas de *Le Monde*, el historiador Arno Mayer ponía de relieve, de alguna forma, este desfase: "Cuando el Sr. Fabius predica el evangelio de la modernización, suena como música celestial en los oídos de los americanos. Esto nos parece, más bien, un "camelo", porque el concepto de modernización y de modernidad tuvo su hora de gloria en los Estados Unidos durante los años cincuenta y sesenta, y ha sido totalmente desmontado por los especialistas en

- ciencias sociales. Sabemos muy bien que siempre hay una mezcla de lo antiguo con lo moderno, y que lo que cuenta son las amalgamas. 'Un entretien avec l'historien Arno Mayer', por AMALRIC, J., y LUCBERT, M., *Le Monde*, 30 de octubre de 1984, p. 21
- (13) GUATTARI, F., "L'impasse post-moderne", *La Quinzaine littéraire*, 1-15 de febrero de 1986, p. 21.
- (14) Citado por JAY, M., *L'Inagination dialectique*, *op. cit.*, p. 248.
- (15) ERNAUX, A., "L'écrivain en terrain miné", en *Le Monde*, 23 de marzo de 1985, p. 21
- (16) BRECHT, B. *Écrits sur la critique et la société* Paris, L'Arche, p. 133.
- (17) M FOUCAULT, "Du pouvoir", entrevista inédita concedida en 1978 por Michel Foucault a P BONCENNE, *L'Express*, 6-12 de julio de 1984

IV. ¿El ocaso de los macro-sujetos?

En el excelente número que la revista *Critique* dedicaba a las nuevas corrientes de la filosofía italiana, en enero de 1985, uno de los articulistas identificaba con acierto las categorías conceptuales que primero habían sido afectadas por la crisis del pensamiento crítico, la crisis del vínculo entre la función crítica asumida por los intelectuales y la sociedad en la historia moderna del pensamiento y de la cultura occidentales: "Originalmente, la dialéctica era la expresión de una fase de la identidad individual y colectiva, ligada a la aparición de macro-sujetos tales como el Estado o la clase. En cierto países y en ciertas capas sociales ya ha sido realizada, ya ha sido metabolizada: ahí, los problemas han cambiado y han tomado otra forma. Muy a menudo, el interés por esos interlocutores colectivos, por esas "potencias éticas", ha decaído completamente... Como reacción ante una pérdida de sí, demasiado estricta, en el colectivo, las culturas de la subjetividad, incitadas hasta el narcisismo, han reaparecido de manera floreciente, al mismo tiempo que unas éticas basadas en las preferencias subjetivas y en el rechazo de cualquier "alienación" o cesión de los derechos del individuo a la comunidad, o que el repudio de la esfera pública que sobrepase el radio de los pequeños grupos (1)".

Crisis de la identificación de los macro-sujetos. Desde finales de los años sesenta, el análisis de las prácticas culturales y, dentro de éstas, el de las prácticas de comunicación, ha sido recorrido por esta cuestión de los macro y de los micro-sujetos, de las macro y de las micro-estructuras. A la hora en que, dentro de un contexto internacionalizado, se producen los cambios que estructuran los sistemas de comunicación nacionales y locales, surgen los auténticos retos de este debate teórico.

1. El macro-sujeto Estado

UNA TRADICIÓN MUY FRANCESA

"A menos Estado, más libertad". El ocaso del macro-sujeto Estado, hasta ayer mero objeto de especulación intelectual, se ha convertido en los años ochenta, gracias al auge de las ideologías neoliberales, en una referencia cotidiana. Hasta cabe pensar que el moribundo aún está bien vivo.

Más allá de las profundas divergencias acerca de la naturaleza del Estado y de la forma de cambiarlo, un consenso real en torno a la legitimidad de ese macro-sujeto congregaba a las familias políticas e ideológicas más diversas. ¿Acaso no era la integridad del Estado lo que la derecha liberal invocaba, aún en 1981, para penalizar al movimiento de las radios libres?

"A menos Estado, más libertad". El estrechamiento del campo donde discutir acerca de la evolución del Estado contrasta violentamente con la acumulación de conocimientos que se ha producido en Francia durante las últimas décadas. Por lo demás, parece ser inversamente proporcional a la escalada de pasiones que se han volcado en el debate.

Todo predisponía a la clase intelectual francesa, así como a la clase política, para centrarse en esta cuestión del Estado: Permanece en el recuerdo la frase de De Gaulle ante el Consejo de Estado: "Francia sólo existe gracias al Estado. Francia no se puede mantener sin él". ¿Acaso no fue al apoderarse del Estado cuando la burguesía francesa asentó su hegemonía sobre una sociedad todavía agraria? Conforme lo ha puesto de relieve Henri Lefebvre: "En Francia, la hegemonía burguesa precede a la expansión industrial y al capitalismo, mientras que en Inglaterra procede de ellos (1)".

Sin duda es este sello peculiar el que explica las profundas razones del rechazo —latente o explícito según los momentos históricos— de las doctrinas y de las teorías que otorgan preferencia a la "base económica" frente a "la superestructura". Será ahí, sin duda, donde se encuentra la razón antropológica profunda que explica por qué los círculos culturales franceses, por qué la legítima cultura francesa experimenta tanta dificultad en admitir la necesidad de analizar las condiciones de producción de las ideas y por qué el problema de los contenidos, del discurso, de la lengua, ocupa un lugar tan preponderante. Es, por último, la razón por la que hubo que esperar tantos años para que se aceptara la idea de que la economía y la cultura podían tener algunos lazos entre sí.

El carácter central del Estado como referencia gravita sobre el comportamiento de la izquierda francesa, que tantos sacrificios ha ofrecido al fetichismo del poder de Estado, en el que ha visto, con demasiada fre-

cuencia, la palanca exclusiva para la transformación revolucionaria del capitalismo. Tradición fetichista que no la ha pertrechado lo suficiente para defenderse de la escalada de las ideologías del retorno a la sociedad civil enfrentada con el Estado, y de la escalada de la ideología del mercado como expresión privilegiada de esta sociedad civil.

Sin duda es este anclaje en una larga tradición de cultura estatal el que marca plenamente la diferencia entre la teoría althusseriana de los aparatos ideológicos de Estado y la teoría gramsciana de la hegemonía. Así como la primera permanece encerrada en la visión mecánica de una estructura estatal intangible, funcionando al margen de las contradicciones de la sociedad civil, la segunda, en cambio, permanece atenta a los incesantes intercambios entre este Estado y la sociedad civil, a la fluidez de las expresiones de las diferencias en las culturas populares y en el movimiento de la sociedad civil. Así como para Gramsci los grupos y las clases subalternas están presentes como sujeto histórico en las luchas por la construcción de la hegemonía, para el teórico francés, en cambio, quienes están sujetos al proceso de reproducción social están desprovistos de status en un teatro sin sujetos.

LO CONCEBIDO Y LO VIVIDO

El estrechamiento del campo donde discutir acerca de la evolución del Estado presenta numerosos inconvenientes. El primero, sin duda, es el de inducir una percepción del Estado que lo confina en el andamiaje de sus aparatos administrativos y políticos. Ahora bien, aun siendo eso, pero antes de ser eso, el Estado constituye la piedra angular de un modo de pensamiento. Es, según lo destaca Henri Lefebvre, después de Hegel, "el concepto de los conceptos". Reina sobre el pensamiento abstracto y remite a la antinomia entre lo natural y lo abstracto. La crisis del Estado es contemporánea de la crisis del concepto y del modo de pensamiento abstracto en cuyo centro reinaba el Estado.

A la vez que se aprecian grietas en esta referencia abstracta secular, lo vivido vuelve a ganar terreno y el modo de enfoque que implica resulta cada vez más legitimado, mientras que el otro está cada vez más entredicho.

En el viejo debate naturalidad/racionalidad (pero también costumbre/ley, uso/código), zanjado antaño en favor del segundo, triunfa el primer término como modo de conocimiento de la realidad. Aspecto positivo, si cabe, toda vez que insinúa la duda respecto de las filosofías de la historia (Hegel, Comte, Marx-Engels, Spencer...), que François Châtelet definirá como "esos discursos de vocación totalizadora, que tienden a presentar bajo los aspectos de un saber lo esencial del acontecer de la humanidad (*res gestae*) (3)". En el campo político, las filosofías de la historia, repre-

sión de la voluntad metafísica de unificación en torno a un saber primordial, han legitimado, precisamente, los poderes centralizadores con pretensión científica y han acreditado su ideología del progreso.

El hecho de que hoy sean puestas en tela de juicio es, sin ningún género de duda, positivo: permite eliminar, por fin, la antinomia fundamental cuerpo/espíritu, que está en el centro del pensamiento occidental, del *logos* occidental, y que uno mismo pueda centrarse nuevamente dentro de la relación con el mundo. Pero este replanteamiento no está exento de ambigüedades, porque entraña el riesgo de ocultar la aparición de ambigüedades, porque entraña el riesgo de ocultar la aparición de estos nuevos macro-sujetos que se subrogan a la acción del Estado en la prórroga de un modelo de desarrollo que se inscribe en la misma filosofía del progreso.

Este retorno fulgurante a lo vivido entraña, en efecto, el riesgo de dibujar las formas en las que, dentro del contexto nacional e internacional, se remodelan los macro-sujetos que, según algunos, pertenecen a la prehistoria de la "lucha de clases".

No parece necesario añadir que este retorno a lo "vivido" contrasta con el establecimiento, dentro de las relaciones entre las naciones y los pueblos, de una nueva racionalidad, de un "concebido" de nuevo cuño que se expresa en las estrategias. Es una de las características del paso de la escala nacional, la del Estado-nación, a la escala mundial, la de la internacionalización de las economías: "Entre lo nacional y lo mundial hay un salto, una cesura política, una ruptura. Lo mundial ya no depende de la historicidad en sentido clásico (encadenamiento causal, génesis, etc.). Si se quiere aplicar a lo mundial estos términos clásicos —historia, historicidad— hay que modificar el sentido de éstos. ¿Por qué? Porque con la escala mundial la estrategia domina los determinismos y los azares que han hecho el tiempo histórico. Las grandes estrategias que se enfrentan tienen en cuenta el espacio planetario entero y disponen de una enorme cantidad de informaciones sobre la casi totalidad de los elementos de este espacio. ¿La historia? Como dice Marx, los hombres hacían su historia sin saber muy bien lo que hacían, a ciegas. Los efectos diferían, tanto de las causas como de las previsiones, como lo ilustra la historia contemporánea de la revolución, última forma de la historia clásica. En las grandes estrategias aparece una racionalidad nueva, llena de peligros, pero racional como un misil, como una bomba atómica, como un láser. Lo cual rompe con el optimismo de la razón clásica. De lo *vivido* a lo *concebido*, la relación cambia (3)".

En el momento en que la internacionalización de los sistemas de información y de comunicación se suma al nuevo despliegue de las economías nacionales, este debate sobre lo vivido y lo concebido parece muy necesario. Aunque dista mucho, siquiera, de haberse iniciado. Ocuparía su lugar en las discusiones sobre las políticas de reindustrialización, pero también en las que se preocupan por el estatuto de la teoría y de la función del intelectual en la sociedad de hoy y de mañana.

LO PRÓXIMO CONTRA LO LEJANO

El retorno de lo vivido repercute también en la percepción de los análisis críticos del papel de las transnacionales en la configuración de un modelo de desarrollo y de crecimiento. Para muchos, los análisis de las estrategias de estas firmas parecen reflejar, más que la realidad del poder, la paranoia del observador inspirado en una teoría del complot. Por el contrario, cuanto más progresa el análisis hacia lo micro más diminuto, más reconfortante parece porque explora los territorios con los que nos unen lazos de proximidad, porque logramos orientarnos y porque proporciona una sensación de seguridad en todos los niveles. El análisis de lo micro permite, en efecto, que cada uno, y cada una, haga frente a las determinaciones que pesan sobre su existencia cotidiana, sobre su marco social inmediato (familia, barrio, oficina, etc.), determinaciones sobre las que cada uno/cada una conserva una cierta influencia, mientras que las determinaciones de las macro-estructuras se quedan, para la mayoría de las gentes, en super-abstracciones sobre las que no tienen ya ningún influjo y que las reducen a la impotencia.

Volviendo a la problemática evocada por el filósofo italiano al que citábamos en el preámbulo de esta parte, podemos preguntarnos si sólo es la dialéctica lo que tiramos por la borda cuando celebramos unívocamente el retorno al micro-sujeto. ¿No será que ponemos en duda la propia existencia de ese poder transnacional y su repercusión sobre las grandes sociedades post-industriales?

Ciertamente, se ha consumado una ruptura epistemológica cuando, en el campo de la teoría, la historia económica ya no ha sido aprehendida como único determinante. Pero para consolidar este logro es necesario mantenerlo en la categoría de los determinantes múltiples, y no precisamente los menos importantes.

Una cosa es cierta: la duda parece haberse instalado ya, confortablemente, en las representaciones colectivas. Ciertamente, ya no estamos en la época en que las transnacionales eran estigmatizadas como portadoras de todos los males. Estamos lejos, en efecto, del tono de denuncia de las confabulaciones urdidas por la ITT en el Chile de Salvador Allende. También estamos lejos de las vituperaciones contra el cártel de las siete hermanas en el momento culminante de la desreglamentación petrolera. La condena del gigantismo transnacional ha cedido el paso al reconocimiento de su necesidad. La época de las requisitorias contra el imperialismo de las transnacionales ha dado paso a la época de la trivialización del hecho transnacional, para luego diluirse bajo la denominación de "mundialización de la economía". En países como Francia, este cambio de óptica ha sido tan rápido como radical.

Sigamos en el ámbito de la semántica. Una investigación que analiza el discurso de la prensa francesa sobre las transnacionales en los últimos diez años da cuenta de estos cambios (5). En 1976, corrupción, imperia-

lismo, abuso, colonialismo, beneficios, son todavía los términos que con más frecuencia salen de la pluma de los periodistas para calificar la actuación de las firmas transnacionales. En 1979, las referencias a las prácticas ilícitas de estas sociedades casi han desaparecido. Las transnacionales se perciben desde un ángulo económico, según lo atestigua la presencia mayoritaria de términos tales como mercado, industria, productos, precios. En 1982, hablar de las transnacionales equivale a reconocer su dinamismo y su prodigiosa capacidad de adaptación frente a la crisis, pero, antes que nada, es hablar de empleos. Esta misma investigación demuestra que la evolución de la imagen de estas firmas, tal y como puede comprobarse por la prensa (el cambio es especialmente sensible en aquellos periódicos que giran en la órbita de la izquierda), está avalada por la evolución de las mentalidades: ya no hay reacciones apasionadas. Las transnacionales se perciben como agentes del mundo económico moderno. Se impone la visión pragmática. La transnacional es la empresa que ha sabido atravesar la crisis.

Son numerosos los factores que explican esta evolución de las ideas, cuando incluso estas firmas no han dejado de acrecentar su poderío y su peso en la reestructuración global de nuestras sociedades. Enumeremos algunos de ellos: la realidad de la aparición de transnacionales pertenecientes a países industrializados que no son los Estados Unidos. El hecho de que estas firmas parecen ser fuentes seguras de empleo dentro del clima de recesión generalizada. (Aun cuando en la realidad se trate ahí de un problema mucho más complejo: se critica a las transnacionales oriundas del propio país de uno porque exportan empleos al instalar filiales en el extranjero; se tiene aprecio a la inversión extranjera y a la instalación de filiales de transnacionales extranjeras en el propio país de uno porque crean empleos en él). El hecho de que desde ahora en adelante estas firmas están adscritas a un sistema de poder donde las diferencias de intereses entre los Estados y el sector privado están mucho menos contrastadas que hace diez años. El hecho, por último, de que la relación de las transnacionales con el conjunto de la sociedad haya evolucionado considerablemente, toda vez que estas firmas dejan de ser agentes exógenos para confundirse con el paisaje nacional.

Pero si bien la idea del macro-sujeto está en declive, hay que tener en cuenta, no obstante, que no todos los macro-sujetos reman en la misma galera. Algunos sobrenadan a la deriva. Y no cualesquiera. La clave de lectura Este/Oeste aplicada a la realidad mundial contemporánea conduce a dar crédito, implícitamente, al carácter natural, metabolizado, de las grandes empresas transnacionales, vanguardia de un modelo de crecimiento que, mal que bien, sigue asegurando la comodidad del vivir diario en Occidente; pero, al mismo tiempo, conduce a la identificación *del* macro-sujeto con la esfera de ejercicio del poder absoluto, sin que medie siquiera la diplomacia, un poder ciego, destructor de lo cotidiano occidental: el poderío militar soviético.

Francia asistió, el jueves 18 de abril de 1985, a la hora de mayor au-

diciencia en FR3 (*), a una emisión que llevaba por título "*La guerre en face*" (la guerra, enfrente), presentada por el actor-cantante Yves Montand. La emisión, mediante reportajes, entrevistas, guiones de política-ficción, ilustraba la amenaza de operaciones apocalípticas contra una Europa que había caído en la trampa de sus políticas defensivas. Se asistía a un simulacro de invasión por parte de una Unión Soviética lanzada en un *blitzkrieg* (**) que, a través de una Alemania reducida a la impotencia, conducía a los blindados rusos hasta el corazón de París.

Cabía pensar que la finura de que habían hecho gala, durante estos últimos veinte años, los análisis del poder como lugar de negociaciones y de transacciones entre poderes y contra-poderes, había desacreditado, irreversiblemente, en Francia una representación del poder inspirada en la teoría de la manipulación y de la confabulación. Pero he aquí que vuelve a la carga, en compañía del despliegue de todo un arsenal de guerra y de acción psicológica, propio de las campañas de intoxicación. Al interpretar una única partitura, la del miedo, este discurso propagandístico ridiculizaba de paso, ostensiblemente, las aspiraciones de los jóvenes pacifistas europeos. Estos micro-sujetos eran interpretados como si fueran las marionetas del único gran macro-sujeto de la historia: los Estados Mayores del Pacto de Varsovia.

Estamos bajo la influencia de una representación metafísica de la sociedad: esta es un teatro en el que se representa el drama mítico del enfrentamiento entre el Bien y el Mal, la democracia y la libertad frente al totalitarismo. Tal es, conforme lo señala acertadamente el antropólogo Gerard Althabe, "el marco en el que se desarrolla una producción intelectual escolástica que alimenta un campo político imaginario... Estamos fuera de la historia, fuera del mundo de la dominación y de la explotación; estamos en otra parte... Las situaciones concretas se reconstruyen como otros tantos reflejos de la lucha metafísica; los componentes de esta lucha, la naturaleza de sus dos actores, el Bien y el Mal, son objeto de inagotables comentarios (según acreditan los ensayos sobre el individuo y su libertad, el Estado y su naturaleza totalitaria, la sociedad civil y sus potencialidades amordazadas) (5)".

No puede negarse que todo trabajo teórico que procura hoy conciliar los enfoques de lo macro y de los micro, de las micro-lógicas y de las lógicas internacionales, se realiza dentro de un contexto marcado por visiones maniqueas de este campo internacional. Visiones inspiradas tanto en la racionalidad de la nueva guerra fría como en la realidad de la guerra comercial: ¿Podría soñarse que es posible enfocar lo macro con los

(*) Siglas de "France Régions 3", uno de los dos canales de televisión, en Francia, que aún permanecen en el sector público (N del T.).

(**) Expresión alemana que significa "guerra relámpago", basada en la rapidez de acción y utilización de potentes medios, especialmente aéreos. El término se aplicó por primera vez a la invasión de Polonia por las tropas hitlerianas en 1939. La operación, entre otras, volvería a repetirse en 1940, cuando, entre el 5 y el 14 de junio, los ejércitos alemanes atravesaron Francia hasta París (N. del T.).

matices que los nuevos paradigmas aportan al estudio de los micro-conflictos! Asimismo podría soñarse que el final de la diferenciación entre héroes positivos y héroes negativos, asunto que las micro-sociologías y las micro-psicologías dan por supuesto, también estuviera sobrentendido cuando se trata de aproximarse a las macro-estructuras. Las nuevas fascinaciones que ejercen los éxitos mediáticos de la América conservadora nos sitúan a muchas leguas de este sueño.

LOS MICRO-SUJETOS LOCALES

Si existe en Francia un tema que haya concretado perfectamente la evolución de las percepciones de las tensiones entre el macro-sujeto Estado y los micro-sujetos y que también haya concretado perfectamente la tensión entre lo concebido y lo vivido ese es el que despunta en el horizonte de los años setenta, con la irrupción de lo "local". Lo local definido y, sobre todo, vivido, como contra-poder, apareció como el lugar donde realizar el "posible-imposible cambiar la vida".

No tiene nada de extraño que la "comunicación alternativa", que la búsqueda de las culturas populares hayan sido el teatro de operaciones de este movimiento. Según lo explicaba un actor de la prensa de expresión local, al describir la historia de estos periódicos: "Los caminos han sido múltiples, las motivaciones diferentes: necesidad de un "arraigo" para ciertos "militantes". Voluntad de producir "otra vida", necesidad de "volver a encontrarse" o de "salir" de su esfera "política"... Posibilidad nueva para el militante procedente de los círculos intelectuales, de no permanecer ajeno a su status social, sino de conservar una práctica común con militantes procedentes de otros ambientes, sin voluntarismo ni espíritu de sacrificio. Descubrimiento de las luchas sociales que no eran, o apenas, tenidas en cuenta por las organizaciones políticas. Dimensión más "humana", más concreta de este nuevo tipo de intervención... Descubrimiento de que el barrio, la localidad, la región, son lugares donde hay problemas concretos, luchas, experiencias, lugares donde hay asociaciones, sindicatos, fuerzas que se mueven. Lugares donde se han tejido lazos, donde se han encontrado gentes con distintos horizontes, donde han coincidido las mismas aspiraciones... Hay que partir de la ideología dominante, tal como la vive y la siente la gente, para encontrar los fallos que permitan abrir paso al cambio de mentalidades... Hay que partir de la realidad local para encontrar los "valores" de la resistencia a la opresión en las luchas populares, los cantos, los juegos (6)"...

El retorno a lo local hacía que se tambalearan los esquemas excluyentes de las estrategias centradas en la clase y de los análisis que reducían las formas de opresión únicamente al campo clasista de la explotación en la producción. Al mismo tiempo, ponía en entredicho la infalibilidad de los partidos de la clase obrera como organizadores de las luchas socia-

les, al señalar un terreno poco frecuentado por la izquierda: el espacio, el arraigo, lo cotidiano y la memoria (7).

Este retorno a lo local parecía tanto más paradójico, por cuanto Francia se sumía en la internacionalización de su economía. Frente al redescubrimiento de la diversidad de los territorios y de las culturas, frente a esta explosión de especificidades contenidas en el estallido local, se alzaba la homogeneidad creciente que subyace en la integración de la nación en la economía-mundo, proceso este que se aceleraría durante los años sesenta, tras un período de proteccionismo y la pérdida del Imperio. Mientras que lo local, pero también lo nacional, se veían progresivamente despojados de las decisiones sobre la gestión y la modificación del sistema productivo, el retorno a la noción de necesidades y de demandas locales parecía lograr escapar de la determinación de los modos de vida y de las propias estructuras de la vida cotidiana, por parte de lo económico. Para ciertos movimientos locales que reivindicaban lo local, se trataba, efectivamente, de ir a contracorriente del economicismo de las políticas planificadas por el Estado central en función de los condicionamientos del mercado internacional. Se trataba, efectivamente, de ir a contracorriente del economicismo de las grandes organizaciones obreras basado en la idea de que la industria tenía que funcionar, que la producción era prioritaria. Este rechazo del determinismo económico sólo podía concebirse como una crítica radical del consenso de izquierdas respecto del modo de vida y como la voluntad de traer nuevamente a colación el tema, sistemáticamente rechazado, del crecimiento, toda vez que, para esa izquierda, de lo que se trataba era de mejorar el nivel de vida, pero no de cambiar el modo. ¿Acaso no había denunciado siempre que el replanteamiento del crecimiento sólo podía conducir a un mayor desempleo? Se abría de nuevo el debate y sólo podía obviarse sumándose a la concepción cuantitativista del crecimiento, donde se perfilan las eternas lunas del "desarrollo de las fuerzas productivas" y de su "bloqueo".

Se percibía confusamente que los medios no eran lo que eran, a causa, simplemente, de la manipulación de una clase dominante. "Resultante de un modo de producción y, como todo producto, necesitada de una técnica de elaboración, la información es suministrada por especialistas que, a pesar de la diversidad de sus opiniones, no están en condiciones de poner en entredicho su fundamento ideológico... No se trata de escupirle a las gentes de izquierda, su lógica aún debería conducirles a poner en tela de juicio el producto "información"; es decir, su modo de producción y la práctica que lo engendra, con sus consecuencias; el centralismo contra la *dimensión local*, lo sensacional contra *lo normal*, las ideas contra *lo vivido* (8)".

Del mismo modo, se percibía, igual de confusamente, que no era por causa de la duplicidad de los manipuladores de capitales ni de la cantidad de bienes producidos por lo que la producción capitalista no tenía por finalidad el bienestar del pueblo. Frente a una izquierda presa de la misma obcecación productivista, nos negábamos a empezar de nuevo a

reproducir hasta el infinito, condiciones, hábitos y modalidades de este desarrollo. Comenzaba a imponerse la imagen de una historia lanzada, no ya por una línea audazmente progresiva, hacia un porvenir radiante sino en un ciclo de reproducción con el que es preciso romper para salirse de él. Las concepciones del tiempo que resultaban de todas estas comprobaciones rompían con el evolucionismo de rigor en el pensamiento "progresista".

Por no reflexionar sobre el contexto, la reivindicación de lo local, desgajada de los retos de la producción económica, fue también la ocasión para declarar la pseudo-autonomía de la herramienta socio-cultural. Es ahí, en el espacio socio-cultural local, donde vimos aparecer las primeras intuiciones sobre el auge de la "nueva pequeña burguesía", convirtiéndose el control de los aparatos culturales en un instrumento privilegiado para su constitución y su legitimidad política. El rediseño de las relaciones de poder le estaba preparando el terreno. A esta clase le correspondía "asegurar la gestión, a nivel local y cultural, de las consecuencias de una orientación estratégica resultante del proceso de internacionalización... Surge una fuerte tentación de culturizar lo social y lo político, es decir, de tratar con el modo cultural aquellos problemas que no se quieren (o que interesa no poder) tratar en términos políticos. Algunas tendencias de la animación, algunas concepciones de la acción cultural, una cierta mitología neo-laborista de la autogestión, una cierta sobrevaloración de la cultura que corre pareja con una subestimación de la conciencia social, son sus manifestaciones más destacadas (9)".

Muchos se abstuvieron de ver que lo local estaba aprisionado en el doble movimiento contradictorio, localista y a la vez universalista; los publicitarios lo interpretarían como la tensión entre la globalización y la personalización.

El despertar fue brutal para quienes habían tomado lo local como un refugio al margen de los macro-sujetos y de las relaciones de fuerzas. A medida que se irán precisando las políticas de modernización tecnológica, lo socio-cultural dejará de ser el feudo de la animación, bajo la enseña del servicio público. Otros se disputarán ese papel de animador, sin preocuparse de las sensibilidades que hieren. Como por ejemplo aquella encargada de servicios de la agencia de publicidad Havas-Ecom que, en 1979, en el transcurso de un debate reproducido en la revista "*Autrement*" con el título "*La vraie action culturelle, c'est nous*" (La verdadera acción cultural, somos nosotros), expresaba lo siguiente: "La acción cultural, pienso que somos también nosotros quienes la hacemos, y, además, nos ajustamos a las necesidades de la gente, porque tenemos los medios para conocerlas a fondo. Incluso podemos decir que la verdadera sociología donde se hace es entre nosotros y que es eficaz. Para mí, los animadores llevan un tren de retraso. Pretenden conocer a la gente mejor que nosotros pero para terminar no utilizan técnicas modernas, se limitan a su universo, tienen miedo a expresarse, miedo a utilizar los *media*, cuando resulta que son mucho más medios de comunicación de masa

que el teatro, por ejemplo. Se defienden de nosotros pegándonos una etiqueta comercial, pero a mí no me molesta en absoluto, porque nuestra actitud es perfectamente honrada. Nosotros empezamos por escuchar a la gente y por tomar nota de sus deseos, con lo cual todos los mensajes que emitimos sólo pueden ser aceptados si responden a una expectativa, si colman un vacío o un deseo. No se puede decir entonces que haya manipulación. Si la gente compra chicle, es que tiene ganas de comprar chicle. Los animadores están empapados de una ideología cristiana anti-dinero, pero eso es desconocer completamente la sociedad actual: estamos en la ideología del beneficio, eso es todo. ¡Hablar de otra cosa es entrar en una especie de dialéctica que me parece muy complicada! (risas...) (10).

El imperativo de la rentabilidad, desde ahora en adelante, parece formar parte de los condicionamientos que se imponen a las asociaciones con vocación socio-cultural. Así es como hemos asistido, progresivamente, en el territorio local, a un desplazamiento de una lógica de proximidad, como comunidad de sentido, hacia una lógica de mercado. La primera lógica, la que estructura la oferta de los servicios de estas asociaciones según las necesidades y las demandas de la población más próxima, la del barrio, está siendo sustituida por esta lógica de la eficacia comercial que estructura la oferta en función de los segmentos de mercado en los que estas asociaciones estiman poder ser competitivas. Esta nueva lógica se plantea la referencia al barrio como un lugar que estructura una oferta de servicios. Al mismo tiempo, cambian de arriba abajo el perfil de la clientela y los instrumentos de medida y de evaluación a través de los cuales puedan enfocarse las demandas y las necesidades locales.

Por lo general, estos condicionamientos de eficacia y de rentabilidad se imponen de forma más nítida que en el pasado a todas las pequeñas empresas preocupadas por desarrollar una actividad de producción o de servicios "alternativos" en un marco de trabajo autogestionario. Se imponen a esas empresas que, al principio, pueden, sencillamente, negarlas en nombre del rechazo de la lógica del beneficio. Esta antinomia excluyente libertad/beneficio, en efecto, ha causado mucho daño. ¿No podemos acaso imaginar un proyecto de empresa, alternativo, que no esté obsecionado por el imperativo del beneficio, y que al mismo tiempo sepa tener en cuenta los imperativos de una gestión saneada? Y esto es especialmente válido para las empresas con vocación "cultural" (prensa, edición, radio, vídeo...) (11).

CRISIS DE LEGITIMIDAD

La forma en que se desarrolla hoy el debate sobre el Estado presenta otro inconveniente importante: a fuerza de convertir el debilitamiento del Estado en la condición para la renovación de las libertades, se olvida que el Estado ya ha empezado a cambiar y que las lógicas que lo reco-

ren evidencian más una complicidad en el desposeimiento de algunas de sus funciones que un apego incondicional a una especie de esencia que sus adversarios suelen atribuirle. ¿Acaso no supone consagrar de nuevo la idea de una ciudadela estatal el pensar que hay que derribar sus murallas para emanciparse de su poder? Cuando, sin duda, las puertas han empezado a abrirse desde el interior.

Porque son las formas mismas de la legitimidad del Estado las que han evolucionado radicalmente. Pero para enmarcar correctamente esta crisis de legitimidad del Estado, aún es preciso situarla dentro del contexto de la crisis de los sistemas de legitimación de todas las grandes formas de organización, tanto privadas como públicas.

Parasitismo, indolencia, irresponsabilidad, ineficacia, inhumanidad, injerencia en la vida de los particulares, he aquí las acusaciones formuladas contra el Estado y sus diversos agentes. Demasiada importancia concedida al beneficio, a la eficacia de la producción y a las rentas de los mandos superiores, demasiado poca al consumidor, al medio ambiente y a las categorías sociales más desfavorecidas: tales son los reproches que las grandes firmas privadas, *a fortiori* si tienen una envergadura internacional, soportan desde hace mucho años.

Frente a la acusación de despilfarro, frente a la acusación de inhumanidad, el Estado recabará del *management* los instrumentos para racionalizar su acción, pero también para empezar a vender sus servicios. Comoquiera que la crisis de las grandes organizaciones es también una crisis de imagen, los remedios se buscarán en el área de las estrategias de comunicación. Para corregir su imagen, el Estado, pues, recurrirá al marketing con el fin de mejorar la calidad de su relación con el ciudadano. Doble paradoja. El Estado importa las técnicas de gestión de personal y de opiniones, propias del sector privado, mientras que el sector privado, bajo la presión del entorno social, experimentará una evolución en su gestión hacia formas que se aproximan a las que se elaboran en el sector público. Ante la controversia que suscitan los objetivos y los métodos de uno y de otro, el sector privado y el sector público intercambian sus finalidades y sus métodos: "El sector privado ha de inspirarse en las finalidades del sector público; el sector público ha de utilizar los métodos del sector privado (12)".

Para hacer frente a la crisis de los lenguajes administrativos tradicionales, el Estado cuenta con el lenguaje publicitario para lanzar sus campañas de sensibilización de la opinión sobre temas tan diversos como la promoción de la lectura, la igualdad de oportunidades para las mujeres, la seguridad en carretera, etc. Obrando así, le confiere a la gestión publicitaria una legitimidad pública que el mercado, por sí solo, no podía conferirle. Y lo que es más, en una sociedad en la que la idea misma de beneficio entra en colisión con la noción de cultura y con la noción de servicio público, esta aproximación entre el lenguaje administrativo y el lenguaje del marketing contribuye de alguna forma a "blanquear el dinero".

Con la escalada de la racionalidad publicitaria en la gestión estatal, es otra la relación que se establece con la sociedad civil. Según advertía Yves de la Haye, estas campañas publicitarias hacen pensar que dependen de "procedimientos técnicos novedosos cuando en realidad no cobran sentido y relieve sino dentro de la vieja historia de los mecanismos mediante los cuales el Estado, en su forma constitucional, instrumenta la comunicación de su poder y organiza la representación del pueblo, fundamento ficticio de ese poder. Da motivos para pensar que estas acciones de comunicación pública no tienen otros objetivos que la transparencia de las decisiones y de las reglamentaciones administrativas, ¡como si el Estado-emisor se convirtiera repentinamente en pedagogo, dotado, entre otros, de los talentos del publicista, para dirigirse al ciudadano-receptor, frecuentemente distraído y aumentar así las posibilidades de éxito del mensaje (13)".

UN DISPOSITIVO ESTRUCTURANTE

Lo que ocurre en el territorio del Estado-Nación —ya lo hemos dicho— sólo es inteligente si se conjuga con las grandes lógicas que trascienden las fronteras nacionales. Esto nos remite al proceso de remodelación del Estado en función de las demandas y de las presiones de actores supranacionales. Es un aspecto, esencial, de la cuestión, que el debate sobre el Estado, encerrado en la ideología nacional de finales del siglo pasado, tiende a pasar por alto.

Hay importantes esferas de decisión que ya no son de la competencia institucional del Estado-nación. Y este último, por otra parte, es con frecuencia, también en este caso, cómplice de su propio desposeimiento. En esta remodelación, las tecnologías de comunicación y de información, en cuanto dispositivos estructurales, ocupan un lugar decisivo.

El Estado-nación experimenta cada vez más dificultades para dominar su sistema de comunicación. Como prueba, basta con el proceso de desreglamentación de los monopolios nacionales de telecomunicaciones (y también del audiovisual). Los valores explícitos, los modos de representación del mundo y las formas concretas de articulación del plano nacional con el plano internacional que han caracterizado al Estado-nación han inspirado instituciones y reglamentaciones poco aptas para responder a las necesidades suscitadas por la lógica globalizante del nuevo modo histórico de realización del capital. Con la internacionalización de las economías, emergen, a la vez, un nuevo orden de magnitudes y nuevas nociones de espacio y de tiempo. El universo del tiempo real del mercado global —durante las veinticuatro horas del día— y del proceso de producción concebido a escala mundial se ajusta con dificultad a los dispositivos jurídico-políticos orientados por la idea de soberanía nacional. Como tampoco se adapta bien a esa otra idea, corolario de la ante-

rior, de voluntad popular. Estas ideas han sentado las bases de un modo institucional de representación de la opinión nacional, un "espacio público", indisociable, a su vez, de los procedimientos de legitimación del Estado-nación. Esta concepción de lo político, sancionada por instituciones representativas y por el "código", está implícitamente cuestionada por el pragmatismo de los actores internacionales que razonan en términos de "uso", de formas de concertación y de adopción de decisiones expeditivas y directamente operativas.

Ciertos hábitos del pensamiento pueden impedir una correcta percepción de cuál sea la novedad de la presente fase de la internacionalización en el ámbito de la producción y de la difusión de los bienes culturales. Toda una tradición de reflexión acerca de la independencia nacional y de la soberanía cultural estuvo presidida por la idea de que el grado de dependencia de una nación se medía con arreglo a la tasa de importaciones de productos culturales extranjeros (series, películas, video-juegos, etc.). El campo semántico de esta tradición está delimitado por las nociones de invasión, de imperialismo y de colonización culturales. Este criterio está a punto de resultar totalmente insuficiente. En la etapa actual, si bien siguen existiendo polos dominantes que por una parte exportan más productos culturales que otros y, por otra, son capaces de difundir referencias universales, el proceso más decisivo es el establecimiento de nuevas formas de organización de la producción y de la distribución, las distintas formas que adoptan la transferencia de competencias y lógica global. Así han de interpretarse los diversos procesos de privatización, las distintas formas que adoptan la transferencia de competencias y el intercambio de *know-how* entre el Estado y el sector privado: inician la socialización de normas y de matrices "universales" con relación a las normas "particulares" que han legitimado la organización de los monopolios y de los servicios públicos nacionales.

La batalla por la armonización internacional de los estándares y de las normas técnicas en materia de máquinas de comunicar se asemeja a la batalla, ciertamente más compleja, que se está librando para la "conexión" de los territorios nacionales con unas referencias internacionalmente compartidas. Esta tendencia a la globalización, esta búsqueda de sinergias entre dispositivos, que todavía ayer estaban divididos en compartimentos, confirma la tendencia hacia una mayor centralización, hacia una mayor concentración (ilustrada por la formación de conglomerados *multimedia* con vocación transnacional), al mismo tiempo que la invalida. Siendo esencial la norma, la lógica de centralización se conjugará con una lógica de descentralización y de autonomía. Como quiera que la *performance* exige la combinación de diversos órdenes de magnitudes, la noción de flexibilidad enmascarará la persistencia de las rigideces, de las separaciones que tienen sus orígenes en los grandes desequilibrios fundamentales entre los diferentes dispositivos locales, nacionales e internacionales de información y de comunicación. Desigualdades que corren el peligro de incrementarse con la instalación de los nuevos siste-

mas de comunicación. Tan cierto es que, así como el dinero llama al dinero, la tecnología llama a la tecnología.

El reto teórico de la cuestión de los desplazamientos de hegemonía (actores públicos contra actores privados, actores nacionales contra actores transnacionales) es de envergadura. Se trata ni más ni menos que de comprender el proceso de des-territorialización y de re-territorialización, de descomposición y de recomposición de los territorios como unidades de sentido para unas identidades colectivas.

La investigación en comunicación no es la única en enfrentarse al problema de la articulación entre el nivel internacional y los niveles nacionales, regionales y locales. Otras disciplinas se plantean cuestiones similares. Según escribe el geógrafo Yves Lacoste: "Este problema se plantea tanto, por ejemplo, en historia y en economía como en geografía: ¿cómo combinar los "ciclos largos" con los "ciclos cortos"? ¿cómo articular la macro con la micro-economía? De hecho, en la mayoría de las ciencias y de los saberes, se está tomando conciencia de la importancia de este problema de los hiatos entre los diferentes niveles jerárquicos que hay que distinguir. El problema está planteado, pero no parece que se haya dado aún con la solución teórica (14)".

La teoría geopolítica de esta escuela geográfica, que hace suya la necesidad de enfocar la realidad a diversas escalas, constituye sin ningún género de dudas un paso interesante en el análisis estratégico de la articulación de los diversos niveles de complejidad del espacio-mundo. Otra contribución esencial es, evidentemente, la de Fernand Braudel.

La dificultad que sigue planeando sobre esta problemática consiste en evitar que las nuevas funciones del Estado-nación sólo se conciban desde una perspectiva instrumental en el seno de la economía-mundo. Esta visión funcionalista entrañaría el riesgo de eliminar del campo de análisis a los numerosos actores sociales que, en niveles específicos, a través del juego de luchas y de negociaciones, hacen que el proceso de internacionalización y el establecimiento de nuevas estructuras nacionales y locales no siempre funcione según la impecable racionalidad de las teorías de la reproducción. Este conjunto de mediaciones impide ver el territorio nacional como una simple "base de operaciones" para los nuevos macro-sujetos.

El reto también es de carácter práctico. Se refiere a la percepción del vínculo entre las realidades de cada uno y de cada una con unas determinaciones cada vez más lejanas y cada vez más abstractas. Lo "local", con todas sus connotaciones de proximidad, se sitúa así en la cadena de sentido que otorga relevancia a lo singular en relación con lo universal, a lo concreto en relación con lo abstracto, al individuo en relación con el colectivo.

Para evitar la tentación del repliegue sobre lo local, con sus sutiles formas de rechazo del otro, resulta indispensable reflexionar sobre lo mundial cuando se reflexiona sobre lo local. Es lo que, constantemente, nos recuerdan estas otras formas de internacionalización que se investigan al

margen del espacio transnacional de los nuevos macro-sujetos y de las relaciones Estado-Estado. La multiplicación de los intercambios directos entre sociedad civil y sociedad civil, entre colectividad local y colectividad local, entre movimiento social y movimiento social, todas estas nuevas modalidades de cooperación descentralizada, indican que en las relaciones internacionales influyen otros actores sociales. Portadores del nuevo paradigma de la crítica del modelo transnacional de desarrollo y de crecimiento productivista, y de un nuevo enfoque de las relaciones entre las diversas culturas, estos actores prolongan en el plano internacional los interrogantes que, a nivel nacional y regional, han cuestionado el monopolio de representación del Estado jacobino centralizador y su ideología nacionalista. Interrogantes planteados por movimientos y corrientes de pensamiento muy diversos: ideologías "nacionalitarias", "identitarias", reivindicaciones de una sociedad pluri-étnica, reivindicaciones de pluri-pertenencia, etc. Esta pulsión, que confiere, a la vez, una nueva dimensión a lo nacional y a lo internacional, traduce, sin duda, la búsqueda de los nuevos modos de la expresión política.

2. La lógica del actor industrial

TRAS LAS ALIANZAS SOCIALES, LAS SINERGIAS INDUSTRIALES

Los historiadores que examinarán los primeros años ochenta tendrán oportunidad de meditar sobre el formidable entusiasmo que se apoderó de una sociedad hasta entonces más bien reservada, e incluso, reticente, ante las modernas técnicas de comunicación. Francia, hasta entonces, siempre había hecho el papel de retaguardia frente a sus grandes vecinos y rivales europeos, Inglaterra y la R.F.A. Publicidad, radios, televisiones, magnetoscopios, microordenadores, audiovisual en la escuela, Inglaterra siempre le había llevado la delantera en todos estos saltos tecnológicos. Algunos, que buscan indicios sencillos, intentarán descubrir las causas de este retraso tecnológico en los niveles de vida. Otros añadirán la incapacidad histórica de la burguesía nacional para dotar al país con un moderno aparato tecnológico e industrial. Explicaciones harto insuficientes y un tanto mecanicistas para dar cuenta de un contexto antropológico en el que cultura e industria estaban lejos de comportarse como una pareja cuya cohabitación fuera evidente.

Con esta liberación del espacio tecnológico, se han difuminado las separaciones: entre industria privada e industria nacionalizada, en la industria de una misma rama, entre industria local y filiales de sociedades transnacionales, entre industria y Universidad, entre industria y escuela, en la creatividad, entre industrialización y comercialización; pero también entre usuarios y constructores, entre productores y consumidores. Es en este marco, sobre todo, donde se ha producido la reconciliación de numerosos intelectuales e investigadores con el mundo de la industria y del comercio.

Ampliamente preparada desde 1975 bajo la enseña de la informatización de la sociedad, esta explosión tecnológica será asumida en mayo de 1981 por un gobierno socialista convertido en capitán de industria. Al discurso del régimen anterior, "informatizar la sociedad", le sucederá el discurso, "democratizar la informática".

Todo empezaba con unos augurios que aparentaban recoger los grandes interrogantes acerca del *interface* democracia/comunicación, formulados durante los últimos quince años en el seno de los diversos componentes de la sociedad civil. El coloquio "Investigación y tecnología" que, a principios del año 1982, movilizó a los círculos científicos, industriales, asociativos y sindicales, fue la expresión modélica de este movimiento de reflexión que, partiendo del nivel regional, desembocó en asambleas nacionales. Allí se habló de la necesidad de "otro desarrollo" basado en el respeto a la identidad cultural y en la satisfacción de las propias necesidades. Allí se habló de la necesidad de no separar tradiciones culturales,

por un lado, y progreso científico y técnico, por otro. Allí se discutió acerca de la región como lugar donde desarrollar "con las mayores posibilidades de éxito lo que llamaban, con nombre avieso, la «vulgarización» de los saberes, y que, con toda la razón, recibirá, en lo sucesivo, el nombre de «popularización» (1)". Se habló de la región como el lugar donde podrán escucharse y decodificarse mejor las demandas sociales a las que todos prometían prestar más atención. Allí se habló de la relación entre ciencia, técnica y cultura, entre cultura científica y técnica, y creación artística. Allí se habló, sobre todo, de la necesidad de no confiar sólo a los especialistas el cuidado de poner de manifiesto las relaciones entre la ciencia, la tecnología y las otras grandes áreas de la actividad social. Allí se habló de la necesidad de fomentar la apropiación social de las nuevas tecnologías desde la perspectiva de una profundización de la democracia. Allí se debatió acerca de la doble lógica que recorre la investigación: la lógica de la libertad, la del investigador en su búsqueda "aparentemente caprichosa y casi siempre imprevisible" y la lógica de las necesidades, la de la demanda social que no puede reducirse a la economía ni, con mayor motivo, a una especie de pilotaje por parte del mercado (2)". Se hizo referencia, por último, a la necesidad de "casar al movimiento de arriba con el movimiento social, a que el conjunto de la colectividad había de tomar el relevo, desarrollar, hacerse cargo del impulso proporcionado por el Estado (3)".

Allí se habló, sobre todo, de "solución francesa para la salida de la crisis", de la salida de la crisis a través de la alta tecnología, constituyendo las nuevas tecnologías de comunicación y de información una de las cabezas de puente de esta estrategia.

El primer indicio de esta solución telemática a la francesa se encuentra en el informe emitido por Simon Nora y Alain Minc, *L'Informatisation de la société*, encargado por el presidente Valéry Giscard d'Estaing, a finales de 1976 y entregado en enero de 1978.

El informe Nora-Minc estaba construido sobre una doble certeza: "Gracias a la informatización resulta, a la vez, posible y necesario, un crecimiento de nuevo cuño... La informática es necesaria, aunque insuficiente, para resolver la crisis francesa (4)". El principal mérito de este informe, contradictorio en muchos aspectos, es sin duda el de haber intentado situar la llegada de la informática no sólo en el contexto de la crisis económica, sino precisamente en lo que sus autores llamaban "una crisis de civilización", "una crisis de consenso social", "una crisis del sistema de adhesión de los ciudadanos a las reglas del juego social". Consideraban pues que las nuevas tecnologías de comunicación eran capaces de aportar soluciones políticas diversificadas, adaptables a todas las formas de mando o de regulación: "Por el movimiento que suscita en los circuitos de información, la telemática está en el centro de los juegos de poder. Desplaza los equilibrios en los mercados competitivos y entre las colectividades públicas. Pesa sobre ciertas profesiones cuya posición social modifica. Aumenta la transparencia entre los grupos sociales y la vulnerabi-

lidad de las grandes organizaciones. Pero sería ilusorio esperar que la informática, por sí sola, echara abajo la estructura de la sociedad, la pirámide de los poderes que la rigen... La telemática puede facilitar el advenimiento de una nueva sociedad; no la construirá espontáneamente y por sí sola (5)".

El gobierno de la izquierda introducirá un correctivo. Sustituirá a la estrategia sectorial de "áreas prioritarias", propuesta por Nora-Minc, por la estrategia global de la "rama" electrónica. Estrategia indivisa resultante, según el informe Farnoux, de la interpenetración de los distintos sectores que componen la rama (desde la electrónica médica hasta la electrónica gran público, pasando por los satélites, la informática, la robótica y, por supuesto, la industria de armamentos). Simon Nora y Alain Minc no tenían, ciertamente, la ambición de proponer un modelo socialista de salida de la crisis. El objetivo de la estrategia de rama electrónica era el de ofrecer una opción socialista, precisamente. Para esta estrategia, la salida de la crisis sólo podía ser tecnológica.

Pero, según replicará el economista Alain Lipietz, "la salida de la crisis no puede ser tecnológica, porque la crisis no es de orden tecnológico... Entre la tecnología y el modelo de desarrollo hay una serie de eslabones, que transportan lo esencial del contenido cultural y político de la producción: las relaciones sociales. De la tecnología a la ejecución técnica: las relaciones de producción inmediatas (¿quién decide? ¿Cómo se organiza el colectivo de trabajo?), de la producción a la economía: las relaciones socio-económicas en su conjunto (¿habrá suficientes consumidores, suficientes inversores? ¿Para producir qué? ¿Para garantizar qué forma de pleno empleo?). Y aun cuando se hubiera concebido un nuevo modelo de desarrollo, ¿cómo se pasa del antiguo, que se está muriendo, al nuevo, al que tanto le cuesta nacer? ¿Cómo controlar, financieramente y, sobre todo, humanamente, las reestructuraciones? Y, por cierto, ¿quienes son los sujetos de tal transformación (6)?".

¿UN NUEVO MODO DE PRODUCCIÓN?

Nuevas tecnologías + democracia = nuevo modelo de desarrollo (ecuación que evoca, evidentemente, la vieja fórmula: la electricidad + los soviets = socialismo). Lo cual (expresado en términos para quienes están más al "corriente") se había convertido, dentro de la estela de las utopías sistemistas de los años setenta, en: "la ecosociedad, es la "convivencialidad" + las telecomunicaciones (7)". Como generalmente suele ocurrir con este tipo de ecuaciones, al no habersele dado un contenido a la expresión "nuevo modelo de desarrollo", es la democracia la que se convierte en variable dependiente. Cuando, en la segunda mitad del año 1984, se imparta la consigna de la modernización, el "más democracia" se replugará hacia el "más tecnología".

La participación, la demanda y la apropiación sociales iban a ser redu-

cidas, cada vez más, a un hechizo, mientras que la electrónica se desbocaba. El discurso de la modernidad acompañará a una política de reindustrialización que traza alegremente un signo de equivalencia entre innovación técnica y nuevas relaciones sociales, enmascarando las contradicciones de las opciones tecnológicas e industriales.

"¿Habrá suficientes consumidores?" No hay nada más dudoso. Porque no todos están dispuestos a obedecer al ritmo programado por el imperativo industrial de producción de equipamiento. La historia de la formación de los usos sociales en materia de comunicación demuestra que el factor tiempo es decisivo (8). Y no sólo en el caso del gran público, sino también en las capas de elevada solvencia. Ahora bien, de acuerdo con las estimaciones, en los bolsillos de estos consumidores habría el doble de la suma que cabe esperar de la publicidad. Y se sabe ahora, con certeza, que los nuevos sistemas de comunicación no pueden financiarse, únicamente, con las inversiones publicitarias y con las arcas del Estado.

"¿En qué consistirá ese consumo?" La panacea de la interactividad técnica, que hace las veces de prototipo para una nueva interactividad social, está demasiado presente en los discursos y en los experimentos como para no arrojar dudas sobre la forma con que se contesta a la pregunta. Esta concepción estrecha de la interactividad ¿acaso no se queda corta cuando se la compara con muchas de las prácticas de interactividad social que, durante los últimos quince años, han intentado desarrollar, a partir de otras técnicas, pero también fuera del campo técnico, los actores sociales más diversos en el espacio de la llamada comunicación alternativa? Esta pregunta enlaza, a su vez, con otra: "¿Quién producirá qué y cómo?" No hubo que esperar mucho tiempo para que se vieran confirmadas las sospechas de los actores de una descentralización real de la producción audiovisual: las incitaciones a la producción, para alimentar los nuevos canales de difusión, cada vez más numerosos, benefician a las "industrias de programas", capaces de administrar y arreglar las fórmulas y formatos que ya existen. La pregunta sobre la necesidad de ampliar la base social de la producción audiovisual sigue sin respuesta, lo mismo que la de la necesidad de preservar los proyectos demasiado minoritarios, cuales son los proyectos de expresión de las diferencias.

Lo local, lo nacional, ¿serían lugares o niveles desde los cuales quepa interrogarse realmente acerca de las especificidades, en relación con las lógicas de la internacionalización, o meras escalas de difusión, o, incluso, lugares de subcontratación de prototipos ya patentados en los mercados exteriores?

Las contradicciones estallan con ocasión del debate sobre la producción nacional. Frente a las amenazas de internacionalización, bajo pabellón de la competencia, ha florecido en los discursos el patriotismo de las industrias culturales. Lo nacional, la independencia nacional, *alias* "la reconquista del mercado interior", se han convertido en un toque de llamada dentro del campo de la producción cultural (9).

Los debates, cuando se celebran, evidencian un profundo malestar.

Media un gran trecho entre los discursos de los altos funcionarios sobre la soberanía cultural nacional y las políticas industriales de producción de programas audiovisuales, a las que apoyan, conjuntamente, el Estado y el sector privado. Todo ocurre como si siguiéramos abasteciéndonos aún en la vieja ideología jurídico-política, tan querida por el Estado-nación del siglo pasado, para fabricar los discursos de acompañamiento, mientras que en el piso de abajo, el del pragmatismo industrial con poder de decisión, lo nacional no es más que un segmento de un sector, dentro de una lógica de mercado.

Es como si, atrapados por esta necesidad de integración en un mercado internacional, resultara difícil percibir los caminos del porvenir desde un ángulo distinto al de las necesidades de este mercado, que impone un modelo de producción, ya debidamente patentado, en nombre de su larga experiencia. Es fuerte la tentación de limitar lo nacional a la adaptación de estos modelos predominantes que se han convertido en universales. El caso de la serie francesa *Chateauvallon*, explícitamente basada en la serie americana *Dallas*, de incontestable éxito internacional, es el mejor ejemplo.

En la fase actual de la industrialización de la producción cultural, la definición de lo nacional tiende a ser la que formula una empresa en busca de éxito.

Estos enfoques apresurados de lo "nacional", condicionados, en lo sucesivo, por el mercado, sólo conducen a reducir la lectura de la historia de los servicios públicos a una historia de construcción de desventajas. Las nuevas exigencias, que asocian viabilidad de una industria nacional con internacionalización, incitan, en efecto, a percibir en la herencia del servicio público sólo un conjunto de escollos, que impiden situarse adecuadamente dentro de la competencia internacional, en comparación con las televisiones comerciales, más aptas para realizar productos exportables (10).

Mientras que el Estado-nación y las industrias de programas —cuando se preocupan por ello— parecen navegar a ojo, siempre que tratan de establecer la norma de lo nacional, la industria y la investigación publicitarias ya se han hecho su propia idea de la relación que vincula a lo local, a lo nacional y a la internacionalización creciente. Lo nacional es una variable que figura, a la vez, en sus estrategias de globalización y en sus estrategias de personalización. Son conocidos los argumentos de comunicación que se dirigen a todos los territorios a partir del modelo de marketing de masa. No se conocen tanto los modelos segmentados, e, incluso, individualizados, personalizados, que nos promete la publicidad *via* nuevas tecnologías. La internacional de los "estilos de vida" lleva a cabo la fusión de las dos tendencias. "Procuramos dirigirnos a la gente que tenga un cierto estilo de vida en Francia y a la que tenga el mismo en Alemania y en Italia (11)". Resolver el problema de esta forma ¿no equivale a negar que pueda existir un problema nacional y que lo nacional se convierta en un problema? Los socio-estilos tienden un puente de un solo

arco entre grupos afines con otros grupos que comparten la misma subcultura en otra sociedad nacional. Desde esta perspectiva, se pasa de una sociedad de masa a una sociedad segmentada y multipolar, de una cultura de masa a una cultura diversificada, del mensaje dirigido al mínimo denominador común, al mensaje individualizado, de la ausencia de retorno al *feedback* elevado. Según hemos visto, los nuevos medios dirigidos a audiencias específicas ¿acaso no se autodefinen, en boca de los publicitarios, como medios "de alto valor imaginario cualitativo añadido (12)"?

Los partidarios de las teorías neo-liberales (confesos e inconfesos), que ocupan en este debate el polo del rechazo al "todo-estatal", se afanan en darle la espalda a una discusión que sería, no obstante, muy necesaria, y se conforman con alinear, de forma somera, las ecuaciones: Estado = totalitarismo = opresión; nación = nacionalismo = agresión = pasado fascista. En este contexto, plantear la cuestión de la relación nacional/internacional, y la correlativa de las "relaciones de fuerzas internacionales", es exponerse a ser criticado/a por defender la tesis de la positividad en sí del Estado-nación y por encerrarse en la vieja concepción leninista de la "cuestión nacional". No obstante, una cosa es cierta. Entre las reflexiones que tienen por apuesta la definición de lo "nacional", se advierte la ausencia de una referencia: la de las experiencias de los últimos veinte años que han destacado, en el perímetro nacional, a los territorios de las diferencias, impugnando la ideología y las prácticas del Estado jacobino.

LA NUEVA LEGITIMIDAD DE LA RACIONALIDAD PUBLICITARIA

Con toda seguridad, es en la matriz fijada por el modelo de reindustrialización donde nacen las grandes lógicas, que restan legitimidad a ciertos interrogantes teóricos sobre la evolución de los sistemas de comunicación y legitiman a otros.

"Con la acumulación del capital, el crecimiento económico se ha visto institucionalizado de forma espontánea y pseudo-natural", escribía Jürgen Habermas (13).

Con el modelo de crecimiento reactualizado, unas formas de comunicación, que aún ayer ofrecían problemas, se convierten en naturales y se institucionalizan de manera espontánea. Empezando por el régimen publicitario que es el espacio de lenguaje propio de este modelo. ¿Acaso no llegan a decir los teóricos de la industria publicitaria americana que la publicidad es la voz de la tecnología? Laurent Fabius (*), cuando aún era ministro de Industria y de Investigación, ¿acaso no decía, al galardonar a las cinco mejores agencias de publicidad establecidas en Francia: "Dais

(*) En julio de 1984 sería nombrado Primer Ministro, en sustitución de Pierre Mauroy. (N. del T).

una visión positiva de Francia, como la de un país que ama la libertad de crear y que cree en la voluntad del éxito. Más allá de los retos financieros, industriales, comerciales y culturales, creo, personalmente, que la publicidad implica esta dimensión esencial que es la libertad. No digo que todo sea perfecto en el universo de la publicidad, pero creo que a través del mundo, los regímenes que se resisten en bloque a la publicidad son, la mayoría de las veces, los que no toleran la pluralidad de los discursos, los que rechazan lo imprevisto y la innovación... Vuestro oficio va a resultar remodelado por las innovaciones en las industrias de la información que hacen estallar, a la vez, las fronteras nacionales y los monopolios locales, y que permiten llegar a públicos mucho más específicos. La publicidad será diferente en un mundo más internacional y, a la vez, más descentralizado [...] (14)".

Se ha dado un paso significativo hacia la creación de un consenso en torno a esta nueva modalidad cultural de la racionalidad comercial. Se valora más su importancia si se recuerda la resistencia que opuso la sociedad francesa a admitir la legitimidad de la aproximación entre dinero, comercio y cultura. Resistencia que tuvo que tener en cuenta la industria publicitaria desde sus comienzos.

En numerosas ocasiones, los publicitarios americanos han admitido, desde este punto de vista, la profunda diferencia que separaba a la publicidad a la americana de la publicidad a la francesa. Los enfoques de esta última, según observaron, resultan más estéticos, más flexibles, más innovadores, en comparación con el pragmatismo americano, que, "mientras que los franceses se plantean innumerables soluciones para un problema, sólo se plantea una (15)". Pero observaban, sobre todo, las resistencias que, a su juicio, oponía un contexto social, profundamente influido por las segregaciones políticas y por la tradición de la crítica social, al auge de la lógica publicitaria. Argumento que, en términos sencillos y familiares, uno de ellos expresaba así: "En el sistema escolar francés, el 80% de los profesores es socialista. Con esta clase de educación, Vds. no pueden alcanzar el tipo de entendimiento que requiere una publicidad competitiva (16)". ¡Reflexión que no deja de tener su gracia, si se la compara con las palabras de Laurent Fabius!

La especificidad histórica del aparato publicitario francés (17) queda de hecho plenamente reflejada en la etimología misma del término publicidad. ¿Es preciso recordar que en los Estados Unidos publicidad se dice *advertising* y que el término *publicity* se refiere a otra cosa? Según la Cámara Internacional de Comercio, conforme lo hiciera con anterioridad la Asociación Americana de Marketing, *advertising* se define como "una presentación impersonal y múltiple de bienes, de servicios o de ideas comerciales en el mercado, a cargo de un anunciante no anónimo que paga a un transportador (el medio, soporte publicitario) para entregar su mensaje". Según estas mismas fuentes, "la *advertising* no puede confundirse con la *publicity*, que no retribuye al medio, que no identifica necesariamente al anunciante (18)".

El término "publicidad", preferido por los franceses, indica a las claras la originalidad histórica de una publicidad francesa que resulta difícil de separar de la tradición estatal. El empleo generalizado de este término resulta tanto más significativo por cuanto que la vieja palabra francesa "*advertissement*" ha rondado durante mucho tiempo entre las referencias.

Existen pocas investigaciones que arrojen luz sobre la historia del modelo francés de publicidad. Pero hay una que proporciona un material valioso para comprender la formación de este dispositivo de comunicación en Francia. Mientras que el aparato publicitario americano nace de golpe dentro del espíritu competitivo, y engloba muy rápidamente al marketing comercial y al marketing político, el dispositivo francés de publicidad se forma en la prolongación de instituciones públicas de beneficencia. Escuchemos al autor de este estudio: "Desde el siglo XIX, la publicidad conflictiva (*la que se inscribe en la lógica del mercado*) ha extendido progresivamente sus dominios, ocultando al mismo tiempo un modelo más antiguo, pero que ha dejado entre nosotros huellas tanto más importantes por cuanto lo habíamos inventado a finales del Renacimiento. El inventor de la agencia de publicidad, bajo una forma que nos parece todavía primitiva, no es otro que Théophraste Renaudot, más conocido como promotor de la *Gazette*. No obstante, uno y otro invento no adquieren su plena significación sino en función de un conjunto de servicios públicos implantados con el estímulo y la protección del poder. Este intento de racionalización laica de la caridad, asumida hasta entonces por la religión, no guardaba, al parecer, sino un lejano parentesco con nuestra moderna *réclame* (*); más bien se inscribe en la historia moderna del Estado-providencia, toda vez que su objetivo, confesado, consistía en el «estipendio de los pobres». Este «antiguo régimen» de la publicidad tenía una finalidad social: el recurso publicitario, al contribuir al desarrollo de los intercambios apuntaba, con más profundidad que la prosperidad material, a la mejora del comercio entre los hombres. En este sentido, toda publicidad es comercial; pero al entrar en el seno de la economía política, erige al medio en fin y la incitación al consumo se convierte en el instrumento de la promoción de ventas. La beneficencia pública deja paso al enriquecimiento privado, y la *réclame* se convierte en «fuente de fortuna» (19)".

Estas líneas hacen pensar que es, sobre todo, en el irresistible ascenso de la publicidad conflictiva donde se puede captar mejor la lenta transformación de la idea de servicio público y sospechar cómo se ha abierto camino a través de las resistencias ofrecidas por una tradición histórica y una herencia cultural.

(*) Nos hemos resistido a traducirlo por reclamo, llamada de atención, anuncios o, incluso, publicidad, por cuanto ninguno de estos términos, que constituyen otras tantas acepciones posibles del vocablo, refleja exactamente el sentido de esta voz. Con ese nombre se empezó a denominar lo que, con el tiempo, se convertiría en publicidad, y aún se le sigue llamando así en Francia a esta última, si bien implica ciertas connotaciones peyorativas (publicidad de menor cuantía, por decirlo de alguna forma, tipo octavillas, "anuncios" de escaparates, "propaganda" comercial megafónica, etc.). (N del T).

DE LA MEMORIA POPULAR A LA CULTURA DE MASA

La izquierda en el poder le ha cogido gusto a los medios y ha convertido su política en espectáculo. Un ejemplo magistral lo constituye la actuación, el domingo 28 de abril de 1985, del presidente François Mitterrand, entrevistado por el presentador Yves Mourousi, en la primera emisión de "*Ça nous intéresse, monsieur le Président*" (Nos interesa, señor Presidente). Por vez primera, en una entrevista por la televisión, un jefe de Estado acepta no ser ya, manifiestamente, el centro del dispositivo, ni poder desarrollar un discurso político. Ritmo de preguntas, ilustración mediática a base de video-clips, de secuencias de películas recientemente estrenadas, de imágenes sintéticas y de spots publicitarios, con gran acompañamiento de diseño y de informática: a todas luces, se estaba asistiendo a la muerte de una cierta forma de concebir la política y a la zambullida en su versión revisada y aumentada por la racionalidad publicitaria. No se trataba de que el presidente desarrollara ideas, sino que contestara con la rapidez del eslogan publicitario, para lograr una marca tan buena como la de su presentador, curtido en todas las triquiñuelas del oficio y para quien el presidente no era más que un entrevistado especialmente interesante. No es de extrañar que ante tales fuegos artificiales mediáticos, ciertas preguntas parezcan muy pasadas de moda.

En las gradas de este mismo estudio de televisión los actores de la nueva sociedad de la modernidad: industriales punteros, publicitarios, autores de *best-sellers*, campeones deportivos, profesionales del audiovisual, profesionales del espectáculo, y un ministro que, según se recordó, ocupaba los primeros puestos de los sondeos. En el escenario mediático, los interlocutores inmediatos del espectáculo presidencial han dejado de ser los compañeros de viaje de la historia política y social.

Parece como si estuviéramos lejos de una cierta idea de cultura popular. ¿No estaremos ya viviendo otra? Se requiere la franqueza de un periodista de *Le Monde*, con ocasión de un debate, en la primavera de 1984, para demostrar que el Rubicón ya ha sido franqueado. ¿Qué decía? Pues, sencillamente, que la cultura popular, hoy en día, es la creación publicitaria, esas pequeñas historias recogidas en los spots que, al igual que los cuentos populares de antaño, cautivan a nuestros hijos.

Durante mucho tiempo, pues, nos hemos resistido a rizar el rizo. Del otro lado del Atlántico, era cosa hecha desde los albores de la masificación de la cultura, cuando las expresiones de "cultura popular" y de "cultura de masa" se vuelven intercambiables. Según afirmaba Geneviève Poujol, en el transcurso de un coloquio sobre culturas populares organizado en 1977 por el Instituto de educación popular: "Parece imposible que un investigador francés confunda, como todavía lo hacen ciertos investigadores anglosajones, cultura de masa con cultura popular (20)".

"¿Qué ocurre con nuestra cultura popular? ¿Dónde la encontramos? En un país como el nuestro, caracterizado por la existencia de comunidades de consumidores y que concede una importancia muy especial al pro-

ducto nacional bruto y a la tasa de crecimiento, la publicidad se ha convertido en el núcleo de la cultura popular e, incluso, en su auténtico prototipo. La publicidad americana reproduce la mayoría de las características de la cultura popular de las otras sociedades: repetición, simplicidad, hipérbole y fantasía, coplas populares y música popular. ¿Cómo nos llegan a nosotros las expresiones de *nuestra* cultura popular? Ya no surgen de la tierra, del pueblo, de la granja, ni siquiera del barrio o de la ciudad. Nos llegan principalmente de esas enormes organizaciones centralizadas de *creación* (palabra gastada, si cabe, y en cuyo desgaste las agencias de publicidad tienen una gran cuota de responsabilidad). Proceden de las agencias de publicidad, de las cadenas de periódicos, de radio, de televisión... (21).

El autor de estas líneas es el historiador americano Daniel Boorstin. Todos aquellos que interpretan la publicidad como "retórica de la democracia", según los términos de Boorstin, no dan muestras del mismo discernimiento ni de la misma preocupación por distinguir entre la experiencia de la sociedad norteamericana y la de las sociedades europeas, por ejemplo. Boorstin advierte, sutilmente, que fuera de los Estados Unidos, y especialmente en el viejo mundo, es la *alta* cultura la que ha contribuido a organizar el consenso de los diferentes grupos sociales, mientras que los Estados Unidos representan, sin duda, "al primer pueblo de la historia que haya dispuesto de una cultura popular organizada centralmente y producida masivamente (22)".

Boorstin tiene la honradez de señalar el distinto peso que han tenido las universidades, el sistema escolar, los intelectuales, la Iglesia, en la formación de una conciencia nacional y en las modalidades de la regulación social, según se trate de los Estados Unidos o de Europa. En otro número de la misma revista *Advertising Age* —que es, precisémoslo, la biblia de los publicitarios americanos—, número dedicado a los cincuenta últimos años de la publicidad en los Estados Unidos, otro universitario, al definir a la cultura de masa como la experiencia de la mayoría, no duda en descalificar a los vilipendiadores de la publicidad, tales como el Comité de derechos civiles de la mujer y de las minorías, por medio de este argumento: "La crítica de los medios es una forma disfrazada de criticar a la sociedad americana (23)". El editorialista ratifica esta postura: "Siempre he sentido que la publicidad es uno de los mayores *democratizadores* que nuestra sociedad haya conocido nunca, porque suministra a las masas la información sobre los nuevos productos y los nuevos servicios, reservada antes a una élite". Y concluye: "Lo que estos críticos objetan no es la publicidad en sí misma, sino el hecho de permitir que cada uno tenga acceso a la misma información y de derribar un obstáculo más entre la masa de desharrapados y el puñado de quienes se autoproclaman como los elegidos (24)". La publicidad es el lenguaje de la *democratic marketplace*. Sin preocuparse ya de volver a situar la aparición del sistema publicitario moderno dentro del contexto de su función histórica, otro publicitario concluirá: "Todas las críticas a la publicidad se basan en

un sofisma, a saber: que la publicidad tiene una sustancia y un sentido en sí misma, mientras que no es más que una herramienta, una técnica. Los ataques contra la publicidad *per se* carecen, por lo tanto, de fundamento. La publicidad puede utilizarse tanto para promover el materialismo como el ascetismo (25)".

Esta legitimación del modelo publicitario choca con toda la irreflexión de la izquierda acerca del modo tecnológico de comunicación. Proclive a concebirlo en su uso funcional, por lo general se ha conformado con enfocarlo como un continente del que sólo importaría el contenido. De esta forma, evitaba tener que interrogarse sobre la naturaleza de la lógica técnico-comercial, dedicándose a distinguir entre buen y mal uso de la publicidad. Pero, buena o no, la publicidad es una manera de conjugar el orden de la mercancía y el orden del espectáculo, de producir la mercancía como espectáculo y el espectáculo como mercancía.

En la estela de la racionalidad publicitaria, se imponen nuevos conformismos que desarmar al espíritu crítico y socavan las voluntades de comprender lo que ocurre. La cultura obrera, la memoria popular, ya no están convidadas al nuevo espacio público en que se convierte el escenario publicitario. Foucault, hace unos diez años, invitaba a los intelectuales a que ayudaran a las clases populares a tomar posesión de su memoria.

"La gente —quiero decir aquellos que no tienen derecho a la escritura, a hacerse ellos mismos sus libros, a redactar su propia historia—, esta gente, tiene sin embargo, una manera de registrar la historia, de acordarse de ella, de vivirla y de utilizarla... Ahora bien, se ha instalado toda una serie de aparatos (la «literatura popular», la literatura barata, pero también la enseñanza escolar) para bloquear este movimiento de la memoria popular. Y puede decirse que el éxito de esta empresa ha sido relativamente grande. El saber histórico que la clase obrera tiene de sí misma no cesa de encogerse [...]". Y, refiriéndose, más concretamente, a la expresión audiovisual de esta memoria, proseguía: "Toda película funciona como archivo potencial, y, desde una perspectiva de lucha, podemos apoderarnos de esta idea, pasar a una fase más avanzada, cuando la gente organiza su película como el cuerpo del delito y cuando el pueblo pide constituir sus propios archivos (26)".

Los arqueólogos del saber, sin duda, se empeñarán en volver sobre las razones por las que este texto produce hoy, a mediados de los años ochenta, un sonido tan extraño, incluso anacrónico. Porque, al compás de la modernización, muchos han preferido anotar esta larga acumulación, ciertamente muy contradictoria, en la cuenta de pérdidas y ganancias (aunque sin renunciar a la percepción de los dividendos). ¡Prohibido mirar hacia atrás, so pena de exponerse al castigo de Lot. Y en un mundo en que lo moderno se ve superado incesantemente por sí mismo, un status petrificado no perdona!

3. La cosmo-biología del *Homo deregulatus*

UN NUEVO TEATRO DARWINIANO

Una palabra clave recorre hoy, en el plano internacional, los argumentos políticos e industriales que rigen la implantación de los nuevos sistemas de información y de comunicación: la desreglamentación. Más arriba señalábamos el peligro que entraña confinar la definición del proceso de desreglamentación en la esfera técnica (1). Insistíamos en el hecho de que, llevadas por la lógica de la desreglamentación, se están instalando nuevas referencias teóricas. Entre estas referencias ascendentes está la referencia biológica. El lenguaje de lo social ya no basta para describir las reconquistas industriales, las nuevas estrategias de salida de la crisis mediante las altas tecnologías de la información. Es al vocabulario biológico al que se le pide que describa las regulaciones metabólicas de este inmenso y cósmico organismo: el capitalismo. Terreno elegido para este discurso: la América reaganiana.

Habríamos podido creer que el capitalismo americano había rematado desde hacía tiempo su filosofía del mercado. Norbert Wiener, padre de la cibernética y de la nueva ciencia de la información era quien, en 1948, en el prólogo de su obra traducida al francés con el título de *Cybernetique et société* (Cibernética y Sociedad), escribía: "Mi libro está destinado, principalmente, a americanos, que vivan en el ambiente americano; las cuestiones de información se aprecian en él según el criterio estándar americano: una cosa vale, como mercancía, porque produce beneficios en el mercado libre. Tal es la doctrina oficial de una ortodoxia a la que, para un habitante de los Estados Unidos, resulta cada vez más peligroso resistirse. Quizás sería fácil observar que esta doctrina no representa una base universal de valores humanos; que no se corresponde ni con la doctrina de la Iglesia, que busca la salvación del alma, ni con la del marxismo, para el que una sociedad sólo tiene valor a través de la realización de ideales específicos del bienestar humano. El destino de la información en el mundo típicamente americano es el de convertirse en algo que se puede vender o comprar. No me corresponde a mí discutir sobre la moralidad o la inmoralidad, la tosquedad o la sutileza de esta actitud mercantil. Pero tengo el deber de demostrar que conduce a la incompreensión y al maltrato de la información y de las nociones que de ella dependen (27)".

Habríamos podido creer que la ley del mercado era parte integrante de la naturaleza social de esta nueva nación. Pero nos enteramos de que, allí, esta ley estaba, hasta ahora, frenada por la excesiva intervención del Estado. Si hacemos caso de las revistas económicas y financieras de los

Estados Unidos, el desenfreno no haría más que empezar. "La desreglamentación, señala *Business Week*, desde la que afecta a los bancos hasta la que atañe a las telecomunicaciones, ha abierto al «instinto animal del capitalismo» mercados que hasta hace algún tiempo estaban controlados (3)".

La referencia biológica se implanta en el centro del discurso de la desreglamentación. Se despliega sobre el telón de fondo del nuevo teatro darwiniano. Las nuevas libertades otorgadas por el mercado consagran la libertad de vencer, que gane el mejor. La tensión entre libertad e igualdad que, desde sus orígenes, ha caracterizado a la democracia americana, se resuelve en beneficio de la primera: los discursos sobre la libertad despegan como una flecha y se vuelven hiperbólicos, mientras que la igualdad permanece clavada en el suelo.

Hay un tema que se repite en el discurso de la reconversión industrial por medio de las tecnologías de punta, el de la adaptación. Como les decía un universitario americano a los sindicalistas franceses de Longwy, que habían venido a visitar la ciudad de Pittsburgh, en Pensilvania, para observar allí, de cerca, la realidad del nuevo despliegue industrial a la americana, tomado como referencia por el gobierno socialista en su programa de modernización de las zonas siniestradas de la siderurgia: "Hay una o, quizás, incluso dos generaciones sacrificadas: es como los animales, para sobrevivir, hay que adaptarse (4)".

Convertida nuevamente en el símbolo de la vitalidad del capitalismo, la América de la nueva "Nueva Frontera" clama, alto y claro, que la crisis no es más que un accidente de recorrido, un ajuste normal del "ciclo de autorregulación orgánica" del capitalismo. De rechazo, Europa se resiente de su propia anemia. A su regreso de los Estados Unidos, el presidente-director general de Schlumberger (*) presentaba, en febrero de 1985, un balance sin complacencias del derrotismo europeo: "Frente a estos mundos en expansión, el derrotismo europeo es abrumador. Abrumador porque, en primer lugar, es una actitud del espíritu europeo. Abrumador porque abarca a toda Europa, de norte a sur, conservadora o socialista. No es una casualidad si las Casandras son casi todas europeas. Para justificar su pesimismo, no queda, en efecto, sino esperar al derrumbamiento de los demás (5)".

EL EFECTO JÓVENES

Aparece un nuevo factor en la economía: el efecto generación. En Estados Unidos, el grupo emblemático es el de los *yuppies*, los jóvenes profesionales urbanos que tienen entre veinticinco y cuarenta años, nuevos capitanes de industria, cuyo sentido mágico de la improvisación hace especiales maravillas en el "boom" de las industrias *high-tech*, es decir de

(*) Destacado grupo sidero-metalúrgico francés (N del T).

alta tecnología. La juventud se convierte en una categoría explicativa de la reconquista. Su vitalidad biológica, que propulsa a su espíritu de empresa, se acomoda a lo que se aparece como un regreso masivo del conservadurismo, ideología *natural* (también ella) de las jóvenes generaciones.

Con la desreglamentación y el nuevo campo competitivo que abre, a quienes tienen el privilegio de permanecer en el dispositivo de producción, se está produciendo el descubrimiento del valor poder, o mejor dicho, del placer del poder. La sociedad fordista no sólo ha despojado al obrero de su saber-hacer; no sólo ha permitido que los patronos se apropien de la parte intelectual del trabajo obrero; también ha encerrado a los actores de la producción industrial dentro del marco jerárquico, aun cuando los portadores de la técnica, el ingeniero y el técnico, no estuvieran, frente al empresariado, en el mismo caso que el ejecutante, que el obrero especializado. Para la nueva empresa, "derribar la pirámide de la organización y de la dirección es la consigna que resuena desde la Silicon Valley hasta la Monongahela Valley (6)".

Lo que la crisis ha enseñado, y ha traído por consecuencia, es que lo pequeño es complementario de lo grande y viceversa. Se perfila una doble evolución: por una parte, el auge de los conglomerados y de las transnacionales; por otra, el de las pequeñas unidades autónomas, eventualmente en el interior de las grandes estructuras.

La búsqueda de la productividad, a través de la progresiva descomposición de las tareas en gestos elementales, de la simplificación de las normas de trabajo, de la división de las funciones de planificación y de ejecución, del ejercicio de un control-supervisión directo, tiene su réplica en la rebusca de una misma productividad gracias, esta vez, a un organigrama simplificado, cuyos escalones están relativamente poco señalados, donde los diferentes niveles de autoridad y de privilegio pierden parte de su rigidez. El objetivo: conseguir que el espíritu de empresa penetre en la mentalidad del nuevo directivo, de tal modo que efectúe su trabajo como si gestionara su propia empresa, de tal modo que cada uno se identifique con su puesto de trabajo como si se tratara de su propia PMI (*). Nueva moral del trabajo. Nuevo modo de captación de las energías. Movimiento de desconcentración de los poderes y de descentralización de las decisiones.

Es en esta nueva arquitectura donde se define la revalorización de un valor que caía en picado: el atractivo que ejerce el trabajo, porque el trabajo ya no es sólo aquello con lo que uno se gana la vida, ni aquello con lo que se accede a la prosperidad económica, sino aquello con lo que se "gana", aquello con lo que uno se convierte en actor en el campo del poder. La vieja generación aceptaba dejar para mañana la recompensa de la labor cotidiana. La nueva generación encuentra su recompensa en el

(*) Siglas de *Petite(s) et Moyenne(s) Industrie(s)* —Pequeña y Mediana Industria— En España, es más común el empleo de PME (Pequeña(s) y Mediana(s) Empresa(s)).

disfrute del trabajo, convertido en sinónimo de desafío, de creatividad, de continua superación de sus propias limitaciones.

Está emergiendo una nueva cultura de la empresa. Nacimiento frecuentemente doloroso porque, contrariamente a lo que dan a entender los ditirámicos discursos sobre la nueva era que contienen las revistas financieras y económicas de los Estados Unidos, la resistencia de la antigua jerarquía industrial es real.

Esta cultura recorta un perfil de nuevos gerentes, *the new corporate elite*. Si se quisiera hacer su retrato-robot, he aquí cuáles serían sus rasgos distintivos. Contrariamente a la antigua elite que no tenía más horizonte que las fronteras de los Estados Unidos, la nueva elite es "totalmente internacional". El mercado en el que se mueve es la economía-mundo. Contrariamente a la discreción y a la ascesis legendaria de la mayoría de los grandes capitanes de industria de antaño, la publicidad y la fama de la imagen pública se ha convertido en ingredientes esenciales del éxito: dicho de otro modo, necesidad de una alta visibilidad. La nueva elite se considera, por principio, "igualitaria", y este igualitarismo, definido como el reino del mérito o meritocracia, es alérgico a las grandes organizaciones como el Estado y los sindicatos (por cierto, relativamente ausentes del sector de las tecnologías de punta). Gustosamente populista, esta nueva elite le propone al mundo del trabajo el estatuto de asociado o partícipe. La noción de participación, en forma de coparticipación en los beneficios y en la gestión, se convierte en una noción clave. La nueva elite es enemiga de todo macro-sujeto que ahoga al individuo en la burocracia colectiva, igual que lo es de esa antigua clase de jefes que habían aceptado que se anulara su personalidad a cambio de la seguridad y de la gratitud que les ofrecía una empresa modelada por la burocracia de los negocios. Pero, sobre todo, esta nueva elite mantiene otra relación con lo social y con lo político. Asume posiciones respecto de la inmigración, del proteccionismo, la defensa, la transferencia de tecnologías, los debates en las grandes organizaciones internacionales (7).

Para los socios de la empresa ampliamente internacionalizada, la adquisición de los valores propios de esta cultura de la empresa reviste mayor importancia que los aprendizajes técnicos. Aunque esta cultura respete las especificidades nacionales, estas últimas sólo logran constituir "sub-culturas nacionales", en el interior de la matriz de una cultura común. Esta cultura común se expresa en la internacionalización de los "estilos de vida", de esta nueva clase que reconoce a sus iguales en todas las latitudes.

Esta nueva forma de concebir la relación con la empresa no ha esperado a la nueva ola del *small is beautiful* para concretar sus rasgos fundamentales: ya en los años setenta las grandes organizaciones como IBM habían diseñado el sistema socio-mental óptimo para el aprovechamiento de todos los recursos del individuo. Desde esta perspectiva es interesante recordar los análisis llevados a cabo por cuatro investigadores franceses que, durante más de cinco años, observaron los modos de ejercicio

del poder en esta organización hipermoderna que, ya en aquel entonces, era IBM.

El rasgo característico era la extensión espectacular del poder de la esfera económica a las esferas política, ideológica y psicológica. A nivel político, por ejemplo, se trataba de la implantación de la dialéctica centralización-descentralización (la descentralización creciente tenía lugar en el marco de una centralización acrecentada en el plano de las normas y de las estrategias). A nivel psicológico, estos investigadores localizaban los medios a través de los cuales la organización actuaba en profundidad sobre el inconsciente individual y reestructuraba los sistemas de defensa del individuo. La organización actúa a la vez como máquina de angustia (mediante su poder objetivo, mediante la dependencia en la que se encuentra situado el individuo respecto de ella, mediante su sistema de control omnipresente) y como máquina de placer: ofrece al individuo tipos de placer, especialmente sado-masoquistas, (conquista de mercados, superación de los demás en el juego de la carrera, victoria sobre uno mismo en la persecución de un ideal inalcanzable), conformes con su lógica y que lo protegen contra la angustia que, por otra parte, alimenta. Auténtico sistema socio-mental toda vez que las políticas de la organización y las estructuras inconscientes del individuo están estrechamente imbricadas (8).

Este esbozo de un aspecto, frecuentemente ignorado, del *Homo deregulatus*, viene que ni pintiparado para recordarnos que en el mundo contemporáneo el principio del placer no actúa sólo como el placer del consumo del ocio, sino que es el fundamento mismo del principio de realidad, en el juego de destrucción/construcción de las estructuras de poder en los escenarios nacional e internacional.

A espaldas de las Casandras, los *yuppies* hacen adeptos en el viejo mundo. Alain Minc ve cómo el *Business Week* le otorga el título de líder intelectual de los *yuppies* franceses. Convertido en uno de los directivos de Saint-Gobain, una de las mayores compañías francesas nacionalizadas por el gobierno socialista, Alain Minc afirma haberse desprendido de algunos escrúpulos "servicio público", todavía presentes en el informe que firmaba conjuntamente con Simon Nora en 1978, y su diagnóstico es nítido: "Si la izquierda francesa no se adapta al libre mercado, corre el riesgo de extinguirse [...]. El porvenir es de los rebeldes de los años sesenta, de los de la "quinta" del sesenta y ocho, que en los años ochenta ponen su espíritu reactivo al servicio del *establishment* industrial francés [...]. Si se les concede la oportunidad, estarán en la base de la reconquista económica, como ocurrió en los Estados Unidos (9)".

El nuevo héroe de la salida de la crisis es el que tiene la capacidad de decisión. Su cualidad: el espíritu de empresa; "cóctel de envidias: las de la apuesta y el riesgo, la autonomía y la responsabilidad, el beneficio y el capital, la innovación y la diferencia. Todas convergen hacia el gusto por el cambio, como palanca, como desafío, como método (10)".

La empresa, y tras ella, la forma particular del espíritu de empresa

que inspira, se convierte en el motor de la historia. En el horizonte, se desvanece la memoria de las luchas sociales, como si el movimiento histórico sólo hubiera servido para sublimar todas las contradicciones en este irresistible ascenso de aquellos "cuyo acto más cotidiano en su vida profesional es el de decidir (11)".

Categoría desdeñada durante décadas por los teóricos de la izquierda, la juventud — y su cadenas de connotaciones: vitalidad, capacidad de iniciativa, innovación, espíritu de empresa, audacia, riesgo y gusto por el juego— se convierte en una categoría mítica. Como hubiera dicho el primer Barthes, permite que se vea como liso aquello donde hay asperezas y segregaciones sociales. También permite purificar y exculpar a la historia de los sucesivos deslizamientos de una generación que, en 1968, se fue a arreglar el mundo y que en los años ochenta se encuentra rehaciendo la empresa. Una generación que recupera los ídolos que había quemado. Le corresponde a un historiador americano la descripción de esta nueva fascinación: "Para los jóvenes franceses, América es hoy un país muy atractivo: debido a un cierto modo de vida social, a la actividad cultural y artística. Es por ahí por donde los americanos han logrado —quizás sin quererlo— desactivar el anti-americanismo de la juventud francesa. Y a medida que estos jóvenes acceden a puestos más importantes en vuestro país, aportan una mayor apertura de espíritu hacia el mundo americano. Creo que es uno de los fenómenos del post-68. Por mucho que se diga, y con razón, que 1968 es, como 1848, un giro en la historia que no ha girado como se esperaba, no obstante se ha producido un cambio y, concretamente, entre América y Francia, su juventud, sus intelectuales (12)".

LA HISTORIA NEO-LIBERAL

"La historia es un camelo", declaraba Henry Ford en 1920. Si bien el fordismo, al que le dio su nombre y experimentó en sus cadenas de montaje de automóviles, está en desuso, esta pequeña frase (*History is bunk*), lanzada en el umbral de su conquista industrial, parece, en cambio, gozar de una excelente salud.

En el transcurso de un simposio sobre el docudrama americano, Gore Vidal recordaba lo que nadie ignora, a saber, que la Historia es aquello "de lo que queremos acordarnos (13)". Con la nueva era abierta por la desreglamentación institucionalizada, la nueva clase ha decidido no acordarse de ciertos acontecimientos que han permitido que el presente sea lo que es. El pasado se reconstruye partiendo del planeta central en torno al que se reajusta el conjunto de las instituciones: el mercado. Al explicar las razones por las que el salario de las mujeres había aumentado mucho más considerablemente que el de los hombres en los Estados Unidos, en los últimos años, un profesor de economía, decano de la facultad que fue la cuna de la escuela neo-liberal de Milton Friedmann, apun-

taba: "Son las fuerzas del mercado, que trabajan en el mayor de los silencios, y no las acciones políticas, que tanto atraen la atención y dan tanto que hablar, las que han sido más determinantes a la hora de modificar el status económico de las mujeres en nuestra sociedad... El crecimiento del empleo y de los salarios femeninos tiene su explicación, principalmente, en las fuerzas del mercado, más que en las legislaciones sobre el derecho civil, los programas voluntaristas o el movimiento de las mujeres... La legislación inspirada en el principio "a igual trabajo, igual salario" no puede explicar por sí sola la disminución de la diferencia entre el salario de los hombres y el salario de las mujeres, en los últimos quince años. La prueba está en que también se han acortado las distancias en países como Italia y Japón [*sic*, porque es falso] que no han introducido tal legislación (14)". Este alegato "bio-económico", en favor del reconocimiento del potencial progresista del mercado, tenía por objeto inmediato justificar la oposición que la administración Reagan había manifestado ante el *Equal Rights Amendment* desde el inicio del primer período presidencial, oposición que había desencadenado las protestas activas del movimiento feminista. La desreglamentación significa el retroceso de la ley, toda vez que la ley es la que oprime. Menos Estado, menos legislación, más mercado, supone depositar la confianza en la espontaneidad. ¡Debido a uno de esos curiosos juegos malabares que acostumbra la historia, he ahí al determinismo económico enaltecido no ya por el materialismo economicista del marxismo ortodoxo, sino por sus adversarios, los herederos de Adam Smith!

Y no es más que la punta del iceberg. La historia es la de los hechos y los hechos, hechos son. Vuelven a la carga los viejos principios del neopositivismo. Al proyectarse, a cuál más, mezclando arcaísmo y post-modernidad, la vieja metafísica de Auguste Comte, el organismo biológico de Durkheim, el modelo social-darwinista de la "supervivencia de los más aptos" en la "lucha por la vida", y el modelo cibernético, se implanta la idea de una sociedad epistemológicamente asimilada a la naturaleza. La ley del Estado, que es —se olvida con demasiada frecuencia— la de sus ágoras, así como las acciones humanas, pierden legitimidad en beneficio de las leyes naturales, es decir, de leyes invariables, independientes de la voluntad y de la acción humanas.

Concebida así, en este orden natural, la sociedad selecciona las instituciones que mejor se adaptan a su bien. No es preciso intervenir, toda vez que la selección natural también actúa aquí y también aquí gana el mejor.

Como un hecho es un hecho, un juicio de hecho no es un juicio de valor. En este debate no sólo entran en liza las escuelas del pensamiento sociológico y económico. Conciérne igualmente a las concepciones filosóficas de la información. Revitaliza la idea de la transparencia del dispositivo mediático. Un hecho es un hecho. La información es el hecho en la materialidad que se le reconoce. Esta bella lógica, que tiene el encanto de las cosas sencillas, se ampara en un rechazo total a admitir que la in-

formación sea, de entrada y por encima de todo, una producción de sentido y no la exhibición de un objeto encontrado. Hay que adherirse a la idea paralela de que las libertades individuales brotan en el gran árbol de una sociedad situada bajo el signo de las relaciones pacíficas, ahistóricas, para reconocer como legítima la idea de una libertad de comunicación definida por naturaleza como transparente y dada *a priori*, que oculta el peso de la violencia simbólica o de la violencia material en las relaciones humanas.

LIBRE FLUJO Y AUTORREGULACIÓN

Desde 1970 la administración y los círculos empresariales americanos no han dejado de recordar que si había una regla que debía imperar en las relaciones entre las naciones, era precisamente la del "libre flujo de la información" (*free flow of information*). Nacida a finales del segundo conflicto mundial, esta doctrina acompañó a la expansión del poderío americano que, habiendo acabado la guerra con un potencial económico y militar reforzado, renuncia al proteccionismo y se afianza como el líder del "mundo libre". Esta doctrina de la libre circulación de la información venía a completar esa otra doctrina de la libre circulación de los capitales, de las mercancías y de los recursos (15).

Los años setenta fueron especialmente fértiles en reparos a esta doctrina, cuya aplicación se pretendía universal. Las nuevas naciones que emergían de los procesos de descolonización o de liberación replicaron a los Estados Unidos que la libertad de unos acaba donde empieza la libertad de otros. Recuperando la expresión lanzada en los años veinte por Rosa Luxemburg, un delegado de la India, en el transcurso de uno de los numerosos debates sobre la libre circulación de la información que tuvieron lugar a lo largo de la pasada década, demostraba claramente los límites del sofisma liberal: "¡El *free flow* es como el zorro libre entre las gallinas libres!". Porque si bien todos son iguales ante la doctrina, la existencia de grandes desequilibrios fundamentales y la realidad de las relaciones de fuerzas entre las naciones hacen que unos sean más libres que otros. No hubo nada que hacer. El gobierno americano, tras un breve movimiento de repliegue, decidió o amenazó con retirarse de todos los foros internacionales en los que se cuestionaba la doctrina del libre flujo. Y se produjo la ruptura con la UNESCO, la institución internacional que había sido llamada a servir de principal anfitrión de estas reivindicaciones nacidas en los países del tercer mundo.

Quiérase o no, en lo sucesivo, la cuestión de los sistemas de comunicación internacionales ya no podrá plantearse de la misma forma en que se hacía antes de que irrumpieran en el escenario internacional estas reivindicaciones llegadas del Sur. Y en esto, coincidimos plenamente con la afirmación del profesor británico James Halloran: "Algunos piensan que

en el momento actual la investigación llevada a cabo bajo los auspicios de la UNESCO debería abandonar el estudio de problemas tales como "el derecho a la comunicación" en beneficio de "problemas más concretos". Pero ¿cuáles son esos problemas concretos? Nada menos, o poco le falta, que las micro-cuestiones prudentes, exentas de todo juicio de valor, de los positivistas de la época anterior que, conscientemente o no, tan bien servían al sistema. Se trata, claramente, de un intento, apenas disfrazado, de regresar a los tiempos en que la investigación tenía por cometido servir al sistema, no el de cuestionarlo, impugnarlo o intentar mejorarlo. Se distingue mejor entonces el contexto político en el que se sitúa la investigación en materia de comunicación de masa. No es que la investigación se haya politizado repentinamente: más bien se está instaurando una situación de equilibrio, a medida que la investigación, *cuya politización es latente*, es desafiada por la evolución *abiertamente política* del mundo (16).

En este contexto no cabría distinguir a los querellantes conforme al eje Este/oeste. Porque si, en estos debates, la Unión Soviética, a través de su condena del libre flujo, motivada por la necesidad de seguir manteniendo cerradas sus fronteras, ha podido apoyar las reivindicaciones del tercer mundo, en cambio se mostraba, cuando menos, reticente, cuando algunos representantes de organizaciones no gubernamentales, procedentes de países del tercer mundo, aunque también de grandes países industrializados, manifestaron la necesidad de que el reequilibrio de los flujos mundiales de información fuera acompañado de su contrapartida interna, es decir, del derecho a la comunicación de los diferentes grupos sociales que constituyen cada nación. Las diatribas de los representantes de los Estados Unidos contra estos nuevos conceptos de "comunicación alternativa", "comunicación de base", "comunicación horizontal", tachados de abonarle el terreno al comunismo internacional, tenían su respuesta en los recelos de los soviéticos que desempolvaban a tal fin, los viejos eslóganes contra "la enfermedad infantil del espontaneísmo", vieja astucia del capital.

Debajo de las críticas americanas asomaba la propuesta de una alternativa neo-liberal de cooperación internacional. Según escribía William Harley, puntualizando los puntos de vista del departamento de Estado: "El divorcio respecto de la UNESCO estimulará la diligencia de los círculos empresariales y de los círculos industriales de los Estados Unidos en apoyar proyectos de desarrollo en materia de comunicación". Y añadía que el gobierno de los Estados Unidos "había creado recientemente, en el seno del departamento de Estado, una nueva oficina para las iniciativas del sector privado (Office of Private Sector Initiatives) (17)". Esto se caía por su propio peso. Porque lo que enseñan los debates sobre el nuevo orden internacional de la información es que, lejos de haber afectado sólo a la administración americana, han movlizado al conjunto del *establishment* industrial, mediático y publicitario de los Estados Unidos. Una confirmación suplementaria del hecho de que, en lo sucesivo, el ac-

tor industrial está llamado a intervenir en asuntos que no son de su tradicional competencia (18).

No hay forma, pues, de interpretar la decisión de los Estados Unidos sin tener en cuenta esta contra-estrategia de privatización, que consagra la entrada de nuevos protagonistas en el escenario político internacional: las grandes firmas privadas. Esta forma de desestabilizar la idea de la representatividad democrática en el plano internacional —so pretexto de una excesiva politización de los debates— es coherente con el proceso de desreglamentación. El mercado y su ley son propulsados como reuelos políticos. El principio de la autorregulación del mercado se opone a este otro principio basado en la necesidad de establecer una norma de derecho internacional que regule las relaciones internacionales de información y de comunicación.

En el centro del pensamiento sobre el libre flujo, un postulado implícito: la no-existencia de relaciones de fuerzas en la ordenación del mundo. Hasta finales de los años sesenta, esta doctrina había sido atemperada por las políticas de ayuda y de cooperación internacional del *Welfare State*. Con la filosofía del mercado (*Trade, not aid*), se manifiesta en toda su crudeza. Los macro-sujetos económicos se convierten en elementos naturales del universo post-industrial. Si en los años sesenta han cometido abusos de poder, si han conspirado contra ciertos regímenes populares, no eran sino pecados de juventud. Ya adultos, han alcanzado su disciplina de cruceo que se confunde con la disciplina del mercado. Al adquirir esta naturalidad, pierden el carácter de agentes históricos de un modo de acumulación del capital y, por tanto, de un modelo concreto de desarrollo.

¿Quién puede negar que ha cambiado la relación de las transnacionales con los Estados-nación y con las sociedades civiles de los distintos países donde se instalan, a donde exportan sus productos? El capital americano ya no es el único en operar en el escenario internacional. Los grandes países industrializados tienen sus propias sociedades transnacionales. El tercer mundo, al que se consideraba como una realidad económica compacta, se ha fragmentado, dejando aparecer una partida de países relativamente privilegiados frente a una gran masa de hambrientos. Y los "nuevos países industriales" tienen algunas transnacionales que sirven de contraste frente a la idea de un mundo bipolarizado.

Los países que siguen pudriéndose en la miseria tendrán, en lo sucesivo, una estrella por la que guiarse. Al comentar las opiniones del presidente Reagan acerca del advenimiento de un "nuevo modelo de desarrollo", la revista *Fortune* escribía en noviembre de 1981: "El presidente Reagan tenía seguramente la mente puesta en Hong-Kong y en Singapur cuando destacó en un reciente discurso que los países en vías de desarrollo cuyo crecimiento es el más rápido en África, en Asia y en América Latina, son realmente aquellos que procuran la mayor libertad económica a sus pueblos —libertad de opción, libertad de propiedad, libertad de invertir en un sueño para el porvenir—. El enfoque del desarrollo a par-

tir de la óptica de la empresa privada no es sólo fetichismo ideológico. Es el único en haber dado frutos (19)". Todo sirve para ensalzar al mercado y a su fuerza de regulación de las desigualdades tanto a nivel nacional como a nivel internacional. Pero los nuevos países industriales que suelen traerse a colación como ejemplos no son precisamente modelos en los que el Estado haya soltado lastre. Piénsese en Taiwan, en Corea del Sur, en Brasil o en Singapur. El Estado omnipresente ha sido el gran timonel del despegue técnico y científico de estos países, en el marco de la doctrina de la seguridad nacional y, a menudo, a costa de amordazar a la oposición o, incluso de su sangrienta represión.

El elogio de la disciplina de mercado y la idea de la autorregulación de las grandes firmas transnacionales ocultan los pulsos con los países anfitriones, que, desde 1970, han jalonado la regulación forzada (y jamás natural) de estos protagonistas del modelo de desarrollo del capitalismo internacional (20). Ha sido, en efecto, porque el Estado brasileño y el Estado indio, los científicos, los profesionales, los grupos de la sociedad civil de estos países han impuesto las normas de una estrategia de recuperación industrial a las grandes transnacionales de la tecnología de la información, por lo que estas naciones han podido convertirse en productoras y exportadoras de microordenadores y ya, incluso, de ciertos sistemas de bancos de datos. Y no es ciertamente el principio de autorregulación el que ha obligado a la firma transnacional Nestlé a reglamentar sus campañas publicitarias de alimentos infantiles. La idea de una autorregulación espontánea es negada incluso por las propias firmas transnacionales, que confiesan haber aprendido a sacar fruto de sus altercados con los movimientos de protesta contra sus extorsiones (21).

Los discursos de crisis favorecen una visión del tercer mundo como conjunto de naciones cuya deuda exterior les obliga a arrodillarse y a capitular. También es esta imagen la que alimenta la idea del final de un tercer mundo reivindicativo y beligerante. Pero el desmentido es cotidiano. Como cotidiana es, además de concreta y tangible, la experiencia que, del peso de estas firmas, tiene un habitante del tercer mundo.

Los debates celebrados desde 1970 sobre las estrategias de las firmas transnacionales en el campo de la información y de la comunicación proporcionan una enseñanza teórica importante. Hoy en día, el modelo de desarrollo transnacional es más que la suma de las transnacionales. A medida que estas firmas, sean cuales sean sus orígenes, se integran en el paisaje nacional y en la trama de los tejidos sociales específicos, se desplazan los terrenos de mediación y de negociación de esta incesante guerra de movimiento que mantiene la internacionalización de los modos de vida y de las economías. Hoy en día, el modelo de desarrollo transnacional es, cada vez más, una estructura soportada por actores múltiples con alianzas entrecruzadas en la que sector privado y sector público, capital nacional y capital internacional, combinan su papel en la remodelación del Estado-nación. Un Estado que conserva su poder de gestión y se convierte, al mismo tiempo, en la zona de tránsito de estrategias de po-

der y de contra-poder que, o bien lo superan o bien no lo reconocen ya como perímetro de referencia. Hemos de reconocer que Daniel Bell había visto claramente este punto: "Los Estados nacionales resultan demasiado grandes para los pequeños problemas de la existencia y demasiado pequeños para los grandes problemas (22)".

LA SEGURIDAD CONTRA LA LIBERTAD DEL MERCADO

Debajo del trazado de los senderos montaraces y azarosos del mercado liberado resurge la vieja topografía del macro-sujeto militar.

La idea de la "seguridad nacional" pesa mucho más en el acontecer de los sistemas de comunicación de lo que dan a entender los discursos sobre la electronización de la vida cotidiana. Sabemos que en Francia, en ese documento básico que fue el informe Nora-Minc, se elude ampliamente la cuestión de la seguridad nacional, toda vez que los dos autores se conforman con aprovechar las "repercusiones" civiles del desarrollo de las tecnologías de información. Como mucho, se hace alusión al límite que representa el imperativo de la seguridad nacional para definir y circunscribir el derecho del individuo a la información. La seguridad nacional se convierte en el argumento preceptivo, a partir del cual ya no es posible reivindicar la protección de un derecho individual.

En cambio, en el informe que los expertos americanos consideran como el equivalente, en su país, al informe Nora-Minc, se dedica un capítulo entero a la seguridad nacional. Y de los seis grandes objetivos propuestos para una estrategia americana en el ámbito de las telecomunicaciones internacionales, dos mencionan a la seguridad nacional: "Asegurar la libre circulación de la información mundial que no puede sufrir limitaciones como no sea por la necesidad insoslayable de preservar la seguridad nacional y la vida privada; garantizar que el necesario desarrollo de la seguridad nacional, del servicio público y de los intereses comerciales de los Estados Unidos se realice de conformidad con el papel de liderazgo de los Estados Unidos en el mundo (23)".

En el comentario a este informe, un politólogo británico advierte muy oportunamente que "la cuestión de la seguridad es sin duda el nudo del problema". No concierne sólo al libre flujo de la información periodística. Concierne, sobre todo, a la circulación de las mercancías y de las tecnologías de la información. Sin embargo, "durante mucho tiempo, la seguridad nacional ha sido considerada, únicamente, en términos de integridad territorial, en términos espaciales. Dado que la «revolución de la información» se percibe como una amenaza para la propia estructura de las sociedades, en la medida en que afecta tanto a sus fundamentos ideológicos como a sus fundamentos sociales, estos ámbitos se convierten en retos de seguridad nacional y los Estados están autorizados para tomar medidas preventivas (24)".

"El conflicto Este/Oeste sustituye a la política de mercado (25)", advertía, en mayo de 1985, un experto alemán, al comentar la competencia enabladada entre el proyecto de creación de una Europa tecnológica (Eureka) y el programa de investigación SDI —Strategic Defense Initiative— (Iniciativa de Defensa Estratégica o IDE), lanzado por el presidente Reagan y más conocido por el nombre de *Star Wars* o "guerra de las galaxias" (26). Las estrategias militares tienden, pues, a hacer estallar el purismo teórico del neo-liberalismo. Se requiere tener muy mala memoria para no ver más que una máquina de ocio en la industria americana de la comunicación y de la información. La implantación de este nuevo sistema de defensa estratégica por medio de satélites de detección y de satélites asesinos, de láseres de potencia y de cañones electromagnéticos, de radares espaciales y de sistemas espaciales de dirección, de comunicación y de control en tiempo real, nos recuerda la génesis de la industria de la información (27). El redescubrimiento del trípode industria-defensa-universidad, sobre el que se edificó la fuerza de disuasión económica americana. La certeza de que el Estado federador siempre tiene un papel principal que jugar. Y también la certeza de que en las estrategias de salida de la crisis por medio de la alta tecnología, el área más prioritaria dentro de la rama electrónica sigue siendo, pese a la explosión mediática, la industria de la *electronic warfare* (guerra electrónica).

La idea de "la seguridad nacional" llega en el momento preciso para recordar cómo, dentro de las prácticas estatales en materia de comunicación, se combinan eficazmente dos lógicas. La primera remite a la imagen de un Estado fuerte, en el que las nuevas tecnologías de información permiten que la potencia estatal refuerce sus aparatos de seguridad interior y exterior y modernice el conjunto de su dispositivo de control. La segunda pone de relieve la imagen de un Estado débil, en vías de extinción, que, cada vez, delega más funciones públicas en actores privados.

Tanto en el Este como en el Oeste, el imperativo de la seguridad tiende a constituir un componente natural del dispositivo de producción y difusión internacionales de la información. No sólo se asiste a una psicosis generalizada de guerra total, sino que el aumento, a través del mundo, de guerras regionales o locales, multiplica los territorios en los que resulta difícil discernir entre el rumor y el hecho.

En el Este, la ocupación de Afganistán por tropas soviéticas ha "desreglamentado" a su manera, a partir de diciembre de 1979, el frágil equilibrio de las agencias internacionales de prensa. Los periodistas y reporteros dependen cada vez más de lo que se viene señalando en los despachos con el eufemismo de "fuentes diplomáticas occidentales". Al estar sometida la información al control de las autoridades militares, las únicas fuentes en las que pueden apoyarse los corresponsales de las grandes agencias internacionales de prensa son las informaciones que circulan por conducto del personal de las embajadas occidentales de Kabul, en Afganistán, de Islamabad, en Pakistán, y de Nueva Delhi, en la India. Se-

gún advertía, en mayo de 1985, un periodista del *International Herald Tribune*, "muchos reporteros en el sur de Asia han aprendido a no fiarse de todas las informaciones proporcionadas en los comunicados periódicos de las embajadas por los diplomáticos occidentales, especialmente los de las embajadas distantes de Afganistán (28)". Y ponía el siguiente ejemplo: "En noviembre de 1982, según fuentes diplomáticas occidentales, se informaba en Nueva Delhi que había ocurrido un desastre monumental en el túnel Salang Pass que atraviesa los montes Hindu Kush en el norte de Afganistán. Basándose en testimonios, se afirmaba que más de 700 soldados soviéticos y 400 civiles afganos habían muerto en la explosión y que al menos 2.700 personas habían resultado heridas. Poniendo de relieve el número de muertos, la prensa internacional le dedicó una gran atención al acontecimiento. Un mes más tarde, según fuentes diplomáticas occidentales, el número de muertos quedaba reducido a 350".

Por el lado Oeste, en octubre de 1983, durante la invasión de la isla de Granada, las autoridades militares americanas, renunciando abiertamente a la aplicación del principio del libre flujo de la información, tomaron la decisión unilateral de impedir el acceso de la prensa a la isla. Durante cerca de una semana, el Pentágono facilitó numerosas informaciones que, llegado el caso, se apresuró a desmentir algunos días más tarde (29). Los conflictos en América central ofrecen un ejemplo más permanente. ¿Cuántas informaciones internacionales reproducidas por el mundo a través de los periódicos, las televisiones, las radios, no emanan de las emisoras instaladas en Honduras, en Costa Rica o en Belice, con el deliberado propósito de constituirse en portavoces de la propaganda contra el régimen sandinista de Nicaragua o contra los movimientos guerrilleros del Salvador? Este panorama se ha complicado todavía más después del lanzamiento, en Florida, por parte del gobierno americano, de la nueva estación de radio anticastrista, Radio Martí (30), bajo la égida de la radio gubernamental americana, "La Voz de América". Esta radio propagandística vió la luz en 1985, pese a las presiones del poderoso *lobby* de las radios comerciales de los Estados Unidos, el cual temía que, a modo de represalias, fuesen interferidas por La Habana las frecuencias de las emisoras privadas instaladas en el sudeste de los Estados Unidos. Una vez más, el mercado colisionaba con las batallas de la propaganda y con la lógica de la guerra, en este caso, la guerra de las ondas (31).

La excepción confirma la regla, dirán algunos. En las sociedades liberales se multiplican estas estrategias de crisis, estas situaciones excepcionales de desinformación en las que las normas de la guerra prevalecen sobre la aplicación de la doctrina liberal de la información. En nombre de la seguridad nacional, y abriendo grietas en la normalidad liberal, aparecen cada vez más bolsas de excepción, mediante las que el Estado altera el libre funcionamiento de las leyes del libre mercado.

NOTAS DE LOS AUTORES

IV Parte

- (1) BODEL, R., "Stratégies d'individuation", *Critique*, enero-febrero 1985, p. 125, 128.

Capítulo 1

- (1) LEFEBVRE, H., *De l'État, op. cit.*, p. 100.
- (2) CHÂTELET, F., Intervención en el coloquio "1970-1980: les années gauches", organizado por el grupo DIRE, titulada "Remarques sur les philosophies de l'histoire", 8 de mayo de 1980.
- (3) LEFEBVRE, H., *De l'État, op. cit.*, tomo 2, p. 70.
- (4) COTTERET, J.M., y otros, *L'Image des multinationales dans une France socialiste*, PUF-IRM, 1985.
- (5) ALTHABE, G., en *Enjeu*, mayo de 1984, p. 52.
- (6) "Utopies!" *Alternatives*, número sobre la prensa de expresión local, 1977, p. 10 y 12.
- (7) Sobre esta cuestión de lo local, véase la obra colectiva coordinada por L. SFEZ, *L'Objet local*, París, 10/18, 1980.
- (8) En *Alternatives, op. cit.*, p. 8.
- (9) MATTELART, A. y PIEMME, J.M., *Télévision, enjeux sans frontières, op. cit.*, p. 225-226.
- (10) QUENARD, C., "La vraie action culturelle, c'est nous", *Autrement*, n.º 18, abril 1979, p. 149.
- (11) Véase a este respecto la crítica que un pequeño grupo de prensa y de edición alternativa inglés, Comedia, formula a los conceptos que han conducido al fracaso a numerosas prácticas de izquierda en el ámbito de la intervención cultural: LANDRY, C., MORLEY, D., y otros, *What a Way to Run a Railroad: an Analysis of Radical Failure*, Comedia, Londres, 1986.
- (12) LAUFER, R., "Crise de légitimité dans les grandes organisations", *Revue française de gestion*, marzo-abril 1977, p. 117.
- (13) DE LA HAYE, Y., *Dissonances*, La pensée sauvage, Grenoble, 1984, p. 81.
- (14) LACOSTE, Y., *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, La Découverte, 1985, p. 188

Capítulo 2

- (1) "Un débat démocratique pour un gran enjeu" en *Actes du colloque national Recherche et Technologie*, Le Seuil, col. "Points", 1982, p. 25.
- (2) "Discurso de clausura de J.P. Chevènement", *Ibid.*, p. 194 [Jean-Pierre Chevènement, líder de la fracción CERES del Partido Socialista Francés, fue ministro de Estado para la investigación y la industria en el gobierno presidido por Pierre Mauroy].
- (3) *Ibid.*, p. 196.
- (4) NORA, S. y MINC, A., *L'informatisation de la société*, La Documentation Française, 1978, p. 42 [Ed. en castellano: *La Informatización de la Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, trad. Paloma García de Pruneda].

- (5) *Ibid.*, p. 12-13.
- (6) LIPIETZ, A., *L'Audace ou l'Enlèvement*, La Découverte, 1984, p. 274-275.
- (7) ROSNAY, J. DE, *Le Macroscopie*, *op. cit.*, p. 279.
- (8) Véase FLICHY, P., *Les industries de l'imaginaire*, *op. cit.*
- (9) Véanse, especialmente, el discurso de François Mitterrand en la cumbre de los grandes países industrializados, celebrada en Versalles, en junio de 1982; el discurso de Jack Lang, en la conferencia sobre políticas culturales, organizada por la UNESCO, en México, en julio de 1982, y, por último, los discursos de inauguración y clausura del llamado Coloquio de la Sorbona (*Colloque de la Sorbonne*) que congregó a intelectuales, creadores y altos funcionarios del Estado, en marzo de 1983, cuyas aportaciones han sido recopiladas en *Le Complexe de Léonard*, Editions Nouvel Observateur, 1984.
- (10) Acerca de esta problemática, véase MATTELART, M., "Quels programmes pour quelle internationalisation?" en MATTELART, A., DELCOURT, X., MATTERLART, M., *La culture contre la démocratie?*, La Découverte, Paris, 1984. [Ed. en castellano: *¿La cultura contra la democracia?*, Barcelona, Editorial Mitre, 1985.]
- (11) VICAS, D., "Prospective sur l'impact des nouveaux médias et les applications marketing ou publicitaires", *Nouveaux médias et nouvelles technologies*, *op. cit.*, p. 55.
- (12) GERMA, P., "La publicité du futur", *Ibid.*, p. 37.
- (13) HABERMAS, J., *Raison et légitimité*, Payot, 1978, p. 78.
- (14) Citado por GAVI, Ph., *Libération*, 18 de junio de 1984, p. 11.
- (15) Cf. SRATTE, J., "French and Traits", *Advertising Age*, 27 de marzo de 1978.
- (16) *Ibid.*
- (17) La especificidad francesa aparece aún más claramente cuando se escudriña la forma con que ciertos países europeos valoran su propia industria publicitaria y hablan de sus dificultades para encontrar un camino propio. Como lo prueba este extracto de un trabajo sobre la publicidad italiana: "En la última década, la publicidad italiana apenas si ha destacado en los festivales de cine publicitario (cine y TV), debido, en gran parte, a que hemos perdido nuestra identidad. Esto puede parecer increíble cuando sabemos que el mundo entero nos considera como los mejores creadores artísticos. El diseño italiano es el summum de nuestra expresión. Con la moda y las carrocerías que firman nuestros creadores, tanto en Japón, como en Francia o en la R.F.A.. El reproche que se les puede hacer a los publicitarios italianos es el de haber concedido más importancia a los hallazgos de los demás que a los suyos propios". (GAVIOLI, R., en *Grand Prix I film premiati in trent'anni di festival del cinema pubblicitario*, SIPRA, Turín, 1984, p. 35).
- (18) BERNSTEIN, S.R., "What is Advertising?", *Advertising Age*, 30 de abril de 1980, p. 28.
- (19) LAGNEAU, G., *Les Institutions Publicitaires, fonction et genèse*, tesis doctoral de Estado en letras y ciencias humanas, Universidad René-Descartes, dirigida por A. Girard, 1982, p. VIII.
- (20) *Les cultures populaires* (dirigido por G. POUJOL y R. LABOURIE), Privat, Toulouse, 1979, p. 36.
- (21) BOORSTIN, D.J., "The Rethoric of Democracy", *Advertising Age*, 19 de abril de 1976, p. 64.
- (22) *Ibid.*
- (23) BERMAN, R., "Advertising and Society", *Advertising Age*, 30 de abril de 1980, p. 7.
- (24) CRAIN, R., "Advertising. The Brick and Mortar of our Economy", *Advertising Age*, 30 de abril de 1980 p. 1.

- (25) BERNSTEIN, S.R., "What is Advertising?", *Ibid.*, p. 40.
(26) Entrevista con Michel FOUCAULT, *Cahiers du Cinéma*, julio-agosto, 1974, p. 7.

Capítulo 3

- (1) Acerca de la desreglamentación de los sistemas de comunicación en los Estados Unidos, remitimos para una visión crítica a SCHILLER, D., *Telematics and Government*, Norwood, N.J., Ablex, 1982; para una visión, netamente neo-liberal, véase SOLA POOL, I. DE, *Technologies of Freedom*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1983.
- (2) WIENER, N., *Cibernétique et société*, París, 10/18 (Ed. en castellano: *Cibernética y Sociedad*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1969; esta obra fue traducida al catalán por Jordi Mones y publicada en Barcelona, en 1965, con el título de *Cibernética i societat* por Edicions 62.).
- (3) *Business Week*, 21 de enero de 1985, p. 61.
- (4) Citado en ROLLE, P., "Sidéurgistes à la découverte de l'Amérique", *Enjeu*, febrero de 1985, p. 31.
- (5) RIBOUD, J., "La gauche et le déclin de l'Europe", *Le Monde*, 26 de febrero de 1985, p. 10.
- (6) "The New Corporate Elite", *Business Week*, 21 de enero de 1985, p. 63.
- (7) Desde el éxito comercial de *In Search of Excellence* (Traducción francesa: *Le prix de l'excellence*, Inter Editons, 1985), publicado en 1982, numerosas obras han venido a esclarecer los perfiles de estos nuevos empresarios. Véase en particular QUINN MILLS, D., *The New Competitors*, John Wiley & Sons, 1984.
- (8) Véase la obra que contiene los resultados de este estudio pionero: PAGES, M., BONETTI, M., GAULEJAC V. DE, DESCENDRE, D., *L'Emprise de l'organisation*, PUF, París, 1979.
- (9) "The Yuppie Who's Rewriting the Socialist Agenda", *Business Week*, 13 de mayo de 1985, p. 32. Respecto del ascenso al poder de los de la "quinta" del 68, Cf. LANDIER, H., "Les babyboomers au pouvoir" en *Futuribles*, n.º 87, abril 1985; y la obra colectiva *Cycles de vie et générations*, Economica, 1985.
- (10) Publicidad firmada por Jean-Louis Servan-Schreiber, con ocasión del lanzamiento de la revista *L'Entreprise*, "la revista de los que tienen espíritu de empresa", lanzada conjuntamente por el grupo Expansion y Ouest-France. *Libération*, 6 de mayo de 1985.
- (11) *Ibid.*
- (12) MAYER, A., entrevista realizada por J. AMALRIC y M. LUCBERT, *Le Monde*, 30 de octubre de 1984, p. 21.
- (13) "Dossier", sobre el docudrama americano, introducción de S. DANNEY, *Les Cahiers du cinéma*, enero de 1981.
- (14) BECKER, G.S., "How the Market Acted Affirmatively for Women", *Business Week*, 13 de mayo de 1985, p. 10.
- (15) Acerca de la génesis de esta doctrina, cf. SCHILLER, H., *Communication and Cultural Domination*, Nueva York, M.E. Sharpe, White Plains, 1976, capítulo 2.
- (16) HALLORAN, J., *The context of Mass Communication Research*, París, UNESCO, 1980.
- (17) US State Department Memorandum, William G. HARLEY, en *Journal of Communication*, otoño 1984, vol. 34, n.º 4 Este número dedica un "dossier" a las reacciones internacionales ante la retirada americana.
- (18) Sobre este punto, véase la tesis defendida por ROACH, C., *La Position amé-*

ricaine sur le nouvel ordre mondial de l'information et de la communication (1970-1983): le gouvernement, la presse et les groupes d'intérêts, Université de Paris-VII, tesis dirigida por A. MATTELART, 1985.

- (19) LUBAR, R., "Reaganizing the Third World", *Fortune*, noviembre 1981.
- (20) Acerca de estas reivindicaciones y de sus resultados véase MATTELART, A., *Transnationals and the Third World, The Struggle for Culture*, Massachusetts, Bergin & Garvey, 1983.
- (21) Acusando a los grupos cristianos de los Estados Unidos, que hacían campaña contra la estrategias publicitarias de las grandes firmas farmacéuticas y agro-alimentarias en los países del tercer mundo, de ser marxistas disfrazados, un representante de una gran transnacional farmacéutica de los Estados Unidos le confiaba a un periodista de *Fortune*: "Estos activistas pueden hacerles un gran favor a las empresas, porque les ayudan a detectar dónde se sitúan los retos sociales. Así es como los marxistas que se manifiestan bajo la enseña de Cristo pueden ayudar a que el sistema de la empresa privada se adapte y sobreviva. Incluso si es lo último que desean." (En NICKEL, H., "The Corporations Haters", *Fortune*, 16 de junio de 1980, p. 128).
- (22) BELL, D., "Communications Technology. For Better or for Worse", *Harvard Business Review*, mayo-junio 1979.
- (23) Long Range Goals in *International Telecommunications and Information: an Outline for United States Policy*, Washington, US Government printing 1983.
- (24) PODMORE, C., en *Telecommunications Policy*, marzo de 1985, p. 80.
- (25) Citado por Pierre DROUIN, "Multinationales, firmes de pointe?", *Le Monde*, 10 de mayo de 1985, p. 42.
- (26) Acerca del reto que representa la militarización del espacio, y su vínculo con el desarrollo de los sistemas de comunicación, véase el "dossier" "L'Es-pace, nouvelle frontière de l'empire américain", con artículos de V. MOSCO y H. SCHILLER, *Le Monde Diplomatique*, marzo de 1984. [Véase también FELDEN, Marceau, *La guerra en el espacio. Armas y nuevas tecnologías*, Madrid, FUNDESCO/Tecnos, 1985 (Col. Hermes, prólogo de José Manuel Morán, trad. Gilles Multigner).]
- (27) No desarrollaremos aquí este tema. Sobre esta génesis, pueden consultarse: MATTELART, A., *Multinationales et systèmes de communication*, Anthropos, 1976 [Ed. en castellano: *Multinationales y sistemas de comunicación*, trad. de Tununa Mercado, México, Siglo XXI Editores, 1977]; MATTELART A., y M., *De l'Usage des médias en temps de crise*, op. cit.; MANAHEM G., *La Science et le militaire*, Le Seuil, 1976; JAUBERT, A. y LEVY LEBLOND, J.M., (*Auto*)critique de la science, Le Seuil, 1976. Una obra más reciente sobre el tema es la de SCHILLER, H., *Information and the Crisis Economy*, Norwood (N.J.), Ablex, 1984 [Ed. en castellano: *Información y economía en tiempo de crisis*, Madrid, FUNDESCO/Tecnos, 1986, Col. Hermes, trad. Ildefonso Pérez Rodríguez.].
- (28) CLAIBORNE, W., "From Foreign Embassies, Afghan News", *International Herald Tribune*, 18-19 de mayo de 1985.
- (29) Véase THIVOLET, P.M., "Les vertus de la désinformation", *Le Monde diplomatique*, diciembre 1983. Una fundación norteamericana independiente, compuesta por ex-militares y antiguos funcionarios, ha publicado, en mayo de 1985, un informe sobre las relaciones entre la prensa y el ejército. Este documento, redactado tras la invasión de Granada, pone de relieve hasta qué punto la decisión unilateral del Pentágono interrumpe una tradición que se remonta a la Segunda Guerra Mundial. Hasta octubre de 1983, las decisiones en materia de información y de censura de prensa siempre habían sido tomadas por civiles. Era al presidente, en su condición de comandante en

- jefe del ejército, y a sus asesores civiles, a quienes competía reglamentar el papel de la prensa en los conflictos bélicos. (Véase JONES, A.S. *New York Times*, "La presencia de periodistas en el frente de batalla es necesaria, según un informe independiente", *El País*, Madrid, 31 de mayo de 1985, p. 31).
- (30) Lleva el nombre del poeta y luchador por la independencia de Cuba, José Martí, que fundó, desde el exilio, el partido revolucionario cubano, y murió al frente del ejército de liberación en 1895, durante la batalla de Dos Ríos. Con una potencia de 50 kilovatios, Radio Martí emite en onda media una programación, en castellano, de catorce horas diarias cuya cobertura alcanza a toda la isla de Cuba.
- (31) La necesidad de que, de ahora en adelante, coexistan en las redes tradicionales, igual que en las nuevas redes, la lógica de la guerra y la lógica del mercado, tiene su confirmación en los proyectos anunciados por la United States Information Agency (USIA) que ejerce el control de "La Voz de América". En noviembre de 1984, este organismo oficial presentó su candidatura para la adquisición de un canal en un satélite comercial europeo para el lanzamiento de Worldnet, un programa diario de televisión de dos horas de duración. Su promotor, asesor especial del Presidente Reagan, no ha tenido reparos en valorar esta iniciativa como "de tanta importancia para la Alianza Atlántica como la instalación de los misiles Pershing II en Europa". (Citado por LACAN, J.F., "Les Etats-Unis à l'assaut de la télévision européenne", *Le Monde*, 12 de febrero de 1985, p. 18).

V. ¿Los supervivientes de la dialéctica?

El auge contemporáneo de ciertas corrientes del pensamiento post-industrial corre parejo con la idea de que, si bien los macro-sujetos desaparecen del horizonte de los grandes países con alta tecnología, en cambio, modelan siempre las realidades y las mentalidades en las zonas "sub-desarrolladas". De ahí, la idea, implícita la mayoría de las veces, pero explicitada si llega el caso, de que la teoría dialéctica que ha acompañado a la formación de los macro-sujetos (Estado y clase) sólo valdría para aquellas realidades en las que, Estado y clase, aún no han sido metabolizados, toda vez que no han superado la fase prehistórica de la formación de la identidad individual y colectiva. Aquí, las nuevas topologías complejas de la individualidad. Allí, las topologías infinitamente más simples de la era del desarrollo, de una historia, orientada con arreglo a un fin que alcanzar, que todavía hace intervenir a "las masas".

Importante variación en relación con las primeras concepciones de la sociedad post-industrial. ¿Acaso Daniel Bell, lo mismo que Z. Brzezinski, no han construido toda su visión del campo internacional, partiendo de la noción de "interdependencia"? Imaginada por la ciencia política americana, íntimamente ligada a las estrategias de legitimación de la política estatal, esta noción de "interdependencia", eminentemente geo-política, ha expulsado del campo de las referencias de las relaciones internacionales a la idea de desigualdad. Hacía caer en desuso a las nociones de "imperialismo", de "colonización", relegadas a la edad anterior, "pre-tecnocrónica" o industrial, poniendo a las diversas naciones en el pie de igualdad de la dependencia mutua y recíproca.

Desde la aparición de los conceptos de sociedad post-industrial, de sociedad "tecnocrónica", de sociedad de la información, la ciencia política americana había insistido en señalar que la revolución científica y técnica indicaba el final de la idea de imperialismo; en cualquier caso, del imperialismo cuya práctica se reprochaba a los Estados Unidos. Era Z. Brzezinski, creador del concepto de "sociedad tecnocrónica", quien, a finales de los años sesenta, escribía: "La idea de imperialismo, más que ponerla de relieve, oculta la naturaleza de las relaciones entre América y el mundo: éstas son más complejas y, a la vez, más íntimas. El elemento "imperial" de estas relaciones ha sido, en primer lugar, una reacción pasajera y muy espontánea ante el vacío creado por la Segunda Guerra Mundial y ante el miedo al comunismo que inspiraba [...]. La novedad que caracteriza a las relaciones de América con el resto del mundo —relaciones complejas, íntimas y porosas— es tal, que los análisis más ortodoxos del imperialismo, y especialmente el análisis marxista, no logran dar cuenta

de ello. Ver a estas relaciones, exclusivamente, como la expresión de un esfuerzo imperialista, es ignorar el papel desempeñado en este fenómeno, de vital importancia, por la revolución tecnológico-científica (1)".

La hora de la estrategia de dominación cañonera estaba arrumbada en el cuarto de los trastos. La estrategia de dominación comercial y financiera, según pretendía, no sería, pronto, más que un recuerdo. Con las tecnologías de la información, se iniciaba la era de la tercera generación, en términos de redes.

1. La crisis de los paradigmas

AQUÍ Y ALLÁ

La idea de la ruptura entre mundo desarrollado y tercer mundo sólo podía renacer en Europa, y, muy especialmente, en la Europa latina, en el contexto de la crisis de la intelectualidad, que afecta al conjunto de las relaciones de esta última con las otras clases y grupos sociales.

Más de diez años nos separan del momento en que Michel Foucault, en *Les Cahiers du cinéma*, decía lo siguiente: "Hay una batalla por la historia, en torno a la historia, que se desarrolla actualmente y que es muy interesante... Las luchas populares, hasta 1968, eran folklore. Para algunos, ni siquiera formaban parte de su sistema inmediato de actualidad. Después de 1968, todas las luchas populares, ya tuvieran lugar en América del Sur o en África, encuentran eco, resonancia. Por consiguiente, ya no se puede establecer esta separación, esta especie de cordón sanitario geográfico (1)". Diez años, pues, y este "cordón sanitario geográfico", al que invalidaba, parece haber sido sinuosamente restablecido. El vínculo que aspiraba a ver entre aquí y allá se ha disuelto en la idea de ruptura entre lo que ocurre aquí y lo que ocurre allí, entre lo que se piensa aquí y lo que se piensa allí, entre lo que se hace aquí y lo que se hace allí, entre lo que se hace aquí y lo que se piensa allí.

Un viento de etnocentrismo sopla sobre Occidente. Ojo por ojo, diente por diente, dirán algunos: no es más que la justa réplica de los fundamentalismos de cualquier índole ante la escalada de la violencia etnocéntrica. ¿Quién no recuerda a ese gentío sobre el asfalto del aeropuerto de Beirut, vociferando, puño en alto, ante el avión de la TWA, secuestrado en julio de 1985: "¡Muerte a los americanos!" ¿Quién ha olvidado la entrevista con el portavoz de los integristas chiitas libaneses, que desafiaba, indiscriminadamente, al imperialismo, al marxismo y al "superman blanco" (2)?

Imagen de un tercer mundo que huye deliberadamente de cualquier terreno de negociación y se encierra en radicalismos que excluyen toda posibilidad de entendimiento mutuo. Imagen tan excesiva que justifica el final de la culpabilidad de Occidente (que, por cierto, no ha esperado a eso para empezar a despuntar). Entre tanto, aprisionada entre los apocalípticos políticos y los grandes gestos paternalistas provocados por el anuncio de catástrofes naturales, la imagen que Occidente tiene del tercer mundo guarda escasa relación con la reflexión que éste produce acerca de su propia vivencia. Y esta equivocación es percibida cada vez más dolorosamente por el otro. Un indicio lo tenemos en esa guionista de la película argentina *La Historia Oficial* que, al final de la rueda de prensa, en el festival de Cannes de 1985, se adelantaba al reproche que, sin duda, nadie le habría formulado, pero que ella consideraba implícito en este tipo de debates sobre las cinematografías del tercer mundo: "El cine

está un poco distribuido en zonas. Las zonas siniestradas hablan de su siniestro, las zonas de paz se permiten el lujo del arte y de la metafísica. Nosotros le dejamos la metafísica y las dudas del alma a Bergman. Nosotros, que estamos amenazados, perseguidos, disminuidos; nosotros los latinoamericanos, tenemos que hablar de lo que nos amenaza, de lo que nos disminuye o nos persigue. Pero, desde este punto de vista, se nos sigue tratando como a indígenas, de los que se duda que tengan alma. Nosotros también tenemos un alma y queremos hablar de ella. No sólo somos los espectadores del alma de los países ricos (3)".

Muchos elementos conspiran contra la comprensión de ese tercer mundo: las ideologías del repliegue sobre uno mismo, cultivadas por la crisis; el rechazo del "Sur" a través de sus representantes entre nosotros, los inmigrados; las lógicas de las políticas de reindustrialización, que estrechan los lazos entre los grandes países que controlan las tecnologías de punta; las realidades de la competencia en los mercados internacionales, donde la presencia de las jóvenes industrias de ciertos países del tercer mundo, más concretamente, los "nuevos países industriales", perturba los antiguos equilibrios de un Occidente que disfruta en esos mercados de una renta confortable; los pensadores de la sociedad de la información, que centran la evolución del mundo en el determinismo de la ciencia y de la tecnología, y señalan que, "de ahora en adelante, resulta improbable" que el tercer mundo asuma la función de un sujeto crítico (4).

Pero, por encima de todo, es la aplicación a las relaciones internacionales de una clave de lectura reducida a un enfrentamiento planetario entre totalitarismo y democracia, la cual confiere coherencia al conjunto. Se acabaron los matices que, en su momento, inspiraron al grupo *Socialismo o Barbarie*.

Con la escalada del etnocentrismo, no es ya sólo la historia de las luchas la que enmudece: se silencia la génesis de las nociones que permitieron que los actores de esta historia identificaran las rupturas que han caracterizado a los últimos treinta años. Allí donde había diversidad, un cierto Occidente ha visto un todo homogéneo. Y se produjo el lanzamiento de la noción de sub-desarrollo, que sólo puede imaginar aquel que se considera desarrollado.

LA MODERNIZACIÓN

La noción de sub-desarrollo no vio la luz en los laboratorios de las universidades, sino en la Casa Blanca, donde fue revelada, a bombo y platillo, por el presidente Truman, en 1947, en un discurso que ha pasado a la historia como "El punto cuatro". En aquella época, el gobierno de los Estados Unidos afirmaba que la miseria era el terreno abonado para el comunismo. (Toda una fracción del *establishment* americano sigue afirmándolo. Los "halcones" nunca se lo han creído.). Por consiguiente, había que

apoyar a los gobiernos amenazados por movimientos de liberación de nuevo cuño. De entrada, se pretendió que la noción de sub-desarrollo movilizara a la opinión pública, a los recursos financieros, a la materia gris; pero no llegaría a ser operativa hasta 1957, es decir, diez años después. Europa tenía su Plan Marshall (1947). El tercer mundo tendrá los planes de la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID) que reconocerá a América Latina como su primer campo de actuación. En 1959, con la entrada de Fidel Castro en La Habana, las cosas se aceleran. En 1962, la Alianza para el Progreso, auspiciada por el presidente Kennedy, intenta, explícitamente, contrarrestar la amenaza de una alternativa violenta, a la cubana. Al financiar planes de modernización en los sectores de la sanidad, de la educación, del urbanismo, de la agricultura, el Estado americano asume el papel de Estado-providencia en el ámbito internacional. La partida de nacimiento de la noción de sub-desarrollo, por tanto, fue política, en el sentido estricto del término. Adquirirá posteriormente sus contenidos científicos.

Es en ese preciso contexto donde aparecerá la teoría de la modernización, que ha influido profundamente en las representaciones de la evolución de los sistemas de comunicación.

El concepto de lo moderno se opone, desde su nacimiento, al concepto de lo "tradicional". También está construido sobre otra bipolaridad gemela: *folk*/urbano (que, a su vez, puede evocar a la dicotomía cultura popular/cultura de masa). El desarrollo, sinónimo de "cambio social", es precisamente, el paso del polo tradicional al polo moderno.

El libro fundamental será el de Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society*, publicado en 1958. Le seguirán otros clásicos, *The Achieving Society* (1961), de David McClelland, *Communication and Political Development* (1963), de Lucien Pye, y *Mass Media in National Development* (1964), de Wilbur Schramm. Poco conocidos en Europa (ninguno ha sido traducido íntegramente al francés), serán ampliamente divulgados a través de todo el tercer mundo.

Son conocidas las referencias económicas y culturales vinculadas a los dos polos tradición/modernidad. Lo que resulta más difícil de imaginar es la connotación política relativa a los hitos "moderno" y "tradicional". De ahí el interés por volver al libro de Lerner. Como muchos sociólogos y antropólogos americanos, Lerner se alistó en la división "Psychological Warfare" del ejército de los Estados Unidos, durante la Segunda Guerra Mundial, llegando a ser editor-jefe de la sección "Inteligencia". A diferencia de otros sociólogos, especialmente Marcuse, que se alejaron de esta problemática, una vez acabadas las hostilidades, Lerner procuró sacar las consecuencias teóricas de esta experiencia de guerra psicológica. En 1949 publicó *Sykewar* (abreviatura de guerra psicológica) y, a partir de 1950, por cuenta de la "Voice of America", inició una gran encuesta que le conduciría por la mayoría de los países de Oriente Medio, por Grecia y por la R.F.A. *The Passing of Traditional Society* es, precisamente, el resultado del análisis de 1.600 entrevistas realizadas en Turquía, en el Líbano

no, en Egipto, en Siria, en Jordania y en Irán (5). Este estudio de audiencia comparativa, destinado a contrastar la popularidad de la "Voice of America", de la BBC y de las radios soviéticas, clasificaba a las poblaciones en tres estratos: moderno, de transición, tradicional. En aquel Oriente Medio, marcado por la revolución de Musaddaq y por el régimen de Nasser, el grupo "de transición" representaba para Lerner la alternativa de otra vía de cambio social. La continuidad respecto del trabajo anterior (*Sykewar*) era manifiesta en la medida en que las tres categorías que utiliza para clasificar los objetivos de la guerra psicológica durante la Segunda Guerra Mundial se adaptan a la necesidad de abarcar los objetivos del modelo de modernización social. Según advierte Rohan Samarajiva, de Sri-Lanka: "Los modernos eran asimilables a las categorías antinazis. Ya estaban convertidos. Los "tradicionales" eran el equivalente, en Oriente Medio, al 35% de la población germano-occidental identificado como nazi. Los "de transición", así como los apolíticos, eran considerados como los más receptivos al esfuerzo de propaganda (6)".

En el contexto internacional de guerra fría que caracteriza al momento en que aparece la teoría de la modernización en el campo de la comunicación, la actitud respecto de los Estados Unidos o de la Unión Soviética definía, respectivamente, a los modernos y a los tradicionales. Era uno de los fundadores de la ciencia de la comunicación en los Estados Unidos quien, en 1952, escribía: "La función más inmediata de la investigación en comunicación es la de ayudar a modificar los modos de percepción del mundo no soviético en relación con ciertos puntos estratégicos [...]. Un marco de referencia común de percepción del mundo [...] deberá clarificar la identidad de los auténticos aliados y de los enemigos frente a los alineamientos, reales y potenciales, que surgen en la construcción de un bloque político unificado del mundo libre (7)".

Esta breve referencia a la primera obra que relaciona la noción de desarrollo-modernidad con la de comunicación es válida tanto para la pequeña como para la gran historia.

Nacida en la estela de las preocupaciones de los Estados Unidos por un Oriente Medio que se agita, la teoría de la modernización hallará en América Latina un campo de aplicación privilegiado. Entonces hubo otra obra pionera, la de Everett Rogers, formado en la escuela económica de Chicago. A las aportaciones de la ciencia política hechas por Lerner, Rogers añadirá las del marketing industrial, que habían empezado a dar prueba de sus aptitudes en los grandes países metropolitanos. Es en 1962 cuando aparece, en español, su obra sobre "la difusión de las innovaciones" (8).

Con "la teoría de la difusión", más conocida como el "difusionismo", el primero en hacer su entrada es el concepto de "innovador", toda vez que la definición del innovador es meramente nominal y tautológica: el innovador es quien primero adopta o utiliza una innovación, y no quien la produce. Una innovación definida por Rogers como "idea, hábito u objeto percibidos como nuevos por un individuo". Es este concepto el que per-

mite clasificar a los individuos en cinco categorías, tanto en América Latina como en Asia o en los Estados Unidos: innovadores-adaptadores avanzados-mayorías avanzadas-mayorías atrasadas-retardatarios. Aplicado a estructuras agrarias extremadamente diversas, el concepto diseña una sociedad en la que la pertenencia a la clase y al grupo desaparece en beneficio de un conjunto de perfiles de personalidades más o menos favorables o reacias al "cambio". Con la teoría de la difusión, se produce la penetración de la ideología de la modernidad en los proyectos de desarrollo agrario, en la organización de las comunidades, en las campañas de alfabetización, de planificación familiar, de sanidad pública, etc.

Los expertos difusionistas elaborarán estrategias para que se adopten "los valores y las actitudes positivas" convertidos en sinónimos de cambio y de progreso, todos ellos asociados a la tecnología, a la ciencia, a la racionalidad, al cosmopolitismo, a la empatía. Además de vender la personalidad moderna, se trataba, al mismo tiempo, de preparar el mercado para mecanizar el campo, reducir el tamaño de las familias y velar, a la vez, por la reproducción de la fuerza de trabajo.

En respuesta a esta idea difusionista de la comunicación-desarrollo, definida en función del poder del emisor y del sentido unívoco de la relación emisor-receptor, un experto en campañas de alfabetización, el brasileño Paulo Freire, propone, a principios de los años sesenta, un dispositivo de educación que, ante todo, concede la palabra al "educado". La pedagogía de Paulo Freire, que tuvo y sigue teniendo una inmensa repercusión, primero en Brasil, y luego, en toda América Latina, en los Estados Unidos, en Europa y en el África de habla portuguesa, se basa en el rechazo a considerar la educación como "una palanca de progreso", en el rechazo de la idea de modernización al uso en la sociología de inspiración americana, es decir, de la aparente antinomia entre una sociedad "cerrada" y una sociedad "abierta", entre una "sociedad tradicional" y una "sociedad moderna", oposición en la que los elementos para la definición de uno de los términos se obtienen por la mera negación formal del otro (9).

No hay forma de comprender esta corriente de pensamiento y de acción, si no se relaciona con la historia de la izquierda católica brasileña. El movimiento de cultura popular puso en práctica, a partir de 1962, durante el gobierno populista de João Goulart, un extenso programa de alfabetización de adultos en el Nordeste, la región más pobre del Brasil, que contaba entonces con 16 millones de analfabetos sobre un total de 25 millones de habitantes. Este programa, dirigido por Paulo Freire, movilizó a un sector importante de profesores comprometidos y de estudiantes de la Unión Nacional de Estudiantes, así como al "Movimiento de educación de base", apoyado por el episcopado brasileño. Este movimiento no era sino una de las manifestaciones de la ebullición de cuestiones y de iniciativas que caracterizó, a partir de esta época, a numerosos grupos cristianos. También es en este contexto cultural y político donde se elaboran las primicias de la teología de la liberación, en Brasil y en otros países

latinoamericanos. Serán precisos veinte años para que el poder del Vaticano se inquiete por los efectos subversivos de esta "nueva doctrina" de una Iglesia de los pobres, sospechosa de haberse vuelto marxista. La Iglesia del *post-aggiornamento*, involucrada, ella también, en los esquemas del *prêt-à-porter* Este/Oeste, estima que no es la miseria la que abona el terreno del comunismo, sino el adoctrinamiento.

En 1976, Everett Rogers, pionero de la teoría difusionista, publicaba un artículo, titulado: "Comunicación y desarrollo: la superación del paradigma dominante (10)". Reconocía en este artículo el fracaso del enfoque teórico y práctico inspirado en el difusionismo y tomaba nota del auge de los nuevos modelos de desarrollo inspirados en la idea de *self reliance*, de desarrollo endógeno o autocentrado. Este texto estaba salpicado de numerosas referencias: Paulo Freire, Mao Zedong... Borrón y cuenta nueva. El abandono de esta concepción, tachada de centralizadora y conminatoria, del modelo lineal de la llamada comunicación "persuasiva", tenía lugar en beneficio de un nuevo modelo llamado modelo de convergencia. "La comunicación unilateral de persuasión se ajustaba al viejo modelo de desarrollo, mientras que el modelo de convergencia se acopla mejor a la concepción teórica del nuevo desarrollo, concebido como participación, autorrealización y justicia (11)". Las nuevas nociones-clave eran la comunicación dialógica y la comunicación participativa. Al *feedback* (o retro-alimentación) que en adelante figurará en el orden del día, se le añade el *feed-forward* (o pre-alimentación), que indica que los mensajes deben elaborarse partiendo de las necesidades expresadas por los campesinos.

Por primera vez, unos representantes del funcionalismo americano reconocían los primeros indicios de la crisis de las categorías dominantes, y ello como consecuencia de haber confrontado experiencias de campo en el tercer mundo.

No obstante, igual que sucediera antes, no se encuentran en los conversos del paradigma dominante interrogantes acerca del poder. Al tomar nota de las potencialidades de las nuevas microtecnologías de comunicación, extrapolaban sus virtudes descentralizadoras al conjunto de las relaciones sociales, asimilando descentralización con redistribución de los poderes, intercambio interpersonal de información con democracia. Procedentes de la teoría del difusionismo, nacida en la estela de las estrategias de persuasión del marketing industrial de masa, de hecho seguían el curso de aquella hacia formas cada vez más personalizadas y participativas, concediendo una gran importancia a la respuesta, al retorno de las reacciones del receptor. Así se explica, sin duda, por qué el nuevo paradigma sigue mencionando a estos receptores como "clientes"; se trata de ayudarles a determinar sus propias necesidades y a formular sus demandas de técnicas. Cabe añadir que esta revisión del paradigma ha superado ampliamente el marco de la comunidad académica, para emigrar hacia las grandes agencias del desarrollo del Estado americano, especialmente la USAID. Es esta una oportunidad más para comprobar

cuán pronto se incorporó el principio de lo "*small is beautiful*" a la nueva formulación del poder imperial.

LA DEPENDENCIA

Si hay una noción que ha resistido con dificultad las rupturas epistemológicas, esa es la de imperialismo cultural. Más que un concepto rigurosamente definido, esta noción de imperialismo cultural, que apareció a finales de los años sesenta, al amparo de una alianza de intelectuales comprometidos de los tres continentes (12), fue ante todo una noción movilizadora que permitió orientar cierto tipo de análisis hacia las nuevas modalidades de las relaciones entre las culturas en una economía en vías de internacionalización, dándole una nueva dimensión a los estudios clásicos sobre las relaciones entre metrópolis y antiguas colonias (13).

En aquella época, hablar de imperialismo cultural era romper con la tradición economicista de un movimiento obrero internacional, presto a condenar las experiencias que se atrevían a poner a la cultura por delante de la economía, a la conciencia por delante de la infraestructura. Esta noción se apoyaba tanto en la condena que el Che Guevara había hecho de las formas del realismo socialista durante los primeros años sesenta como en la idea de revolución cultural que agitaba a las izquierdas no ortodoxas a través del mundo. Se hacía eco de los análisis de Franz Fanon, prologados por Sartre, y no carecía de vínculos con el impulso del movimiento negro en Estados Unidos.

Se ha cometido el error, y se sigue cometiendo, de creer que la noción de imperialismo cultural guardaba una estrecha relación con la teoría leninista del imperialismo del capital financiero. Algunos se sorprenderán si les revelamos que quizás le debe tanto, respecto de sus aportaciones y de sus desviaciones, al pensamiento keynesiano como al pensamiento leninista. Los factores de naturaleza psicológica que han encauzado la historia de los expansionismos y de su dominación cultural, en efecto, ¡han atraído más la atención de Keynes que la de Lenin (14)! Sea como sea, la noción de imperialismo cultural, en sus principios, tiene que ver más con las nociones de etnocentrismo y de etnocidio que con la teoría económica.

La noción de imperialismo cultural tuvo el mérito de estar presente en la apertura de nuevos frentes de resistencia de artistas y de intelectuales en los países del tercer mundo y, muy especialmente, en América Latina. Pero también movilizó a muchos intelectuales, artistas y militantes en América del Norte. Convocó a la joven cinematografía latinoamericana, enfrentada a un sistema de distribución internacional desequilibrado y discriminatorio. Convocó a sociólogos, economistas, antropólogos, educadores, que se distanciaban de la ideología funcionalista de la ciencia. En el ámbito de las ciencias de la comunicación, esta noción tendrá, para el análisis de las relaciones de fuerzas internacionales, la misma importancia que la alcanzada, unos diez años más tarde, por el concepto de inter-

nacionalización de los sistemas de comunicación y de las industrias culturales, en los círculos de la investigación crítica en Europa, y, especialmente, en Francia.

Si América Latina y otras regiones del tercer mundo, como la India, por ejemplo, han sido tan sensibles a la noción de relaciones de fuerzas internacionales, desde finales de los años sesenta, no es sólo por razones de radicalización política. También es porque han conocido, más precozmente que otras regiones, los retos planteados con la llegada de las nuevas tecnologías. Es, en efecto, a finales de los años sesenta cuando la cuestión del satélite se plantea abiertamente en América Latina y en la India. Según advertían los promotores de estos proyectos, los experimentos en los países en vías de desarrollo debían permitir la acumulación de conocimientos susceptibles de ser utilizados tanto en los países desarrollados como en el tercer mundo: "Incluso si los experimentos propuestos a la India y al Brasil pueden tener objetivos, dimensiones y costos distintos, es deseable que puedan proporcionar el enfoque que requiere la realización operativa de sistemas de satélites en los países desarrollados y en vías de desarrollo. El futuro de estos sistemas depende del resultado de estos estudios y de otros estudios similares. Se tiene que tomar nota de todos los errores, las deficiencias y los éxitos, si de verdad se pretende que los resultados sean beneficiosos para la planificación, la concepción, el desarrollo y la instalación de futuros sistemas (15)".

La noción de imperialismo cultural, obviamente, tenía defectos. Se le reprocha haber insistido demasiado en el emisor y no haber insistido lo suficiente en los receptores. Se le reprocha, sobre todo, el haber sido utilizada para hacer énfasis en un único actor del escenario internacional, el macro-sujeto "Estados Unidos", protegiendo así a las prácticas de los poderes interiores, de las miradas críticas. Pero condenar a esta noción por haber permitido esto, sería ignorar la estrecha vinculación que tenía con este extenso movimiento de producción teórica crítica que se desarrolla a partir de los años sesenta y que cristaliza en torno a la "teoría de la dependencia (16)".

Aportación original de América Latina, la "teoría de la dependencia" es la primera tentativa de las ciencias sociales latinoamericanas para refutar los postulados de la sociología funcionalista y de la escuela económica neo-clásica, que eludían la dimensión histórica del desarrollo y del subdesarrollo. Primera tentativa, pues, para interpretar globalmente la realidad del sub-continente, desde un punto de vista autóctono. Nacida en Brasil y en Chile, se le reprochará, precisamente, haber hecho extensivas sus hipótesis al conjunto heterogéneo de América Latina, y haber trasladado sus modelos de interpretación a otros continentes (17).

También se le imputará a la teoría de la dependencia la tendencia a privilegiar al elemento internacional como único actor de la transnacionalización de las economías y a minimizar el papel de la sociedad-anfitriona. ¿Es preciso advertir que esta tendencia a centrarse en las macro-estructuras internacionales no obedece sólo a la teoría de la dependencia?

Tienen razón, por ejemplo, cuantos han puesto de relieve que la teoría sobre el desarrollo de la economía-mundo capitalista, elaborada por el americano Immanuel Wallerstein, incurre en errores similares. Al reducir al Estado a un estatuto instrumental, entendiendo por Estado a una institución "creada de la nada que refleja las necesidades de las fuerzas sociales que operan en la economía-mundo capitalista (18)", se pasa a una concepción de la dominación de lo económico, sin mediación, que intrumentaliza lo político. Al convertirse el Estado del siglo XX en una superinstitución económica, apenas si queda sitio para una concepción del Estado como lugar de mediación y de negociación entre actores sociales, nacionales y locales, con intereses y proyectos divergentes. Esto nos remite a lo que hemos expuesto anteriormente (véase la IV Parte) acerca de la dificultad de articular los diversos niveles de la realidad.

La principal crítica que podemos dirigir a muchos de los análisis inspirados en la teoría de la dependencia es, pues, su confinamiento en una economía política poco atenta a la teoría política y que prescinde del análisis de las clases sociales, de los sistemas de poder y del Estado. Según advierte un politólogo brasileño: "Nunca se insistirá lo bastante en que el dualismo que está en la raíz de la teoría de la dependencia, y la «miseria» de su enfoque político proceden, en gran medida, de una concepción «economicista» del proceso social que considera al desarrollo económico como un fenómeno de carácter esencialmente cuantitativo, y, en este sentido, como un fenómeno «natural». El concepto de dependencia parece seguir el mismo camino que el del concepto de modernización, tal como lo emplea la ciencia política norteamericana. Entre el centro y la periferia, entre los países dominantes y los países dominados, discurre el flujo del desarrollo económico: algunos se apoderarán de él, otros bloquearán su curso; estará disponible para algunos, pero no para todos. Superar la dependencia equivale a "tener otra oportunidad" dentro del desarrollo, lo mismo que superar el tradicionalismo es una condición indispensable para llegar a ser "moderno". Uno de los escasos autores "dependentistas" que intenta escapar de la miseria de esta teoría política es F. H. Cardoso, con su trabajo sobre las clases sociales y el Estado, así como el economista C. Furtado, a través de sus más recientes formulaciones (19)".

El economista chileno Gonzalo Arroyo ve, en esta reducción a lo económico, la explicación al hecho de que el campo cultural y el de las resistencias populares hayan interesado tan poco a la investigación económica y política influida por esta particular idea de la dependencia. "El análisis del proceso histórico, sobre todo de los movimientos sociales de base, de la forma en que se constituyen, se estructuran y se expresan, su dimensión ideológica, cultural y religiosa, ha sido, por lo general, dejado de lado por los economistas, los sociólogos y otros intelectuales identificados con la corriente de la dependencia (20)".

Y son precisamente estas cuestiones postergadas las que volverán a surgir con las crisis del dilema revolución/reformismo, las que verán

cómo una renovada mirada crítica se dirige hacia la pluralidad de los nuevos sujetos históricos, más próximos a la base, más populares, más próximos a las colectividades reales y concretas, que los partidos tradicionales y las organizaciones sindicales, más próximos a la cotidianidad de la experiencia de la opresión y de las injusticias.

Entre el momento en que aparecen las nociones de dependencia e imperialismo culturales y esta nueva etapa, también hay un largo período de incubación durante el cual el tercer mundo no se conformó con denunciar los mecanismos de su sujeción internacional, sino que empezó a crear relaciones de fuerzas que le fueran más favorables en el juego de las negociaciones con los macro-sujetos económicos. Lo cual demuestra, una vez más, que los conceptos también corresponden a estados de conciencia. El mérito de la teoría de la dependencia consiste en haber preparado la aparición de esta nueva fase.

2. El reencuentro con lo popular

UNA EXPERIENCIA CLÁSICA Y MODERNA A LA VEZ

No tiene nada de extraño que la noción de dependencia cultural, y la de resistencias y culturas populares, hayan discurrido por separado en los años sesenta, época en la que la izquierda latinoamericana está atravesada por estrategias contradictorias en las que el protagonista popular no ocupa el lugar preponderante. Por un lado, la extrema izquierda inspirada en la revolución cubana pone énfasis en los aspectos puramente militares de la lucha. Es la época de la teoría "foquista", en la que un grupo ilustrado piensa poder movilizar a una masa que difícilmente se mueve. Por otro lado, los partidos obreros están convencidos de su papel de vanguardia en la preparación de la toma del Estado. Por último, la concepción dominante de lo político aparta deliberadamente la idea de la necesidad de crear progresivamente una hegemonía popular y la posterga para los mañanas revolucionarios. Concepción que privilegia lo que Gramsci llamaba "la guerra de posición" en detrimento de una "guerra de movimiento", una guerra que tenga en cuenta los movimientos contradictorios que recorren a la sociedad civil y al Estado.

La llegada de la Unidad Popular en Chile, en 1970, empezará a agrietar ese bloque de convicciones demasiado firme. Clásico, este proceso lo fue desde muchos ángulos. Clásico, por lo que se refiere a sus actores. ¿Acaso no se asemejaba la izquierda chilena a esa izquierda internacional? La organización y la historia de sus partidos obreros reflejaban la génesis del movimiento obrero occidental. Desde este punto de vista no tenía nada que ver con sus vecinos, Argentina y Bolivia en particular, la primera a causa de sus formas de populismo que había reducido al Partido Comunista a una ínfima minoría, la segunda debido a la fuerza del movimiento sindical minero que se proyectaba sobre la sociedad civil. Tampoco tenía nada que ver con Brasil, donde el populismo, tanto en la etapa de Getulio Vargas como en la de João Goulart, había dejado profundas huellas en las organizaciones políticas, en las de derecha y en las de izquierda.

Desde otro punto de vista, Chile dejaba de ser clásico. Y la pregunta "¿Qué hacer?" con los medios heredados por la izquierda, sirvió para calibrar la escasa utilidad de muchos de los enfoques consagrados, cuando se trataba de buscar una alternativa frente a los medios hegemónicos. La Unidad Popular tenía que enfrentarse con una burguesía, ciertamente dependiente, pero dotada también de inteligencia política, que le había proporcionado su larga trayectoria de gestión de los asuntos públicos en una democracia representativa muy real. Se trataba para ella de enfrentarse con una burguesía que había permanecido en su sitio y de aceptar el envite del pluralismo político. Lo que separaba a los textos de los clásicos marxistas de la realidad vivida por el pueblo chileno era el hecho

de que bajo las formas más variadas, la cultura de masa interpelaba incesantemente a ese pueblo. En efecto, no se trataba para nada de repetir la experiencia de Cuba, que había empezado a construir el socialismo en una isla haciendo tabla rasa de los medios anteriores, por convicción y, a la vez, forzada por el bloqueo americano. Se trataba, aún menos, de ignorar soberanamente el peso de esta cultura y de volver a la concepción predominante en los países del socialismo real donde la norma de la democratización de la cultura es, ante todo, la del acceso a la alta cultura. Lo que separaba a estas realidades del Este de la que había vivido el Chile popular era precisamente que la realidad vivida por los chilenos se desarrollaba en una área cultural en la que la cultura industrializada y un modelo de democratización de los bienes culturales a través del mercado habían dejado huella en las mentalidades colectivas, configurando una relación con el ocio y con el trabajo.

La cuestión ideológica y cultural estaba de nuevo en primer plano, desafiando los enfoques mecanicistas que habían convertido a la ideología y a la cultura en un sub-producto de la economía. Era preciso tener en cuenta esta cultura de masa convertida en elemento de la cultura cotidiana. Por primera vez, la cuestión de la contradicción entre conciencia y deseo, conciencia y gusto, aparecía entre líneas, al menos en los debates sobre la transformación de las formas y de los contenidos mediáticos: "El pueblo aprecia los productos de esta cultura, incluso en sus capas más movilizadas". Existe una contradicción entre los análisis políticos de los dirigentes y de los intelectuales, que hablan de alienación, y la experiencia subjetiva del consumidor.

La estrategia puesta en práctica por las fuerzas de la oposición, incluso si ésta tenía que estar agradecida al apoyo logístico de los Estados Unidos y de ciertas firmas multinacionales, no venía dictada desde el exterior, sino que estaba realmente producida a partir de un análisis de las relaciones de fuerzas entre los diversos actores de la sociedad chilena. Forma eminentemente moderna de resistencia frente a un proyecto socialista la de esta estrategia que combina una amplia alianza entre las corporaciones del empresariado y las asociaciones profesionales de la pequeña burguesía. Moderna porque se apoya en la defensa de intereses vinculados con la función profesional y no ya con una vaga pertenencia a una clase media; moderna, precisamente, porque rompe con la idea de una clase media amorfa, pasiva, despolitizada, vientre flácido de la sociedad de masa (1). Además ¿no era acaso la presencia masiva de esta clase media y de los diversos intereses de los gremios que la componían, lo que otorgaba a la cuestión de la cultura y de la ideología un lugar preponderante?

Tres años, 1970-1973, fueron muy pocos, pero también muy largos, para deducir algunas preguntas que, a partir de entonces, obsesionarán a las teorías y a las prácticas de transformación de los medios. Enfrentados durante los años sesenta con las fuentes del estructuralismo francés (Althusser, Barthes, Greimas y muchos otros), ciertos sectores de la izquierda,

comprometidos con el proceso chileno, calibraron la distancia entre el trabajo de lectura ideológica y la construcción de las alternativas. Por primera vez, en un momento revolucionario, la cuestión de las lecturas singulares, de las lecturas activas, de las lecturas de resistencia opuestas por los consumidores a la lógica unívoca del esquema estímulo-respuesta, emerge como cuestión insoslayable.

Por primera vez también, se impone la dificultad de disociar forma y contenido, creando una separación entre aquellos que sólo consideran la cuestión de la alternativa como un cambio de contenido y los que no la consideran fuera de una profunda modificación de las relaciones sociales de producción. No habría que esperar mucho tiempo para que la misma cuestión fuera planteada por las izquierdas europeas, en los albores de las primeras experiencias de radios libres.

Después de Chile, ya no podrá hablarse de historia de la comunicación alternativa, únicamente en términos de uso de los medios por parte de los movimientos de liberación. El Chile popular ha permitido que se reflexione sobre su uso alternativo en los juegos de poder de una democracia parlamentaria.

Proceso moderno, pero también proceso clásico: el proceso chileno permanecerá todavía encerrado en unas problemáticas de clase y no en unas problemáticas de movimiento.

NUEVOS SUJETOS HISTÓRICOS

Las competencias unitarias que convertían a la ideología en un poderoso elemento de agregación tienden hoy a ser sustituidas por una multiplicidad de formas de ver las cosas, procedentes de horizontes muy diferentes. Lo que desde hace algún tiempo se ha hecho añicos es la imagen de un poder sin fisuras, sin contradicciones, dejando paso al interés por estas figuras y por estas contradicciones que, al mismo tiempo que aseguran la supervivencia del poder, lo exponen, lo hacen visible y vulnerable. Esta problemática es, de ahora en adelante, un lugar de encuentro entre lo que la guionista argentina, a la que antes citábamos, llamaba las "zonas siniestradas", y las "zonas de paz".

El colombiano Martín-Barbero expresaba bien las tensiones que habían sobrevenido y los desplazamientos que implican, señalando tres puntos de ruptura: la primera, que refuta el funcionalismo de izquierdas según el cual el sistema se reproduce fatalmente, dentro y a través de lo social, y que afecta, por tanto, a las concepciones monolíticas, instrumentalistas del Estado, lo mismo que a las concepciones que atribuyen a las sociedades transnacionales una omnipotencia, una ubicuidad y una omnisciencia míticas; la segunda, que ve en la aparición de los movimientos sociales la expresión de la multiplicación de las contradicciones. Por último, la tercera, que consiste en la toma de conciencia de la actividad de

los "dominados" en cuanto cómplices de la dominación, pero también sujetos de la réplica al discurso del amo (2).

Interrogante que se hace eco de aquel que en el campo de la acción política pone en tela de juicio a la centralidad de la clase obrera, interpretada como depositaria exclusiva de la conciencia histórica. Junto con esta prioridad de la clase y de las luchas obreras, resulta incriminada la adhesión global y acrítica al modo de desarrollo y de crecimiento industriales, presentado por las naciones más desarrolladas (lo mismo que por los países del socialismo real). Al mismo tiempo, también, se cuestiona el sentido que tienen "la identidad social" y "la identidad cultural": en el centro, el interrogante acerca de la correspondencia Estado-nación-pueblo, pero también acerca de la identificación del pueblo con un solo actor social.

Si bien en los años setenta prevaleció la influencia de las escuelas estructuralistas, y, particularmente, la escuela althusseriana y la escuela semiótica, en los años ochenta, un enfoque más antropológico, de filiación gramsciana, señala las diferentes tendencias que comparten la vanguardia de la investigación crítica en América Latina.

La existencia de estas corrientes críticas no puede, sin embargo, hacer olvidar la influencia, cada vez más predominante, de las teorías sistematistas, en sus diversas variantes. Con motivo de los replanteamientos de la clase intelectual, se vuelven a encontrar las mismas tendencias que se aprecian en los debates en España, en Italia y en Francia.

Nadie puede negar que los nuevos interrogantes críticos conviven con representaciones colectivas heredadas de los paradigmas clásicos, que proyectan sobre la definición de lo "popular" los particularismos de las ideologías local-nacionalistas. Y, sin duda, es una de las paradojas del momento.

Tampoco puede negar nadie que estos nuevos interrogantes recorren grupos de muy distinta naturaleza, en continentes situados en las antípodas, desde las comunidades eclesiales de base, en América Latina, hasta las asociaciones de consumidores en el Sureste asiático. Y es precisamente este estallido de puntos de vista y de centros de interés el que ha permitido que emergieran otras concepciones de la "interdependencia" internacional, las cuales, al intentar apartarse de las relaciones de fuerzas entre Estados-nación, recogen los intereses convergentes de las sociedades civiles situadas en latitudes geográficas y culturales muy diferentes.

Este nuevo paradigma actúa sobre cada realidad de forma muy particular. Para persuadirse de ello, basta con recorrer la numerosa producción teórica que lo reivindica, pero también las nuevas formas de comunicación y de expresión artística a las que da lugar esta nueva sensibilidad. En lo que concierne a la reflexión sobre la cultura mediática, el testimonio personal de Martín-Barbero, que reproducimos en la III Parte, refleja muy bien el nuevo espacio que se abre a la investigación en este ámbito.

Esta nueva sensibilidad se manifiesta a través de unas realidades ubi-

cadadas en regímenes políticos de signo muy diferente, siendo compartida, por ejemplo, en América Latina, por los movimientos de oposición a las dictaduras militares que apelan al neo-liberalismo, por los movimientos de comunicación y de educación popular, por las comunidades étnicas en los países andinos, por ejemplo, por las comunidades cristianas de base del Brasil, por los movimientos intelectuales en la mayoría de los países (3). Esta nueva sensibilidad anima a numerosos actores de la revolución nicaragüense, escindida entre la lógica de la guerra y las lógicas plurales de la democracia, entre la reproducción de los esquemas verticales de agitación y de propaganda y la inventiva de los nuevos movimientos sociales, movimientos étnicos, movimientos de mujeres, movimientos cristianos, que sustituyen a una estricta noción de vanguardia por la reivindicación de la pluralidad de los sujetos democráticos (4).

Frente a la negación de lo político que supone el ascenso de las tesis neo-liberales, en países como Chile, donde el público sólo existe bajo la forma de "públicos" y de "publicitario", el reto para los movimientos sociales es el de reconquistar espacios de sociabilidad comunitaria públicamente ejercida, el de rehacer un "espacio público". Es lo que explica muy bien el chileno José Joaquín Brunner en su ensayo sobre "La vida cotidiana en régimen autoritario", donde la única comunidad que se permite es la del mercado, y la de sus intereses específicos, un mercado "que despersonaliza, al valorizar las diferencias personales". "Hoy en día viene a cumplir una función generadora de política, el conjunto de las actividades y de las instituciones que crean, mantienen y transforman la sociabilidad comunitaria pública: las iglesias, las actividades de solidaridad, los sindicatos, las actividades culturales, los centros académicos, los movimientos de ideas y artísticos, los medios de comunicación alternativos, los grupos de jóvenes y de mujeres, las actividades y las instituciones de defensa de los derechos humanos, etc. Esto explica el énfasis puesto en los movimientos sociales: hay que reconocer que en las actuales circunstancias, la política de partido no basta para renovar completamente la política en la sociedad. En efecto, el partido organiza la sociabilidad comunitaria ejercida públicamente, pero carece de fuerza cuando no existe, porque es incapaz de crearla por sí solo (5)".

Una preocupación común inspira las múltiples expresiones de este regreso a una reflexión acerca del espacio público y de la sociedad civil: la atención prestada a lo vivido, el lenguaje cotidiano, en el espacio concreto de la familia, del barrio, de las relaciones de vecindad y de proximidad, de las fiestas religiosas y profanas, de los mercados, de las múltiples manifestaciones de la religiosidad popular. Según lo expresa una socióloga peruana, tras haber realizado un análisis crítico de las formas de encuadramiento de la organización popular en los barrios periféricos de Lima, habitados principalmente por una población de cultura andina, procedente de zonas rurales y de habla quechua: "El deporte, la relación y la frustración amorosa, el encuentro y la conversación puerta a puerta, en el mercado o en el colegio de los hijos, el club provincial, su música

andina, la fiesta y el velatorio, el presente urbano y la memoria popular campesina... no son de competencia de la organización popular. Este universo cotidiano se expresa consecuentemente en otra lógica, otros lenguajes, en otras perspectivas semánticas y otros medios y formas de comunicación radicalmente diferentes al mundo de la organización vecinal cada vez más disminuida (6)". Y concluye: "La manera de comprender lo social requiere de una lectura de la vida cotidiana".

Vida cotidiana, actualidad del movimiento a la vera o en vez del partido, pluralidad de sujetos y de ideologías, expresiones todas ellas de la reconquista de la subjetividad en la cultura contemporánea. El mundo desarrollado no tiene el monopolio del retorno al sujeto.

NOTAS DE LOS AUTORES

V Parte

- (1) BRZEZINSKI, Z., *La Révolution technétronique*, Calmann-Lévy, 1971, p. 56-57.

Capítulo 1

- (1) Entrevista con Michel FOUCAULT, *Les Cahiers du Cinéma*, julio-agosto 1974, p. 13.
- (2) *Libération*, 6-7 de julio de 1985, p. 23.
- (3) Citado por DANEY, S. *Libération*, 11-12 de mayo de 1985, p. 28.
- (4) Cf. LYOTARD, J.F., *La Condition post-moderne*, París, Ed. de Minuit, 1979, p. 28. [Ed. en castellano: LYOTARD, Jean-François, *La condición post-moderna*, Ed. Cátedra, 1984, trad. Mariano Antolín Rato].
- (5) Todas estas informaciones proceden de un artículo, todavía sin publicar, de R. SAMARAJIWA, de la universidad Simon-Fraser, Canada, 1984, titulado "The Tainted Origins of the Communication and Development Field: Voice of America and the Passing of Traditional Society".
- (6) *Ibid.*
- (7) LASSWELL, H., *Public Opinion Quarterly* (1952), p. 498, citado por R. SAMARAJIWA.
- (8) La obra más representativa de E. ROGERS, no obstante, es *Communications of Innovations: a Cross-Cultural Approach*, escrita, también, en colaboración con F. FLOYD SHOEMAKER, y en la que se reproducen tesis anteriores. (Nueva York, Free Press, 1971). De esta obra se han publicado numerosas críticas en castellano y en portugués. Véase en concreto SOUSA MARTINS, J. DE, *Capitalismo e tradicionalismo* (Pioneira, Sao Paulo, 1975); RAMIRO BELTRAN, L., "Premisas, Objetos y Métodos foráneos en la Investigación sobre Comunicación en Latinoamérica", *Orbita*, n.º 22, julio 1978. Véase igualmente, MAHO, J., "Diffusion de l'innovation: Valeur et limites de quelques concepts", *Epistémologie sociologique*, n.º 8, 1969; CAPRILES, O., "La nouvelle recherche latino-américaine en communication", *Communication Information*, otoño 1982. vol. V, n.º 1, Universidad Laval, Quebec. Otro crítico importante del concepto de "difusionismo" ha sido el paraguayo J. DIAZ BORDENAVE, uno de los grandes especialistas de la comunicación rural en América Latina.
- (9) WEFFORT, F., "Education et politique", prólogo a la obra de Paulo FREIRE, *L'Education, pratique de la liberté*, Ed. du Cerf, París, 2.ª edición, 1973.
- (10) ROGERS, E., "Communication and Development: the Passing of the Dominant Paradigm", *Communication Research*, vol. 3, n.º 3, abril, 1976.
- (11) En palabras de un antiguo alumno de E. Rogers, en la Universidad de Standford, J. O'Sullivan Ryan, asesor del ministerio de Agricultura de Venezuela, en *Bases Teóricas para la formulación de una política de comunicación agrícola*, Caracas, sept. 1980.
- (12) En enero de 1968 es cuando la noción de "imperialismo cultural" adquiere carta de naturaleza, con ocasión del Congreso de la Cultura celebrado en La Habana. Un congreso en el que estaba presente la crema de la intelectualidad de la izquierda francesa y de la izquierda europea, antes de su estruendosa ruptura, en 1971, con la revolución cubana. Entre los participantes ca-

- bía mencionar a los británicos David Cooper, Eric Hobsbawm, Ralph Milliband, la italiana Rossana Rossanda, el español Jorge Semprún, Michel Leiris, el alemán Hans Magnus Enzensberger. Tanto Bertrand Russell, como Jean-Paul Sartre y Ernst Fischer, enviaron un mensaje de apoyo. Entre las numerosas delegaciones de América Latina y del Caribe, Aimé Césaire, René Depestre, Mario Benedetti, Julio Cortázar... En este congreso que tenía por tema "El intelectual y las luchas de liberación de los pueblos del tercer mundo", Julio Cortázar lanzó una frase que fue coreada por el conjunto de los participantes: "¡Todo intelectual pertenece al tercer mundo!" Los documentos de este congreso han sido publicados en inglés, bajo la dirección de I. SILBER, con el título de *Voices of National Liberation: The Revolutionary Ideology of the "Third World" as expressed by Intellectual and Artists at the Cultural Congress of Havana, January 1968*, Brooklyn, N.Y., Central Books, 1970.
- (13) Para un análisis de la trayectoria del concepto de imperialismo cultural, véase LANTERNARI, V., "L'imperialismo culturale di ieri e di oggi", en *Terzo Mondo*, Roma, n.º 37-38, Anno XII, gruppo IV, enero-junio de 1979.
 - (14) Véase a este respecto LATOUCHE, S., "L'impérialisme précède le développement du capitalisme", *Les Temps modernes*, septiembre de 1982. Véase también BARRAT BROWN, M., *Economics of Imperialism*, Penguin books 1974.
 - (15) POLCYN, K., y otros, *The Use of Satellites for Educational Television in Developing Countries. Report on the Munich Conference, 1972*, Internationales Zentralinstitut für das Jugend- und Bildungsfernsehen, Munich 1973, p. 70.
 - (16) Entre los principales teóricos de la dependencia, citemos a Vania Bambirra, A. Gunder Frank, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Fernando Enrique Cardoso, y en el ámbito de la educación, a Tomás Vasconi. Cf. en particular GUNDER FRANK, A. *Capitalisme et sous-développement en Amérique Latine*, Maspero, 1972. [Obra publicada en castellano por Ed. Signos, Buenos Aires].
 - (17) ARROYO, G., "Acerca de la dependencia", *Amérique Latine*, oct-dic. 1980, p. 32. Según advertía este autor, "las estructuras económicas y sociales y la forma asumida por el Estado difieren tanto como los movimientos sindicales y políticos. El contraste es evidente si se considera, por un lado, al Cono Sur, a México y a ciertos países andinos como Perú y Colombia, y por otro, al Paraguay, a Bolivia y a América Central en general. Una interpretación general del capitalismo dependiente de América Latina, sin duda no es válida, incluso si la dominación capitalista se extiende a toda la región salvo a Cuba. De hecho, las formas que reviste en cada formación social varían considerablemente.
 - (18) WALLERSTEIN, I., *Capitalisme et économie-monde*, Flammarion, 1980, tomo 1, p. 19.
 - (19) SOUZA, H., *An overview of Theories of Multinational Corporations and the Quest for the State*, Toronto, Latin America Research Unit (LARU), febrero 1977.
 - (20) ARROYO, G., artículo citado, p. 34.

Capítulo 2

- (1) Para un análisis más profundo de la cuestión chilena, véase MATTELART, A. y M., *De l'Usage des médias en temps de crise*, op. cit.; MATTELART, A., *Mass Media, idéologies et mouvement révolutionnaire*, Anthropos, 1974. MATTELART, M., "Le coup d'État au féminin", *Les Temps modernes*, enero,

- 1975; MATTELART, A., *La Comunicación masiva en el proceso de liberación*, Siglo XXI, 1983; MATTELART, A. y M., *Frentes culturales y movilización de masas*, *op cit*.
- (2) MARTIN-BARBERO, J., "De quelques défis pour la recherche sur la communication en Amérique latine", enero-marzo 1982. [Este artículo ha sido publicado en castellano con el título de "Retos a la investigación de comunicación en América Latina", en el n.º 9 de *Comunicación y cultura* (p. 99-113).]
 - (3) Citamos, a título de recordatorio, sendos números especiales de la revista publicada en México, *Comunicación y cultura* (n.º 10, agosto 1983), y de la revista del Instituto de Investigación en Comunicación de la Universidad Central de Venezuela —ININCO— (n.º 3, 1981).
 - (4) Véase el conjunto de textos recopilados en *Communicating in Popular Nicaragua*, por MATTELART, A., Nueva York, International General Editions, 1986.
 - (5) BRUNNER, J.J., "La vie quotidienne en régime autoritaire", *Amérique Latine*, oct.-dic. 1982, p. 43.
 - (6) ALFARO, R.M., "Democracia y comunicación en la organización popular", *Cuadernos del Servicio de Documentación de ECO* (Educación y comunicaciones), Santiago de Chile, diciembre 1984.

VI. Conclusión.

Las preguntas que la sociedad se hace acerca de los medios se han modificado radicalmente en los años ochenta. Igual que se ha modificado la configuración de los actores que se interesan por los medios. Nuevas preguntas, pero también nuevas formulaciones de antiguas preguntas.

La investigación da fe de esta evolución. Aquí y allá se avanzan nuevas hipótesis y se proponen nuevos campos de reflexión. El estudio de la economía de las industrias culturales ha dejado de ser una veleidad. El interés por las prácticas de los usuarios ha traído nuevos interrogantes sobre los procesos intersubjetivos de comunicación y sobre la participación de los diferentes actores sociales en las opciones que ofrecen las nuevas redes. La reconsideración de los procedimientos de consumo ha permitido profundizar en la idea de que el momento de la recepción es indisoluble del momento de la producción y de que ambos se desarrollan en el mismo espacio-tiempo social. Una reflexión sobre las modalidades de la innovación en la producción audiovisual está en auge, interesándose por los modos de producción de los géneros, por los efectos de los nuevos medios sobre los medios más tradicionales, por el papel de la creación publicitaria en los modelos televisivos. Se empieza a conocer mejor la sociología de los cuerpos profesionales de la comunicación. Se perciben mejor los frágiles equilibrios entre la creación y la programación, entre los realizadores y los productores. Se aprecian mejor las relaciones de fuerzas que pugnan en las estrategias industriales. Se evalúan mejor las especificidades de los dispositivos de comunicación nacionales en relación con los mercados internacionales. Se valoran mejor los problemas que plantea la internacionalización de los sistemas de comunicación, al menos dentro del espacio europeo, aunque, a veces, en detrimento del interés por otras realidades. Con la desreglamentación, el aspecto jurídico de los problemas de comunicación se tiene más en cuenta. En resumen, los conocimientos acerca de la comunicación se han extendido.

Pero si bien esta extensión de los conocimientos es, en efecto, una realidad cada vez más tangible, está habitada por tendencias contradictorias. A la vez que se han hecho más profundas estas tensiones, se han concretado los retos prácticos y teóricos de la elaboración del zócalo epistemológico de estos conocimientos.

Casi medio siglo después de los Estados Unidos, la investigación administrativa sobre las instituciones y las prácticas de comunicación ha al-

canzado, en Francia, su dimensión real. La funcionalización creciente de la ciencia, su imbricación en el mando estatal-industrial, son ya una realidad corriente. Son cada vez más numerosas las investigaciones sobre la comunicación que revisten el carácter de informes encargados por los que deciden: lo que no deja de trastornar la relación de los intelectuales con estas cuestiones y las condiciones de producción de la teoría.

Al reconsiderar, en 1969, su primera experiencia de participación en un proyecto de investigación administrativa, el proyecto sobre la radio financiado por la Fundación Rockefeller, emprendido en colaboración con Lazarsfeld, en 1938, Theodor Adorno describía el tipo de problemas que había encontrado: "Las directrices emanadas de la Fundación Rockefeller estipulaban expresamente que las investigaciones habían de realizarse dentro de los límites del sistema radiofónico comercial establecido en los Estados Unidos. Esto implicaba, pues, que el propio sistema, sus consecuencias culturales y sociológicas y sus presupuestos sociales y económicos no podían ser objeto de análisis... Yo estaba preocupado por un problema metodológico básico —en la medida en que yo interpretaba la palabra "método" en su sentido europeo de epistemología más que en el sentido que le dan los americanos, para quienes la metodología significa, de hecho, las técnicas prácticas de investigación (1)".

Este recordatorio nos ayuda a percibir los retos del ascenso de la investigación administrativa. Este auge de los "saberes prácticos" se produce dentro de un contexto en el que el margen de maniobra y la propia legitimidad de un pensamiento crítico disminuyen cada vez más. El problema de la integración está en el orden del día dentro de unas sociedades que, durante mucho tiempo, han permitido la existencia, dentro de la clase intelectual, y, más ampliamente, dentro de la sociedad civil, de una extensa fracción de individuos disconformes con el orden de cosas establecido. Son numerosos los factores que estimulan este reacondicionamiento: la necesidad, impuesta por un modelo de desarrollo y de crecimiento, de estrechar los lazos entre un aparato de producción en vías de reindustrialización y los viveros de la creatividad social; la necesidad estructural de replantear la relación con todos los espacios que han permanecido relativamente fuera del alcance de la ley del valor, de la valorización del capital. Pero sobre todo está el del cambio del estatuto y de la función de la producción del conocimiento y de los bienes simbólicos en la determinación del poder. Un poder muy real, que la idea ascendente de la soberanía del individuo sobre su destino y sobre sus opciones tiende a hacer olvidar.

Con estas mutaciones, son las propias condiciones de ejercicio de la crítica social las que están siendo trastornadas. Los territorios relativamente autónomos, libres de las contingencias industriales y comerciales, a partir de los cuales numerosos representantes de la clase intelectual han concebido la función de la conciencia crítica, tienden a quedar sumergidos en las nuevas configuraciones económicas y políticas de la llamada sociedad "post-industrial".

Esta efervescencia de la investigación operativa está muy lejos de satisfacer las necesidades de conocimiento y, por qué no decirlo, de teoría, que se abren paso en numerosos sectores deseosos de distanciarse del entusiasmo tecnológico para encontrarle un sentido.

La genealogía de los saberes acerca de los medios demuestra que tienen tendencia a organizarse según un movimiento de péndulo. Después de haber asistido al abandono, al rechazo, incluso, del dato tecnológico, se asiste, a través del mundo, probablemente, pero especialmente en Francia, a una fascinación por aquél. Del primer proyecto, tan querido de Roland Barthes, de una ciencia de lo simbólico que apenas si tenía en cuenta, hay que confesarlo, las condiciones materiales de producción, se corre hoy el riesgo de derivar hacia un proyecto neo-positivista que tendría tendencia a escamotear la dimensión simbólica, la realidad misma de la cultura.

Esta tensión es hoy especialmente visible. La investigación parece oscilar entre el repliegue metodologista preocupado por desmontar y por descifrar ciertas operaciones y el regreso a una especulación abstracta sobre el porvenir de la cultura. Por una parte, la exploración minuciosa de los infinitos pequeños problemas. Por otra, la tendencia a disociar lo imaginario de los nuevos modos de producción técnica y de su dimensión social y económica, con el riesgo de hacer de lo imaginario una innovación ritual.

Se detecta allí el desconcierto de la clase intelectual, que, de repente, descubre que los medios existen, que las industrias culturales han introducido una idea de cultura distinta de aquella a partir de la cual se ha construido, en el pasado, su propio estatuto de intelectual. Todo intelectual, contrariamente a lo que ocurría no hace muchos años, experimenta la necesidad de tener un discurso sobre los medios, *a fortiori* cuando su función le lleva a mantener un contacto asiduo con las jóvenes generaciones.

En una sociedad en la que, a diferencia de las sociedades anglosajonas, el discurso comercial apenas si tiene legitimidad simbólica, la llegada de la "era de la información" tiene todo el aspecto de una ganga. La inmaterialidad misma de la información induce la imagen de un mercado transfigurado, que se ha vuelto transparente. Ocasión soñada para proyectar sobre la concepción del mundo de la información los viejos demonios del idealismo. Permite hablar de la mercancía sin hablar de sus condicionamientos, sin referirse a quién la consume y a quién la produce, en pocas palabras, sin referirse al poder (convertido en "energía"). Época doblemente propicia, pues, toda vez que la propia mercancía se vuelve imperceptible, permitiendo el reencuentro del capital con lo que había alienado. En este universo de ingravidez sociológica e histórica, de la fluidez de los flujos parece desprenderse la fluidez de las relaciones sociales.

Ya no se puede limitar la comunicación a la problemática que las sociologías de los medios han intentado configurar en el transcurso de las

dos últimas décadas. El campo ha sido asediado, y lo será cada vez más, por los intereses y las preocupaciones de disciplinas portadoras de su propia concepción de la comunicación y de la información. Este tema de la comunicación y de la información es sin duda uno de los lugares desde donde se percibe con más agudeza la creciente interpenetración de los sectores y de las disciplinas. Los problemas que se esbozan, restan vigencia a las tradicionales especializaciones entre científicos, economistas, administradores o políticos, y a las distinciones habituales entre sectores y disciplinas científicas. Hacen sospechar los nuevos desafíos que plantean el estudio de las interacciones de los sistemas complejos.

Ante esta escalada de la transdisciplinariedad, la distancia epistemológica es cada vez más necesaria. Las propias nociones de "comunicación" y de "información" remiten a una multiplicidad de teorías, raras veces explicitadas y coherentes entre sí. En el seno mismo de las ciencias humanas, estas nociones sirven de puentes entre una disciplina y otra, al asumir contenidos frecuentemente divergentes. ¡Qué no diríamos de esas divergencias y de esos desplazamientos de sentido cuando estas nociones discurren por las ciencias de la vida y las ciencias físicas, para el ingeniero!

La cuestión no consiste, evidentemente, en poner reparos a la multiplicación de los encuentros interdisciplinarios. Se trata, más bien, de determinar las posiciones desde las que se busca esta colaboración. La orientación transdisciplinaria puede, en efecto, significar una huida hacia adelante, la evitación de cuestiones social y científicamente molestas, lo mismo que puede suponer un paso esencial para la fecundación de una disciplina. Hay transdisciplinaridades centrífugas, que, a la postre, dejan exangües a ciertas disciplinas allí invitadas. Hay otras que, a la vez que hacen retroceder las fronteras de una disciplina y multiplican sus terrenos de observación y reflexión comunes, permiten, paralelamente, profundizar en el interior del campo propio y específico. La cuestión de las relaciones de fuerzas entre disciplinas está, más que nunca, en el orden del día.

Algunos especialistas del análisis del discurso, en la encrucijada de las ciencias del comportamiento y de la lingüística, han tomado conciencia, más rápidamente que otros, de las consecuencias de la alteración de los límites disciplinares. Y han señalado las condiciones que permiten el encuentro sobre una nueva base teórica y práctica de las ciencias de la vida, de las ciencias para el ingeniero y de las ciencias sociales. La cuestión del sujeto, punto medular de los nuevos enfoques de los procesos de comunicación, adquiere aquí un especial relieve. Por el lado de las ciencias sociales, el paradigma del "retorno al sujeto" y a los procesos psíquicos individuales y colectivos, ha hecho que brotara por todas partes la cuestión del lenguaje, de lo discursivo, en cuanto relación con "el otro". Pero para dar cuenta adecuadamente de la complejidad y de la ambigüedad de la ruptura epistemológica que implica este paradigma dentro de una perspectiva transdisciplinaria, también hay que echar una mirada

del lado de los recientes desarrollos de los modelos cognitivistas y neurobiológicos, sin concederles por ello *a priori* una importancia absoluta.

Los nuevos paradigmas apelan a la transversalidad. ¿Acaso no hacen que se tambaleen las relaciones unívocas que el pensamiento lineal ha establecido entre la causa y el efecto, el emisor y el receptor, el centro y la periferia? ¿Acaso no ponen en entredicho al determinismo exclusivo que ha caracterizado a una concepción de la historia y del progreso? Todas ellas visiones lineales que, durante mucho tiempo, se han acomodado a las separaciones de las categorías conceptuales y de las disciplinas. Pero estos nuevos paradigmas sólo estarán en medida de expresar esta nueva conciencia de la multiplicidad de las causas y de los efectos, y de la pluralidad de los sujetos históricos, si se toma una precaución epistemológica elemental: reconocer que en las nuevas relaciones y en los nuevos intercambios a los que abren paso, los diversos enfoques no están en igualdad de condiciones. Por la sencilla razón de que, por debajo del reto de las definiciones conceptuales, se ventilan tanto los nuevos regímenes de verdad, como las nuevas formas de ejercicio del poder, los nuevos modos de integración de las sociedades humanas.

NOTAS DE LOS AUTORES

VI Conclusión

- (1) ADORNO, T.W., "Scientific Experiences of a European Scholar in America", en FLEMING, D., y BAILY, B. (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America 1938-1960*, Cambridge, Mass., Harvard University Press/ Belknap, 1969, p. 343.

OTRAS PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL DEI

COLECCION TEOLOGIA LATINOAMERICANA

LA IGLESIA LATINOAMERICANA ENTRE
EL TEMOR Y LA ESPERANZA (4a. ed.)

Pablo Richard

CAPITALISMO; VIOLENCIA Y ANTI-VIDA (2 Tomos)

Elsa Tamez y Saúl Trinidad, (editores)

EL DESAFIO DE LOS POBRES A LA IGLESIA (2a. ed.)

Julio de Santa Ana

ESPIRITUALIDAD Y LIBERACION EN AMERICA LATINA

L. Boff, P. Richard y otros

EL DIOS DE LOS POBRES (2a. ed.)

Victorio Araya

LAS IGLESIAS EN LA PRACTICA DE LA JUSTICIA

P. Richard, A. Guzmán y otros

LA LUCHA DE LOS DIOSES (2a. ed.)

P. Richard, F. Hinkelammert y otros

CULTURA NEGRA Y TEOLOGIA

Quince Duncan y otros

LA FUERZA ESPIRITUAL DE LA IGLESIA DE LOS POBRES

Pablo Richard

COLECCION APORTES

SANTIAGO: LECTURA LATINOAMERICANA DE LA EPISTOLA

Elsa Tamez

LA HORA DE LA VIDA; LECTURAS BIBLICAS (3a. ed.)

Elsa Tamez

LA BIBLIA DE LOS OPRIMIDOS (4a. ed.)

Elsa Tamez

PROTESTANTISMO Y LIBERALISMO EN AMERICA LATINA (2a. ed.)

J.M. Míguez Bonino, C. Alvarez, R. Craig

POR LAS SENDAS DEL MUNDO CAMINANDO HACIA EL REINO (2a. ed.)

Julio de Santa Ana

PAN, VINO Y AMISTAD

Julio de Santa Ana

CELEBREMOS LA FIESTA

Carmelo Alvarez

COLECCION ECONOMIA-TEOLOGIA

LAS ARMAS IDEOLOGICAS DE LA MUERTE (2a. ed.)

Franz Hinkelammert

LA ESPERANZA EN EL PRESENTE DE AMERICA LATINA

R. Vidales y L. Rivera (editores)

CRITICA A LA RAZON UTOPICA

Franz Hinkelammert

DEMOCRACIA Y TOTALITARISMO

Franz Hinkelammert

COLECCION ECOLOGIA-TEOLOGIA

SOMOS PARTE DE UN GRAN EQUILIBRIO: LA CRISIS
ECOLOGICA EN CENTROAMERICA (2a. ed.)

Ingemar Hedström

LOS POBRES DE LA TIERRA: HACIA UNA PASTORAL DE LA TIERRA

Roy H. May

¿VOLVERAN LAS GOLONDRINAS? LA REINTEGRACION
DE LA CREACION DESDE UNA PERSPECTIVA LATINOAMERICANA

Ingemar Hedström

COLECCION UNIVERSITARIA

LA ECONOMIA DEL BANANO EN CENTROAMERICA

José Roberto López

CENTROAMERICA: LA GUERRA DE BAJA INTENSIDAD

Deborah Barry y otros

ELEMENTOS DE POLITICA EN AMERICA LATINA

Helio Gallardo

CENTROAMERICA: POLITICA ECONOMICA Y CRISIS

J.R. López, Ana Sojo y E. Rivera

COSTA RICA CRISIS Y DESAFIOS

Edelberto Torres Rivas y otros

TECNOLOGIA Y NECESIDADES BASICAS

Hugo Assmann y otros

ECONOMIA Y POBLACION

Win Dierckxsens y M. Fernández

EL BANCO MUNDIAL: UN CASO DE "PROGRESISMO CONSERVADOR"

Hugo Assmann y otros

LOS ORIGENES DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA EN COSTA RICA

Arnoldo Mora

FUNDAMENTOS DE FORMACION POLITICA ANALISIS DE COYUNTURA

Helio Gallardo

FORJANDO LA PAZ: EL DESAFIO DE AMERICA CENTRAL

Richard Fagen

COLECCION HISTORIA DE LA IGLESIA Y DE LA TEOLOGIA

EN NOMBRE DE LA CRUZ

Fernando Mires

LA HERENCIA MISIONERA EN CUBA

Rafael Cepada, editor

MATERIALES PARA UNA HISTORIA DE LA TEOLOGIA EN AMERICA LATINA

Pablo Richard

LA COLONIZACION DE LAS ALMAS

Fernando Mires

RAICES DE LA TEOLOGIA LATINOAMERICANA (2a. ed.)

Pablo Richard

LA IGLESIA CATOLICA DURANTE LA CONSTRUCCION
DEL SOCIALISMO EN CUBA

Raúl Gómez Treto

HACIA UNA TEOLOGIA JUDIA DE LA LIBERACION

Marc H. Ellis

TEOLOGIA DE LA LIBERACION. OPCION POR LOS POBRES

Julio Lois

LA CONQUISTA DE AMERICA ¿CON QUE DERECHO?

Giulio Girardi

LA IGLESIA CATOLICA COSTARRICENSE: ENTRE EL DIOS Y EL CESAR

Miguel Picado

COLECCION MUJER LATINOAMERICANA

TEOLOGOS DE LA LIBERACION HABLAN SOBRE LA MUJER

L. Boff, G. Gutiérrez, H. Assmann y otros

MUJER Y POLITICA: ENSAYO SOBRE EL FEMINISMO Y EL SUJETO POPULAR

Ana Sojo

EL ROSTRO FEMENINO DE LA TEOLOGIA

Elsa Tamez

COLECCION ANALISIS

LA IGLESIA ELECTRONICA Y SU IMPACTO EN AMERICA LATINA

Hugo Assmann

INTELECTUALES Y PUEBLO: UN ACERCAMIENTO
A LA LUZ DE ANTONIO GRAMSCI

J.F. Gómez Hinojosa

TRANSICION Y CRISIS EN NICARAGUA

Rosa M. Torres y J. Luis Coraggio

RACISMO: ALGO MAS QUE DISCRIMINACION

María Teresa Ruiz

LA DEUDA EXTERNA DE AMERICA LATINA. EL AUTOMATISMO DE LA DEUDA

Franz Hinkelammert

EL PENSAMIENTO SOCIAL DE JUAN PABLO II

Franz Hinkelammert y otros

UTOPIA Y LIBERACION AL AMANECER DEL INDIO

Raúl Vidales

PENSAR SOBRE LOS MEDIOS: COMUNICACION Y CRITICA SOCIAL

Armand Mattelart

COLECCION SOCIOLOGIA DE LA RELIGION

NICARAGUA: IGLESIA, ¿MANIPULACION O PROFECIA?

Rosa M. Pochet y Abelino Martínez

COSTA RICA: LA IGLESIA CATOLICA Y EL ORDEN SOCIAL

Andrés Opazo Bernales

HONDURAS: IGLESIA Y CAMBIO SOCIAL

Gustavo Blanco y Jaime Valverde

GUATEMALA: LA CRUZ FRAGMENTADA

José Luis Chea

PANAMA: LA IGLESIA Y LA LUCHA DE LOS POBRES

Andrés Opazo Bernales

EL SALVADOR: IGLESIA CATOLICA Y CAMBIO SOCIAL

Pedro Henriquez

COLECCION TRADICION PROTESTANTE

LA TRADICION PROTESTANTE EN LA TEOLOGIA LATINOAMERICANA.

LECTURA DE LA TRADICION METODISTA

José Duque (editor)

LA MUJER EN LA CONSTRUCCION DE LA IGLESIA.

UNA PERSPECTIVA BAUTISTA DESDE AMERICA LATINA Y EL CARIBE

Jorge Pixley (editor)

HACIA UNA FE EVANGELICA LATINOAMERICANISTA

Jorge Pixley (editor)

COLECCION TESTIMONIOS

NICARAGUA: COMBATE Y PROFECIA

Mons. Pedro Casaldáliga

BAJO LA LUNA DE JADE

Delfina Collado

LAS ARMAS DE LA LUZ. ANTOLOGIA DE LA POESIA
CONTEMPORANEA DE LA AMERICA CENTRAL

Alfonso Chase (compilador)

EL PADRE NUESTRO DESDE GUATEMALA

Julia Esquivel

LA IGLESIA ES NOTICIA

Eduardo Bonnín

COLECCION CENTROAMERICA

EL RETO DEMOCRATICO EN CENTROAMERICA

Ricardo Sol (editor)

LA HERENCIA DE SANABRIA

Javier Solís

RESEÑA HISTORIA DE LA IGLESIA EN COSTA RICA

Mons. Víctor Manuel Sanabria

COLECCION CUADERNOS

LA IRRUPCION DE LOS POBRES EN LA IGLESIA (DOCUMENTOS)

CENTROAMERICA: CRISTIANISMO Y REVOLUCION (DOCUMENTOS)

LA PALABRA SOCIAL DE LOS OBISPOS COSTARRICENSES (DOCUMENTOS)

AMERICA LATINA CLAMA A LAS IGLESIAS (DOCUMENTOS)

¡QUEREMOS LA PAZ! (DOCUMENTOS)

TEOLOGIA DESDE EL TERCER MUNDO (DOCUMENTOS)

TEOLOGIA DE LA LIBERACION

L. Boff, P. Richard y otros

SOBRE EL TRABAJO HUMANO: ENCICLICA Y COMENTARIO (3a. ed.)

Juan Pablo II y Equipo DEI

LA PASTORAL SOCIAL EN COSTA RICA. DOCUMENTOS

Y COMENTARIOS ACERCA DE LA POLEMICA

ENTRE LA IGLESIA CATOLICA Y EL PERIODICO LA NACION

Pablo Richard

PARA PEDIDOS O INFORMACION ESCRIBIR A:

EDITORIAL DEI

Departamento Ecu­mé­nico de Investigaciones

Apartado 390-2070

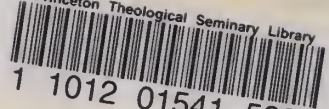
SABANILLA

SAN JOSE — COSTA RICA

Teléfonos 53-02-29 y 53-91-24

Télex 3472 ADEI CR

Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01541 5930

Impreso en los talleres de
Imprenta y Litografía VARITEC S.A.
San José, Costa Rica
en el mes de setiembre de 1988
su edición consta de 1500 ejemplares.

El presente trabajo constituye en conjunto un ambicioso esfuerzo para revisar la investigación teórica sobre la comunicación, sus condicionamientos, sus modas, sus batallas y contaminaciones confrontadas siempre a la marcha de las realidades. Una revisión desmitificadora tanto de las corrientes conservadoras como del planteamiento progresista contestatario en la comunicación, pero que además, y precisamente por el papel clave de la comunicación en nuestras sociedades, por sus estrechos lazos con todos los dominios sociales, nos acerca a otros muchos fenómenos importantes de nuestra época.

Pensar en y sobre los medios, reflexionar sobre la comunicación y la información, pero también tomar conciencia, abandonar la pasividad y comenzar a ser sujetos activos de ese "lugar central en las estrategias de reestructuración de nuestras sociedades", son las tareas que nos proponen Armand y Michèl Mattelart en este libro.

Armand y Michèl Mattelart, ambos profesores e investigadores universitarios, han trabajado durante más de diez años en Chile hasta septiembre de 1973. Desde esta época residen en Francia y siguen efectuando numerosas estadias en diversos países de América Latina. Han publicado, por separado o juntos, numerosos libros y artículos sobre la comunicación y la cultura. La mayor parte de estas obras están traducidas al castellano.